

Memorias del futuro

Estudio sobre procesos políticos
en Latinoamérica (1950 - 2008)

Javier Tolcachier

“Las cosas están bien
cuando marchan en conjunto,
no aisladamente.”

La mirada interna
SILO

PRÓLOGO

Es jueves a media tarde. Escribo estas líneas mientras vuelo a más de doce mil metros de altura, entre Santiago y Ciudad de México, quizás dos de las ciudades más contaminadas del mundo, gigantes urbes llenas de postergación y miseria y salpicadas de rascacielos de cristal.

Viajo entre dos ciudades que dan cuenta de las contradicciones de nuestra Latinoamérica. Voy sentado en un moderno avión, de última generación, perteneciente a una multinacional gigante y pujante, pero que no es ni norteamericana, ni española ni inglesa. Ni siquiera china o india. Es de capitales chilenos. Ése es también parte del nuevo paisaje económico de nuestra región.

Sin embargo, en contraste, hace sólo cuatro días recorría en un viejo bus rural recónditas comunas del sur chileno, llenas de pobreza y postergación, invitado a dialogar con los dirigentes de las comunidades mapuches a quienes el gobierno de turno acusa de terroristas por querer defender sus tierras ancestrales, arrebatadas metódicamente por los nuevos invasores, camuflados conquistadores esta vez llamados multinacionales forestales, pesqueras y mineras. Ése también es el paisaje social de nuestra Latinoamérica, que aunque se pretende ocultar, está presente desde la Patagonia hasta El Paso.

Y un mes antes cruzábamos en un duro jeep por los difíciles caminos del altiplano boliviano, acompañando a ese pueblo maravilloso en sus celebraciones luego del contundente resultado del referéndum revocatorio convocado por su Presidente, Evo Morales. Dos tercios de los votos apoyando al indígena presidente, obtenidos a pesar de la contra sistemática, organizada desde la poderosa media luna santacruceña.

Definitivamente Latinoamérica es un cuadro pintado de muy diferentes colores, una escultura esculpida en materiales diversos.

Sin embargo no todo es tan diverso. Al leer el libro que tienes en tus manos, descubrirás, tal como me sucedió a mí, que son demasiadas, rayando en lo sospechoso, las coincidencias, las similitudes en los procesos políticos de los últimos 50 años en los países de la región.

Cuando Javier me envió un mensaje electrónico invitándome a prologar su libro sobre Latinoamérica, acepté feliz sin saber aún de qué trataba específicamente. Así nos conocimos, trabajando juntos en la elaboración de propuestas orientadas a fortalecer el proceso de Integración Latinoamericana. Años antes había oído hablar de Javier y su nombre volvía a mí cada vez que se mencionaba la necesidad de construir un equipo generador de propuestas para la región. Finalmente, cuando Evo llega a la presidencia y los Humanistas decidimos con entusiasmo apoyarlo, tuve la oportunidad de comenzar a trabajar con él y descubrir su metodicidad, su prolijidad, su profundidad.

Así entonces, acepté de inmediato. Sin embargo a las pocas horas recibí un voluminoso archivo con el texto acompañado de una carta en la que me explicaba que necesitaba el prólogo en diez días. Le di una rápida hojeada y pensé que la tarea era imposible. Ya a primera vista era evidente que se trataba de una Obra Mayor, de un completísimo recorrido por los últimos 50 años del proceso político de nuestro continente.

Sin embargo, comencé a leer y sucedió que no pude ni quise detenerme hasta llegar al final. Lo que pensé inicialmente que sería un texto difícil, lleno de nombres y fechas de cada país imposibles de asimilar, se fue desplegando frente a mis ojos como un fascinante recorrido por nuestra historia reciente que me iba develando página a página el entramado político, social, económico, cultural, que ha ido configurando nuestro presente y sin duda alguna, nuestro futuro.

Al leer la bien documentada obra, no pude menos que asumir cuán poco sabemos de cómo se fueron produciendo los hechos, como se fue tejiendo la historia, como manos siniestras - a menudo con demasiado acento yanqui -, estuvieron siempre presentes, prestas a abortar cuanto intento liberador se ponía en marcha.

Este libro es mucho más que una simple recopilación cronológica. Es un material de trabajo de primer nivel para el estudioso. Es fuente de documentación para el investigador. Es análisis compositivo, es relación de los elementos históricos, es visión procesal.

Y si bien es de una tremenda objetividad histórica, el sólo recorrido de sus páginas no deja de ser también homenaje para quienes han luchado permanentemente por los mejores valores del Ser Humano.

Luego de revisar detalladamente la historia política de cada país, se despliega una descripción procesal de la región, década por década. Luego se avanza a un análisis profundo pero esta vez mirando desde las generaciones, desde la economía, desde las ideas, desde la política. Esta mirada procesal me ha parecido un verdadero aporte para la comprensión de lo vivido por nuestros pueblos. Permite entender mejor nuestro pasado reciente, pero sobre todo, encuentro aquí una valiosa herramienta que nos permite reflexionar sobre nuestro futuro.

¿Quiénes somos?. ¿Hacia donde vamos?

Son las preguntas que recorren mi corazón y mi mente mientras vuelvo sobre los Andes y la Amazonía.

Algo nuevo está sucediendo en las cabezas de los habitantes de América Latina. Algo nuevo parece impregnar la atmósfera social. No se trata del paisaje urbano de las supercarreteras, los centros comerciales, los teléfonos móviles. Ni tampoco de las dificultades para sobrevivir en el mundo de hoy, donde todo, absolutamente todo, está basado en el dinero. Estamos asistiendo al surgimiento de los primeros intentos emprendidos por los pueblos del continente para encontrar salida a un momento muy angustioso de su vida social. Mas allá de lo acertadas o equivocadas que puedan ser esas respuestas, lo importante es la búsqueda de un nuevo camino que permita salir de la violencia y la discriminación que se experimenta en el vivir cotidiano. No se trata de la continuidad del economicismo, pero tampoco de un surgimiento revolucionario clásico, sino de una búsqueda mucho más profunda para desmarcarse de aquello que los oprime, que los asfixia, aunque no sepan con exactitud qué es.

Sin duda que estamos viviendo un cambio cultural muy profundo porque en todas partes emerge un nuevo sentimiento liberador que busca concretarse en el paisaje social. El cambio ha sido interior, de sensibilidad y esa nueva percepción del mundo encontrará su expresión social y política. Son los pueblos quienes están eligiendo gobernantes que rompen con los parámetros homogéneos de la globalización, son ellos los que están levantando lo distinto, los que se abrieron a nuevas respuestas y a nuevos riesgos.

La pseudo integración regional basada únicamente en criterios económicos se está encontrando con problemas y comienza a chocar con la expresión cultural de una diversidad que quiere desplegarse

y le está haciendo el vacío a sus propuestas. Ese nuevo proyecto regional afirma al individuo, pero no al individualismo; afirma lo nacional, pero no al nacionalismo; afirma la raíz cultural de los pueblos pero no la violencia enraizada en ellos; afirma a la mujer, pero también al hombre; afirma al joven, pero valora a los mayores.

En Latinoamérica se vislumbra una posibilidad, existe el espacio para levantar un proyecto latinoamericano que proponga algo verdaderamente nuevo y que sirva de cimiento para la nueva civilización planetaria. Son los vientos de los Andes, el calor de la Amazonía y la brisa de los Océanos que en su encuentro disuelven las diferencias, las disputas y las pequeñeces. Latinoamérica es un paisaje hecho de muchos paisajes, una mirada hecha de muchas miradas, que unas veces se funden y otras veces se separan. Aquí se encuentran los de adentro y los de afuera, las etnias indígenas y la migración europea, asiática y africana. El lugar de “todas las sangres”, de las múltiples miradas que deben empezar a reconocerse y encontrarse. Cada latinoamericano es un rostro hecho de muchos rostros.

Los invito a leer esta obra con espíritu aventurero, acompañando a Javier Tolcachier mientras va desplegando frente a nosotros nuestro propio pasado. Los invito a seguirlo cuando nos invita a construir un nuevo futuro. Sin duda este libro se convertirá en un material de consulta permanente para cada uno de nosotros.

Septiembre 2008, en pleno vuelo, al parecer sobre Ecuador...

Tomás Hirsch

INTRODUCCIÓN

El propósito del presente estudio es mostrar los trazos más gruesos de los avatares políticos en la región latinoamericana a lo largo de los seis decenios que median entre 1950 y el año de su redacción, 2008.

Se nos ocurre que podría revestir cierto interés establecer una suerte de línea de proceso en cada país, revisar similitudes entre esos procesos, relacionar los acontecimientos con hechos o tendencias relevantes de cada momento a nivel regional y mundial para, finalmente, verificar cuál podría ser una mirada que diera cuenta de cómo se ha llegado al momento actual, ubicándonos con mayor profundidad en el presente y más claramente de cara a las resoluciones a futuro.

En el momento actual los análisis son usualmente fragmentarios en tiempo y espacio. Se propagan explicaciones de coyuntura sin considerar la matriz histórica sobre la cual se asientan y se entiende a cada lugar como un cubículo apartado de los demás, como quien pretende que la lluvia caiga sólo sobre el propio jardín y no en el del vecino.

Desde la confusión que produce esta mirada parcializada y corta, sobre todo a la hora de la toma de decisiones en el campo individual, político y social, nos parece ciertamente importante la presentación conjunta de las situaciones políticas acaecidas y la elaboración de alguna hipótesis que, como mínimo, amplíe los contextos de los conjuntos que actúan en la región.

El título del trabajo nos pone además en la situación de establecer algunas consideraciones generales sobre la mirada desde la que abordamos la investigación.

Así como la constitución sensorial de nuestro cuerpo y las complejas relaciones que nuestra conciencia establece dificultan la percepción de fenómenos trascendentes a la misma, haciendo de la imprescindible inmortalidad humana una hipótesis a la cual es necesario llegar por fe y experiencia, así también la libertad humana, característica esencial y creciente de la especie, se ve coartada en su afirmación por las arcaicas creencias en una supuesta determinación natural e histórica.

De este modo, la “libertad entre condiciones” (condición cierta de nuestra especie), se tergiversa con la restricción del primer término, produciendo inmovilidad histórica y frustración del futuro.

Por otra parte, el veloz desarrollo científico ha superado ya aquellas sólidas pero inexactas ideas del absolutismo mecánico, proponiendo la afirmación de una probabilística, según la cual la concurrencia de determinados fenómenos aumenta en ciertas condiciones. Esta Ley de la Posibilidad, no sólo permite la superación de toda “excepción a la regla”, incluyendo toda desviación como parte misma de la ley, sino que además - y fundamentalmente - brinda el escenario dinámico necesario donde nuevos y desconocidos eventos pueden ocurrir.

En la esfera social, dicha probabilística será de mucho mayor interés para el análisis, ya que en ésta se encuentra el factor más azaroso e indeterminado de toda la Historia: el Ser Humano. Como se verá, adherimos con fervor a la idea de la libertad humana, y a partir de ella, a la posibilidad de toda transformación futura.

El nombre “Memorias del Futuro” pretende entonces denominar una exposición en la cual la “memoria” no es una coerción determinista, sino huella y materia prima posibilitaria, dependiendo el futuro de lo que la imaginación y la acción de los conjuntos sociales humanos hagan con esa memoria.

Nos gustaría además aprovechar esta introducción para señalar algunos defectos de este trabajo, a saber:

a) se ha priorizado la comprensión general y global, sin profundizar demasiado en factores endógenos de cada país (que pudieran ser relevantes para otros estudios más puntuales), produciendo un reduccionismo en el estudio de los procesos nacionales que con todo derecho puede ser calificado de superficial.

b) al tratarse de un trabajo histórico se ha acudido a fuentes diversas, en las cuales la interpretación de sus autores presupone un horizonte determinado que moldea en definitiva el contenido encontrado allí. Al tomar en cuenta que lo que ha sido tomado como fuente informativa por nosotros no es, ni puede ser, sino una interpretación de los hechos, pueden existir serios deslices informativos o interpretativos. O sea, descargamos parte de nuestra irresponsabilidad sobre los hombros de personas que nada tienen que ver con el presente estudio.

c) el autor interpreta desde su paisaje epocal y de formación, distinto a aquél donde sucedieron las cosas, por lo que deben tomarse las conclusiones como una interpretación, pudiendo obviamente disentir cualquier lector con las mismas. Curioso ha sido también constatar cómo desde la sensibilidad particular del autor, ciertamente ubicado en la izquierda humanista no violenta, propulsora de la transformación personal y social, se ha variado - o dudado - en la ponderación de fenómenos similares. Un ejemplo de dichas valoraciones previas es que el registro producido en el autor en el estudio de las “dictaduras” de izquierda o reformismos sociales de la región era mucho más cercano a la justificación moral que los actos de aquellos represores que, sin duda, actuaban identificados con la derecha defendiendo privilegios de las minorías.

d) la obra carece de un riguroso método. Aún cuando la pretensión es cultivar cierta comprensión estructural dinámica sobre los fenómenos, apoyándose en un esquema compositivo (de partes), relacional (de relación entre partes) y procesal (de dinámica de dicha relación en el tiempo), tal intención se vuelve improvisación, vagando el autor por las sendas de la intuición inductiva, tan afectas al pensamiento cartesiano. Por el contrario, al emprender el camino opuesto, el de la deducción de situaciones particulares en base a enunciados generales, el estremecimiento positivo que algunas relaciones nos producían hacía que las pruebas a las que sometíamos a los casos puntuales no fueran sino someras y veloces. Admitimos por tanto - no sin cierto alivio - el alejamiento del rigor metódico, al que, por otra parte, no somos afectos.

e) el lenguaje y la sintaxis utilizados no se condicen con una intención divulgativa, recurriendo frecuentemente a una terminología barroca. Por otra parte, en ocasiones el vuelo poético pretendido se estrella irremediablemente ante la irrupción de expresiones coloquiales.

f) la extensión del estudio atenta contra toda posibilidad de despertar entusiasmo en los lectores. Como paliativo, ofrecemos a los mismos la posibilidad de acceder directamente a los capítulos finales, sin compartir el tedioso andarivel de cada uno de los países.

Por último, ninguna dificultad estructural podrá encubrir carencias propias de investigación e interpretación del autor.

Córdoba, Argentina, Agosto 2008

RESUMEN Y SÍNTESIS POR PAÍS

ARGENTINA

El proceso político de Argentina en el periodo abarcado por el estudio está marcado por la irrupción en los años 40' de un fuerte movimiento popular-sindical cuyo líder es el general Juan Domingo Perón y su expresión institucional el Partido Laborista (luego Justicialista). Este movimiento surge inspirado en la ideología corporativa mussoliniana, adaptada al panorama local.

Los derechos y logros sociales, que serían largamente reivindicados y sellarían la fuerte influencia que tuvo el peronismo en la política nacional hasta la actualidad del presente estudio, se concretan en el período de la primera presidencia peronista (46-52), fundamentalmente en base a los importantes ingresos por exportación de cereal y carnes durante la guerra mundial. Ese gobierno ejecuta una política fuertemente industrialista y estatista, de marcada alianza con los sectores obreros, hecho que le genera la fuerte oposición de los sectores conservadores de la oligarquía agropecuaria del país.

Para entender sin embargo la historia de aquellos años, así como toda la historia argentina posterior, es imprescindible retrotraerse al último cuarto del siglo XIX, más precisamente al año 1879, donde el general Roca acomete la Campaña del Desierto, que no era otra cosa que una guerra expansionista para acceder a los territorios patagónicos, poblados por pueblos originarios tehuelches. Acaso inspirado en la similar conquista del lejano oeste en Norteamérica, la ideología y práctica de quien luego sería presidente era esencialmente racista, derivando en el genocidio inmediato y posterior de aquellas etnias. Transcribimos aquí un párrafo del informe de la "Comisión Científica" que acompañó al ejército en aquella oportunidad, cuya elocuencia no admite demasiadas interpretaciones:

"Se trataba de conquistar un área de 15.000 leguas cuadradas ocupadas cuando menos por unas 15.000 almas, pues pasa de 14.000 el número de muertos y prisioneros que ha reportado la campaña. Se trataba de conquistarlas en el sentido más lato de la expresión. No era cuestión de recorrerlas y de dominar con gran aparato, pero transitoriamente, como lo había hecho la expedición

del Gral. Pacheco al Neuquén, el espacio que pisaban los cascos de los caballos del ejército y el círculo donde alcanzaban las balas de sus fusiles. Era necesario conquistar real y eficazmente esas 15.000 leguas, limpiarlas de indios de un modo tan absoluto, tan incuestionable, que la más asustadiza de las asustadizas cosas del mundo, el capital destinado a vivificar las empresas de ganadería y agricultura, tuviera él mismo que tributar homenaje a la evidencia, que no experimentase recelo en lanzarse sobre las huellas del ejército expedicionario y sellar la toma de posesión por el hombre civilizado de tan dilatadas comarcas.”

Así se señalaba, sin la más mínima aprensión, que había que garantizar al “asustadizo capital” la tranquilidad para apoderarse de aquellas gigantescas tierras. Todo esto había sido ya previamente acordado con los principales hacendados que habían fundado en 1868 la Sociedad Rural Argentina. Éstos habían suscripto bonos preadjudicándose la tierra. Se calcula que más de cuarenta millones de hectáreas fueron repartidas o vendidas a muy bajo costo a dichos productores y a capitales ingleses y franceses. Hasta se canceló la deuda con la soldadesca con tierras, pero éstos, necesitados de efectivo, vendieron todo a los terratenientes locales. Así se cimenta el latifundio agropecuario argentino y el poder de la aristocracia de pocas familias. Con Roca además, se afirma la concepción positivista del progreso, que signará fuertes cambios en el sistema educativo, en la composición demográfica del país (promocionando la inmigración europea y la europeización en general) y debilitando lo que eran los privilegios ancestrales de la Iglesia que sin embargo resiste aliada a algunos grupos opuestos que forjarían en adelante el cuño conservador.

Por la época llegarán dos adelantos técnicos fundamentales que se instalarán con tremenda influencia en la realidad nacional: el ferrocarril y los frigoríficos. Ambos, por supuesto, de la mano de la técnica y la financiación inglesa. Una amplia red de trenes se extiende por entonces transportando los productos del campo a la portuaria (porteña) Buenos Aires. Pero la revolución exportadora se produce con la instalación de grandes factorías, llamadas “frigoríficos”, que procesando la conservación y el envasamiento de la carne mediante el frío, permitieron que ésta pudiera permanecer en óptimo estado dadas las distancias que debía atravesar para llegar a la mesa de los compradores extranjeros. A la vera de dichos establecimientos

industriales surgirían los primeros sindicatos y muchos de los clubes de football - como actividad recreativa de la mano de obra - que luego harían famosa a esta lejana tierra del Sur. Muchos de esos clubes mantienen en la actualidad sus viejos nombres ingleses, haciendo referencia a aquellos comienzos. Por la época, Berisso, una pequeña localidad cercana a La Plata, a unos cincuenta kilómetros de la capital, se convertía en uno de los centros laborales principales con la instalación de los mayores frigoríficos de la época, que luego pasarán a manos norteamericanas (las transnacionales Swift y Armour, que a su vez tiempo después se fusionarían). Y de aquel lugar partirán las históricas columnas de obreros que, varias décadas después, el 17 de Octubre de 1945, colmarían la Plaza de Mayo pidiendo la liberación del general Perón, a la sazón prisionero por la presión conservadora sobre las fuerzas armadas.

Ese apoyo popular haría que Perón, ya candidato, fuera electo presidente con el 56% de las preferencias, a pesar de la cerrada oposición de la oligarquía terrateniente, comercial e industrial y con la decidida contra de la administración norteamericana.

El embajador Braden lideró abiertamente el antiperonismo de la época, como correlato de la guerra que había acabado de librarse contra el Eje fascista, cuyas ideologías nacionalsocialistas formaban buena parte del ideario del popular general y además como represalia por haber mantenido una postura neutralista sin ingresar en la guerra como lo solicitaban los norteamericanos. Dicho accionar derivaría luego en el golpe conocido como Revolución Libertadora, en 1955, que explicaremos algo más adelante.

Pero entre Roca y Perón habían sucedido algunas cosas más: el liberalismo krausista había llegado también a estas orillas, emanado de importantes luchas filosóficas en los claustros españoles de mediados de siglo XIX, impregnando a dirigentes como Leandro N. Alem y su sobrino Irigoyen, quienes fundan la socialdemocracia local llamada “Unión Cívica Radical”. Así se erigían los inicios de una frágil democracia y se profundizaba en la construcción de una educación laica y pública. Irigoyen muestra sin embargo, pese a su progresismo, sus límites por izquierda, reprimiendo en su primer mandato movilizaciones de inspiración marxista y anarquista. Así, se sucederían las violentas represiones de la “Semana Trágica” en 1919 y la conocida como “Patagonia Rebelde” en 1922, ya bajo el gobierno del radical antipersonalista Marcelo Torcuato de

Alvear, ambas expresiones fruto de la fuerte estela de la revolución bolchevique de 1917 en Rusia.

Pero la reacción conservadora y eclesiástica, tocada en sus intereses, no le había ido en zaga, imponiendo gobiernos militares de facto para cerrar el paso al liberalismo. En 1930, José Félix Uriburu, hijo de quien había sido presidente bajo el poder de Roca anterior a su segunda presidencia, voltea a Irigoyen e instituye una dictadura, dando inicio a aquel período conocido como la “década infame”, caracterizada por el fraude como normalidad electoral y la persecución a toda oposición, además de una extendida corrupción.

Los beneficios recogidos en la Primera Guerra ya habían menguado y el mundo estaba de nuevo en plena crisis recesiva. El gobierno inglés cerraba la importación de carnes de todo aquel país que no perteneciera al Commonwealth británico. El modelo conservador, basado precisamente en la exportación de carne y granos, perdería así su principal mercado. Eso no podía tolerarse y otro hijo, el hijo de Roca, en su calidad de vicepresidente del militar Justo, quien sucedió a Uriburu, firma un pacto con los ingleses, conocido como Runciman-Roca, donde a cambio de permitir una cuota de “carne argentina”, el Imperio se asegura una serie de privilegios, afianzando su poder económico en el país.

Esta íntima ligazón de capitales ingleses y aristocracia argentina, entroncada a su vez con los estamentos militares protectores, genera al inicio de la Segunda Guerra la postura de “neutralidad” bélica. Ésta apuntaba a preservar el envío de alimentos a la potencia británica en guerra, dado que un alineamiento automático hubiera puesto en el blanco del Eje enemigo a las embarcaciones de transporte, arriesgando el avituallamiento.

Por otra parte, cierta afinidad con el fascismo en facciones de las fuerzas armadas hacía de contrapeso a aquellos que por presión de EEUU, a partir de 1941, querían la entrada en la confrontación.

Ése es el contexto del golpe militar de 1943, donde un grupo de militares reemplazaría a Ramiro Castillo, vicepresidente sucesor de Ortiz, miembro de la facción antipersonalista del radicalismo, adversaria de Irigoyen y aliada a la dictadura conservadora a través de la “Concordancia”. En la “segunda fila” de aquel golpe, detrás de los generales Ramírez, Rawson y Farrell, participaba activamente el por entonces coronel Juan Domingo Perón, quien ya entramaba

como secretario de Trabajo una fecunda relación con los gremios surgidos del incipiente desarrollo urbano e industrial.

Su unión matrimonial con Eva Duarte (“Evita”), una actriz radiofónica, daría pie además a que una mayoría abrumadora de mujeres apoyara al peronismo, a quienes éste daría el derecho a voto en 1947. Eva encarna el papel de “Dama de Beneficencia” en el tablero peronista, sumando a sus dotes estéticas una fuerte sensibilidad social que llegaría a interactuar con el autoritario general. Su temprana muerte, a los 33 años (míticamente simbólicos en la esfera cristiana), significó un verdadero dolor para muchos argentinos.

De este modo, Perón, como comentamos antes, arrasa en aquella votación del 46’ pudiendo implementar el espíritu keynesiano de la fuerte intervención estatal y la elevación de la capacidad de consumo popular en un marco corporativista, al que las nuevas clases urbanas y obreras adhirieron con fervor, disfrutando de las bondades de un nuevo horizonte de posibilidades de movilidad social que Perón gestaba con los fuertes ingresos que había dejado la guerra al país. La sustitución de importaciones con la instalación de muchos establecimientos fabriles y el desarrollo de la infraestructura seguirían la corriente que soplaba por la época en muchos lugares.

Pero los halcones de Eisenhower, en la continuación de la guerra, ahora contra los soviets, no perdonarían ninguna desobediencia y mucho menos una relativa autonomía nacional en términos económicos y de política exterior, que no encajaba en sus planes geopolíticos. Por otra parte, dentro de los “aliados”, se verificaba a nivel mundial el desplazamiento de la vieja potencia británica por la nueva potencia surgida de aquel regazo colonialista, los Estados Unidos de América.

En Argentina, ello significaría una fuerte lucha por remover el poder inglés firmemente enraizado en la economía nacional, para reemplazarlo con capital norteamericano. Perón, como otros nacionalistas de la época, veía en esa lucha entre imperios y transnacionales la posibilidad de que muchos de aquellos importantes negocios (sobre todo los estratégicos), quedaran en manos del Estado o al menos, de modo mixto, asociado con capitales nacionales. Todo esto explica de algún modo el escollo que significaba Perón para la política norteamericana de la posguerra.

Las familias de la oligarquía local consideraban impropia la sustitución del modelo agroganadero que tanto los favorecía y mucho menos apropiada la nueva dignidad organizada de los trabaja-

dores, convertidos en un elemento de poder al que no estaban acostumbrados.

Algo similar ocurría con el radicalismo, que pese a haber estado su facción más progresista proscripta en los 30' y 40', veía en el peronismo un movimiento que competiría por las preferencias políticas de un sector de los que se habían creído dueños y señores, el proletariado.

Por último, la Iglesia, quien inicialmente apoyó a Perón en virtud de su anticomunismo y antiliberalismo, terminó en un duro enfrentamiento con el general, cuyos afines salieron a quemar iglesias poco después del bombardeo de Plaza de Mayo en 1955. La cúpula católica - siguiendo los lineamientos vaticanos - impulsaba un partido socialcristiano en estas latitudes, despojando al peronismo de aquella etiqueta ideológica y quitándole respaldo. Además, en el mismo estilo que cierto arzobispo guatemalteco, que por aquella época azuzaba a las masas con la efigie de un Cristo Negro, incitándolas a plegarse al golpe contra Jacobo Arbenz, la Iglesia apoyaba firmemente el alzamiento de las Fuerzas Armadas que derrocaría a Perón en Septiembre de 1955.

Esta “Revolución Libertadora” tenía similares características al golpe pergeñado por la CIA en Guatemala y que se había consumado apenas unos meses antes. Ni siquiera el nombre fue modificado para oscurecer el parentesco entre los hechos o acaso intencionalmente para mostrarlos.

Pero antes del golpe, y luego de ser abrumadoramente reelecto para un nuevo período en 1951, Perón ya había variado significativamente el rumbo. Su segunda presidencia, truncada en 1955, ya no vería nuevos derechos sociales sino que por el contrario pretendería frenar el fuerte avance del salario y congelar, no sólo los precios, sino además las expectativas de las masas. Europa se recuperaba de su devastadora guerra y comenzaba a producir nuevamente, lo cual reducía las posibilidades exportadoras. Las inversiones reemplazaban al consumo, del cual vivía el modelo que no había logrado ser del todo industrialista y seguía dependiendo de la exportación primaria. En otras palabras, Perón ya no contaba con tan abundantes recursos para redistribuir riqueza o, al menos, para mejorar la pobreza y favorecer el consumo. También debe verse este retroceso de la “revolución justicialista”, como una consecuencia de la caída del fascismo europeo y de la pérdida de apoyo interno de

varios sectores que se sentían ahogados por - al decir de Ortega y Gasset - la “revolución de las masas” y por el gobierno autoritario de Perón.

Los militares inician con el golpe de 1955 una serie que se continuaría en 1966 y 1976 con breves interrupciones de gobiernos civiles de la Unión Cívica Radical en el marco de una estricta proscripción del peronismo.

Esta orientación política antiperonista, dictada por el poder conservador (llamada en ámbitos peronistas “gorilismo”) tiene relación con la articulación dentro del justicialismo de la inmensa mayoría del movimiento obrero y sindical. A partir de los siguientes golpes, la represión incluiría también por supuesto a las nuevas facciones contestatarias surgidas desde la izquierda marxista.

Luego de un breve gobierno de Lonardi, asume la presidencia el general Aramburu, quien poco después ordena fusilar a un grupo de militares y civiles encabezados por el general Juan José Valle, que se conjuran para intentar restituir el gobierno legal. El grupo guerrillero Montoneros, de extracción peronista, secuestraría a Aramburu en 1970, asesinándolo de un tiro en cautiverio cuatro años después, en venganza (llamada por la época “justicia revolucionaria”) por aquellas actuaciones durante su presidencia.

Los militares convocaron a elecciones en 1957 para intentar descomprimir la situación política del país. Arturo Frondizi, dirigente de una de las dos facciones en las que se había dividido el radicalismo, gana la elección apoyado en un pacto con Perón en el exilio, cuyo movimiento seguía vedado de participar.

Frondizi hace un gobierno desarrollista, en consonancia con las indicaciones de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y la Alianza para el Progreso de Kennedy. El industrialismo cobra aquí su máximo desarrollo y ciertas premisas del peronismo siguen vigentes, pese a que se denota una fuerte apertura a los capitales extranjeros de la mano de economistas liberales como Frigerio o Alsogaray, quienes serían figuras decisivas en los procesos de desnacionalización que se continuarían en los gobiernos militares posteriores y sobre todo en los 90’ bajo la égida de Carlos Menem. Durante el gobierno de Frondizi, la Iglesia Católica volvió a la carga para recuperar sus prerrogativas sobre todo en el ámbito educativo, que había resignado parcialmente a través del gobierno peronista.

En las elecciones de 1962, con la participación parcial del peronismo, éste gana 10 de las 14 gobernaciones en juego, lo que hizo que Frondizi, once días después, fuera derrocado por un golpe militar. Las cartas estaban echadas, Frondizi era un híbrido a medio camino entre el viejo radicalismo del reformismo liberal y el nacionalismo desarrollista que había instalado el popular Perón. En realidad Frondizi es depuesto luego de más de veinte intentos de golpe previos, lo que nos acerca a la comprensión de la propensión militar a controlar nueva- y directamente el todo social.

El sucesor Guido, también radical, es controlado por las fuerzas armadas. Dispone la anulación de las elecciones anteriores y establece un gabinete en el que se incluyen nuevamente varios representantes de la oligarquía terrateniente, entre ellos Alfredo Martínez de Hoz, quien se destacaría como ministro de Economía de la dictadura militar posterior. De este modo, entre 1955 y 1983, último año de dictadura militar en Argentina, la lucha de los sectores de poder económico estaría dirigida a mantener a sus “hombres” en el ministerio de Economía, al tiempo que toda orientación de signo contrario era reprimida por las fuerzas del orden. De este modo, las Fuerzas Armadas cumplieron en todo ese período con la función de servir de policía a dichos sectores y, como es conocido, de aplicar el estadounidense “plan Cóndor”, que preveía la represión de todo intento revolucionario o progresista en el Cono Sur.

Al breve interinato de Guido, seguirían elecciones obviamente restringidas en las cuales resulta electo el radical Illia. El voto en blanco - impulsado por el peronismo - salió segundo.

Arturo Illia, médico y radical del Pueblo (facción opuesta a los intransigentes de Frondizi), había comenzado sus estudios en 1918, en el auge del movimiento estudiantil de la Reforma Universitaria. Dicha Reforma, que marcó lo que posteriormente sería un importante desarrollo de la educación terciaria en Argentina, perseguía los objetivos liberales de preservar la ciencia y la educación fuera del ámbito del control dogmático (de gobiernos y el catolicismo), abriéndola por otra parte al ingreso de sectores populares, dejando atrás su carácter restringido reservado a las elites. Estudiantes como Illia, de raigambre inmigrante, explican precisamente esta necesidad. Ese paisaje de formación impulsa a Illia a aumentar fuertemente los recursos educativos y a generar diversos logros en este ámbito, como por ejemplo un plan nacional de alfabetización.

Pero su gobierno, a pesar de que había levantado la proscripción al peronismo, estaba condicionado por la fragilidad en la cual había surgido, es decir, con la prohibición del movimiento mayoritario y bajo la supervisión militar. Es curioso constatar como todos los gobiernos socialdemócratas (radicales) del siglo, con la sola excepción de la primera presidencia de Irigoyen y la de Marcelo T. de Alvear, no completaron su mandato. En tres oportunidades (segunda presidencia de Irigoyen, Frondizi e Illia) debido a golpes militares, en otras dos (Alfonsín y De la Rúa) con motivo de graves descalabros económicos.

Los militares imponen en 1966 a Onganía en el poder. La oleada de movimientos revolucionarios en toda la región había comenzado en la euforia posterior al triunfo de Fidel Castro y el argentino Ernesto Guevara en Cuba. Una nueva generación despertaba poniendo en tela de juicio los valores del paisaje gestado en la primera mitad de siglo. Era necesario implantar el orden. Y el orden requería el desorden de la guerra interior.

La Escuela de Guerra entrenaba ya por la época a militares de todo Latinoamérica para la estrategia contrainsurgente, función que luego cumpliría la Escuela de las Américas panameña. Dicho entrenamiento incluía las más “sofisticadas” técnicas de tortura traídas desde Francia (la siempre avanzada en materia de ilustración) y que habían sido desarrolladas en las guerras contra los movimientos de liberación nacional en Argelia e Indochina.

Los uniformados uniformantes veían con estupor y desagrado esa ola de rebelión juvenil contra la opresión de la “moral y las buenas costumbres” que despertaba en todas las latitudes y no estaban dispuestos a tolerarla. En la mira particular de la represión - que luego se tomaría mucho más amplia - estaba el surgimiento de fuertes movimientos guerrilleros, que constituían una minoría dentro de aquella generación pero que expresaban con claridad su dialéctica. El PRT-ERP, guerrilla marxista leninista denunciaría en 1968 el “burocratismo” de las viejas cúpulas del partido Comunista, al tiempo que los tanques soviéticos entraban en Praga. Perón mostraría cuan profundo era este abismo generacional cuando en Mayo de 1974 sindicó como “imberbes y estúpidos” al grupo peronista Montoneros, derivado en parte de la agrupación de ultraderecha Tacuara y de algunos militantes de las Juventudes Católicas argentinas. La organización pasaría poco después a la

clandestinidad total, entrando en la órbita de ataque de la Alianza Anticomunista Argentina organizada por López Rega (ministro de “bienestar social” de Cámpora, Lastiri y Perón) y posteriormente del terrorismo de Estado que llevaría a cabo el gobierno militar denominado “Proceso de Reorganización Nacional”.

Volviendo una dictadura atrás, a la “Revolución argentina”, la política económica de Onganía continuaría las tradicionales aperturas a los capitales privados y el congelamiento salarial sin resignar sin embargo la obra pública. Las huelgas no serían permitidas y las protestas reprimidas. Así, en 1966, los “bastones largos” de la policía golpean a estudiantes y docentes universitarios. Así, en 1969, ante el clamor popular que dio paso al “Cordobazo”, una pueblada conjunta de obreros, estudiantes y vecinos en la industrial y universitaria ciudad mediterránea, la violencia militar no se haría esperar.

Pocos días antes, el 4 de Mayo de 1969, un desconocido llamado Silo, arengaba a unos pocos seguidores en un paraje montañoso alejado de las grandes ciudades a acometer una revolución más profunda, la revolución que comenzando en el interior del ser humano aspiraba a despejar a la sociedad humana y su futuro de toda forma de violencia.

En aquellos años de confrontación dialéctica no sería escuchado sino perseguido y difamado junto al minúsculo grupo de jóvenes que resonaron con aquella prédica. Aquella enseñanza, sin embargo, daría origen a un Mensaje y un Movimiento que se expandirían luego hacia todo el mundo, afirmando su validez humanista y espiritual, al tiempo que uno tras otro caerían los absolutismos dominantes por aquella época.

Alejada de aquella voz adelantada, la violencia social iría en aumento. Los canales de participación formales darían paso a un aumento del guerrillerismo y una nueva agrupación de extracción cristiano nacionalista (Montoneros) hace su aparición secuestrando a una simbólica figura del golpe antiperonista del 55’, el teniente general Aramburu. Poco antes, el Partido Revolucionario de los Trabajadores decidía la opción armada formando el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo).

Los militares dirigidos por Lanusse removerían a Onganía, disolviendo su ensueño de dictadura franquista y su relativa valoración

del peronismo como fuerza de contención anticomunista, colocando en su reemplazo al general Roberto Levingston, por entonces agregado militar en Washington.

Poco después, éste daría con su renuncia paso a la presidencia del comandante del Ejército, Alejandro Lanusse. Lanusse, quien al contrario de Onganía había sido partícipe de los “colorados” en la interna militar, que rechazaban de plano todo entendimiento con el peronismo, fue precisamente quien posibilitó el regreso triunfal del peronismo con el “tío” Cámpora como candidato, secretario privado y emisario de Perón. El general regresado del exilio español estaba aún proscrito para la presidencia pero los arreglos hechos habían permitido que su partido recuperara la posibilidad de presentar candidatos.

Los militares pretendían continuar el modelo a través de una alianza cívico militar (el Gran Acuerdo Nacional, diseñado por el radical Mor Roig, ministro del Interior de Lanusse). Sin embargo, esto no funcionaría y se haría necesario descomprimir una situación que se había tornado crítica y a la vez, estabilizar cierto acuerdismo en base a opciones políticas que no pusieran en peligro el modelo “occidental, cristiano y capitalista”. Esa era la opción “de mínima” para los militares que, finalmente, se avinieron a ella.

El mandato de Cámpora duró menos de dos meses, dando paso a la elección de Perón con el 60% de los sufragios, quien asume la presidencia en Septiembre de ese mismo año 1973. La derecha del peronismo definía claramente su orientación anticomunista, comandada por el “Brujo” José López Rega, un ex policía que compartía intereses espiritistas con Isabel Martínez de Perón, segunda esposa del general y presidenta en sucesión constitucional luego de su muerte en 1974.

Al recrudecimiento de la violencia insurgente siguió la censura y el rigor represivo oficial y paramilitar. La economía no ayudaba, la recesión mundial luego del embargo petrolero, la suspensión de las compras cárnicas desde Europa, producían severos aprietos, emisiones monetarias y devaluaciones virulentas. En 1975 se produce el recordado “Rodrigazo” del flamante ministro de economía Celestino Rodrigo, apadrinado por López Rega, quien renuncia luego de la reacción social general ante el caos de precios y desabastecimiento que desató aquella medida. Éste era el principio del fin del gobierno de “Isabelita”. Los militares no desaprovecharían

la ocasión y en la turbulencia general, derrocarían al gobierno civil, comenzando los siete nefastos años de Juntas militares que llevarían a una guerra declarada contra los movimientos contestatarios y finalmente, en un intento desesperado de recuperar legitimidad, a la confrontación bélica con Gran Bretaña por la soberanía de las Islas Malvinas, que se saldaría con la derrota argentina y el fin de aquel penoso período.

Jorge Rafael Videla, jefe del ejército, presidiría la primera fase de aquella dictadura encuadrada en el “plan Cóndor” que Kissinger y la CIA habían diseñado. El objetivo del mismo era tortuoso pero simple: eliminar físicamente a toda oposición de izquierda. Así, no sólo los militantes armados cayeron ante los operativos de las fuerzas armadas y policiales, sino un sinnúmero de activistas sociales, políticos e intelectuales con afinidad progresista. Todo joven era un potencial subversivo.

Hacia 1978, mientras el fervor futbolístico y la propaganda desinformante del régimen festejaban la victoria en la competencia mundial de aquel deporte organizada en este país, los oscuros esbirros torturaban, mataban o hacían desaparecer a quienes no comulgaban con el circo romano del momento. En el campo económico, el dilecto representante de una de las principales familias de estancieros, José Martínez de Hoz, se ocuparía firmemente durante todo el período de Videla, de perforar el esquema industrialista-nacionalista conduciendo un aperturismo ilimitado, predecesor del neoliberalismo que cundiría en el país (y en la región toda) a partir de los años 90’.

A contracorriente de su declarado objetivo de atraer inversiones y estimular la productividad, el resultado de aquel ministerio fue el de una explosión de la especulación, la quiebra de muchas pequeñas y medianas empresas y el portentoso aumento de la deuda externa, ya que el Estado se hacía cargo de gran parte de las deudas privadas. Luego de él, bajo la presidencia de Viola (reemplazante de Videla) otro “muchacho” de la misma escuela, Roberto Alemman, continuaría la misma senda.

La casta militar había cumplido la tarea. Miles de muertos y desaparecidos eran el resultado de la “pacificación”. Ya era tiempo de despedirlos y el poder norteamericano se lo haría saber a los lacayos de manera contundente. El apoyo logístico a Inglaterra durante la Guerra de Malvinas sería la señal.

Corría 1982 y Reinaldo Bignone, último gobernante militar, luego del estruendoso fracaso de Leopoldo Galtieri en Malvinas, se vería forzado por la intensísima presión popular a convocar a elecciones.

En el retorno a la democracia, en Octubre de 1983, resulta electo el radical Raúl Alfonsín, sucesor del extinto líder Balbín. La mayoría obtenida, sorpresiva para muchos, señalizaba que los argentinos querían dejar atrás un conflictivo pasado. El recuerdo del último caótico gobierno peronista, del que además el candidato justicialista de 1983, Luder, había tomado parte protagónica, estaba aún fresco en muchos.

Sin embargo, el pasado emergió con virulencia ensombreciendo rápidamente las frescas esperanzas. Por derecha, Alfonsín cedió a la presión militar con la Ley de Punto Final y Obediencia Debida para limitar el enjuiciamiento a sus miembros por violaciones a los derechos humanos. Por izquierda, las voces que propugnaban dichos juicios consideraban insuficientes las condenas dictadas por entonces contra los principales dictadores. El establecimiento de una comisión de esclarecimiento (CONADEP), bajo la presidencia del escritor Ernesto Sábató, alumbró a muchos argentinos la criminalidad institucional que habían padecido en el último decenio.

Otro tanto sucedía con la herencia económica. El cuadro de una abultada deuda que comprometía los recursos del Estado, deuda contraída por gobernantes ilegítimos para fines ilegítimos, minaba cualquier proyecto de desarrollo que se propusiera Alfonsín. Además de ello, la enconada oposición de la poderosa corporación obrera, la CGT de filiación peronista, no auguraba nada bueno.

En el aspecto de la deuda, Alfonsín asumió la misma actitud de “obediencia debida” al poder financiero y convalidó los crímenes económicos que se habían efectuado contra el país a cambio de algún nuevo crédito que le permitiera paliar las demandas sociales de una población asfixiada por la inflación. El escenario internacional de recesión no ayudaría y esta misma inflación se desbocaría, al igual que en otros puntos, desembocando en un anticipado traspaso de mando en 1989 al electo Menem (PJ).

El “Turco”, como apodan los argentinos a los descendientes de inmigrantes de todo el Próximo y Medio Oriente con el habitual

desenfado que haría ruborizar a cualquiera que haga de la precisión un culto, era hijo de inmigrantes sirio libaneses establecidos en una pequeña provincia llamada La Rioja. Al igual que en otras localidades del interior, esta familia se había convertido en un fuerte grupo económico, representando algo similar a lo que Mariátegui había llamado gamonalismo, es decir, un poder local autoritario, paternalista e incontestable para cualquiera que pretendiera sobrevivir o prosperar en ese punto. Carlos Menem fue gobernador de dicha provincia previo a la presidencia e intentaba trazar un paralelo a un líder federalista riojano de la época posterior a la independencia colonial, Facundo Quiroga, remedando incluso su estética con las mismas espesas patillas que luciera el antiguo caudillo. El slogan “Síganme, que no los voy a defraudar” sería parte de esta comedia publicitaria. Una gran parte del pueblo argentino lo siguió.

El partido Justicialista sufre un importante vuelco ideológico en la gestión de Carlos Menem, que prosigue a la perfección las políticas de desindustrialización, desnacionalización y endeudamiento que ya habían sido efectuadas durante las dictaduras militares. El neoliberalismo reinante en la época era el eje central del discurso y la acción de gobierno.

Las burocratizadas empresas del Estado, que a partir de los años 40’ habían sido uno de los puntos de apoyo fundamentales del desarrollo, fueron rematadas a empresas transnacionales ávidas de nuevos mercados y de recuperar el terreno que el Estado keynesiano y cepalista les había arrebatado. Pero no sólo los activos serían vendidos, sino que también las funciones básicas del Estado serían socavadas por la política menemista. Sobre todo la salud y la educación, ámbitos cuya gratuidad y amplitud Argentina mostraba al mundo con orgullo como símbolos de solidaridad social, se confrontaban con una desinversión pública que abría el paso a prestatarias privadas. La salud, la educación, la seguridad, la vialidad, las comunicaciones, la ciencia, todo era negocio. La sinrazón mercantilista había ganado estas tierras.

Las personas corrientes, viviendo cotidianamente sin ahondar demasiado en los procesos, estaban conformes. Menem había estabilizado la moneda y la puso en paridad con el dólar estadounidense. Argentina era - o parecía al menos - parte del primer mundo desarrollado. Las nuevas tecnologías habían llegado

y el crédito de consumo fluía por doquier. Todo el pueblo estaba endeudado pero lleno de electrodomésticos.

El “uno a uno” peso-dólar fue la herramienta extorsiva para lograr la reelección. El miedo al fantasma de la devaluación monetaria comprometía el bolsillo de los argentinos endeudados en dólares. ¿A quién le importaban las ideas o el proceso histórico del país? Así continuó Menem en la presidencia “justicialista”, cuya mayoría a estas alturas ya estaba sólo preocupada por cuotas de poder o negocios individuales. El sindicalismo peronista se había transformado en parte del empresariado. Obrero se había convertido en una mala palabra, todos eran ya “trabajadores”.

Por supuesto que la fiesta de la “pizza y el champán” como una canción de rock bautizó a este período entre 1989 y 1999, era - momentáneamente - costeadada por préstamos del FMI, que enviaba inspectores económicos para garantizar el cumplimiento del mandato neoliberal. Estos créditos frescos servían también para pagar los intereses de la fuerte deuda externa heredada de la época militar y en menor parte del alfonsinismo. Pero el día del Juicio Final llegaría. La deuda externa se había cuadruplicado y tomado dimensiones inverosímiles comprometiendo años de recaudación fiscal y de inversión social.

Luego del extremo crecimiento de la pobreza y la desocupación, fruto de las políticas neoliberales, asume el último presidente radical, Fernando De La Rúa, quien abandona la presidencia anticipadamente, en medio de una protesta contundente de las clases bajas y medias, despertando estas últimas del sueño consumista con sus ahorros confiscados en el así llamado “corralito” (en estos lares pecuarios, la cerca dentro de la cual se confina a los animales).

Poco antes los argentinos se volcaban a las calles al grito de “Que se vayan todos”, mostrando así el descrédito que por la época vivía la mayor parte de la clase política en todo Latinoamérica.

Después de un período transitorio, asume nuevamente una facción del justicialismo conducida por Carlos Kirchner, quien favorecido por un contexto internacional de altos precios y demanda alimenticia internacional, logra frenar la pauperización y el endeudamiento progresivo. Los derechos humanos forman un importante componente de la agenda de ese gobierno, como respuesta a la represión de los años 70.

El gobierno de Kirchner se enrola en la corriente redistributiva que en el mismo sentido desarrolla Lula Da Silva en el Brasil, política que apunta a incluir paulatinamente a las franjas sociales excluidas, sin romper lanzas con los sectores capitalistas. El Estado vuelve a tomar cierto rol protagónico, aunque con menor estridencia e impacto que en el desarrollismo nacionalista de Perón o Vargas. Se fortalece la idea geopolítica del multilateralismo y la multipolaridad, con ciertas similitudes a aquella vieja idea del movimiento no-alineado, emergiendo un bloque opuesto a la dirección anexionista norteamericana propugnada por el ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas).

El amplio apoyo popular a esa gestión, se ve reflejado en la elección de Cristina Fernández de Kirchner en el año 2007, compañera política y personal de su predecesor, con el signo de la continuidad.

Síntesis

El peronismo - movimiento popular, sindical, nacionalista, industria-lista, de corte autoritario y personalista e inspiración fascista - encarna luego de la segunda guerra mundial las aspiraciones de progreso de una creciente masa obrera, producto de la industrialización del país y de la migración interna del campo a la ciudad. La oligarquía terrateniente - años después alineada firmemente con el modelo neoliberal - y la política exterior norteamericana, intentan frenar el avance en materia de derechos sociales a través de golpes militares en 1955, 1961 y 1966, proscribiendo al peronismo y permitiendo sólo débiles intentos democráticos de la social democracia, funcionales en general a la descompresión de tensiones sociales.

Luego del breve gobierno de Isabel de Perón (1973-1975), a la muerte del líder del Justicialismo, se reinstaura la dictadura militar implementando una feroz represión conocida como Guerra Sucia.

A partir del desgaste generalizado del modelo militar, esta lucha por la conservación - y nueva ampliación - de privilegios de las minorías, con la consecuente concentración de capital, se traduce en el vaciamiento ideológico del justicialismo, adhiriendo a los postulados básicos del neoliberalismo reinante a partir de la mitad de los 80'y en los 90'.

Finalmente se produce la crisis de dicho modelo neoliberal y emerge una nueva variante justicialista que privilegia el crecimiento económico en base a una moneda subvaluada en un renovado esquema agroexportador, con subsidios para reducir la pobreza extrema y desalineándose de la sangría de la voracidad financiera internacional. En este sentido, los dos últimos gobiernos justicialistas, si bien pueden ser caracterizados como “progresistas”, retoman algunos aires nacionalistas del viejo peronismo remozados en un contexto de integración regional y también integrando acordes de gestión socialdemócrata, morigerando la exclusión sin afectar de raíz la concentración propietaria. De este modo se explica, en lo político, la “transversalidad” en la que se apoyan (una especie de concertación plural inorgánica con gobiernos provinciales y locales de distinta procedencia partidaria).

Sin embargo, este mosaico de intereses diversos se resquebrajará debido al pragmatismo y la coyunturalidad en los que se funda. Esta fracturación será apoyada por los grupos de poder renuentes a la política de redistribución y por un automatismo opositor - débil pero amplificado por los medios cuasi monopolísticos de difusión - que intentará renacer de sus cenizas reagrupándose en torno a la figura de algún líder conservador.

BOLIVIA

Desde la invasión española de mediados de segundo milenio (según la misma cronología impuesta desde entonces) Bolivia sufre siglos de despojo colonial, de explotación de la población, reducida a condiciones de vida cercanas al esclavismo, saqueo permanente de los recursos naturales, sumado a guerras de rapiña por parte de naciones vecinas (Guerras del Chaco, del Acre, del Salitre), apoyadas e impulsadas por potencias extranjeras.

Hacia mediados del siglo XVIII, para citar sólo un ejemplo, Potosí, con su Cerro Rico, sería la tercera ciudad más rica del mundo luego de Londres o París. Al mismo tiempo, la esperanza de vida de un minero proveniente de las etnias originarias del Altiplano, no llegaba a superar los 40 años.

En ese histórico contexto de saqueo y brutalidad para con los habitantes locales, surge en 1941 el MNR, Movimiento Nacionalista Revolucionario, guiado por Victor Paz Estenssoro, promoviendo una reforma radical de las reglas de juego.

Bolivia había quedado debilitada luego de la sangrienta y difícil Guerra del Chaco (1932-35), donde Paraguay le disputó ese territorio por la expectativa surgida de la extensión de las perforaciones petrolíferas y la necesidad de control de navegabilidad del río Paraguay, con la posibilidad de salida al Océano Atlántico. Bolivia, había sido reducida a la condición de mediterraneidad, perdiendo su litoral costero en la Guerra del Pacífico (1879-1884). Paraguay había seguido un destino similar, siendo su población masacrada durante la guerra contra la Triple Alianza (1864-1870).

El proyecto nacionalista del MNR se dirige a terminar con un sistema de explotación feudal y reconducir los resultados económicos de las importantes reservas naturales de Bolivia, principal fuente de recursos del país, para el beneficio nacional en desmedro de los intereses transnacionales, sindicados con razón como la principal fuente de perjuicios. Es obvio que tal proyecto no contaría con la aprobación de los por entonces poderosos.

Durante el primer gobierno de Paz Estenssoro, se nacionalizan las minas de estaño, se promueve la sindicalización obrera con la formación de la Central Obrera Boliviana (COB), se instituye el voto universal, la disolución del ejército y la instauración de milicias

obreras, se efectúa una reforma agraria. En este turbulento paisaje se reprime también toda protesta opositora.

La política nacionalista y popular del MNR prosigue durante la presidencia de Hernán Siles Zuazo (vicepresidente y estrecho colaborador del máximo líder de ese partido) y una nueva reelección de Paz Estenssoro, hasta que el golpe militar de René Barrientos (vicepresidente en su segundo mandato) lo derroca en 1964, poco después de que Paz Estenssoro fuera reelecto por tercera vez.

Aquel golpe procede en Noviembre de 1964. Pocos meses antes, en Marzo, las Fuerzas Armadas de Brasil habían derrocado a su vez al presidente Joao Goulart, quien también conducía reformas progresistas. Otros meses más atrás, en Octubre de 1963, Oswaldo Lopez Arellano hacía lo propio en Honduras con el gobierno también constitucional y reformista del doctor Villeda Morales. En varios otros países ya gobernaban dictadores alineados con el interés principal de USA en la región: cortar de cuajo las posibilidades de imitar el triunfo de la revolución cubana de 1959 y alejar la influencia del “fantasma rojo” soviético de la región.

El gobierno de facto de Barrientos, luego “legitimizado” en 1966 mediante elecciones, más allá de la procedencia MNR de Barrientos, fue, como dijimos, funcional al combate que USA libraba por aquellos años contra los ascendentes movimientos de izquierdas, en particular las facciones guerrilleras. En este período es abatido el Che Guevara. Barrientos contaba por la época por supuesto con el apoyo decidido de la CIA norteamericana y con el asesoramiento del criminal de guerra nazi Klaus Barbie.

Coincidentemente se produce una apertura al inversionismo privado, luego del fuerte estatismo preconizado por los gobiernos nacionalistas de la revolución del 52’.

Junto a Barrientos actuó organizando el golpe de 1964, co-gobernando y posteriormente sucediéndolo, otro militar, Alfredo Ovando Candía, quien intenta reconectar con ciertos significados revolucionarios nacionalistas de 1952. Este general nacionaliza el petróleo y aglutina por izquierda intelectuales en su gobierno, mientras prosigue la férrea represión antiguerrillera. Este período se continuó con el también militar nacional-revolucionario Juan José Torres, quien sería posteriormente asesinado en Buenos Aires en 1976 en el marco de la Operación Cóndor.

En 1971, Jaime Paz Zamora funda el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) como aparato político para apoyar desde la civilidad las reformas que venía desarrollando el gobierno de Torres. Este partido surgido desde concepciones marxistas, derivaría luego hacia posiciones socialdemócratas, terminando en el cataclismo que arrastró a todos los actores políticos tradicionales al abismo del repudio popular en el año 2003. Poco antes de eso, Zamora apoyaría al neoliberal proyanqui “Goñi” (Gonzalo Sánchez de Lozada), arrojando al viento toda coherencia posible con sus contestatarios orígenes en aras del inmediateismo pragmático.

Tres décadas atrás, el general Torres había ido muy lejos, afectando al igual que Candia intereses directos de las transnacionales petroleras y acercando relaciones con Cuba y la Unión Soviética.

En ese contexto, apoyado por Washington, toma el poder mediante golpe en 1971 Hugo Banzer Suárez, militar que había sido parte de la gestión del dictador Barrientos como ministro de educación.

Banzer impulsa una agenda desarrollista, favorecido por los altos precios internacionales de las materias primas. Por supuesto proscribía partidos de izquierda y persigue a toda su dirigencia. Apoyándose en sus inicios en dos partidos fuertes (el MNR y FSB, su oposición de derecha), expulsa luego todo componente partidario y se centra exclusivamente en el poder de las Fuerzas Armadas, acentuando el carácter dictatorial del régimen a partir de 1974.

Entre 1978 y 1980 se producen nuevos golpes ante el avance de ideas progresistas y de democratización. En una suerte de videoclip moderno, se suceden seis presidentes distintos en aquellos breves veinticuatro meses. El guión sería algo así:

Corre el año 1978, el jefe de la Fuerza Aérea, Juan Pereda Asbún, hombre de confianza del dictador Banzer y su ministro del Interior, triunfa en elecciones amañadas por el régimen. El fraude, rechazado por el pueblo y anulado luego por el propio Banzer, pretendía frenar la victoria indiscutible de Hernán Siles Zuazo, líder de la alianza Unidad Democrática y Popular, que formó con otros partidos de izquierda a semejanza de aquella Unidad Popular que había triunfado con Allende en Chile. Siles Zuazo, se había ya separado del MNR en 1964 y el diferendo de liderazgo personal con su compañero Paz Estenssoro se volvería enfrentamiento irreconciliable al apoyar

Zuazo inicialmente el golpe de Barrientos contra aquél. Pereda Asbún no deja sin embargo impune la estratagema banzerista para permanecer en el poder y al mejor estilo de su jefe, lo derroca, validando por la fuerza lo que el fraude había dejado inconcluso.

Cuatro meses después, un grupo de oficiales liderados por David Padilla remueve a Pereda Asbún y se propone una agenda de convocatoria electoral para el año siguiente. Los tiempos de James Carter en el Norte habían comenzado el año anterior y éste quería devolver a los hombres de armas a los cuarteles. Es Noviembre de 1978. Padilla cumpliría su promesa y se retiraría nueve meses después.

En la elección vencería Siles Zuazo, pero sin mayorías absolutas, por lo que el Parlamento boliviano, en un ejemplo del componendismo del que hacían gala los políticos de profesión, otorga la presidencia interina al presidente de aquel cuerpo, Walter Guevara Arze en Agosto de 1979. Menos de tres meses duraría Guevara en Palacio Quemado. Otro general, Alberto Natusch, también del núcleo dilecto de Banzer, quiere colocar su cuadro en la galería de presidentes, aunque su mandato dure apenas dieciséis días. El pueblo y la Central Obrera Boliviana, conducida por su referente máximo Juan Lechín, impidió que este intento neobanzerista prospere.

El Congreso elegiría nuevamente al sucesor interino, que en este caso - y por primera vez en Bolivia - sería una sucesora. Lidia Gueiler Tejada, presidenta de la Cámara de Diputados, asumiría en medio de la tormenta institucional de aquellos fines de 1979, siendo hasta hoy la única presidente mujer en toda la historia de este país. Al igual que en otros lugares, la justicia y la igualdad, tan proclamada por cientos de miles de candidatos políticos, no ha tenido en cuenta algo tan elemental como la participación plena femenina en la vida pública. En la mayoría de las naciones, el sufragio pleno de la mujer se impone definitivamente luego de la Segunda Guerra, entre varias otras cosas, porque las damas debieron asumir un papel protagónico social luego de la masacre mundial que impusieron las apetencias de algunos ...hombres.

Pero volvamos a nuestra Bolivia de fines de los 70'. Poco antes de consumarse la elección de 1980, que, tras los fracasos electorales del 78' y 79' debería devolver a los bolivianos una presidencia constitucional, se produce un atentado a la nave aérea en la cual volaban varios candidatos progresistas de la UDP. La similitud

de este accidente con los producidos al año siguiente, en los que morirían los populares presidentes Roldós Aguilera (Ecuador) y Torrijos (Panamá), opuestos a los designios norteamericanos en la región, hace surgir la sospecha de un modus operandi del terrorismo imperial. El hecho de que el avión donde volaba Siles Zuazo, que salvó su vida (y reforzó su popularidad), era propiedad de Luis Arce Gómez, posteriormente criminal ministro del Interior del dictador García Meza, aumenta la certidumbre de un complot. Lo que sucedió después simplemente da paso a la certeza.

En 1980 toma el poder García Meza, evitando la asunción del nuevamente electo Siles Zuazo. García Meza ejerce la dictadura con represión sangrienta, en un entorno de corrupción sin límites y vinculación de ministros de estado con el narcotráfico.

El encuadre regional sigue siendo monstruosamente dictatorial. En Argentina, está al mando el general Videla, en Chile Pinochet, en Brasil Figueiredo, en Paraguay Stroessner, en Uruguay el hombre fuerte es Gregorio Álvarez y siguen los nombres crueles: Paz García (Honduras), Romeo García (Guatemala), Duvalier (Haití). Pocos meses antes había caído Somoza en Nicaragua y el triunfo sandinista encendió la alerta dando la razón a los implacables sicarios del fascismo norteamericano instalado en las huestes republicanas. Era hora de acabar la farsa y recrudecer la batalla contra los soviéticos. Poco después Reagan presentaría su plan de Guerra de las Galaxias, aceleraría la carrera armamentista para liquidar tecnológica- y financieramente a la URSS y apoyaría firmemente a Saddam Hussein contra un nuevo tipo revolucionario aparecido en el Oriente Medio: el fundamentalismo islámico, que comandado por los hombres de religión condenaba la imposición de un modelo de vida occidental. Los mullahs volteaban al Shá en Enero de 1979, en Julio los sandinistas entraban en Managua.

Los delitos cometidos por García Meza y sus colaboradores los llevarían tiempo después al banquillo de los acusados. Al caer este último gobierno militar por presión popular en 1982, se abre una nueva etapa democrática en Bolivia.

En 1982 la UDP de Siles Zuazo asume el gobierno, siendo convalidada la elección de 1980 en la que éste había conseguido un 34% de las preferencias populares. Esta etapa, sin embargo, es signada por graves crisis económicas que fuerzan su renuncia.

En 1985 vuelve a la presidencia Victor Paz Estenssoro, a través de componendas en el Congreso luego de haber sido segundo en la elección detrás de Banzer (ADN), pero esta vez desarrolla un programa de corte pragmático y neoliberal, diseñado por el entonces ministro de planeamiento Gonzalo Sánchez de Lozada.

El neoliberalismo - y la traición de los líderes a los viejos ideales populares - llegaba a Bolivia con toda su fuerza y en esa línea se inscribieron Jaime Paz Zamora (mirista - socialista en alianza con la derecha ADN de Banzer), electo por el sistema de negociaciones políticas en 1989 con sólo el 19% de votación popular.

Cuatro años después, cuando parecía que el sistema capitalista y los EEUU gobernarían el mundo eternamente, Gonzalo Sánchez de Lozada, “Goni”, digno representante de aquel vasallaje, accede a la presidencia en 1993.

El vaciamiento ideológico de la época, que sería llenado por el pragmatismo globalizador y privatista, se muestra en el hecho de que el empresario minero Lozada es electo con la sigla del MNR, el partido conductor de la revolución que propugnaba la nacionalización de los recursos de la minería.

En 1997 Banzer vuelve a ser electo, apoyado en minoría por su antiguo socio “socialista” Paz Zamora, sufriendo su gestión el embate de la fuerte presión social y popular, donde se destacan los nuevos movimientos sociales y campesinos, liderados entre otros por Evo Morales.

Banzer muere y Quiroga, su joven vicepresidente (a quien podríamos denominar “yuppie modélico”) finaliza su mandato. “Yuppie” era el apelativo que se usaba por la época para aquellos profesionales severamente afeitados devotos del dinero y la libre empresa, en contraste con el vocablo “hippie” que describía a los melenudos de la generación contestataria en los años 60’.

En el año 2002 es electo nuevamente Sánchez de Lozada, pero el pueblo estaba ya cansado de confiar en las mentiras de los candidatos de la política tradicional. En esta elección, el sistema había cerrado el paso al candidato de los de abajo, Evo Morales, promoviendo a “Goni” a la presidencia mediante pactos políticos.

El “cuoteo” (reparto de puestos) era la práctica corriente y el camaleonismo de unos y otros había cavado la tumba de un sistema político cortesano, que explotaría en las movilizaciones

populares del año 2003, forzando la renuncia de Goni en su segundo mandato.

La fuerte resistencia de organizaciones campesinas y sindicales se articuló con fuerza incontenible ante las impopulares medidas antisociales que dictó Sánchez. En términos generales, lo que produjo la caída de Goni fue el fiel cumplimiento del mandato globalizador y las imposiciones de los organismos financieros, en nombre de un todopoderoso, virtual e inasible dios llamado “Mercado”, transfiriendo al capital privado la propiedad colectiva estatal.

Puntualmente, el enojo que derivó en rebelión popular, se debió a la muestra de insensibilidad de un gobierno que pretendía exportar gas a precios de remate, al tiempo que gran parte de los bolivianos sufría las inclemencias del frío en el duro y elevado paisaje del Altiplano.

Carlos Mesa (vicepresidente de “Goni”) y posteriormente Rodríguez Veltzé (juez de la Corte Suprema) presiden un período de transición hacia nuevas elecciones.

En 2006 asume con el 54% de los votos, hecho inédito en la historia política boliviana, Evo Morales Ayma, dirigente cocalero e indígena, con fuerte apoyo de los movimientos campesinos, sociales y cuadros de izquierda nucleados en el MAS (Movimiento de Acción al Socialismo).

Evo Morales desarrolla un gobierno humanista, procediendo a la nacionalización de los hidrocarburos, el reconocimiento político de la pluriethnicidad, renunciando a la guerra como método de resolución de conflictos y alineándose con fuerza en un integracionismo regional antiimperialista, encarnado en el ALBA y el Tratado de Comercio de los Pueblos. O sea, respondiendo al reclamo popular que representa.

Todo ello se suma a una coherencia con las promesas pre electorales y a una intachable honestidad personal, que contrasta poderosamente con la mentira, el chantaje y la corrupción que habían gobernado la política de los años anteriores en toda la región.

Los sectores privilegiados de Bolivia no podrían soportar tanta rectitud, pero sobre todo, no aceptarían sin presentar batalla el recorte de sus negocios. Tampoco los Estados Unidos quedarían

imposibles ante este nuevo avance de las mayorías excluidas, por primera vez representadas por un presidente de su mismo color de piel y sus facciones esculpidas por la larga historia de privaciones y saqueo.

Con el apoyo de las empresas de medios, la oposición se embarcaría en el intento de bloquear sistemáticamente el proceso de cambio liderado por Morales. El separatismo cobra fuerza, asociado a un racismo apenas disimulado y a una herencia de centralidad que había sido aprovechada precisamente por aquellos que ahora se rasgaban las vestiduras reclamando mayor “autonomía”.

Sin embargo, más allá de las coyunturas, Morales había logrado devolver a las mayorías silenciosas la dignidad personal y cultural. Quinientos años de historia comenzaban a quedar atrás y los sometidos no clamaban venganza, sino un futuro de posibilidades para todos. Un gran ejemplo para el mundo.

Síntesis

En el contexto de las legítimas aspiraciones de autogobierno y bienestar del pueblo e inspirado en la ideología corporativa europea (que fundamentó los fascismos electos en Europa en la década del 30’), surge el Movimiento Nacional Revolucionario, que gobierna o influye ideológicamente en los gobiernos democráticos y militares hasta los años 80’.

Este movimiento, si bien opuesto en su esencia al desarrollo económico liberal individualista a ultranza que promovía USA, y aún apoyado en sus inicios fuertemente por los sindicatos mineros y la COB, fue útil a la represión de los movimientos marxistas que se extendían por América Latina en el enmarque de la posguerra y la posterior Guerra Fría entre la URSS y USA.

Los gobiernos militares o civiles a partir de 1981 y hasta 2005 asumen los postulados neoliberales del “consenso” de Washington, tergiversando toda identidad ideológica y colaborando en su pragmatismo con la decadencia acelerada de la corrupta partidocracia.

En 2006, en la figura de Evo Morales Ayma, un popular dirigente de las bases campesinas y de origen indígena, las mayorías excluidas consiguen plasmar con una aplastante victoria electoral sus reclamos

sociales. Por primera vez en la historia del Estado boliviano, un indígena es electo presidente.

Esta elección está inscrita en un nuevo movimiento liberacionista contra las imposiciones del vecino del Norte, que se teje en los países de Latinoamérica a partir del avance de gobiernos de centro izquierda con muy fuerte respaldo popular.

En el corazón de América, desde una de las naciones con indicadores sociales de menor desarrollo, se produce un ejemplo histórico de avanzada. Se demuestra que otro futuro es posible y necesario y que la violencia pertenece al pasado conservador y no a la revolución.

BRASIL

En 1951 es electo presidente Getulio Vargas, una de las personalidades políticas más fuertes en el Brasil de este siglo. Esta sería su tercera y última presidencia, la cual no concluyó, suicidándose en el palacio de gobierno de Río de Janeiro en 1954. Para comprender entonces los contextos de la “era Vargas”, que influiría la vida política de ese país desde los años 30⁷ y hasta finales de los años 80⁷, es decir, por un lapso de 50 años, es necesario remontarse a la revolución de 1930 y mejor aún, al nacimiento republicano del Brasil en las postrimerías del siglo XIX.

La república federativa del Brasil, como asociación de Estados autónomos, surge en 1889 presidida por el Mariscal Deodoro da Fonseca, que reemplaza el régimen monárquico vigente desde la independencia de la corona portuguesa. Este republicanismo, sin embargo, y a diferencia de otros sistemas influidos por las revoluciones francesa y americana, no pone el acento en los derechos individuales sino que pretende conservar los privilegios de las oligarquías terratenientes, sobre todo de los grandes Estados (Río Grande do Sul, Minas Gerais, Sao Paulo). Así, los presidentes de los Estados federados (en la actualidad llamados gobernadores) deciden quién será el presidente del país, realizándose elecciones por voto calificado, con un censo de votantes exiguo y bajo la atenta mirada de los “coroneles”, quienes velan militarmente por cada una de las “patrias” o estados autónomos. A ese esquema se lo denomina la República Velha o “vieja república”.

En este panorama, Getulio Vargas construye su base de poder en Río Grande do Sul. Logrando el apoyo de partidos contrincantes, comienza una protesta contra el poder central que propugna el voto universal y secreto y logra agrupar a intereses muy variados en una Alianza liberal que toma el poder luego de denunciar fraude electoral y un golpe interno en las fuerzas armadas. De particular interés es que esa Alianza, además del apoyo de gobernadores de Minas Gerais, Paraíba, Río Grande y de las clases medias, contó con el “tenentismo”, un movimiento de tenientes en el ejército que se oponía a la corriente de defensa del esquema vigente por parte de los coroneles. Aún cuando el tenentismo, así como otros sectores abandonan a Vargas posteriormente por sentirse traicionados, la influencia de aquella revolución llegaría hasta las presidencias de

los dictadores Castelo Branco (64') Médici (69') y Geisel (74'), todos provenientes de aquel movimiento militar.

Vargas preside un gobierno provisorio en 1930, pero se ve presionado dos años después por una nueva revolución constitucionalista desde Sao Paulo que pretende que se cumplan las premisas democratizadoras de la revolución que poco antes había depuesto al presidente Washington Luis.

Getulio derrota militarmente a los insurrectos, pero el reclamo de aquéllos triunfa, eligiéndose una Asamblea Constituyente en 1933, votando en ella por primera vez las mujeres y sancionando una nueva constitución en 1934. Allí comienza la segunda presidencia de Vargas, esta vez por mandato constitucional.

En este período crecen la influencia de movimientos de derecha (Acción Integralista Brasileira, de corte fascista) y de izquierda (Alianza Nacional Libertadora, dominada por el Partido Comunista Brasileiro). En 1937, Vargas proscribe a la ANL, anula las libertades cívicas con un autogolpe, proclamando la doctrina del "Estado Novo". Esta doctrina estaba inspirada ideológicamente (y tenía la misma denominación) que la creación de Antonio Salazar, quien fue primer ministro de Portugal desde 1932 hasta 1968, que promovió una especie de fascismo concertado con todos los sectores conservadores.

En 1945 una nueva asonada militar depone a Vargas, para permitir un intento democratizador. El militar Gaspar Dutra, quien había sido ministro de Guerra de Vargas es electo (Partido Social Demócrata), siendo el alejamiento de Getulio relativamente formal.

Finalmente Getulio Vargas completa con el período 1951-54, para el que es nuevamente electo, su era de gobierno en Brasil, caracterizada por un fuerte carisma popular, la instalación duradera del intervencionismo estatal en la economía brasileira y la afirmación de un nacionalismo que no afecta por completo los intereses autonómicos, otorgando derechos laborales y sindicales a las grandes mayorías sin destruir los privilegios de los grandes oligarcas regionales y que logra la modernización e industrialización del país sin liquidar viejos lazos feudales que subsisten en varios estados de la república.

En este último período de gobierno, Vargas continúa con medidas de impacto directo en la clase obrera como la duplicación

salarial, catalogada como “populismo” por críticos conservadores e izquierdistas. Pero además, se crean en este mandato las grandes empresas estratégicas de propiedad estatal, como Electrobrás y Petrobrás.

El sector conservador se haría eco de la presión norteamericana para frenar el poderío de un Estado grande que amenazaba contrarrestar la dominación absoluta que Eisenhower pretendía establecer en su “patio trasero”. Corría el año 1954 y Castillo Armas derrocaría a Arbenz en Guatemala (otro presidente de fuerte tono reformista social) por cuenta y a las órdenes norteamericanas. Un año después los militares argentinos derrocarían al “populista” Perón, de idéntico signo.

La destitución de Vargas se acercaba. Pero éste, a diferencia de Perón, que era trece años menor, eligió el suicidio como último gesto político, produciendo su carta de despedida tales movilizaciones populares, que impidieron el golpe de Estado.

Del Getulismo surgen el PSD (partido socialdemócrata), del que una facción junto al partido “opositor” complaciente de la dictadura, MDB, se convertirían en 1980 en el PMDB (Partido Movimento Democrata Brasileiro) y el PTB (Partido Trabalhista Brasileiro) que dominarán la escena política del país hasta 1964, con los gobiernos de Joscelino Kubitschek, Janio Quadros, Mazielli y finalmente Joao Goulart, quien prosigue la tarea de articular reformas sociales de importancia.

Pero también Tancredo Neves (PMDB), quien, en su calidad de ministro de Justicia de Vargas, leyó por radio la carta de Getulio luego de su muerte, sería electo presidente en 1985, poco antes de seguir la ruta de su anterior jefe, pero de muerte natural.

Y aquel estilo de gobernar agradando y favoreciendo a las clases bajas, sin afectar del todo intereses económicos elitistas y con una fuerte preponderancia del Estado en las políticas de desarrollo haría escuela en Brasil atravesando las distintas décadas, dejando inclusive ecos cincuenta años más tarde, durante el gobierno de izquierdas del ex sindicalista metalúrgico Lula da Silva.

Pero retomemos la cronología que habíamos dejado a la muerte de Getulio Vargas. Luego de un período inestable de aproximadamente un año y medio, es electo Joscelino Kubitschek, desarrollista social-

demócrata quien gobernará entre 1956 y 1961.

Es el tiempo de las grandes obras de infraestructura, la Alianza para el Progreso y el sueño de que la industrialización y el desarrollo traerían nuevas perspectivas para superar la pobreza. La línea de fuerte acción estatal es complementada por el arribo de inversiones privadas extranjeras que participan en la generación de las primeras concentraciones fabriles. Coincidentemente se produce una fuerte migración interna desde los estados más rurales hacia las ciudades, especialmente desde el Norte y Nordeste.

Kubitschek es el impulsor de la construcción de la nueva capital, la ciudad modélica Brasilia. La idea era arriesgada: erigir artificialmente un centro de gobierno, alejado de los tradicionales estados poderosos (Río Grande do Sul, Sao Paulo, Minas Gerais), balanceando la federación hacia regiones menos desarrolladas y empobrecidas. Por otra parte, la construcción de Brasilia lejos de la costa, señalizaba la intención de desprenderse de un modelo imperial de esclavitud y dependencia exportadora de materias primas no elaboradas.

Su sucesor electo, Janio Quadros, recibe la presidencia en 1961 en la recién fundada Brasilia. Por aquella época, presidente y vice eran electos individualmente y no como fórmula. Junto a Quadros como presidente, es elegido como vicepresidente Joao Goulart, quien había acompañado al candidato opositor del Partido Trabalhista Brasileiro, el militar Texeira Lott.

El mandato de Quadros duraría sólo algunos meses. La “escoba” que enarboló durante su campaña contra la corrupción no pudo barrer mucho. Su ordenanza de prohibir el uso de la bikini en las playas de Brasil quedó en el recuerdo del país como una excentricidad más de su breve gobierno. Quadros no era confiable. Criticaba y reprimía a la izquierda, pero condecoraba al Che Guevara.

Ante su renuncia, toma la presidencia Joao Goulart, quien también había sido vicepresidente de Kubitschek y anteriormente ministro de Trabajo de Vargas. Durante los dos primeros años es “maniatado” políticamente por el Congreso a través de un sistema parlamentarista que luego, plebiscito mediante, devuelve a Brasil a su presidencialismo característico. Y es este político, quien aún siendo un rico terrateniente, inicia una moderada reforma agraria - punto clave para desestabilizar el viejo poderío de los hacendados,

herederos del sistema colonial y continuadores de su violencia económica. Se anunciaba también una próxima nacionalización del petróleo, atacando los intereses de las compañías extranjeras. Goulart concitaba además un fuerte apoyo en el sector popular, siendo visto de algún modo como un continuador del esquema getulista. La perspectiva de un Brasil fuerte, desarrollado, independiente y - sobre todo - con señales de justicia social, era inaceptable, como ya comentamos antes, tanto para la estrategia norteamericana en la región como para el establishment local.

Goulart es derrocado en 1964 por un nuevo golpe militar que coloca al ya mencionado “tenentista” Castelo Branco en el sillón presidencial. Tras el golpe, comenzó en Brasil una represiva dictadura militar que duró veinte años, hasta la elección de Tancredo Neves en 1985. El antiguo orden social oligárquico triunfaba por sobre el “Estado Novo”, nacionalista y popular.

Luego de Castelo Branco, asumen Da Costa e Silva y Garrastazu Médici, con los cuales se consolida la persecución de toda oposición política. Los procesos contestatarios de la generación joven ya estaban en pleno desarrollo y la fricción entre el viejo orden y las nuevas proclamas revolucionarias se profundiza y radicaliza.

El general Médici, quien había sido jefe de los servicios de seguridad nacional durante la dictadura de Da Costa, elimina toda libertad pública y logra controlar los movimientos radicales mediante la represión y el asesinato de sus principales líderes.

La farsa política se enmarcaba institucionalmente en dos partidos: uno de ellos, el oficialista partido cívico militar llamado ARENA, la misma denominación que los militares y paramilitares salvadoreños eligieron para su agrupación ultraderechista a partir de 1981, luego de las temibles y sangrientas dictaduras de aquel país. El otro era el Movimiento Democrático Brasileiro, que avalaba la actuación militar, pero nucleaba a políticos de distintas procedencias de centro y derecha y que con el tiempo se constituiría, con la sumatoria de miembros de la socialdemocracia, en el PMDB.

Médici llega al término de su “mandato” (mandato de los grupos de poder y la estrategia contrainsurgente de la CIA) y es sucedido por Ernesto Geisel en 1974.

La guerra de Yom Kippur entre israelíes y árabes terminaría en 1973, pero el fantasma del embargo petrolero a Occidente por

los principales productores de crudo había dejado su sello. La independencia energética era vital para el desarrollismo y, en el campo económico, ésta fue la principal preocupación del general descendiente de alemanes. De este período son el programa de reemplazo del petróleo por alcohol, carbón y la construcción de las grandes centrales termonucleares e hidroeléctricas.

Pero el país - que en el sentir brasileiro era - “o mais grande do mundo” amenazaba con tener también la deuda externa “mais grande do mundo”, exagerando un poco al mejor estilo de esta cultura. El período de las grandes obras de infraestructura de los distintos gobiernos militares y el avance industrial que constituían el “milagro económico”, terrón de azúcar con el cual se endulzaba el garrote que blandían en la otra mano, no eran sino realizaciones “a crédito”. La monstruosa provisoriedad de la ocupación militar ilegítima se haría sólo patente años después, cuando gobernantes electos tuvieron que hacer frente a la hipoteca estatal que se había generado en esta época.

La economía del mundo había entrado en un ciclo recesivo y lo que antes había sido un caudaloso flujo financiero, se transformó en un desierto llamado por los entendidos “creciente iliquidez”. Alguien había desconectado la música y acallado el samba. Por lo demás, la senectud de los gobernantes mostraba su absoluta obsolescencia. El pueblo, a través de cada vez mayores protestas lideradas sobre todo por el fuerte sindicato metalúrgico, pedía democracia.

En esta situación asume el último dictador militar, Joao Figueiredo, quien permite en 1980 la legalización de nuevos partidos, aboliendo la estructura falsamente bipartidista que pretendía preservar la fachada de institucionalidad durante la dictadura. Sin embargo, la elección que daría paso al gobierno civil, pese al reclamo popular, sería todavía una elección indirecta realizada entre los miembros del Congreso.

Tancredo Neves es electo de esa manera pero no llega a asumir, convirtiéndose su vicepresidente Jose Sarney en el nuevo presidente constitucional del Brasil (1985).

El gobierno Sarney será conocido por el proceso de avance en la democratización del país, que culminó con la aprobación de la Constitución de 1988 y la realización de las primeras elecciones directas para Presidente de la República después de

29 años. Económicamente este gobierno tuvo serias dificultades desembocando en un proceso de galopante hiperinflación.

La dictadura había dejado heridas humanas, políticas, sociales y económicas. El pasado cobraba tributo y no sólo Sarney era rehén de ese pasado. También Alfonsín en Argentina, Siles Zuazo en Bolivia, Hurtado en Ecuador, Belaúnde Terry en Perú, Sanguinetti en Uruguay y algunos más corrían la misma suerte. El Estado era un barco que naufragaba y los otrora altivos uniformados, desataban presurosos a los prisioneros en las bodegas, para que se hicieran cargo de los estragos de su gestión inconsulta.

Una nueva dictadura asomaba en el horizonte: la de los impecables hombres de números, quienes en realidad ya habían hecho de las suyas en los pasillos donde resonaban los tacos de las botas. Estos tecnócratas, que en nombre de la libertad y eficiencia del mercado rematarían los activos estatales, pese a parecer disímiles, compartían con los hombres de armas un signo distintivo: su crueldad social.

En 1990 gana las primeras elecciones directas Fernando Collor de Melo, con claras premisas neoliberales y privatistas. Ésta es una novedad en un país donde la intervención estatal en la economía había sido consenso desde los años 30'. La novedad duraría poco tiempo. Collor deja la presidencia acusado de corrupción en 1992.

Itamar Franco, su vicepresidente, también miembro del partido de derecha PRN, continuaría la política de su predecesor hasta 1994, donde es electo Fernando Cardoso, ex ministro de hacienda de Franco, derrotando al por entonces ascendente Luiz Inácio Da Silva, que aparecía como alternativa de los trabajadores con ideas de izquierda.

Fernando Cardoso, intelectual socialdemócrata-centrista, siguió la política neoliberal como casi todos los gobiernos de la década de los 90', continuando en gran parte con la apertura económica que había empezado unos pocos años antes. Cardoso, gracias a la estabilización lograda luego de periodos económicamente turbulentos, tuvo respaldo suficiente para cambiar la Constitución y lanzarse a la Presidencia nuevamente. En 1998, Cardoso volvió a enfrentar a Lula como en 1994 y ganó una vez más.

La segunda presidencia de Cardoso es afectada por distintas crisis económicas internacionales y finalmente en las elecciones de 2002, emerge vencedor Lula Da Silva (Partido Trabalhista) con

el 61%, el mayor número de votos registrados en Brasil a favor de un candidato. Era la misma señal que lo que sucedería pocos años después en Bolivia, donde el pueblo limpiaba el horizonte político de toda duda, eligiendo al también dirigente social Evo Morales por mayoría absoluta. Era la misma señal con la que fue electo y reelecto Hugo Chávez en Venezuela.

El significado de dicha señal era el intento del pueblo por acabar con la demagogia de la clase política tradicional, dando paso a un tipo de líder más cercano a la base social.

El curso de gobierno de Lula da Silva fue de un progresismo que atiende necesidades básicas (educación, salud, empleo), sin radicalizar en medidas revolucionarias anticapitalistas. Esto sólo resultó “sorprendente” para quienes creían en el “fantasma” agitado por los medios de comunicación ya desde 1989. Tal situación podía preverse, ya que pese a su pasado sindicalista combativo y al ideario de izquierda de su partido, llegó a la presidencia enhebrando algunos acuerdos con parte de la derecha.

En lo que hace a sus principales objetivos, el gobierno de Lula muestra un éxito relativo en la disminución de la enorme brecha existente en Brasil entre ricos y pobres.

En política internacional, profundiza su alineamiento con el MERCOSUR y su antagonismo a procesos paraimperiales como el ALCA, afirmándose como país de fuerte preeminencia en la región y buscando un espacio en la esfera mundial.

En 2006, logrando algo menos del 50% de los votos en primera vuelta, derrota en segundo turno al candidato socialdemócrata Alckmin, asumiendo entonces su segundo periodo electoral.

Síntesis

La historia política de Brasil en la segunda mitad del siglo XX puede ser dividida para su mejor comprensión en tres etapas:

a) la primera corresponde al desarrollo de la ideología implícita en la figura del “Estado Novo” getuliano: un estado fuerte, industrializador, desarrollista, con mejoras para los trabajadores, paternalista, decididamente anticomunista. Modelo que dio en llamarse populismo, más por el apoyo popular de que gozaba, que por una verdadera participación masiva en su gestión.

De corte fundamentalmente autoritario y personalista, el modelo getuliano ayuda sin embargo a promover constituciones basadas en el voto universal. Este esquema se verifica entre 1930 y 1964, 10 años después de la muerte de su principal actor, Getulio Vargas.

b) la segunda etapa es la de las dictaduras militares que comprende alrededor de 20 años, entre 1964 y 1985. Esta etapa, conserva algunas características socioeconómicas del momento anterior, eliminando por completo las libertades cívicas y cumpliendo con la función de barrer todo movimiento de izquierda o sindical.

c) la tercera etapa puede ser fechada entre 1986 y el final del siglo XX, siendo ésta de características neoliberales en lo económico y democráticas en lo político.

Por último, en los inicios del nuevo siglo, triunfa un partido de raigambre obrera e ideología de izquierda que va intentando mejorar paulatinamente las condiciones de vida de las grandes mayorías, fortaleciendo nuevamente el rol del Estado, dentro de un contexto de integración regional.

CHILE

Los años previos e inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial se desarrollaron a través de presidencias socialdemócratas, encarnadas en Chile en el Partido Radical y sostenidas desde alianzas con los comunistas, socialistas y otros sectores contrarios al conservadurismo y la derecha.

Pedro Aguirre Cerda (1939) y Juan Antonio Ríos (1942), ambos fallecidos de muerte natural en ejercicio de la presidencia, promovieron la industrialización, crearon empresas estatales y pretendieron frenar el poder absoluto de la oligarquía. El último presidente radical es Gabriel González Videla, quien es electo en 1946. El escenario de fuerzas políticas tenía como actores a los liberales, tributarios de Alessandri Palma, la derecha conservadora y - siguiendo la tendencia mundial - a los movimientos comunista y nacionalsocialista que habían ganado gran cantidad de adeptos y polarizaban por izquierda y derecha.

Los comunistas, con fuerte predicamento en el sector minero (la minería es el principal rubro económico chileno de la época), en el estudiantado y en las centrales obreras, apoyaron a González Videla, pero ante la posición de fuerza del PC, puesta de manifiesto en las elecciones municipales de 1947, fueron expulsados del gobierno socialdemócrata e incluso proscriptos, lo cual acentuó su radicalidad. El nacionalsocialismo por su parte apoya al general Ibáñez del Campo, quien ya había sido presidente desde 1927 a 1931, previo a la instauración de una breve República Socialista.

Volviendo algo atrás, para entender la situación: este militar, había participado en el movimiento conocido como “ruido de los sables” en 1924, que conminó al Parlamento de la época a tratar la legislación social propuesta por el entonces presidente Alessandri Palma y que, junto a su gobierno liberal, constituyeron piedras fundamentales en la superación de la “república parlamentaria”, que era la forma institucional adoptada para preservar los privilegios de la aristocracia minera, salitrera y la nueva burguesía, minando las decisiones presidenciales.

En su segunda presidencia, que asume en 1952, Ibáñez toma inicialmente el rumbo nacionalista-progresista característico de

otros militares de la época, teniendo una gran adhesión en los sectores populares. Apoya la fundación de la CUT (Central Única de Trabajadores) y deroga la ley que prohibía la actividad política comunista. Ante la crisis económica, recurre a los servicios de una “consultora” de la época, la firma norteamericana Klein-Sacks, quien le extiende un programa de ajustes popular.

En el escenario de fracaso del “populismo” ibaísta, triunfa en las elecciones el hijo de Alessandri Palma, Jorge Alessandri Rodríguez, pero mucho más a la derecha, en representación de los conservadores y con perfil tecnócrata. Muy cerca en los votos el candidato de la Democracia Cristiana (Frei Montalvo), del socialismo (Salvador Allende) y más abajo el candidato radical, comienza a perfilarse el panorama político que tendría como actores principales a la democracia cristiana, al socialismo y a la derecha conservadora. Pese a promover la idea de un Estado “no paternalista”, Alessandri Rodríguez funda varias empresas nacionales y comienza una “reforma agraria”, distribuyendo tierras fiscales sin afectar los patrimonios latifundistas.

En 1964, ya en plena guerra fría y ante la posibilidad cierta de un gobierno socialista encarnado en Allende, la derecha se vuelca a apoyar al candidato DC, Eduardo Frei Montalva. Éste lleva a cabo una política de reformismo moderado, en la que se destacan la construcción de viviendas, la modernización del Estado, la reforma educacional y la ampliación de la Reforma agraria. Esta última se convirtió en uno de los temas más delicados ya que, a diferencia del gobierno de Alessandri, se incluyen expropiaciones de las grandes haciendas, lo que lleva a enemistarse con los políticos de derecha que ven esto como una traición a su apoyo en la elección presidencial.

Sin embargo, su programa social y económico, que incluía la “chilenización del cobre”, no conforma ni a izquierda ni a derecha, produciéndose un resquebrajamiento incluso dentro de la DC. Quizás en concomitancia con el desarrollo de la variante de la “teología de la liberación” en la América Latina de aquella época, una fracción cristianodemócrata, el MAPU, se suma a la Unidad Popular, alianza de socialistas, comunistas, socialdemócratas, radicales e independientes que, luego de una intentona golpista militar en 1969 gana finalmente la presidencia, siendo electo el socialista Salvador Allende.

Salvador Allende Gossens fue un socialista cuyo ideario era marxista, pero similarmente a lo ocurrido con Fidel o Sandino, tenía la influencia liberal de la masonería (a la cual habían pertenecido su abuelo y su padre) y a la cual él mismo ingresaría en la década del 30'. En el caso de Fidel, la influencia masona se produjo a través de la lucha y la prédica del gran patriota cubano Martí, Sandino toma contacto con dichas ideas en su exilio mejicano. El abuelo y el padre de Allende habían militado en el partido radical y él mismo fue ministro de Salubridad del radical Aguirre Cerda en el año 39', con apenas 31 años. Pero generacionalmente se sumarían en él las influencias de las corrientes ascendentes a comienzos de siglo en los sectores del estudiantado que darían origen a los partidos comunistas, anarquistas, socialistas, fascistas y sus distintas variantes. El médico Allende se había postulado cuatro veces a la presidencia del país, triunfando en la última.

Era 1970 y la Guerra Fría estaba en pleno desarrollo. Nixon ordenó evitar la asunción de Allende pero el plan no funcionó. Políticamente la democracia cristiana apoyaría al electo a cambio de garantías constitucionales. El ejército, a través del General Schneider, se mantuvo apegado a la Constitución.

El gobierno de Allende fue un intento de establecer socialismo en democracia. Los principales lineamientos económicos aplicados fueron la nacionalización del cobre, la estatización de áreas claves, la aceleración de la reforma agraria, aumentos salariales y congelación de precios. Estos dos últimos puntos trajeron consigo una inflación que crearía condiciones de descontento adversas a la pretendida transición desde el capitalismo hacia el socialismo.

Kissinger, secretario de Estado de Nixon, salió a la palestra a pedir el boicot económico contra Chile a través del bloqueo de las compras de cobre, con la misma técnica empleada contra la revolución cubana. La idea era estrangular al régimen cortando su principal fuente de abastecimiento.

Pero también políticamente la táctica fue de aislamiento y el alejamiento de la DC y su paso a la frontal oposición fueron decisivos para crear condiciones adversas al gobierno socialista. Por otra parte, tampoco le fue favorable la radicalización por izquierda, con el crecimiento de la actividad de células de acción directa en el mismo estilo de los Tupamaros uruguayos o el ERP argentino, que descreían (al igual que Fidel que visitó a Allende por aquel tiempo)

de la posibilidad de establecer una sociedad socialista sin violencia revolucionaria

La desestabilización producida por la agitación de las fuerzas conservadoras y el apoyo directo de la Central de Inteligencia norteamericana (CIA) a estas maniobras produjeron el clima propicio para la ejecución del golpe militar, que encontró en Augusto Pinochet, comandante en jefe del ejército, a la figura dictatorial que aplastaría con asesinatos y persecuciones lo que había sido el mayor avance de los movimientos populares de la izquierda chilena.

Pinochet fue acompañado por los jefes de las otras fuerzas armadas en una Junta militar que gobernó y legisló hasta 1990. Augusto Pinochet Ugarte, confeso admirador del fascismo español, fue ejecutor implacable del Plan Cóndor, que tenía como objetivo la eliminación de todo el cuadro de dirigencia marxista, sindical o progresista en la región, vulnerando todos los derechos humanos fundamentales. Representó una pieza clave para la instauración del modelo neoliberal impulsado por USA y la clausura de toda manifestación democrática de protesta u oposición a ese modelo. Este férreo alineamiento con la dominación económica de los grandes grupos fue apoyada con júbilo desde la derecha chilena e institucionalizada en reglamentaciones que impiden aún hoy, pasadas casi dos décadas de la caída de la dictadura pinochetista, un ejercicio coherente de la democracia en Chile.

En 1988 se realiza un plebiscito, donde Pinochet es nuevamente propuesto por el régimen para un nuevo período presidencial. Una Concertación de partidos organiza un fuerte oposición y el pueblo finalmente vota por el No, rechazando a Pinochet y abriendo una nueva etapa que culminaría en la elección (1989) de Patricio Aylwin (DC), candidato de dicha concertación plural.

Había que desandar diecisiete años de aplastamiento y no sólo eso, comenzar a llenar el vacío de la eliminación o expulsión de referentes sociales, liberar los grilletes institucionales con los que la dictadura quería auto protegerse y ampliar un espíritu democrático no favorecido por un desalmado y dictatorial sistema económico.

El gobierno de Aylwin (1990-1994) es considerado como un gobierno de transición hacia la ampliación de libertades democráticas. Durante este gobierno, Pinochet continuó siendo Jefe de las Fuerzas Armadas, intentando maniatar todo posible cambio al

esquema anterior. Sin embargo, se crea la Comisión para la Verdad y la Reconciliación y comienzan a aflorar los crímenes represivos cometidos durante los años de dictadura militar.

En lo económico Aylwin no modifica en absoluto la concentración de poder gestada durante la gestión pinochetista, manteniendo el neoliberalismo vigente, modelo que también sería continuado por Eduardo Frei Tagle, también demócrata cristiano y candidato de la Concertación.

Antes de eso, el incipiente partido Humanista, fundado pocos años antes con la característica de no ser desprendimiento de partidos o corrientes anteriores y que había sido fundador de la alianza democrática que derrotó a Pinochet, se retira del pacto gobernante denunciando la continuidad del modelo económico y social heredado de la dictadura militar. Allí se abre un nuevo capítulo en la reorganización de las fuerzas de izquierda que tendría su expresión en el establecimiento del Pacto Juntos Podemos Más para las elecciones de 2006.

Frei Tagle, hijo del presidente Frei Montalva, continuó el rumbo capitalista y se suma activamente a la ola de globalización, iniciándose las tratativas para ligar a Chile a diversos tratados y zonas de libre comercio (NAFTA, UE, APEC, MERCOSUR). Durante su gobierno, queda detenido Pinochet en Londres y se inicia el proceso de su desafuero como senador vitalicio, para poder ser juzgado en Chile, hecho que en definitiva, nunca llegó a su término. Pinochet murió condenado moralmente en 2006.

En el año 2000, Ricardo Lagos (Partido por la Democracia, social demócrata) asume la presidencia, ganando por poco margen de votos y en segunda vuelta al candidato de la derecha. En el interior de la Concertación se había producido la antigua “alternancia” bipartidista de otros lugares, tras dos gobiernos DC. La derecha pinochetista, a estas alturas se había reagrupado intentando pulir su imagen a través del fortalecimiento de opciones electorales.

Lagos continúa el modelo anterior de sus predecesores y concreta la firma de tratados de libre comercio con USA, China y la Unión Europea. Los grandes negocios y la concentración de capitales siguen su rumbo, ahora favorecidos por las posibilidades exportadoras. El gran capital de Chile aplaude y defiende al opositor de Pinochet.

En las elecciones de finales del 2005, la Concertación en el gobierno presenta a Michelle Bachelet, (socialdemócrata), mientras la derecha aparece fragmentada entre dos candidatos, Lavín y Piñera (una especie de Berlusconi chileno). La izquierda va representada por el humanista Tomás Hirsch en alianza con el PC y otras fuerzas.

Bachelet es la primera mujer electa que ocupa la presidencia de Chile, venciendo a Piñera en segunda vuelta con apoyo del centro y de sectores comunistas y hasta algunos de derecha ligados al ex alcalde de Santiago Lavín, asumiendo en 2006. Los humanistas y otras fuerzas del Juntos Podemos Más no prestan apoyo a Bachelet en coherencia con los motivos por los que abandonaron la concertación de partidos en el Gobierno de Aylwin, es decir, por ser funcional al modelo económico privatizador y globalizante y producir como resultado una altísima exclusión social, contrastante con los logros macroeconómicos.

Síntesis:

Un factor importante a tener en cuenta, si se pretende establecer cierta comprensión del proceso político chileno es la alta dependencia de la economía chilena de la exportación minera, particularmente del cobre - anteriormente del salitre.

La propiedad de la minería ha sido una de las piedras angulares de toda la política chilena del siglo pasado. Así, en los inicios de esa centuria, la aristocracia propietaria impuso un modelo parlamentario que controlaba a sus anchas. Los esfuerzos del liberalismo progresista de los años 30' desembocan en una república presidencialista, ampliando la base democrática en la toma de decisiones.

El radicalismo encarna hacia mediados de siglo la función de encargar programas sociales, promover la industrialización del país y crear las primeras empresas estatales. La estatización - entre ellas, fundamentalmente de la minería - y las reformas a favor de los trabajadores se profundizan en el breve período nacionalista del militar Ibáñez, concomitante en 1952 con procesos similares en otros países de la región (Bolivia, Argentina, Brasil).

La tecnocracia de derecha se inaugura en Chile a fines de esa década, constituyéndose en la revancha de los sectores conservadores, quienes también iban ampliando sus negocios más

allá de la tenencia de tierras y minas, acoplándose a la nueva etapa industrialista, financiera y urbana.

La democracia cristiana, que aparece con fuerza en esta época como consecuencia de la intención de la Iglesia católica de no permitir el éxodo de sus fieles de la clase trabajadora hacia doctrinas ateas, consigue adhesión popular para gobernar a mediados del sesenta y luego de la dictadura militar, a partir de los años 90', co-gobernar hasta la actualidad.

Pero la fuerte preeminencia de izquierda en los gremios mineros y en la órbita sindical en general, llevó al gobierno socialista de Allende a concretar medidas revolucionarias que nuevamente hacían de Chile un país pionero, esta vez de signo inverso a la irrupción tecnocrática de fines de los 50'.

Entre otros factores, esta revolución electa (distinta de la cubana y criticada por Fidel) fue posible porque los vientos golpistas de la CIA que barrían con toda democracia en la región, no encontraban suficiente eco en los cuerpos militares.... hasta que lo encontraron.

La dictadura militar, de casi dos décadas, no sólo retrotrajo las medidas socialistas sino que fue el campo de cultivo, al igual que en otros lugares, para que la economía e ideologías privatistas se entronizaran en este lugar.

Con el desprestigio, desgaste y aislamiento del modelo de represión militar, Chile vuelve a tener elecciones democráticas, pero absolutamente limitadas por la constitución establecida durante el período pinochetista. De ese modo, aún cuando los actores cambian, la constitución vigente defiende modelos de gobierno que institucionalizan el espíritu corporativo de la dictadura. La izquierda ya no está proscripta y puede manifestarse, pero el sistema electoral excluyente la aleja - de momento - de toda representación parlamentaria.

Los dieciocho años posteriores a los diecisiete años de dictadura profundizan el modelo de concentración económica, reforzándolo con el nuevo ingrediente de la "globalización". Chile, como en anteriores oportunidades, se coloca a la delantera de esta era dirigida por los centros de poder, transformándose en el campeón del libre comercio.

En el caso que el "ultracapitalismo con rostro maternal o paternal" fallara, el neoconservadurismo ya tiene preparada sus opciones

políticas para que el modelo se perpetúe, habiendo intentado en estas últimas dos décadas limpiar los ropajes ensangrentados que los ligaban al pinochetismo. El empresario Piñera y su entorno, en el peor de los casos, servirán para extorsionar a los progresistas, para que sigan apoyando a un centro que no atenta contra la acumulación, sino por el contrario, la fomenta. El mundo neoliberal seguirá entonces aplaudiendo a Chile.

Muchos chilenos, entretanto, al tiempo que disfrutan las delicias del transporte suburbano y subhumano junto a las sofocantes exigencias para sobrevivir en este desolador paisaje de grandes éxitos macroeconómicos que fracasan a fin de mes en cada hogar asalariado y en la angustia diaria del que no consigue empleo, disfrutarán del aplauso internacional al país de sus amores.

COLOMBIA

Si uno observa el cuadro de presidentes colombianos entre el año 1950 y la actualidad, quedará a primera vista atónito al comprobar la regularidad cuatrienal en la cual un presidente ha sucedido a otro. La breve excepción del general Gustavo Rojas Pinilla, quien tomó esas atribuciones en un golpe dado por la misma clase política, no alcanza a turbar esta sorpresa, máxime cuando se nota que Lleras Camargo, el presidente que lo sucede, asume en la fecha acorde al ciclo, 1958.

Mayor puede ser aún la extrañeza al verificar que desde la reforma constitucional de 1910, que precisamente prescribía este ciclo presidencial (cuatro años en vez de los seis que sancionaba la constitución centralista de 1886), exactamente diez presidentes (correspondientes a los cuarenta años que median entre 1910 y 1950) ocuparon puntualmente ese cargo. La sola excepción del único presidente reelecto en el siglo XX, Alfonso López Pumarejo y que debió dimitir en su segundo mandato un año antes de su finalización (1945) se disipa, ya que el período finalizó bajo su designado Alberto Lleras Camargo, del mismo signo político que su antecesor.

Tanta regularidad democrática resulta sospechosa en una región surcada por la permanente amenaza de insurrecciones militares, golpes palaciegos, conspiraciones foráneas e intrigas políticas.

Por lo demás, el hecho de que Colombia es uno de los pocos países donde aún subsisten grupos armados rebeldes que controlan una importante zona rural del país resulta contrastante con tamaño imagen de práctica democrática.

Se hace necesario entonces echar un segundo vistazo al asunto.

En una segunda mirada se observa que desde 1910 hasta la actualidad todos los presidentes han pertenecido a sólo dos partidos políticos: el partido Conservador y el partido Liberal (salvo el caso ya comentado del militar Rojas Pinilla). Aquí ya la sospecha sobre la falsedad del pretendido espíritu democrático que ha regido este período comienza a cobrar cuerpo.

Por otra parte la similitud de nombres en el ámbito político confunde inicialmente a quien pretende penetrar en esa selva de

parentesco y herencias representativas, dando mayor fundamento aún a la intuición de que algo no andaba bien en esta pretendida pulcritud democrática.

Verifiquemos entonces cronológicamente lo sucedido y veamos como surge esta particular situación.

Encontramos en el año 1950 a Colombia gobernada por Laureano Gómez, líder del Partido Conservador, sucediendo a otro conservador, Mariano Ospina Perez, nieto del fundador del partido y apodado el “hombre de los cafetaleros” (apodo que denota la clara orientación que le cupo al partido Conservador en toda la historia de Colombia, es decir, la defensa del poder de la aristocracia rural y urbana).

Gómez fue elegido como único candidato ya que el contrincante liberal se había retirado. El contexto es el asesinato en 1948 de Jorge Eliécer Gaitán, apodado el “tribuno del pueblo”, un referente de la izquierda del liberalismo que fue eliminado ante la inminencia de su elección y de las reformas sociales a la que con justicia aspiraba la mayoría postergada.

Ello desata una rebelión popular (El Bogotazo) y un período de violencia bipartidista conocido como “la Violencia”. Allí está la génesis de los primeros movimientos guerrilleros, liberales y comunistas, que ya no veían la posibilidad de conseguir mejoras para el pueblo por la vía electoral. Gómez redujo las libertades civiles e intentó institucionalizar un régimen corporativo al estilo franquista mediante el recurso - permanente en la historia política colombiana - de convocar Asambleas Constituyentes y modificar Constituciones.

Habiéndose deteriorado su salud, gobierna en su nombre su ministro Urdaneta y en 1953, ante la situación de caos generalizado y la división en el partido Conservador entre los Ospina y Gómez, surge el golpe incruento del general Rojas Pinilla, apoyado por los primeros, quien es legitimizado presidente por la Asamblea.

Rojas Pinilla pretende entonces, desde su condición de “dictador constitucional”, quebrar el control bipartidista generando una tercera fuerza llamada Movimiento de Acción Popular. Ello le vale una gran popularidad en el período 1953-1957 a partir de una acción de gobierno nacional-reformista, al estilo de Perón o Getulio Vargas, formando una doctrina que tomaba elementos de la doctrina social de

la iglesia y del bolivarianismo. Su gobierno contribuyó también en los inicios a una relativa pacificación, logrando la desmovilización de las guerrillas liberales.

Era obvio que conservadores y liberales no se quedarían quietos ante la amenaza de que el popular presidente extendiera y consolidara su poder. Idearon entonces en 1956 el Frente Nacional, un pacto en el cual se repartieron los futuros dieciséis años de gobierno por partes iguales.

Los partidos, la Iglesia, los estudiantes y los sindicatos habían hecho una demostración cívica en contra de la reelección de Rojas y ante el evidente retiro de apoyo político, éste acepta dejar la presidencia.

Luego de un breve interinato militar, asume entonces en 1958 con más del 77% de los votos el primer designado del cuarteto del Frente Nacional, el liberal Lleras Camargo, por aquella época jefe de su partido. Su gobierno dio impulso a la educación pública y a la Ley de Reforma Agraria de 1959. En el campo internacional fue un gran aliado de la Alianza para el progreso de Kennedy, rompiendo relaciones diplomáticas con Cuba.

Al término de ese mandato, llega Guillermo León Valencia a la presidencia en 1962 en representación de los conservadores, en el marco de la primera rotación del Frente Nacional. Su principal preocupación es resguardar el “equilibrio político” entre los partidos del frente.

Fruto de la exclusión política de otras fuerzas, principalmente de izquierda, resabios de la violencia posterior al asesinato de Gaitán (y su recuerdo) y de la ascendiente influencia de la revolución cubana y del guerrillerismo marxista en general, se fundan en este período las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) y el ELN (Ejército de Liberación Nacional).

Posteriormente (1973) aparecería también el M-19, un nuevo grupo armado, pero que se correspondería con facciones más próximas a la ideología nacional-reformista de la Anapo, fundada por Rojas Pinilla en su regreso a la vida política del país.

El abogado Carlos Lleras Restrepo, liberal, asume la conducción del país en 1966, siempre en el marco del pacto conservador-liberal de 1956-57. El objetivo de ese gobierno fue mantener el statu quo, logrando cierto crecimiento económico.

Esto no impidió que en las elecciones de 1970 la figura de Gustavo Rojas Pinilla adquiriera nuevamente gran popularidad, seguramente apoyado por una gran mayoría de sectores excluidos económica- y políticamente. Oficialmente ganó aquella elección por muy estrecho margen el candidato conservador del Frente Nacional, Misael Pastrana Borrero, siendo la opinión generalizada que en realidad un fraude impidió la victoria de Rojas. Así las cosas, sus seguidores se movilizan para tomar el poder por la fuerza, pero son controlados.

Pastrana, conservador y último mandatario resultante del pacto del Frente Nacional, intentó una vez más un gobierno que apaciguara la evidente exclusión de las mayorías y a esos efectos instrumentó diversos planes sociales. Sin embargo, ante la generalizada frustración política de la izquierda y el nacionalismo popular pinillista, surgió en 1973 una nueva guerrilla, esta vez urbana, el M-19. Por otra parte, mientras se afianzaba la insurgencia de izquierda rural, aparecían los primeros grupos paramilitares de derecha (llamados “grupos de autodefensa”) y se expandía el poder del crimen organizado del narcotráfico que se organiza en diversos carteles.

En ese panorama se desarrollan las elecciones de 1974, en las cuales resulta electo Alfonso López Michelsen, del partido liberal e hijo de López Pumarejo, a quien ya habíamos mencionado como presidente reelecto en los años 30’ y 40’. Los otros contendientes en la elección eran Gómez Hurtado (del Partido Conservador, hijo del viejo caudillo conservador Laureano Gómez) y María Eugenia Rojas (Anapo), hija del dictador Rojas Pinilla. De este modo, se mostraba una vez más la característica “dinástica” del sistema político colombiano.

La economía colombiana continúa en este período con la llamada “bonanza cafetera”, motivada por el ingreso de divisas en función de los altos precios del café, pero también debido al impresionante lavado de dinero proveniente de la cocaína y que ya había comenzado en el mandato presidencial anterior. Esta bonanza sin embargo no llega a los sectores populares, quienes una y otra vez protestan contra la inequidad. El régimen responde brutalmente.

En 1978 López Michelsen es sucedido por otro “permanente precandidato liberal”, Cesar Turbay Ayala, quien derrota apenas al conservador Belisario Betancur. Turbay fue favorecido por el

sector de López Michelsen, a quien él había apoyado en la elección de 1974. Una vez más entonces se consolida la política - esta vez de modo tácito - del Frente Nacional, de quien Turbay había sido férreo defensor.

Durante su gobierno y ante la oleada creciente de violencia generalizada desde las distintas facciones armadas, dicta un polémico estatuto de seguridad que abre la puerta al terrorismo de Estado, aumentando entonces la inseguridad pública y la inestabilidad política.

De 1982 a 1986 gobernará Colombia el derrotado de 1978, Betancur Cuartas, un conservador típico, quien ya actuaba como miembro de la Asamblea Constituyente en el año 50' apoyando al líder Gomez. En esta elección recibe el apoyo del antiguo Anapo, a estas alturas ya derrotado en sus ansias revolucionarias.

Un liberal asume en 1986, Virgilio Barco. A pesar de haber sido uno de los negociadores de los acuerdos del Frente Nacional, allá por 1956, Barco se rodea de un gabinete exclusivamente liberal y promueve junto a otros un proceso que concluiría en la Constitución de 1991 y que tenía como objetivo ampliar los derechos cívicos. Logra en su gobierno la desmovilización de dos grupos guerrilleros, el M-19 y el ELP. Económicamente comienza el proceso de apertura a la globalización, que encontraría luego en Gaviria - del mismo partido de Barco - la consolidación del modelo neoliberal.

Cesar Gaviria gana la presidencia en una elección teñida de sangre por el asesinato de precandidatos de la izquierda y en un ambiente marcado ya desde hacía tiempo por la amenaza permanente del secuestro y el crimen motivado políticamente. Esta amenaza se dirigía principalmente a la persona de los dirigentes o a sus familiares. A estas alturas ya era difícil distinguir qué crimen era instigado desde el Estado, cuál desde las guerrillas, desde el narcotráfico o las autodefensas. Con Gaviria Colombia se alinea con todas las políticas económicas privatistas de los '90.

Ernesto Samper es electo en 1994 y ha quedado establecido, pese a no tener condena al respecto, que su campaña fue financiada a través de dinero lavado de los carteles de la droga, interesados en establecer una “tregua” con el Estado. Esta administración intenta promover cierto sesgo social a su gestión. Lo sucede en 1998 Andrés Pastrana, otro hijo de un anterior presidente y a su vez conservador.

En la elección de 2002 Álvaro Uribe Vélez, de la derecha liberal, es electo con mayoría en primera vuelta gracias al apoyo conservador y con una abstención cercana al 53%. Su gobierno promete “mano dura” contra los grupos armados y una buena parte de los colombianos, cansado de la eterna inseguridad, apoya. Una de sus rivales en la elección, Ingrid Betancourt, es secuestrada en ese mismo año por las FARC durante la misma campaña electoral.

Este gobernante vuelve al viejo expediente de la reforma constitucional para permitir la reelección, hecho que se produce en 2006. Poco a poco, las implicancias de la familia de Uribe y de otros altos dignatarios políticos con el narcotráfico y las milicias de derecha salen a la superficie a través de denuncias de líderes del Polo Democrático Alternativo (una alianza de fuerzas de izquierda y del nacional-reformismo de Rojas Pinilla) y el Partido Liberal Colombiano.

El gobierno de Uribe alinea definitivamente a Colombia con la política neoliberal e intervencionista norteamericana, implementando el desarrollo del Plan Colombia (plan de combate al narcotráfico con la acción de la inteligencia norteamericana), firmando el tratado de Libre Comercio con USA (aún no ratificado en 2008) y convirtiéndose en un bastión contra los nuevos gobiernos socialistas de la región, principalmente Venezuela y Ecuador.

Síntesis

Colombia ha sido desde su independencia como país un territorio de una enorme violencia física, económica y psicológica. Asolado por un estado de guerra civil casi permanente, los terratenientes - descendientes de los exploradores-explotadores españoles de la época colonial - asumen las características de señores feudales, formando milicias con el campesinado para defender su propiedad o conquistar la ajena.

La formalidad política sirvió a esos latifundios llegando al sistema de “bipartido único” conservador-liberal, en ocasiones fuertemente enfrentados, pero siempre unidos cuando de excluir a otros se trató, sobre todo a los que pusieran en peligro ese estado de cosas. Así, en los años 50’, luego del asesinato del líder progresista Gaitán y después de la dictadura nacional-reformista de Rojas

Pinilla, el “bipartido único” toma las riendas que ya no soltaría hasta nuestra época.

La injusticia social, la exclusión política y el alineamiento con USA, junto al crecimiento de las ideologías de izquierda, hicieron surgir guerrillas rurales y más tarde, urbanas.

Al tiempo que crecía la masa poblacional de las ciudades y la industrialización, el café y los narcocultivos proveyeron fuente de financiamiento a la economía colombiana, creciendo grandes grupos económicos entrelazados con las dinastías políticas conservadoras y liberales.

La plantación, elaboración y tráfico de estupefacientes se vuelve un apartado productivo muy rentable, surgiendo distintas mafias (carteles), denominadas según su zona de influencia y que, pese a la retórica y algunos golpes de efecto dado por los distintos gobiernos en su contra, ayudan a financiar la continuidad bipartidista. La guerrilla se transforma también en señor territorial en amplias zonas selváticas, mientras resurgen las milicias campesinas de la derecha.

La guerra contra el tráfico de narcóticos y contra los movimientos guerrilleros ofrece a USA una excelente justificación para la penetración en ese territorio a través del Plan Colombia, que provee el financiamiento y la dirección del entrenamiento de tropas colombianas. Este Plan Colombia adquiere una mayor dimensión aún, dada la decreciente influencia de la Escuela de las Américas (como aparato de formación de cuadros militares en América Latina), la entrega del Canal de Panamá a la administración nacional panameña y más recientemente, frente a las declaraciones del gobierno ecuatoriano de no renovar el permiso para la permanencia de la base norteamericana en la localidad de Manta.

En ese sentido el alineamiento político colombiano con USA, reforzado con un tratado de libre comercio aún no ratificado, sitúa a Colombia como cabeza de playa de los intereses norteamericanos en la región contrarrestando influencias progresistas.

Por otra parte, la existencia de diversos bandos armados justifica el accionar represivo del aparato estatal y permite continuar la extorsión política de conservadores y liberales, agitando el fantasma del caos que ninguno de sus propios gobiernos pudo siquiera morigerar, ya que como estamos explicando le han resultado absolutamente funcionales a su permanencia en el poder.

A partir de las elecciones del 2002 se abre sin embargo una luz para los sectores democráticos y progresistas con la aparición de las fuerzas que luego confluirían formando el Polo Democrático Alternativo, que llegaría a conquistar la alcaldía bogotana y el gobierno de la provincia de Antioquia (municipales 2008), además de establecer una importante fracción de congresistas en parlamentarias previas.

Esta fuerza política se ha nutrido de antiguos militantes de la Anapo de Rojas Pinilla, diversos movimientos de izquierda, ex guerrilleros del M-19, representantes indígenas y otros grupos, constituyéndose en una nueva y renovada oposición al viejo cartel político colombiano.

COSTA RICA

La revolución de 1948, comandada por José Figueres Ferrer, fue el suceso que da inicio y contexto a la historia costarricense de segunda mitad del siglo XX. El motivo más inmediato del alzamiento fue la anulación del resultado electoral de ese año, de donde había emergido electo Otilio Luis Ulate. Ulate era el candidato de la oposición (en la cual confluían socialdemócratas y nacionalistas) contra Rafael Calderón Guardia, candidato del social cristianismo en alianza con el partido Comunista.

Para comprender la revolución cuyo ejército triunfante, el Ejército de Liberación Nacional, fue disuelto un año después de su victoria, para producir el ejemplo muy valorado internacionalmente de un Estado sin ejército, se hace necesario penetrar el escenario histórico político de la época, comprendiendo cómo se había llegado a la formación de tan curiosas alianzas.

En pleno desarrollo de la segunda guerra mundial, en 1940, es electo presidente Rafael Calderón Guardia, quien sería la vanguardia del social cristianismo, doctrina a la que se había adscrito durante sus estudios en la católica Bélgica (y de cuya nacionalidad fue también su esposa). Si bien llega al poder gracias a la fuerza política del Partido Republicano Nacional, generada por la popular gestión de su predecesor (León Cortés, admirador del fascismo) y al apoyo de la oligarquía ligada a la agro exportación, Calderón comienza a dictar medidas a favor de los trabajadores, derechos que luego fueron englobados en el concepto de “garantías sociales”.

La razón de este viraje (y causa de la variación en la situación de las alianzas que finalmente desembocaron en la revolución encabezada por Figueres Ferrer) fue la estrategia seguida por la Iglesia Católica (con la participación activa de Monseñor Sanabria Martínez) de no permitir el creciente alineamiento proletario con la doctrina de la izquierda atea, quitándole sustento a la protesta con el impulso de las medidas sociales de protección al asalariado inspiradas en la encíclica *Rerum Novarum*.

Por otra parte, los comunistas, quienes se habían convertido en una importante fuerza política, estaban empeñados en contrarrestar al fascismo y encontraron en el calderonismo un interesante aliado para oponerse a las influencias derechistas del PRN y ser coautores de un

modelo de Estado que gozó de amplio predicamento popular. Así era la alianza calderonista-comunista: el clero que quería exterminar la influencia atea de sus socios (a los cuales pidió cierto pragmatismo en lo ideológico) y el comunismo que se veía encaramado al poder, protagonizando no solamente ya la protesta, sino también la gestión. El Dios cristiano y el Anticristo comunista co-gobernaron Costa Rica también a través de la figura del presidente Picado Michalski, sucesor de Calderón entre 1944 y 1948.

Este curioso pacto no podía sino disgustar profundamente a los sectores conservadores que se sentían traicionados en sus intereses por Calderón. Entre ellos los empresarios agrícolas, los banqueros y los políticos de la derecha como Cortés, quien optó por crear una nueva formación, el Partido Demócrata.

En octubre de 1945 el Partido Social Demócrata de Figueres, el Partido Unión Nacional de Otilio Ulate y el Partido Demócrata de León Cortés concertaron una coalición para enfrentar al Republicano Nacional y a Vanguardia Popular (que era el nombre adoptado por el Partido Comunista).

José Figueres Ferrer, un hacendado hijo de inmigrantes catalanes, venía ya conspirando activamente contra la alianza socialcristiana-comunista desde 1942. De regreso de su exilio mejicano y ante la anulación de la elección del candidato de la oposición, el periodista Otilio Ulate, encabeza la sedición que en poco tiempo triunfa.

El revolucionario socialdemócrata, quien simpatizaba con la república española que había sido derrotada por el franquismo, establece un pacto con Ulate de dieciocho meses, en los que logra establecer mediante una Junta Fundadora las bases de lo que sería el futuro estado costarricense. Las principales medidas que toma Figueres y que luego se fortalecerían durante el mandato de Ulate (1949-52) y su primera elección constitucional (1953-57) fueron: la abolición del Ejército, la inclusión constitucional de los derechos conocidos como “Garantías Sociales” (patrimonio de la gestión de su adversario histórico Calderón) y la institución del Tribunal Supremo de Elecciones como garante de los futuros mecanismos democráticos en el país. Por otra parte, se crea el Instituto Nacional de Electricidad, se decretan impuestos a las transnacionales y los grandes capitales y se nacionaliza la banca. El estilo de la Junta fue autoritario y se impulsaron diversas “purgas” en la Universidad de Costa Rica y otras reparticiones públicas para “limpiar” de

calderonistas y comunistas a la administración. Como en otros lugares, el Partido Comunista fue proscrito.

Figueres, aunque apoyado en y por grupos conservadores, fue básicamente un progresista socialdemócrata, cuya idea de “progreso” era muy similar a la de los liberales de otros lugares: superar la idea de un Estado aristocrático, casi con exclusividad ligado a la agro exportación y generar una institucionalidad democrática que permitiera cierta mejora en los derechos de las masas y cierta estabilidad política que garantizara el marco para la modernización del país.

La abolición del Ejército como factor desestabilizador permanente se encuadra en ese esquema, pero además con ello se eximía al Estado de gastos de funcionamiento que, como bien señalarán más adelante pacifistas de muchos lugares, podían ser mejor aprovechados en mejorar y extender la Educación. Quizás el ascendiente cultural de Don Pepe Figueres adhería a esta visión ahorrista propugnada por los sectores medios de la sociedad costarricense, que no querían ser presionados impositivamente para mantener estructuras estatales costosas. Por otra parte, es importante notar que la población costarricense era en 1950 de sólo 800.000 personas (1/5 de la actual). Aún en el fuerte sentir independentista de los costarricenses, era difícil imaginar que se lograría conservar dicha independencia con la fuerza de un ejército de pequeñas dimensiones. Así las cosas, se optó por la neutralidad, con muy buenos resultados.

La gestión de Ulate se caracterizó por una mejoría de la economía en general y por la consolidación de las medidas trazadas por la revolución figuerista. Éste funda en 1951 su instrumento político, el Partido de Liberación Nacional, de cuño socialdemócrata, del cual saldrían seis de los doce presidentes de Costa Rica a partir de 1953 hasta la actualidad. Si además tenemos presente que dos de ellos (el mismo Figueres y Oscar Arias) fueron reelectos, podemos concluir con que el PLN gobernó 31 de los 55 años que median entre 1953 y el año en el que se realiza este estudio, 2008.

Figueres asume entonces nuevamente el comando en 1953 y como ya anticipáramos anteriormente, su gestión se basa en el desarrollo de un modelo tendiente a reducir la dependencia de los monocultivos de exportación (café, banano, tabaco) y a moderar las desigualdades ligadas a ese sistema a través de una mayor ingerencia

estatal. Es la aplicación de la estrategia “cepalista” que también se desarrolló en otros lugares y que condujo a Latinoamérica a una creciente industrialización con un aumento de las clases medias y urbanas.

Por estas épocas, Jose Figueres era un enemigo declarado de las dictaduras nicaragüense, dominicana y venezolana, a quienes acudió Rafael Calderón Guardia solicitando ayuda para derrocar al “socialismo”.

En 1958, el candidato de Figueres, Francisco Orlich Bolmarcich, quien había sido uno de los comandantes de la revolución del 48, es derrotado por Mario Echandi Jiménez de la Unión Nacional, el partido de Ulate Blanco, por estas fechas ya en franca oposición a la socialdemocracia figuerista. La victoria opositora se debió a una fractura electoral del PLN en dos candidaturas.

Costa Rica se alinea firmemente en este período (58-62) a la Alianza por el Progreso propugnada por los EEUU, estrategia desarrollada como modo de contrarrestar el ejemplo del socialismo cubano en la región. Así, el gobierno de Echandi rompe relaciones diplomáticas con Cuba. También se firma en 1960 el tratado del Mercado Común Centroamericano, que sería el enmarque de la aplicación del desarrollismo impulsado por la ALPRO para esta región.

En 1962 Orlich, nuevamente candidato por el PLN, derrota a los históricos Ulate y Calderón, que habían esta vez fraccionado la opción conservadora. Durante su gobierno nacionaliza los terrenos de la United Fruit, distribuyéndolos al campesinado. Continuando con la línea trazada durante el figuerismo, sin embargo, Costa Rica se convierte en un firme bastión del anticomunismo en la zona, mostrándose como democracia social avanzada (al estilo de lo que sería conocido luego en Europa como “Estado benefactor”) y pacifista.

En las elecciones siguientes, el bloque socialcristiano y de derecha se agrupa en una alianza llevando como candidato al académico José Trejos, quien emerge victorioso por estrecho margen. Trejos, pese a haber sido publicitado como “independiente”, había sido funcionario en los gobiernos de Ulate y Echandi.

El Estado había contraído deudas y las políticas sociales habían resultado en cierto déficit fiscal. Posiblemente se había acabado

también el flujo de fondos dispuesto por la ALPRO (Alianza para el Progreso). Trejos cumple entonces la función de “ordenar” el erario público, recortando beneficios sociales. Un hecho significativo fue el otorgamiento de la concesión de la explotación de bauxita a la norteamericana ALCOA (transnacional determinante en la historia reciente de Surinam). Así se mostraban los primeros signos del cariz tecnocrático y privatista que comenzaría a andar por la región.

En la siguiente elección entonces, emergió nuevamente la figura de Figueres y su PLN. En este período y también en el sucesivo, donde el presidente fue Daniel Oduber Quirós - hombre del riñón socialdemócrata - toda la región centroamericana comenzó a sentir el fuerte posicionamiento de movimientos guerrilleros que entre otros sucesos, culminó en la victoria del Frente Sandinista en 1979 derrocando a Somoza. En Costa Rica, luego de la alianza en los años 40’ con el social cristianismo y la proscripción posterior a la revolución del 48’, el partido comunista Vanguardia Popular había logrado reconstituirse y ganar nuevamente cierto espacio.

En este contexto, Oduber prosigue la senda de Figueres, intentando defender el modelo de la democracia social costarricense como un camino medio entre el avance pretendido por el liberalismo económico antiestatal por derecha y los movimientos revolucionarios por izquierda.

En el desgaste “liberacionista” del gobierno PLN, vence en las elecciones de 1978 Rodrigo Carazo Odio, liderando una alianza de oposición. Si bien éste surge a la política como seguidor de Ferrer, llega a esta contienda en el bando rival, liderando el PSUC, en el que confluyeron el viejo calderonismo y la oposición conservadora de la Unidad Nacional, constituyéndose este partido socialcristiano en adelante, al mejor estilo europeo, en el polo opositor y de alternancia bipartidista a la socialdemocracia.

La inestabilidad de Costa Rica aumentaría fuertemente en este período, con severas dificultades económicas y el ciclón político y social que producía el triunfo de la revolución sandinista en la vecina Nicaragua.

En 1982 es electo nuevamente un gobierno del PLN, encabezado por Luis Monge Álvarez, quien debió preocuparse por estabilizar la situación. Además de diversas medidas de ajuste económico, fue un fuerte defensor de la neutralidad de Costa Rica para evitar

que el país tome parte en conflictos internacionales, resistiendo al mismo tiempo la presión que ya se desplegaba contra el sandinismo. Monge fue el cuarto dirigente fundacional del PLN (luego de Figueres, Orlich y Oduber) que ocupó la presidencia. Hacia finales de su mandato, ya comienzan las “medidas estructurales de ajuste” promovidas por el FMI para la región y logran, en un primer momento, una estabilización de la situación macroeconómica.

Esta especie de breve “calma social” permitió que en la elección de 1986 el PLN prosiguiera su gestión de gobierno en la persona de Oscar Arias, quien adquiriría notoriedad (y el premio Nobel de la Paz) por sus gestiones diplomáticas pacificadoras en una Centroamérica definitivamente envuelta en sangrientas guerras civiles.

A pesar de sus declaraciones de proseguir el camino del Estado protector, Arias permite nuevos ajustes neoliberales. En 1990 resulta electo Rafael Calderón Fournier, socialcristiano e hijo de Calderón Guardia, en su tercer intento en las urnas.

Como era previsible, pese a la retórica pre-electoral, el neoliberalismo fue la ideología imperante en las acciones de su gobierno. La globalización “de facto” se iba imponiendo a toda ideología.

Esto queda aún más fuerte de manifiesto con la elección posterior, en 1984, del “otro hijo”, José María Figueres Olsen, continuidad biológica de Don Pepe y Karen Olsen Beck (segunda esposa de Figueres y activa política socialdemócrata).

José María fue, como su padre, empresario antes de ser político. Su gestión gubernamental fue esencialmente privatista y neoliberal y políticamente sustentada en un pacto de gobernabilidad con la oposición de derecha. Como medida emblemática citamos la desnacionalización de la actividad bancaria, que su padre había nacionalizado casi cincuenta años antes. A estas alturas, en la práctica, todo antiguo rasgo de socialdemocracia estatal había desaparecido.

En 1998 asume un representante del social cristianismo, Miguel Rodríguez, aprovechando la impopularidad de todo el plan de ajuste social. Este profesor universitario, que había sido ya ministro en el gabinete de Trejos, llega también en su tercer intento a la presidencia. Bajo la conocida bandera privatista de la “ineficiencia”

del sector público, continúa el proceso de desguace estatal ya iniciado en gestiones anteriores. En 2001, llega a establecer también un TLC con Canadá.

Aún cuando el malestar social auguraba una nueva victoria “liberacionista”, este malestar terminó expresándose en cierta sensibilidad antipartidaria o antipolítica, habida cuenta de la corrupción y la ineficiencia de los líderes políticos para dar respuestas satisfactorias a las necesidades de la gente. Así, con un discurso mediático que recogía esta nueva ideología, el conservador cristiano, médico y comunicador social Abel Pacheco de la Espriella se alzaba en segunda vuelta con el triunfo electoral. En lo económico y social, este gobierno siguió el mismo camino trazado por sus criticados.

En lo político ya había surgido una opción contestataria de centroizquierda, el PAC (partido de acción ciudadana) liderada por Otton Solís, quien encarnaba las aspiraciones populares traicionadas por las partidocracias y tecnocracias del PLN y el PSUC. Solís se había desagregado del PLN, luego de haber sido ministro de Arias. Entre sus filas se contaba también la ex esposa del mismo Arias, quien sería electa diputada en 2002.

La misma situación que permitió la única reelección de los socialcristianos, la del rechazo generalizado a la vieja política de alternancia y estructuras partidarias, fue una victoria pírrica. Gigantescos escándalos de corrupción (sobornos y contribuciones ilegales al financiamiento de campañas partidarias) hicieron que en la “Suiza de América” tres ex presidentes fueran procesados. Figueres hijo (PLN) Calderón hijo y Rodríguez (PSUC) fueron acusados de recibir dinero de ALCATEL (transnacional de comunicaciones) y con ello el descrédito de la política tradicional llegó a la cúspide.

En una reñida elección Arias logró la victoria (por el 1%) frente a Solís (PAC), pero lo más importante fue el derrumbamiento del sistema bipartidista anterior. El PSUC socialcristiano sacó el 3,5% de los votos.

Arias no modificó el rumbo libremercadista, apoyando la opción por el Si a la ratificación del TLC con USA, durante el referendo celebrado en 2007.

Síntesis

Es remarcable la visión europeísta que influyó a lo largo de toda la vida pública local (a la cual debe Costa Rica el mote de “Suiza de Centroamérica”) y que se remonta a los inicios de la independencia. En ella se encarnaron los principios puristas del liberalismo inglés (en el sentido del “laissez faire”) y la ilustración francesa, que fue la que impulsó en toda la historia costarricense el prestigio de la educación como motor de desarrollo. Luego, la economía relacionada con la producción de cultivos de zonas tropicales (café, banano) y la dependencia en los distintos estamentos de su comercio de la relación con el Imperio inglés, acentuaron esa orientación.

Otro factor importante en la historia de Costa Rica es la necesidad de preservar cierta independencia, ante la dependencia esgrimida siempre como argumento por constituir una sociedad demográficamente pequeña y económicamente restringida.

La historia moderna costarricense y el modelo político adoptado deriva de la revolución de 1948, donde un gobierno socialdemócrata consolida la práctica del Estado Benefactor.

El Partido de Liberación Nacional que institucionalizará esta visión, si bien es resistido por cierto sector conservador local (que crecientemente apoyará al centro derecha representado por Unidad Nacional primero y luego por el PSUC), termina contando con el beneplácito de la política exterior norteamericana. Su función de “moderación” anticomunista, culmina siendo una variable mucho más aceptada internacionalmente que las represivas dictaduras de Somoza, Trujillo o Perez Jiménez. La legitimación del modelo costarricense a través de procesos electorales democráticos, es además utilizada por la ideología americana de la Guerra Fría, en contraposición al régimen castrista.

La predominancia cierta del “liberacionismo” socialdemócrata en Costa Rica fue alternada por gobiernos de centro derecha. Éstos, junto con el pragmatismo creciente en el propio partido “liberador”, alinearon a Costa Rica en la senda marcada por la política neoliberal que el FMI instala a partir de los años 80’ en toda la región.

Finalmente, se asiste al desgaste del “monstruo de dos cabezas”, la declamada alternancia partidaria, mientras los programas económicos y sociales eran convergentes y dictados desde los centros de poder.

CUBA

A inicios del año 2009 se cumplen cincuenta años del triunfo de la revolución popular armada liderada por Fidel Castro. Esta revolución socialista logró sobreponerse al asedio estadounidense y al posterior derrumbe del comunismo soviético e influyó fuertemente en el pensar y el sentir de muchos jóvenes latinoamericanos, determinando a su vez parte de la política exterior norteamericana para la región.

Bien vale la pena entonces retrotraerse un poco en el tiempo para comprender algunas situaciones que dieron pie al fenómeno revolucionario.

La historia de Cuba desde inicios de la conquista española, allá por 1492, cuando Colón desembarcó en la isla bautizándola “Juana”, está ligada a su condición casi exclusiva de “factoría” azucarera. El cultivo de la caña de azúcar, por otra parte, estuvo asentado en la propiedad latifundista y en la explotación esclavista. Esto fue así no sólo en la Cuba hispana, sino también en todas las posesiones de ultramar francesas, inglesas, portuguesas y por supuesto, en el Sur de EEUU. De este modo, la declaración de los derechos del Hombre de finales de siglo XVIII, sería sólo aplicable al hombre blanco hasta pasada la mitad del siglo XIX y hasta 1886 en el caso de la corona española, quien aún en su más absoluta decadencia se negaba a abolir la esclavitud. Toda la población negra del Caribe y de Norteamérica llevan en el color de su piel el recuerdo de sus antecesores africanos, quienes fueron cazados en África y vendidos luego en mercados como esclavos a los prósperos y “cultos” hacendados.

Otro trazo característico (y definitorio) de la historia cubana es la estrecha relación que la unió a la historia del imperialismo norteamericano. Como se verá más adelante, la infame dependencia a la que se quiso someter a la isla, no hizo sino abrir el horizonte hacia una resuelta y abierta independencia.

En el proceso de ascenso de la influencia de las ex colonias del nuevo Mundo sobre el viejo mundo y el mundo entero, hubo un presidente norteamericano llamado Mc Kinley, quien en la última década del siglo XIX, apoyado por fuertes grupos industriales, se dio a la tarea de liquidar y anexar los últimos restos del imperio español.

Así, cambió la bandera que flameaba sobre las islas de Hawaii, Puerto Rico, Guam, Filipinas y Cuba.

Cuatro siglos de macabra historia de conquista española terminaban con una nueva dominación. La del vecino norteamericano, que dicho sea de paso, ya había intentado comprar la isla, en un proceso similar al que se dio en Florida.

De la primera dominación directa norteamericana (1889-92) proviene la base de Guantánamo (hoy prisión de alta seguridad al estilo de los antiguos enclaves situados en islas de difícil acceso) y una regulación constitucional, llamada Enmienda Platt, que es el núcleo del pensamiento que el naciente imperio yanqui reservaba a la perla del Caribe. Esa enmienda anclada en la constitución de 1901 establecía que USA, además de poder usar estaciones militares o carboníferas, (importante combustible de la época) tenía derecho a intervenir de manera directa si consideraba que el gobierno autónomo de Cuba lesionaba sus intereses. Así, hace uso en 1906 de estas “facultades”, removiendo al breve gobierno conservador de Estrada Palma.

De este modo, los impulsos independentistas del levantamiento negro de 1840, de la guerra de los 10 años (1868-78) y de la gesta de Martí, Maceo y Gómez, no llevarían provisoriamente hacia la plena libertad sino apenas a una autonomía férreamente tutelada por USA.

La dependencia de los EEUU no era sólo política sino fuertemente económica. El Norte compraba hacia fines de siglo el 97% de la producción azucarera y buena parte de las refinerías se encontraban en manos de industriales norteamericanos. Por otra parte, la economía era extremadamente débil ante las variaciones de precio y consumo internacionales de ese monocultivo. Las burguesías locales y los políticos corruptos se llevaban lo que quedaba.

El pueblo, ante tamaño estado de injusticia, buscó rebelarse y organizó fuertes movimientos de resistencia, que dieron origen a fuertes representaciones sindicales, estudiantiles y campesinas.

Entre 1909 y 1933 se alternan presidentes liberales y conservadores, básicamente digitados por el poder del Norte para controlar o reprimir los impulsos revolucionarios. Entre ellos, ocupa la presidencia dos veces el general Gerardo Machado, hasta que en 1933 es expulsado por un movimiento popular-militar. En

el inconformismo reinante y fundamentalmente en oposición al “protectorado” norteamericano formulado en la Enmienda Platt, destaca la figura de un sargento llamado Fulgencio Batista.

Batista, elevado a la categoría de coronel y hombre fuerte del ejército, derrocaría a Ramón Grau San Martín (1933-34) y controlaría la política y la represión de las revueltas en las plantaciones azucareras hasta el año 1940. En ese año se dicta una nueva constitución con algunas mejoras sociales y el voto directo para la elección presidencial. De ella, sale electo Batista.

Con el inicio de la segunda guerra mundial y ante la necesidad de USA de proveerse de azúcar y alcohol de caña, se produce una era de alineamiento de Batista con los aliados. En este período mejoran los ingresos en divisas al país. En las elecciones del 44' y 48' saldrían electos Ramón Grau San Martín y posteriormente su protegido, Príos Socarrás, ambos del Partido Auténtico, quienes terminan sus gobiernos envueltos en altísimo descrédito debido a la corrupción.

Esta decadencia de los políticos a ojos del pueblo favoreció los designios golpistas de Batista, quien toma en 1952 el poder e intenta legitimarse en él en 1954 (y luego 1958) a través de elecciones fraudulentas.

La dictadura de Batista, que culminó con el triunfo de la revolución en Enero de 1959, tuvo un marcado signo fascista. El asesinato político y la represión fueron elementos permanentes de ese período, al tiempo que se intentaba en lo económico la construcción de grandes obras de infraestructura y modernización, al mejor estilo de Hitler o Franco. Precisamente allí, en la España franquista, terminó sus días el exiliado Batista.

Hacia 1945 el joven abogado Fidel Castro activaba ya en las lides políticas de la época, en las filas del Partido Ortodoxo (opositor al Auténtico), cuyo líder Eduardo Chibas se suicidaría poco antes de las elecciones del 52', que serían abortadas por el golpe de ese año. Castro había ya participado desde la militancia estudiantil de un fracasado intento de derrocar al dictador dominicano Trujillo y, a partir del golpe de Batista, comenzó a organizar a la juventud con la idea de su derrocamiento por la vía armada.

En él confluían las ideas de Marx y Lenin con las del prócer independentista José Martí acerca de la “Guerra Necesaria”. Así se produjo el asalto al cuartel Moncada (1953), luego del cual Fidel

es encarcelado, condenado y posteriormente indultado luego de 22 meses en prisión, saliendo en 1955 hacia el exilio mejicano. Ya en aquella gesta participó activamente Raúl Castro, hermano de Fidel.

En Diciembre de 1956, a bordo del yate Granma, desembarca un pequeño grupo con el firme objetivo de derrocar al dictador. Sin embargo, el ejército aborta la intentona y los rebeldes huyen a Sierra Maestra, desde donde comenzarán a organizar su ejército.

A través de una exitosa guerra de guerrillas con la permanente afluencia de jóvenes combatientes campesinos, obreros y desertores del ejército regular y favorecido también por un golpe dado por altos mandos militares contra Batista (quien huye del país), triunfa el ejército revolucionario el 1º de Enero de 1959.

Castro había logrado aunar el sentir popular de diversas facciones y movimientos detrás de un mismo objetivo: la verdadera independencia nacional y la justicia social. Por ello, la revolución cubana del 59 es la revolución de la independencia, en su espíritu muy cercana a los movimientos de liberación de las nuevas naciones africanas o asiáticas, de contenido profundamente antiimperialista.

Este hecho ha sido muy relevante a la hora de la defensa de la revolución por parte del pueblo cubano, además de las radicales reformas sociales que inició Castro en 1959.

No podían los EEUU oponer al sentir independentista y los nuevos derechos sociales, entre ellos la largamente esperada reforma agraria (expropiación de latifundios y capitales norteamericanos mediante), otra cosa que la conspiración y la amenaza del poderío militar.

Así, se suceden algunos intentos contrarrevolucionarios y frente a la respuesta castrista profundizando la expropiación de empresas petroleras y de servicios públicos de propiedad estadounidense, Eisenhower establece el bloqueo comercial de la isla.

El gobierno revolucionario ya había firmado convenios de exportación de azúcar con la URSS, restableciendo las relaciones diplomáticas que habían sido cortadas por Batista. De ese modo comienza el alineamiento cubano con el bloque soviético, línea que quedaría plenamente confirmada con el intento de golpe de contrarrevolucionarios entrenados por la CIA en Guatemala y que desembarcaron en la Bahía de Cochinos en 1961.

La relación se tensó al máximo pocos meses después, durante la Crisis de los Misiles de 1962. Ante la constatación de la instalación

de misiles rusos en la isla, todo parecía prever una invasión abierta norteamericana, que fue finalmente conjurada con el retiro de los cohetes rusos de Cuba a cambio del desmantelamiento de misiles norteamericanos en Turquía.

Allí la revolución cubana, desde un fuerte tono de liberación nacionalista en sus inicios, había emprendido políticamente ya el camino del socialismo. Es interesante constatar cómo precisamente la inmensa dependencia de la isla de los EEUU y el dominio total que éstos habían pretendido establecer mediante la enmienda Platt y el control sucesivo de recursos y gobiernos, fueron los factores que condujeron a la revolución cubana a tomar un camino de firme alineamiento con la izquierda mundial y el comunismo soviético.

La Unión Soviética y Cuba se transformaron en firmes aliados, proveyendo el gigante del Norte combustibles y recursos económicos, y los cubanos facilitando la tarea de propagación del marxismo a nivel mundial. Las políticas seguidas por el gobierno cubano en los 60' y 70' fueron precisamente las dictadas por la ortodoxia comunista. La nacionalización de las grandes empresas, la centralización de la economía, la reforma agraria, la colectivización y mecanización de la agricultura, fueron acompañadas de un especial énfasis en la educación pública, especialmente mediante programas de alfabetización y en el sistema de salud, produciendo avances que hoy son reconocidos mundialmente.

A nivel político se instauró el sistema de partido único, creando una multiplicidad de organizaciones de participación populares bajo la égida del partido. En este período es muy activa además la participación cubana en las guerras civiles devenidas del enfrentamiento entre fuerzas revolucionarias y prooccidentales en el África. A estas alturas, Cuba había adquirido fortaleza militar, gracias a su alianza con Moscú.

Los Estados Unidos persistieron en sus afanes contrarrevolucionarios, confiando en que el bloqueo comercial y la radicalidad política del régimen, junto con la profusa propaganda capitalista iban a minar el proyecto socialista.

Pero las dificultades llegaron sólo cuando el proceso mundial hizo que el neoliberalismo y la desestructuración avanzaran sobre el imperio soviético, desmoronándose su máximo exponente ante los atónitos ojos de la izquierda.

Cuba sufrió el embate económico directo de perder a su principal socio comercial y la tragedia de ver cómo el socialismo real perdía terreno frente a quien se adjudicaba la victoria global, EEUU, asomando a comienzos de los 90' como el nuevo gendarme mundial.

Allí los cubanos se vieron sometidos a severas restricciones hasta que Castro puede estabilizar la situación mediante una fuerte apertura hacia Europa, abriendo posibilidades en el sector turístico y también gracias a la colaboración de créditos de China. Las remesas de quienes habían emigrado en búsqueda de otras oportunidades de subsistencia aportaban lo suyo.

Cabalgando sobre la ola global que le favorecía, USA se dedicó a fortalecer a los movimientos anticastristas con base en la península de Florida que se vieron reforzados por la emigración comentada. En una táctica de mucha mayor resignación, el habitualmente impaciente imperio se pondría a la espera de que el simple proceso biológico consiguiera lo que no habían podido lograr la permanente contradifusión televisiva y radiofónica, las invasiones, el bloqueo económico o la subversión política. Sin embargo, la figura emblemática de la revolución, Fidel Castro, luego de 49 años de gobierno cede el mando a su hermano Raúl, reforzando las señales de continuidad.

Síntesis

Durante cuatro siglos Cuba fue una gran plantación de cultivo de caña de azúcar, con una población mayoritariamente esclava y bajo dominio de la corona española.

La oligarquía del lugar (mayoritariamente española) y los industriales y comerciantes norteamericanos usufructuaron a sus anchas la producción azucarera, manteniendo estructuras de vasallaje intactas. No hubo entonces hacia comienzos de siglo XVIII desarrollo de cierta “burguesía” criolla interesada en diversificarse o cierto “proletariado” incipiente en centros urbanos, sino básicamente amos y esclavos.

Este hecho, sumado al relativo aislamiento (por su condición de isla) privó a Cuba de los desarrollos anticoloniales propios de toda la región latinoamericana para aquella época.

Sólo el creciente interés geopolítico de los EEUU hacia fines del 800, en “liberar” vías de comercio internacionales, apuntalándolas con asentamientos militares propios, junto al lento avance de la necesidad de verdadera libertad en criollos y esclavos, permitió a Cuba abandonar su pertenencia al imperio español, para comenzar un período bajo la tutela de la nación del Norte.

La extendida e infame exclusión social hizo que muchos cubanos vieran la necesidad de organizarse con decisión para cortar definitivamente lazos de dependencia y explotación. Así surgen en las primeras décadas fuertes movimientos sociales y aguerridas agrupaciones estudiantiles, sindicales y campesinas.

La represión ejercida en forma directa por EEUU o indirectamente a través de dictadores, polariza aún más la situación y produce una primera asonada popular militar en 1933, de la cual emerge fortalecida la independencia política y el poder de las fuerzas armadas en la figura del por entonces sargento Batista, devenido coronel y jefe de las mismas.

Pero la justicia social y la participación democrática de las masas seguirían todavía pendientes. Hacia 1940, se avanza con una nueva constitución en ese sentido, generándose un semiparlamentarismo y consagrándose algunas garantías sociales. El alineamiento antifascista de la guerra produce una “tregua” de los sectores de izquierda con Batista y una lluvia de divisas, debido a la venta completa de la producción azucarera a USA.

La decadencia de la corrupción política de los gobiernos “auténticos” se evidencia en los dos mandatos posteriores a la guerra, tomando el timón nuevamente Batista mediante golpe y conjurando el justificado clamor popular a sangre y fuego.

Las organizaciones y dirigentes que habían surgido en el estudiantado, y desde los campesinos y sindicatos se alinean en pos de una revolución que derroque al tirano. Esta revolución triunfa en 1959 y puede ser considerada a la vez la revolución de la independencia y de la justicia social.

La revolución cubana, con Fidel Castro al comando, toma rumbo socialista y ante los intentos norteamericanos para derrotarla en el contexto de la Guerra Fría, crea fuertes lazos con la URSS. Esta sociedad ideológica y política perduraría hasta el derrumbe del modelo soviético, en los inicios de los años 90’.

Allí la escenografía general, apoyada por la multiplicación y masificación de los medios de difusión, era la del triunfo definitivo del capitalismo. Aún cuando muchos prefieren emprender la retirada, Cuba resiste una vez más esta oleada, consiguiendo apoyo europeo y chino, que permite paliar la crisis de escasez.

A finales de siglo XX y en la primera década del nuevo milenio surgen otros gobiernos de izquierda o centroizquierda en la región, lo cual alienta al gobierno cubano a un panorama de alianzas en lo político y económico, mejorando su posición.

Fidel Castro cede el mando a su hermano Raúl, compañero de luchas ya desde el asalto al cuartel Moncada (1953). El socialismo parece continuar y el castrismo también.

Cuba ha ejemplificado durante cincuenta años con aciertos y errores la posibilidad de los pueblos de vivir con dignidad.

La antigua provincia azucarera ha dejado sin duda un gusto amargo en la boca del imperio.

ECUADOR

El período que nos ocupa, la segunda mitad del siglo XX, encuentra en sus inicios en la presidencia a Galo Lasso Plaza, primer presidente electo constitucionalmente desde la revolución Juliana (1925) que logró terminar su mandato de cuatro años. Como comparación, en los 23 años precedentes desfilaron 27 presidentes, entre liberales, conservadores y militares.

En el período de inestabilidad comentado, Ecuador había sufrido sucesivas reorientaciones de sus cultivos principales, pasando del cacao al café, al arroz y al azúcar, posteriormente tomando al banano como principal fuente de exportación.

Como nuestros lectores a estas alturas ya imaginarán, luego de haber leído páginas anteriores, nos encontramos aquí nuevamente con el modelo de economía centrado casi exclusivamente en la exportación agrícola primaria, con fuerte preeminencia del monocultivo y absolutamente dependiente de las oscilaciones del consumo y de los precios internacionales del producto en cuestión.

La situación propietaria reproduce el cuadro de las grandes plantaciones de propiedad aristocrática y compañías foráneas que ya hemos descrito en otros países. Especialmente a partir de las crisis derivadas de la precariedad del modelo agroexportador, los pequeños agricultores, sin las posibilidades financieras de los grandes, se ven obligados a liquidar sus parcelas y son expulsados en masa hacia las urbes en busca de subsistencia. Pero en las ciudades no encontrarán industrias desarrolladas lo que conduce a muchos a tratar de sobrevivir con trabajos no formales y en general, en la miseria.

Esta situación llevó a muchos ecuatorianos a sindicalizarse y organizarse tempranamente en pos de mejoras sociales y en contra de la decadencia política que sólo se representaba a sí misma. Este “movimientismo social” fue el escenario sobre el cual se edificó la volatilidad política del país posteriormente a la Revolución del 25’ y hasta fines de los años 40’.

Galo Lasso Plaza era hijo del general Leónidas Plaza Gutiérrez, quien había sucedido en 1901 al célebre revolucionario liberal Eloy Alfaro, y también había sido presidente en un mandato posterior (1912-16), poco después de la muerte del “Viejo Luchador”. La

revolución alfarista preconizó fuertemente la separación de Iglesia y Estado, eliminando el diezmo obligatorio (con el cual prácticamente los indígenas mantenían al clero), impulsando por primera vez la educación pública y laica en el país y nacionalizando posesiones de la Iglesia. La reacción eclesiástica-conservadora no se haría esperar y luego de cruentas luchas intestinas, en las que Alfaro intentó mediar, fue asesinado y quemado en la “Hoguera Bárbara”, al mejor estilo medieval. Aquellos ideales fundacionales serían traicionados por su propio partido, quien se convirtió en títere ejecutor de la plutocracia costeña - los latifundistas en conjunto con la banca de Guayaquil. El espíritu de su revolución, sin embargo, continuaría en la revolución juliana y, ya con otro signo ideológico, en la fiera de las nacientes luchas sociales comentadas en párrafos anteriores. Este sello junto a la previsible reacción conservadora encuadrarían políticamente todo el período anterior a la Segunda Guerra.

En el período 1948-1952 Ecuador se convirtió en fuerte exportador de banano, habiéndose multiplicado este cultivo para aprovechar las plagas y crisis de la producción de los países centroamericanos, por la época principales productores de ese fruto.

Lasso Plaza hizo propias las recetas de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina), de las cuales hablaremos más extensamente en el capítulo dedicado a las principales líneas del proceso latinoamericano en general, debido a la incidencia que tuvo para la región toda.

Esa política implicaba básicamente la “sustitución de importaciones”, con el consiguiente desarrollo de las industrias locales a través de una mayor ingerencia estatal y una ampliación del mercado de consumo interno.

Por otra parte, la “sugerida” industrialización requería de la realización de fuertes obras de infraestructura vial, energética y comunicacional, apartado que presuponía la fuerte actuación del Estado de manera centralizada.

En Ecuador, si bien este modelo ayudó a la modernización creando algunas obras importantes, la mentalidad cortoplacista de los capitalistas tergiversó algunos elementos, aprovechándolos para beneficio propio. Como ejemplo, se utilizaron las facilidades crediticias de la época para impulsar nuevas importaciones de maquinaria para la explotación agrícola, que no condujeron a la

multiplicación fabril que sí se produjo en otros lugares que aplicaron el desarrollismo.

En 1952 asume Velasco Ibarra, quien fue presidente de Ecuador en cinco oportunidades. Sólo culminó su mandato entre 1952 y 1956. Velasco Ibarra es catalogado como “populista” y fue el típico “hombre fuerte” de la política ecuatoriana, como lo encontraremos por estos años en Latinoamérica en otras figuras autoritarias como Perón, Rojas Pinilla, Getulio Vargas, Batista y otros. Sin embargo, a diferencia de varios de ellos - en general militares y hombres de acción -, su formación académica y su sesgo intelectual eran muy sólidos.

Velasco fue primariamente un conservador católico con fuertes ligazones con los sectores de poder económico que aprovechó la coyuntura de postguerra, donde el fuerte ingreso de divisas por la exportación de banano permitió que el país pudiera modernizar en parte su infraestructura.

Por estas épocas el conflicto social se veía atenuado por la relativa liquidez, por las nuevas posibilidades de trabajo que se abrían a los trabajadores en la obra pública y por ciertos avances sociales que el Estado comenzaba a otorgar, sobre todo en términos de salud y educación. También la antigua oligarquía, preeminentemente agrícola, aprovechaba la ola favorable para diversificar y expandir sus negocios. Con todo ello se ampliaba la capa media de la sociedad.

Hacia 1951, en el intento eclesiástico de recuperar el terreno perdido frente al liberalismo y luego el marxismo, encarnado en las organizaciones comunistas y socialistas, Camilo Ponce Enríquez funda junto a Sixto Durán el Movimiento Social Cristiano, que poco después devendría en partido.

En 1956 Ponce Enríquez triunfa en las elecciones y por aquel período se producen las crisis que derivan del descenso exportador y la sobreproducción de banano (con un nuevo éxodo de pequeños agricultores quebrados hacia las periferias urbanas). Inevitablemente recrudecen las luchas sociales, produciéndose en 1959 un levantamiento popular en Guayaquil que será sofocado por las fuerzas de represión.

En 1960 Ecuador se había ya integrado a la primera unión librecomercista de la región, la ALALC, un acrónimo muy similar

al que 30 años después se intentaría impulsar desde los centros hegemónicos norteamericanos.

En este panorama de inestabilidad social y política, reaparece como esperanza de las masas nuevamente la figura de Velasco Ibarra, quien sin embargo, pese a toda su verborragia proselitista que lo conduce al gobierno en 1960, no puede frenar la crisis económica. Velasco había conseguido en esta elección más votos que sus tres opositores juntos. Pero los antiguos países productores de banano se habían recompuesto y el mercado estaba saturado. Velasco cede a la presión de los grandes grupos exportadores devaluando la moneda, medida que quita a los sectores medios y bajos todo poder de consumo. Por otra parte, la fuerte referencia de la revolución cubana comienza a hacer sentir su ascendente. La represión de los movimientos populares no se haría esperar.

Ante este nuevo escenario, los militares actúan y suplantán a Velasco por su vicepresidente Carlos Arosemena Monroy. Corre el año 1961, Monroy tenía buenos vínculos hacia la izquierda y se niega a romper relaciones diplomáticas con Cuba, exigido por Norteamérica en el marco del bloqueo al régimen revolucionario. La crítica situación económica, los sectores de derecha, la influencia de la Iglesia y la inteligencia norteamericana - que ya estaba operando sobre los militares -, producen la salida del gobierno de Arosemena Monroy y la instalación de una junta militar.

Comenzaría aquí (1963) un período no democrático con el fin de avanzar con planes desarrollistas, al par de contrarrestar el fuerte grado de organización y reclamo popular al que habían llegado los sectores asalariados ligados a la incipiente industria junto a una nueva intelectualidad universitaria y a las enormes mayorías empobrecidas que habían emigrado del campo.

Sin embargo, el recurso centralizador utilizado por las dictaduras militares, en línea con la tendencia de una parte del gran capital extranjero de la época, no conllevaba el automático apoyo de las oligarquías locales. Expliquemos esto, ya que en general, el capital siempre coincide consigo mismo.

La política de “sustitución de importaciones”, o sea, de industrialización local en términos de bienes manufacturados (no de bienes de capital), apuntaba a ampliar el mercado interno de consumo de los países dependientes de la agroexportación.

El incremento de la productividad industrial debido – entre otras cosas – a las técnicas de montaje en línea tayloristas, hacían que fueran necesarios nuevos “consumidores” para estos productos. Es obvio que un campesinado semiesclavo no tenía esta capacidad de consumo, por lo que la ampliación de las capas medias y asalariadas era imprescindible para los industriales de los centros de poder. El “costo” que dicha ampliación del consumo suponía, debía en este esquema ser asumido por los países “beneficiarios” de tal modernización, o sea los periféricos.

La idea era que la “brecha social” se redujera a costa de las inmensas ganancias de los señores del agro y por otra parte que el Estado asumiera un papel protagónico contrayendo créditos, que luego pagaría el conjunto social, en aras de la endiosada modernidad. Estos créditos y las obras de infraestructura derivadas de ellos (y necesarias como parte del “desarrollo”) abrían las puertas a nuevos negocios que debido a su complejidad, requerían habitualmente de las empresas extranjeras. Esa era aproximadamente la esencia de la así llamada “Alianza para el Progreso”.

Ahora puede resultar más claro porqué aquellos sectores terratenientes renuentes a entrar en esa nueva esfera no veían con buenos ojos tales maniobras y llegaron a tildar ciertas políticas centralistas del Estado, propugnadas por militares en nombre del más puro desarrollismo capitalista, como “comunistas”. Mucho peor eran todavía aquellos si tomaban medidas de real beneficio para los más pobres. Por ejemplo la reforma agraria, ya comenzada anteriormente pero nuevamente impulsada hacia 1964, que eliminaría el “huasipungo”, una antigua modalidad de explotación de los indígenas, sobre todo en regiones serranas.

El gobierno militar, que había garantizado el alineamiento ecuatoriano con la política anticastrista exigida por la administración norteamericana, no pudo sofocar el descontento interno. Tanto la izquierda creciente en sus reivindicaciones y movilizaciones como el ya comentado desasosiego de ciertos sectores conservadores, forzaron el retiro de la junta militar. Se designó provisoriamente a Clemente Yerovi Indaburu para conducir la transición institucional. Una Asamblea eligió unos meses después a Otto Arosemena Gómez, quien de inmediato tomó la opción de los sectores de poder locales, fundamentalmente de los conservadores en alianza con el social cristianismo.

El panorama entonces se había hecho nuevamente proclive para la reaparición del Velasquismo populista. En 1968, por quinta y última vez, el caudillo que se las había arreglado para que los pobres lo apoyaran mientras él favorecía primariamente los grandes negocios, gana las elecciones.

También como en anteriores oportunidades, dicha contradicción y la crisis social derivada de ella, doblegó su mandato y luego de intensísimas protestas estudiantiles y oposición de sectores de la producción a los que azotó impositivamente, se declara Jefe Supremo y anula toda garantía constitucional en Junio de 1970.

El final del velasquismo se acercaba raudamente. En 1972, en lugar del proclamado acto eleccionario, se produce un nuevo golpe militar. Allí toma las riendas el general Guillermo Rodríguez Lara, quien conduce un plan de fuerte corte nacionalista, sobre todo en lo relacionado a la soberanía estatal sobre los recursos primarios, especialmente el petróleo.

El “oro negro” había comenzado a constituirse en el nuevo producto de exportación, abriendo la zona oriental ecuatoriana a un país que tradicionalmente había estado compuesto sólo por dos regiones, la serrana con centro en Quito y la costera con centro en Guayaquil. Con el inicio de las exportaciones de crudo (agosto de 1972) comenzaron a crecer los recursos nacionales. Más aún con el espectacular incremento de los precios internacionales del petróleo en años posteriores. Sólo las exportaciones realizadas entre 1972 y 1974 sumaron un monto de ingresos similar a las exportaciones ecuatorianas de los 140 años anteriores de vida republicana. Era la época de la crisis mundial del petróleo.

Este hecho dio al gobierno militar, que con una renovada Ley de Hidrocarburos controló esta importante fuente de divisas, una relativa autonomía financiera para encarar planes de modernización. De este modo, se continuó el proceso desarrollista, esta vez con abundancia de recursos y con una fuerte ingerencia estatal.

Aún cuando la concentración de riquezas subsistía (y se acrecentaba) debido a los nuevos emprendimientos, ciertas medidas populistas como control de precios o subsidios laborales lograron generar una transitoria calma en los reclamos populares.

La bonanza petrolera, empero, al igual que como había ocurrido anteriormente con el cacao, el café, el azúcar y el banano, se vería

confrontada nuevamente con los problemas de la dependencia del mercado internacional. Así, ante la caída de precios del crudo, recrudeció la alarma social que despertaba del falso ensueño petrolífero. El pueblo exigía nuevamente participación política y los sectores medios ya no apoyaban al gobierno personalista de Rodríguez.

Los militares lo suplantaron con una nueva Junta de Gobierno, constituida por los titulares de las distintas fuerzas armadas, en el mismo estilo de las que por la época gobernaron Argentina o Chile, sólo para citar un par de ejemplos.

Esta dictadura que continuó hasta 1979, abandonó el nacionalismo radical y liberalizó algunos aspectos económicos, permitiendo el avance de los capitales internacionales. En el campo político, la represión de los sectores contestatarios fue la política oficial, en línea con el Plan Cóndor y la cruzada antiguerrillera del momento.

La falta de legitimidad del gobierno militar, la tensión social y el silenciamiento político de las mayorías hacían insostenible la situación. En 1979, se producen nuevamente elecciones. De ellas sale electo Jaime Roldós Aguilera, en binomio con quien sería su vicepresidente - y sucesor - Hurtado Correa.

Esta elección nos permite echar un vistazo a la otra fuente del populismo ecuatoriano, la CFP o Concentración de Fuerzas Populares, liderada por Assad Bucaram, tío de Martha Bucaram, esposa de Jaime Roldós y de su hermano Abdalá quien sería más adelante también presidente y depuesto por “insania mental”.

La fuerza de dicho partido residía en la costa occidental, en la región de Guayas y Guayaquil y respondía a un fuerte clan económico, al estilo de los que ciertas familias de origen sirio-libanés establecieron en distintos puntos regionales del continente (por ejemplo los Menem en la Rioja argentina o los Saadi en la Catamarca del mismo país). El CFP había sido en distintas oportunidades aliado del Velasquismo, pero era a su vez temido por éste como posible sombra electoral. En la década del 60', el “tío Buca” arrebató el control del partido a Guevara Moreno, líder del mismo y antiguo ministro de Velasco Ibarra. En las elecciones previstas para 1972, Assad Bucaram aparecía como un casi seguro ganador, pero los militares frustraron sus aspiraciones. Luego de las dos dictaduras militares de los 70', su candidatura fue nuevamente

proscrita bajo la figura del “inmigrante no nativo” y allí emergió como alternativa Jaime Roldós.

Roldós no tuvo demasiado tiempo de desplegar su gobierno, que comenzó con algunas medidas de impacto popular, ya que murió en un dudoso accidente de aviación junto a su mujer veintiún meses después de asumido su mandato. Se conjeturó que fue asesinado por su postura de abierto enfrentamiento a la ola dictatorial a la sazón reinante en la región y a sus vínculos con la triunfante revolución nicaragüense y otros gobiernos no alineados con la política imperial norteamericana. También es posible que otros grupos de poder temieran ser desfavorecidos por su política. En todo caso, el Roldosismo (como continuación del CFP) pretendía de algún modo la sucesión renovada del Velasquismo que había arriado definitivamente las velas con la muerte de su líder, el 30 de Marzo del año en que Roldós sería electo.

Sin embargo, los vientos habían cambiado y el populismo se había quedado sin su sostén principal: la inversión (o dádiva) estatal, según fuera el caso. Por aquella época, el Fondo Monetario y el Banco Mundial comenzaban a hacer oír sus reclamos de “ajuste”, la ineficiencia como sinónimo de gestión estatal era la ideología que empezó a circular por la televisión, medio que comenzó a impregnar todo accionar social.

En los países centrales, los antiguos núcleos industrialistas habían diversificado sus ganancias y ahora preferían la especulación financiera a la producción. La antigua fábrica esforzada y llena de hollín dejaba paso a las brillantes oficinas bancarias del negocio fácil y “limpio”.... para la banca misma, claro.

Y esa banca quería quedarse con todo, así que el endeudamiento se generalizó a todos los niveles para luego cobrarse rematando la propiedad puesta en garantía. En el caso estatal, la deuda se contrajo bien por necesidad de mantener cierto nivel de promoción social alcanzada desde los años 50’ o por la corrupción generalizada entre sus diversos y muchos funcionarios. Esta tendencia se reforzaría hacia fines de los 80’ para llegar la “factura” de cobro en los 90’

Entre tanto, Osvaldo Hurtado, quien heredaría la presidencia a la muerte de Roldós y que pertenecía a la Democracia Popular, partido de inspiración democristiana, debía hacer frente a un nuevo estrangulamiento económico y una fuerte espiral inflacionaria.

Tal como había sucedido casi siempre, la crisis las “pagaban” los sectores empobrecidos ya que aumentaba el desempleo y con ello, mermaba el salario y arreciaba la informalidad laboral. El empresariado local enarbolaba la bandera de la libre empresa culpando al Estado de todo mal. Los trabajadores fueron encontrando formas de organización para hacer oír su voz y el FUT (Frente Unitario de Trabajadores) funcionó como agrupación vinculante del accionar de las izquierdas y el reclamo popular.

Hacia 1984, el antiEstado empresarial apoyó con todas las fuerzas al candidato socialcristiano León Febres Cordero, quien luego de su triunfo puso a prominentes representantes del sector bancario, comercial y agrícola en los principales puestos de su gestión. El neoliberalismo comenzaba a barrer con toda solidaridad social.

En un renovado clima de conflictividad pública y social llega al gobierno Rodrigo Borja, socialdemócrata, a quien el electorado encomienda un nuevo ciclo de - al menos - cierta protección social ante la inclemencia devoradora del neoliberalismo. Sin embargo, las medidas reformistas eclécticas y el clima mundial reforzado por el declive de las ideas socialistas, no logran aminorar la marcha del ajuste.

Pero aún este tenue intento socialdemócrata era considerado una pérdida de tiempo por el capital nacional e internacional y en 1992, Sixto Durán Ballén, viejo líder del PSUC social cristiano es encaramado a la presidencia con el claro mandato de privatizar, de reducir el Estado y garantizar la política de libre mercado.

En esta retórica contraria a la función estatal y ante la evidente corrupción política que - ciertamente existente - se desplegaba periodísticamente por los medios de comunicación con la misión de fundamentar la ideología privatista y tecnocrática, la antigua partidocracia y las ideas habían caído en descrédito.

En el sector popular comenzaba a aparecer un nuevo actor, el movimiento indígena, quien reemplazaba a las izquierdas tradicionales debilitadas por la caída del modelo soviético y el descreimiento generalizado en las fórmulas elaboradas por Marx un siglo antes. Los pueblos originarios habían sido largamente excluidos de toda forma de participación social y política. El trato reservado a ellos desde la política era el castigo, la amenaza, la mentira o la corrupción de líderes traidores para captar sus votos.

Muchas comunidades originarias permanecieron recluidas en sus economías de subsistencia comunitarias, intentando protegerse manteniéndose “alejados”. Pero las nuevas vías de comunicación y la voracidad del capitalismo que pretendía no dejar ningún espacio sin explotar, llegó hasta los más recónditos parajes sin dejar escape alguno.

También entonces estas nacionalidades se organizaron en entidades con peso propio, entre ellas la CONAIE (Confederación Naciones Indígenas del Ecuador), que se funda hacia 1986. En el desarrollo y la ampliación del reclamo de este importante sector postergado surge junto a la demanda social, la fuerte necesidad de autodeterminación cultural. Esta voz acallada durante siglos pone en tela de juicio no sólo las políticas de coyuntura sino la visión occidental impuesta a la región desde la época de la conquista.

El levantamiento nacional indígena de Junio del año 1990 fue la expresión de este avance de los pueblos, produciéndose entre otras reivindicaciones la conquista de la entrega de tierras a campesinos tras mediaciones y negociaciones entre el gobierno y las organizaciones. Así se desarrollaría una base orgánica que desembocaría en la formación de un brazo político, Pachakutik, que participa por primera vez en las elecciones presidenciales de 1996.

Para esas elecciones, las mayorías desconfiaban sanamente de la política tradicional y el empresario Abdalá Bucaram, autoerigido en salvador populista, logra vencer con su declamado “roldosismo” a las demás fuerzas.

El “amigo del pueblo” no hizo sino profundizar las recetas privatistas, convocó al ministro de Economía del argentino Menem, el neoliberal a ultranza Domingo Cavallo para que lo asesore. Su estilo excéntrico, una mezcla de satrapía oriental con farandulismo mediático (poseía varios medios de comunicación), sumado a la clara intención de beneficiarse personalmente y a su círculo íntimo, enardeció a los ecuatorianos que nuevamente despertaban azorados de sus ensueños mesiánicos.

La presión popular hizo que el congreso destituyera a Bucaram, quien escapó a Panamá sin siquiera haber cumplido un año al frente del gobierno. La situación derivó en una especie de vacío institucional, con dos presidentes interinos elegidos simultáneamente y que mostraba simbólicamente la falta de representatividad real de

los políticos de la partidocracia. Finalmente Fabián Alarcón fue designado para presidir el interinato hasta las nuevas elecciones de 1998.

De esa contienda salió electo en segunda vuelta Jamil Mahuad, por entonces líder de la derechista Democracia Popular. En su corto pero tumultuoso gobierno, cuenta con el dudoso honor de haber socorrido la quiebra del sistema bancario privado con emisiones de moneda, produciendo una inflación galopante y generando la asfixia económica de la mayor parte de la población. Acto seguido, dolarizó la economía. Otro “logro” de Mahuad fue el otorgamiento del permiso para la instalación de una base norteamericana en Manta. En este período comienza el gran éxodo de ecuatorianos hacia el exterior. Todo ello en poco más de un año.

Nuevamente la CONAIE, encabezando la rebelión popular, junto a un grupo de coroneles del ejército, entre ellos Lucio Gutiérrez, obligan a Mahuad a dimitir. El gobierno es encomendado provisoriamente a Gustavo Noboa, ex vicepresidente de Mahuad, quien continúa la misma línea de precarización general, llegando - seguramente debido al sostén militar - a culminar el mandato y convocar a elecciones.

En esta contienda (2003) Gutierrez, que había pasado unos meses en prisión luego del golpe que desalojó a Mahuad, contó con el apoyo de las fuerzas de izquierda y de los movimientos indígenas representados en la CONAIE. Este apoyo no se relacionaba tanto con el mensaje electoral populista que emitía sino con el hecho de que en la vereda de enfrente se encontraba como candidato Álvaro Noboa, uno de los ecuatorianos más ricos y defensor del modelo empresarial.

Sin embargo, ante la fuerte oposición del Congreso, Gutiérrez pacta con la derecha representada por el Partido Social Cristiano y luego, ante la ruptura de su alianza con los sectores progresistas y ante la posibilidad cierta de ser enjuiciado políticamente, se alía con los restos del Partido Roldosista Ecuatoriano de Bucaram, con el PRIAN de Noboa y el Movimiento Popular Democrático para remover por decreto a la Corte Suprema de Justicia. Además en su mandato se anularon los juicios contra Bucaram, Noboa y Dahik (ex vicepresidente de Durán Ballén, prófugo en causas por corrupción), regresando éstos al país y desatando una ola de protestas.

Otra vez el pueblo, esta vez en la así llamada “Rebelión de los Forajidos” (mote con el que Gutiérrez intentó descalificar a la muchedumbre y a los jóvenes que ganaron las calles), produjo la salida del gobernante y nuevamente el Congreso tomó a su cargo la función de llenar la “vacancia” presidencial.

El designado según línea de sucesión constitucional fue Alfredo Palacio, médico independiente de alto prestigio personal y que había acompañado a Gutiérrez como vicepresidente de la fórmula. Palacio representaba en esa dupla al progresismo de la costa y durante la campaña desplegó al máximo su perfil sanitarista (había sido ya ministro de Salud durante el gobierno socialcristiano de Durán Ballén).

Luego de suceder a Gutiérrez, con quien progresivamente había tenido serias desavenencias, fundamentalmente debido al viraje político que éste efectuó, Palacio inició un gobierno con la intención de reconducir al país por el sendero de una plataforma de centroizquierda, cumpliendo las promesas de la campaña durante la alianza con los movimientos sociales.

Pero fundamentalmente se dedicó a intentar restablecer cierta legitimidad de los poderes públicos, mediante distintas medidas de consulta y democracia directa. Ya por entonces, aparecía con perfil propio su ministro de Economía, Rafael Correa, quien en fulgurante carrera política ganaría en segunda vuelta la elección del año 2007, nuevamente frente al candidato del dinero, Álvaro Noboa.

Correa se enfoca en la convocatoria a una Asamblea Constituyente, en sintonía con otros países en la región, que devuelva cierto sentido a la vida política absolutamente pisoteada por el manejo de componendas partidocrático, la ligazón plutocrática de la política con grupos de poder y la traición a toda promesa electoral realizada.

El pueblo apoya esta visión y ratifica la convocatoria con más del 80 % de los votos, obteniendo el partido de Correa Alianza País la mayoría en la subsiguiente elección de constituyentes. Correa promueve además en el inicio de su gestión ciertas medidas simbólicas, reduciendo los salarios de los altos funcionarios públicos (incluido el propio) y aumentando el monto de bonos de apoyo a carenciados.

La oposición de los medios de comunicación (en manos de los grandes grupos económicos) y del gobierno de Colombia en la persona de Alvaro Uribe - uno de los principales representantes de la política norteamericana para la región - similar a la que soporta Venezuela, dan cuenta del importante rol progresista que asume el gobierno de Correa. Una de las cuestiones claves de su gestión será seguramente la no renovación para la estadía de fuerzas militares norteamericanas en Manta, lo que se constituirá seguramente en una reflexión colectiva latinoamericana acerca de esta continuada práctica de control, renovada a través del plan Colombia, la iniciativa Mérida, el nuevo despliegue de la 4ª Flota, la base de Mariscal Estigarribia, las intenciones de establecer presencia militar en Perú, etc.

En el 2008 los ecuatorianos se aprestan a aprobar en referendo una nueva Constitución, que al igual que la boliviana - pendiente de sanción por la táctica de boicott de minorías - presenta nuevos paradigmas de humanización, diversidad cultural, democracia real e inclusión social igualitaria. La presencia del derecho a vivir sin violencia en cualquiera de sus manifestaciones - o dicho de otro modo - la inequívoca afirmación de la No Violencia como aspiración colectiva constituye un hito revolucionario que hará historia y cundirá como ejemplo.

Síntesis

La política ecuatoriana de la segunda mitad del siglo XX no pudo sustraerse a la inestabilidad que acarreaba ya desde la misma revolución liberal alfarista de comienzos de siglo. Esta fragilidad se explica por la altísima resistencia de los sectores oligárquicos y la Iglesia a ceder en sus privilegios, junto al avance en el reclamo de justificados derechos sociales por parte de los sectores marginados.

El método utilizado por la mayoría de los políticos ecuatorianos para sortear dicha pugna de intereses fue lisa y llanamente la mentira. La contradicción intrínseca de gobiernos que prometían mejoras sociales para el pueblo al par que defendían la propiedad de los grupos de poder, terminaba generalmente en el cese anticipado de los mandatos. El falso equilibrio de un sistema que pretendía modernizar sin transformar o alinearse con las tendencias externas de la época sin recortar privilegios internos, era manifiesto. El precario

balance además se veía siempre alterado con la permanente lucha por la preeminencia entre los sectores de la sierra y de la costa.

En todo este período la mayor expresión de este esquema tramposo lo representa el populismo conservador, fundamentalmente encarnado en la persona de Velasco Ibarra.

La actitud paternalista de caudillos y líderes encontraba en la siempre renovada esperanza mesiánica de gran parte del pueblo ecuatoriano su perfecta contraparte. El problema fue sólo que, cuanto más atrayente era el ensueño, más furioso era el despertar. En todo caso, este armado fue funcional en Ecuador (así como también en otros países de la región) a la contención de movimientos de transformación de las estructuras sociales, sobre todo marxistas. Otro factor favorable al triunfo del populismo fueron las desavenencias existentes en los mismos sectores de izquierda que adherían a distintos modelos de sociedad socialista.

Los períodos de auge exportador (primero con el banano y luego con el petróleo) fueron alicientes para el encantamiento popular, que luego, con los vaivenes de demanda y precios, dieron por tierra con el sostenimiento de las mejoras prometidas. Así, el proceso de industrialización y de mejoramiento infraestructural que comenzó a inicios de los cincuenta no llevaría a una relativa independencia del país de su modelo dependiente de la exportación primaria.

A partir del descrédito político y del desgaste institucional en general, justificado por sus propios actores y avalado por el mismo sistema capitalista a través del neoliberalismo reinante en los 80' y 90', al par que surgen nuevos movimientos representativos de las naciones indígenas, comienza a extenderse la conciencia popular sobre la necesidad de nuevas formas democráticas y el consiguiente reclamo por una profunda transformación del funcionamiento social.

Esta nueva conciencia se plasma en un texto constitucional fundacional y en el firme intento de avance de una revolución no violenta que se constituye en un modelo de vanguardia para la región.

EL SALVADOR

En este país la democracia representativa a nivel nacional - entendida como la libre elección de autoridades por el conjunto del pueblo - prácticamente no ha existido. Podría decirse que este camino se ha iniciado recién a fines de los años 90', en las postrimerías del siglo XX. Y aún estos últimos intentos reflejan la gran inercia antidemocrática anterior.

El análisis de la historia política del Salvador es muy interesante, ya que, como veremos, revela con total crudeza intenciones que habitualmente quedan enmascaradas detrás de montajes teatrales en el escenario político.

Este país centroamericano ha estado desde su independencia formal en manos de un grupo de familias que constituyen la oligarquía criolla. Los apellidos Araujo, Dueñas, Meléndez, Quiñones, Orellana, Álvarez, para nombrar algunos, nos revelan la descendencia directa de los conquistadores españoles que se convirtieron en propietarios de las tierras otrora pobladas por aborígenes lencas y pipiles.

Luego de la sustitución del añil - producto que servía como colorante - debido a la aparición a mitad del siglo XIX de sustancias elaboradas sintéticamente, los terratenientes se volcaron por completo al cultivo del café.

Así, el período histórico comprendido entre 1876 y 1931 es conocido como de la "República Cafetalera" y políticamente consistía en un sistema muy sencillo: los oligarcas se pasaban la presidencia sin pudor alguno y gobernaban para garantizar sus intereses.

En 1932 se produce un hecho histórico significativo: el levantamiento indígena-campesino en conjunto con el recién (1930) fundado Partido Comunista Salvadoreño, liderado por Agustín Farabundo Martí, quien había servido de secretario al nicaragüense Sandino y era delegado de la Internacional Comunista.

La rebelión es virulentamente aplastada y se produce una represión genocida. Una de las consecuencias de esta rebelión fallida fue que a partir de allí los aborígenes salvadoreños comienzan a ocultar por completo su origen y se produce un proceso

de aculturización forzada. Por otra parte, el régimen militar fascista que instaura el General Menéndez Hernández lleva al extremo la discriminación, dictando leyes racistas muy similares a las nazis que - entre otras medidas - prohibían selectivamente la inmigración de gitanos y otras nacionalidades.

Con la dictadura de Menéndez comienzan décadas de gobiernos militares, que combinarían la severa ley del garrote con algunas medidas populistas de impacto social para atenuar la protesta y sobre todo la adhesión de los desposeídos al auge de las propuestas marxistas, sobre todo a partir de la revolución castrista del 59’.

Luego del derrocamiento del dictador en 1944 y de un par de breves interinatos militares y elecciones fraudulentas, asume el general Castaneda Castro, quien continúa las políticas elitistas de Menéndez. En 1948, el sentir de la oficialidad joven impulsa un golpe y toma el mando el teniente coronel Óscar Osorio. En 1945 se había fundado un nuevo instrumento político militar, el PRUD (Partido Revolucionario de Unificación Democrática), inspirado en el PRI mejicano, que vence en el año 1950 al único candidato opositor, otro militar.

El contexto de esta “renovación militar” fue el desarrollo de un nuevo sector de poder económico que adquirió cierta predominancia, donde se destacaban familias judías y palestino cristianas emigradas hacia fines del siglo XIX. Éstas habían desarrollado la actividad comercial y financiera a partir del esquema dominante cafetalero y promovían cierta diversificación económica. El fascismo de Menéndez, cercano en ideas y prácticas al nazismo y su adhesión irrestricta al sistema clásico de monocultivo agroexportador, era contrario a los intereses e identidad de este ascendiente grupo.

Es electo entonces Osorio, quien sería el encargado de intentar llevar a El Salvador por el camino trazado por la CEPAL para la región, cuyas medidas ya hemos descripto en otros países y en las que seguramente abundaremos más adelante.

Durante su gobierno se realizan algunas obras viales y energéticas de importancia y se fundan también el Instituto de la Vivienda Urbana y la Seguridad Social. También aparecen algunos rasgos de industrialización. La fuente de financiamiento eran los ingresos a las arcas del Estado producido por la exportación del café. Pero también comienza a extenderse el cultivo de algodón.

Por supuesto que en todo este período la izquierda fue proscripta y perseguida, al igual que en la época de Menéndez. Muchos dirigentes sindicales, estudiantiles y hasta personalidades académicas estuvieron en la cárcel durante la presidencia de Osorio. En 1951 se firma un primer tratado de integración centroamericana, al que El Salvador adhiere.

Por el mismo camino intentó continuar el también teniente coronel Lemus, quien sucedió en 1956 a Osorio, siendo el único candidato de aquella “elección”... En la faz política, sin embargo, pese a haber sido ministro del Interior de Osorio, atenuó como presidente la represión y permitió el regreso al país de muchos exiliados.

La dirección general de este período es hacia la modernización capitalista con incentivos estatales, en consonancia con el comentado desarrollismo que se propugnaba desde sectores más proclives a la industrialización progresiva de la base agrícola. En este sentido, el gobierno de Lemus fue más permisivo de la organización política de trabajadores y estudiantes, por lo menos en sus inicios, endureciéndose hacia el final en una tardía muestra de amor hacia la reacción de sectores tradicionalistas, que quisieron prontamente acabar con toda influencia del triunfo revolucionario en Cuba.

La fuerte caída de los precios del café, con el aumento de tensiones sociales y la presión de las fuerzas conservadoras fuerzan el derrocamiento de Lemus en 1960, instalándose inicialmente una Junta de Gobierno, para dar paso luego al Directorio Cívico Militar, quien tendría a cargo clausurar estos aires “liberales” en el área militar y fortalecer las tendencias decididamente conservadoras y firmemente alineadas con el anticomunismo impulsado por EEUU.

Aparece en escena el coronel Julio Adalberto Rivera, quien reformula al PRUD, convirtiéndolo en PCN (Partido de Conciliación Nacional) y sumando a él varios civiles escindidos de la democracia cristiana. Como en todo viraje, se reforma la constitución y entre otros rasgos, se acortan los mandatos presidenciales a cinco años. También único candidato en las elecciones de 1961, Rivera es proclamado presidente, asumiendo el gobierno en 1962.

En su gobierno, surge la Organización Democracia Nacionalista (ORDEN), que desarrollada inicialmente como organización de masas corporativa para sustentar al partido militar, fue una de las

principales ejecutoras de la nefasta represión paramilitar que se desarrollaría violentamente en los 70'. Pese a su disolución oficial en 1979, este aparato sirvió de estructura de base para lo que sería el partido ARENA, fundado por el oficial de inteligencia D'Aubuisson y que continuaría la instalación del derechismo en el poder durante los cuatro períodos de gobierno electo posteriores a la guerra civil salvadoreña.

El PCN fue la base institucional de los gobiernos del coronel Rivera (62-67), del general Sanchez Hernández (67-72), del coronel Arturo Molina (72-77) y del general Carlos Humberto Romero (77-79), habiendo ganado estas dos últimas elecciones contra una oposición restringida en procesos claramente fraudulentos.

Los lineamientos económicos eran de continuidad con el PRUD, tendientes a fomentar la incorporación de El Salvador a los nuevos preceptos del capitalismo internacional, entre ellos el integracionismo regional. Todo ello sin afectar en lo más mínimo los intereses de los grupos de poder que, a diferencia del momento anterior iban "armonizándose". Así se irían limando las visiones de la vieja oligarquía terrateniente, dando paso a una generación más joven también interesada en los nuevos negocios.

En lo político, el PCN tendería a promoverse como una versión militar populista, para frenar a las organizaciones de izquierda y también a los partidos demócratas de centro y centro izquierda como el partido Demócrata Cristiano de Napoleón Duarte o el MNR del Dr. Guillermo Ungo.

El PDC, que llegaría a establecerse por la época como principal adversario político del dominio militar, era el producto de la ya comentada estrategia eclesiástica mundial de no perder terreno frente al avance de la ideología comunista.

Volviendo al período presidencial de Rivera, la combinación de la fórmula impulsada por Kennedy (la Alianza para el Progreso) junto a una mayor democratización para la región, había perdido peso frente al tercer elemento que impulsaba la administración norteamericana: el desarrollo de una firme estrategia de combate contrainsurgente.

Esta estrategia se conformaba por la transformación del equipamiento militar hacia armamentos más ligeros y vehículos de mayor movilidad, el entrenamiento de la oficialidad media y los

altos mandos en técnicas específicas para la “guerra de guerrillas”, el envío permanente de asesores, la intervención política a través de las embajadas y el armado de sistemas de información que delataran la actuación de los cuadros en las organizaciones populares o revolucionarias.

Así se funda en 1965 la ANSESAL (agencia de seguridad nacional), que centraliza la información y ordena el accionar represivo de toda la red que ligaba al alto mando militar con la base social, siendo ORDEN justamente un elemento de peso en esta red por sus posibilidades de acción directa en el medio campesino del interior del país. En 1967 esta organización paramilitar llegaría a componerse de aproximadamente cien mil personas. Fidel Sánchez Hernández, quien asume en 1967 como nuevo presidente, sería a su vez su jefe máximo.

Siguiendo los esquemas de integración de la época y la prevención de posibles solidaridades revolucionarias, los países de la región constituyeron el CONDECA (Consejo de Defensa Centroamericana), el cual fue incorporado al sistema de defensa norteamericano en 1965. Éste se descompondría luego de la guerra que enfrentó a las fuerzas militares de El Salvador con las de Honduras en 1969, llamada por la prensa “Guerra del Fútbol”, aludiendo a cierto partido de eliminatorias de las selecciones nacionales de ambos países. En realidad, esa guerra fue un típico intento de descompresión social buscado por los regímenes militares de ambos países, acompañado de la prensa siempre dispuesta a focalizar los resentimientos en chivos expiatorios.

Miles de campesinos salvadoreños que habían emigrado a zonas rurales hondureñas en busca de posibilidades de desarrollo agrario (dado el latifundismo en El Salvador), fueron expulsados en el marco de una redistribución de tierras del país vecino. Las fuerzas armadas reaccionaron entonces en una guerra de breve duración (seis días) pero que produjo un fuerte impacto desintegrador en el área centroamericana.

El período de Rivera y la primera parte del régimen de Sánchez se habían desarrollado en un contexto de holgura económica, debido a los excedentes que brindaban los buenos precios del café y el algodón a nivel internacional. De este modo, se produce un aumento en el bienestar económico de las capas medias de la sociedad y, como ya comentamos, ciertas medidas sociales de cariz populista.

A modo de válvula de descompresión política, se procede a una democratización controlada y restringida, que utilizan los partidos de centro y hasta el Partido Comunista (actuando a través del PAR, Partido de Acción Renovadora) para incrementar su militancia y presencia institucional.

Hacia 1969, las dificultades producidas por la abrupta caída de los precios y la consabida dependencia del modelo agroexportador producen fuertes manifestaciones sociales, con las que culmina el sopor social. En 1970 un grupo liderado por Salvador Carpio, a la sazón secretario general del Partido Comunista, se escinde de éste y forma las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), primer núcleo de lo que posteriormente se constituiría en una alianza político militar de todo el espectro de izquierda y que terminó conformando el FMLN (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional) en 1980.

Carpio no creía ya en la vieja estrategia de los “frentes populares” que habían diseñado Stalin y el búlgaro Dimitrov (coordinador de la IIIª Internacional) en los años 30'. Esta línea de acción, que fue seguida por los partidos comunistas de todo el mundo (y aún hoy tiene cierta preponderancia) apuntaba a promover una alianza con sectores considerados burgueses para enfrentar al fascismo, actualmente se diría “a la derecha”.

La oposición política de centro e izquierda se agruparía para las elecciones de 1972 en la UNO (Unión Nacional Opositora) con fuerte preeminencia del PDC, apoyado por el MNR y el PCS y lleva como candidato a Napoleón Duarte, fundador de la democracia cristiana salvadoreña. La oposición gana pero los militares entregan el gobierno al coronel Arturo Armando Molina. Mientras tanto, nuevas organizaciones guerrilleras se iban formando y nutriendo.

Las tensiones sociales no habían disminuido con la guerra entre El Salvador y Honduras, sino que por el contrario habían aumentado por el regreso del éxodo de miles de campesinos salvadoreños que no encontraban inserción social en un esquema combinado de latifundios e incipiente desarrollo industrial. Molina declama una reforma agraria pero los sectores de poder rurales se niegan a ceder. A partir de allí, los militares abandonarán toda concepción populista y asumirán la Doctrina de Seguridad Nacional, que tenía como elemento básico la represión contra todo elemento revolucionario o democratizador. Internacionalmente EEUU, luego de su fracasada

intervención abierta en Vietnam, tendía a fortalecer el protagonismo anticomunista de los ejércitos nacionales, reservando para sí el manejo y la dirección desde las sombras.

Molina resiste a su vez un intento golpista cívico-militar en respuesta al fraude electoral y varios políticos opositores marchan al exilio. Este período (72-77) es caracterizado por un fuerte aumento de la movilización popular en demanda de mejoras sociales y participación democrática, teniendo como contrapartida las acciones represoras contra estudiantes, dirigentes cívicos, sindicales, campesinos y por primera vez también religiosos, sobre todo jesuitas adherentes de la teología de la Liberación. El por entonces ministro de Defensa y Seguridad Pública de Molina, general Carlos Humberto Romero, era responsable directo del terrorismo de Estado desatado.

Por otro lado, las ejecuciones y secuestros por parte de las formaciones armadas de la izquierda agregan más elementos al inventario cotidiano de violencia, preludiando la guerra civil que explotaría en la década siguiente.

En 1977 el PCN presenta a Romero como candidato, ante una nueva participación electoral del frente opositor UNO, que llevaba al coronel Claramount en su boleta. Las elecciones son suspendidas en medio de la votación y Romero es declarado vencedor de las mismas.

La esperanza de sectores progresistas de producir los cambios necesarios por la vía política institucional se clausuraría definitivamente. La lógica del régimen era manifiesta: la oposición podía participar y hasta ocupar ciertos espacios en el ámbito municipal y legislativo, colaborando de este modo a “legitimar” el esquema de poder impuesto por los grupos económicos, la injerencia norteamericana y ejercido por los militares. Pero si, tal como sucedió, llegara a conformar una alternativa viable gubernamental a nivel nacional, se optaba por el fraude y la represión de la misma.

Y el breve gobierno de dos años de Romero fue sólo eso, represión y más represión.

En 1979 la situación de violencia política era insostenible y el desprestigio internacional del régimen era total. Es necesario recordar además que por aquella época el presidente de EEUU James “Jimmy” Carter propiciaba una ofensiva conciliadora que

relajara la puja global con el bloque soviético y las ideologías de izquierda. En este sentido, en 1975 se había firmado el tratado de Helsinki, en 1977 el tratado Carter-Torrijos de devolución de la soberanía del canal de Panamá a los panameños, al tiempo que se instaba al “Tercer Mundo” a adoptar medidas democráticas.

Desde el punto de vista de la situación en El Salvador, un nuevo recambio militar se hacía imprescindible. Además, el triunfo de una nueva revolución socialista en Nicaragua (Julio 1979) con el derrocamiento del dictador Somoza, mostró la urgencia absoluta de una salida de Romero, para abortar lo que parecía iba ocurrir y finalmente ocurrió, la ofensiva de los ejércitos guerrilleros.

En Octubre el Coronel Majano, en nombre de la Juventud Militar, depone a Romero y se producen tres intentos, entre 1979 y 1982, de frenar el ímpetu revolucionario mediante la constitución de una Junta de Gobierno compuesta por civiles y militares, al tiempo que se proclaman algunas medidas progresistas, entre ellas la siempre demandada reforma agraria. La táctica era precisa: ofrecer cierta salida institucional haciendo participar en estas Juntas a líderes políticos de centro (como el demócrata cristiano Duarte) para quitar apoyo a los Frentes políticos revolucionarios, generando además la esperanza de una futura participación democrática y produciendo reformas sociales restringidas para minar el amplio apoyo campesino y popular de las guerrillas.

Esta táctica no funcionó. En 1980, el asesinato del arzobispo Romero y el éxito de la mencionada revolución sandinista, llevan a la unidad de todas las fuerzas guerrilleras y de izquierda (ésta vez incluidos el PCS, liderado desde la escisión de Carpio por Shafik Handal y también el MNR). En 1981, con la “ofensiva final”, comienza la guerra civil que duraría hasta 1993.

La política norteamericana (y cierto sector de poder salvadoreño) insisten, ya en plena guerra, en el “cambio de imagen” y en producir una descompresión democrática. Luego del término de las Juntas mixtas de Gobierno y un interinato del último civil que presidiría en nombre del PCN, el banquero Álvaro Magaña, se procede a elecciones, donde por primera vez sale electo, en segunda vuelta, un candidato no proveniente de los partidos militares. En 1984 asume José Napoleón Duarte, quien, como ya dijimos, había abandonado la posición opositora y participaría de este intento de “conciliación” con las fuerzas revolucionarias. Tal era la fuerza y el arraigo del

Frente Farabundo Martí que una concesión en esta escala se hacía imprescindible: la entrega del poder político formal a un centrista, para evitar la fuga definitiva de las capas medias y bajas hacia un consenso revolucionario.

Al mismo tiempo se había generado un nuevo instrumento político de las derechas ultra conservadoras. Luego del Pro Patria de Hernández Martínez y el PCN de Rivera, surgía ARENA (Alianza Republicana Nacionalista), fundada por el torturador (e instigador del asesinato de Monseñor Romero) Roberto D'Aubuisson, como heredera de las bases de la oficialmente disuelta ORDEN, que seguía actuando en los “escuadrones de la muerte”, creados por el mentor de D'Aubuisson, el general Medrano.

Este nuevo partido debía además permitir la participación directa del mundo de los negocios y de civiles de derecha en las decisiones políticas y dar batalla doblemente en el campo militar e institucional.

En su mandato, Duarte debe también resistir a los intentos de golpe militar por derecha y a la revolución por izquierda, siendo sostenido en el gobierno por EEUU. Sin embargo, gravemente enfermo, entrega el gobierno a su sucesor electo, Alfredo Cristiani Burkard, un empresario que había tomado las riendas del derechista ARENA.

Hubo algún intento de negociación entre el gobierno y el FMLN, pero la violencia armada no cesaba. Para ambos bandos la “negociación” era sólo propagandística y distractiva. El FMLN pretendía la victoria militar revolucionaria y la represión, la desarticulación del movimiento combatiente.

Una nueva ofensiva guerrillera y el posterior asesinato de sacerdotes jesuitas, próximos a la teología de la liberación, hacen parecer remota toda posibilidad de pacificación. Por lo demás, Cristiani comienza con el proceso de neoliberalización total, comenzando la privatización de la banca estatal.

Sin embargo, la revolución marxista había sido frenada. Tanto en el exterior como en las capas medias de la sociedad y aún en ciertas tendencias al interior del FMLN, se hacía sentir la presión por un término negociado de la guerra civil. Éste se produce en 1992, con la firma de los Acuerdos de Chapultepec entre el gobierno y la dirigencia del Frente.

El FMLN se convierte entonces en la principal fuerza de oposición, llevando a las elecciones de 1994 como candidato a Rubén Zamora, un socialdemócrata progresista, pero perdiendo la elección frente al candidato de ARENA, Armando Calderón Sol, quien había sido durante la gestión Cristiani alcalde de San Salvador.

Calderón Sol encara la desmovilización de los cuerpos paramilitares, cumpliendo a su vez con el mandato del neoliberalismo. Así se continúa la privatización de los bienes públicos y es el turno de las empresas de telecomunicaciones y electricidad.

La amnistía de 1993 produjo la ausencia de todo juicio posterior a la guerra. Por aquella época se da el regreso de muchos del éxodo que había conducido a más de tres millones de salvadoreños a buscar refugio en el exterior, en procura de mejores condiciones de vida y de escapar de la violencia que asoló al país desde mediados de los sesenta y hasta los acuerdos de 1992. La magnitud de esta emigración masiva se comprende cuando se compara la cifra citada con el total poblacional de la época, algo más de cinco millones.

En 1997 el Frente Farabundo Martí gana la Alcaldía capitalina, perdiendo sin embargo la siguiente elección presidencial (1999) a manos de Francisco Flores Pérez (ARENA). La diversidad de tendencias y la brecha generacional se expandían al interior del Frente, que sufría algunas escisiones. La continuidad de partidos de derecha cívico-militares en el gobierno a nivel nacional se verificaba nuevamente.

Flores había surgido a la política durante el mandato de Cristiani, cuyo secretario privado - asesinado por la guerrilla - era su suegro. En este gobierno el Salvador reafirma - una vez más - su compromiso de alineamiento con la política exterior norteamericana, apoyando la invasión a Irak, reconociendo al efímero golpe contra Chávez en Venezuela y enfrentando públicamente a Fidel Castro. Por otra parte, Flores dolariza la economía y continúa el proceso privatizador. Promueve planes de “Mano dura” para intentar hacer frente a la creciente criminalidad común, fruto del surgimiento de gran cantidad de pandillas organizadas. Este nuevo fenómeno social se desprendía del regreso de muchos deportados de EEUU, de la permanente desinserción social de grandes grupos humanos marginados por el sistema económico y de la militarización social que había sufrido el país durante varias décadas, con un importante contingente de armas en posesión individual.

En 2004, es electo nuevamente un candidato de ARENA, Elías Antonio Saca, empresario de medios de comunicación. El candidato del FMLN, fue el antiguo líder comunista Shafik Handal, uno de los principales “históricos” de la izquierda salvadoreña, que fallece en Enero de 2006. Curiosamente ambos candidatos eran descendientes de familias palestino cristianas. Pero este hecho era lo único que compartían.

Saca agitó el fantasma anticomunista y contó con el apoyo explícito de los republicanos de EEUU. Coincidentemente con ello, desarrolla exactamente el mismo tipo de políticas que su antecesor, volviendo a retomar el camino de la represión por parte de la fuerza pública, esta vez, “justificada” por el alto índice de delitos. El Salvador sigue siendo hoy un país en manos de pocos, con las grandes mayorías excluidas.

Síntesis

El poder económico de la oligarquía criolla centrado en la exportación de café y algodón, produjo en la escena política salvadoreña gobiernos autoritarios en defensa de sus intereses y la ausencia generalizada de mecanismos democráticos.

Los instrumentos generados a tal fin fueron “partidos militares” que legitimaban su accionar mediante elecciones restringidas o fraudulentas. Los recambios necesarios se producían por fricción generacional y de escalafón, siendo los golpes habitualmente conducidos por “jóvenes coroneles”, contra los generalatos envejecidos.

Así, desde 1948 hasta 1961 gobierna el PRUD, que promueve el desarrollismo. Desde 1962, éste se convierte en PCN, tomando los militares más conservadores el mando hasta 1979.

Esta administración militar se ve favorecida por la estrategia anticomunista del gobierno norteamericano, cuya ingerencia en la vida política ha sido un factor constante hasta nuestros días. La mayor parte de los militares y políticos salvadoreños ha recibido formación castrense o académica en instituciones del Norte y muchos de ellos emigran a EEUU luego de cumplidas sus labores locales.

La exclusión política y la injusticia social llevarían a muchos a tomar la opción revolucionaria armada o a marchar al exterior. Ante la tremenda destrucción de la guerra civil continuada entre 1981 y 1994, se inicia un período de apertura democrática.

Sin embargo, los cuatro triunfos electorales entre 1989 y 2004 del nuevo instrumento cívico militar, el partido ARENA, nos hablan de una pesada herencia autoritaria y de una falta de vocación real de cambio por parte de las élites que siguen al comando del país, ahora con caras civiles y como siempre apegadas a las doctrinas de turno de las administraciones norteamericanas.

GUATEMALA

Comenzaremos la reseña de este segmento de la historia política de Guatemala con un gobierno alentador, dado que en páginas posteriores, a partir de 1954, difícilmente encontremos algún motivo de alegría.

Juan José Arévalo Bermejo, quien fuera docente universitario en Argentina y egresado de la Universidad de La Plata de dicho país, fue electo presidente en 1945 y gobernó hasta 1951, año en el que fue reemplazado en la presidencia por Jacobo Arbenz Guzmán.

En 1944 se había producido la revolución de Octubre - liderada entre otros por Arbenz - cuya misión era terminar con la tiranía dictatorial, que luego de una larga historia de gobiernos autocráticos había llegado a extremos indecibles con las figuras de Ubico y Ponce Vaidés. Además de la necesaria democratización, estaba entre los objetivos de la Revolución la elevación de la calidad de vida de las grandes mayorías postergadas, entre ellos los pueblos indígenas, quienes eran sometidos desde siempre a vejaciones y explotación.

Retomaremos este tema en el período presidencial de Arbenz (1951-1954). Arévalo inspiró su gobierno en una filosofía llamada Socialismo Espiritual. Este humanista consideraba que defender y enaltecer la dignidad del ser humano no es incompatible con una justa regulación de la economía social de mercado. De ese modo, promovía el valor de la libertad de todos por encima de la proclamada libertad de unos pocos, que conllevaba el sometimiento de muchos, práctica más que habitual en la semifeudal Guatemala.

Así avanzó con varias reformas en el campo de los derechos de los trabajadores, preparando además el terreno para lo que culminaría Arbenz, la inmensamente necesaria y justa Reforma Agraria, cuya aspiración era brindar la posibilidad de subsistencia digna a la masa campesina de un país eminentemente agrícola.

El capitán Arbenz es electo y asume en 1951. Como otros líderes de la época se propone modernizar el país generando nuevas posibilidades para el pueblo. Durante su gobierno se construyen obras de infraestructura energética y vial, con la expresa consigna de producir una alternativa al monopolio sustentado por compañías norteamericanas sobre las vías férreas, puerto y sector eléctrico, pero su mayor logro fue decretar la Reforma Agraria, distribuyendo

tierras en general ociosas a campesinos y ampliando la base económica del país.

A la alegría y respeto del pueblo se correspondieron el enérgico rechazo de la transnacional bananera United Fruit Company, la Iglesia Católica y la mayoría de los militares ligados a los terratenientes.

La compañía norteamericana es la inspiradora del triste concepto de “república bananera”, ya que colocaba o compraba a voluntad a dirigentes políticos para beneficiarse. Fue la responsable de la masacre de las bananeras en Colombia en 1928 y controlaba el comercio de caña en Cuba hasta la revolución del 59’, a partir de la cual fue expulsada. En Guatemala era la dueña del negocio del plátano, principal cultivo y fuente de ingresos del país y tenía el monopolio de las principales vías para la comercialización (ferrocarril y puerto). Esta compañía será comprada en 1969 por un consorcio petrolero fundado por George Bush padre, cambiando su denominación a United Brands, cuya banana “Chiquita” sigue siendo hoy la primera en EEUU.

Para desgracia de Arbenz, de los campesinos guatemaltecos y de muchos latinoamericanos, operaban por aquella época en el escenario político mundial los hermanos Dulles, quienes además tenían intereses directos en la United Fruit. John Foster Dulles, el hermano mayor, quien en sus pocos ratos libres era abogado de la compañía, tenía como actividad principal ser el Secretario de Estado norteamericano bajo el gobierno de Eisenhower. Por la vía diplomática llevó a la OEA la demanda de sancionar al gobierno de Arbenz por la “irregularidad” de decretar una reforma agraria. Pero su hermano menor, Allen, importante accionista de la bananera era ni más ni menos que Director de la siniestra central de inteligencia norteamericana (CIA).

Por aquella época el par de hermanos se hallaban firmemente abocados a desarrollar la estrategia de la Guerra Fría para enfrentar a los soviéticos, luego de la derrota del nazismo y todo aquello que tuviera que ver con reformas sociales amplias les sonaba directamente a comunismo.

En 1954 organizan la invasión de Guatemala desde Honduras poniendo al frente al teniente coronel Castillo Armas y apoyándolo con cuatro aviones norteamericanos para señalar al pueblo y a

los militares como estaban planteados los frentes. La operación es firmemente apoyada por los lúgubres dictadores Trujillo (República Dominicana), Pérez Jiménez (Venezuela) y Somoza (Nicaragua).

Arbenz es derrocado y Castillo Armas asume el mando. Éste también había participado del movimiento militar que produjo la revolución del 44', pero se opuso a la dirección progresista del gobierno de Arévalo (intentando un golpe ya por la época) y por supuesto al rumbo de Arbenz.

En aquel momento se encontraba en ciudad de Guatemala un joven argentino de 26 años llamado Ernesto Guevara, quien tomaba contacto allí por primera vez con un compañero de Fidel Castro en el fallido ataque al cuartel Moncada. El "Che", como la historia lo conocería después, parte luego del golpe de Castillo Armas hacia Méjico, donde conocería a Fidel y se enrolaría en la tripulación revolucionaria del Granma.

Como nuestros lectores bien imaginarán, las primeras acciones de Castillo Armas fueron devolver las tierras confiscadas a la United Fruit y comenzar la persecución de los listados de "comunistas" que recibió de la inteligencia norteamericana. La caza de brujas había comenzado. La Constitución progresista de 1945 es derogada y las libertades cívicas, como en casi toda la historia política de Guatemala, se convierten nuevamente en un bien escaso.

Castillo Armas es asesinado en 1957 en circunstancias no esclarecidas, lo cual es lógico habida cuenta del oscuro mundo de las alianzas que lo habían acompañado. Lo vela en capilla ardiente uno de los principales socios del régimen, el Arzobispo Rosell Arellano que, como recompensa al apoyo brindado al golpe "liberacionista" contra Arbenz, convocando a los fieles católicos a apoyar a Castillo Armas, obtiene de éste la licencia para fundar en plena restricción democrática el partido de la Democracia Cristiana, instrumento político de la encíclica Rerum Novarum.

Luego de unos pocos meses de interinatos, Guillermo Flores Avendaño convoca a elecciones que son ganadas por el general Miguel Ydígoras Fuentes. Durante su gobierno se rompen las relaciones diplomáticas con Cuba y se permite el entrenamiento de las fuerzas que protagonizarían el fracaso contrarrevolucionario de Bahía de Cochinos en aquel país. Fuentes era parte del sector más derechista en las Fuerzas Armadas y ya había sido funcionario de la

dictadura ubiquista. En Noviembre de 1960 logra sofocar la rebelión de un grupo de la oficialidad joven, que constituiría luego el núcleo de las primeras unidades de la guerrilla guatemalteca, fundando las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y el Movimiento 13 de Noviembre.

Un nuevo golpe militar, esta vez exitoso, se produce en 1963. El nuevo presidente es el ex ministro de Defensa de Fuentes, el coronel Enrique Peralta Azurdía, quien evita con este golpe lo que se consideraba un casi seguro éxito electoral del ex presidente Juan José Arévalo, quien había sido electo con el 86% de los votos en la elección posterior a la revolución del 44'. Azurdía ordena además - en el plano militar - recrudecer la fuerte represión contra los combatientes opositores. Se trata del inicio de la cruenta guerra civil que costaría la vida de cerca de 200.000 personas, a lo largo de los 36 años de duración del conflicto.

A la acción militar de Azurdía se le corresponde la rígida prohibición política, con la obvia ilegalización del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT, comunista). Sin embargo, la intención era crear un partido cívico militar, para institucionalizar y darle cierta legitimidad política al gobierno militar alineado con la cruzada anticomunista de la época. La idea era similar a la que dio vida al PCN salvadoreño en tiempos de Adalberto Rivera emulando el ejemplo del PRI mejicano. De este modo se pretendía cercar políticamente a la guerrilla, evitando la afluencia creciente de campesinos a sus filas y las posibles simpatías de las capas medias urbanas.

Por otra parte, el PID (partido institucional democrático), como se llamó el partido que funda Azurdía, tenía la misión de producir ciertas reformas sociales restringidas, que también habían sido iniciadas en el gobierno anterior con la misma finalidad, la de cerrar toda posible vía de descontento social que pudiera favorecer el crecimiento del marxismo.

En las elecciones controladas de 1965 participan sólo tres candidatos: el coronel Ponciano - ejecutor del golpe contra Fuentes - del derechista MLN (Movimiento de Liberación Nacional, surgido en 1958), el también coronel Aguilar de León por el PID y Julio César Méndez Montenegro, por el PR (Partido Revolucionario).

Méndez Montenegro, un jurista que había participado como estudiante en la revolución de Octubre y que había servido ya en el gobierno del Dr. Arévalo, es electo por el Congreso al no obtener la mayoría absoluta. Para lograr asumir, firma un pacto secreto, por el cual permitiría al Ejército luchar en contra de la guerrilla sin la interferencia del gobierno civil y sin tener que dar cuentas a la Justicia, dando así continuidad a la política anticomunista. De ese modo, gobernaba en apariencia un presidente civil y mandaba en realidad el ejército, que comienza además por la época a armar grupos paramilitares para sofocar los focos de la guerrilla rebelde que se hacían fuertes en las zonas selváticas. Según estadísticas consultadas, en los dos años posteriores a la asunción de Méndez se duplican los asesinatos y desapariciones. La espiral de violencia se intensificó más aún con la llegada de asesores norteamericanos regresados de la guerra en Vietnam. La guerrilla respondía llegando incluso a asesinar al embajador estadounidense en 1968.

Uno de los organizadores de la represión militar en el interior del país, coronel Arana Osorio, fue el candidato a las elecciones de 1970, pasando a asumir la presidencia y dictando inmediatamente el estado de excepción que suspendía toda garantía política. La guerra recrudeció y nuevamente creció el número de muertos y desaparecidos. Por la época se forma un movimiento contra la Violencia, con centro en la Universidad San Carlos, que logra poner el tema en el tapete y limitar públicamente el accionar represor. Pero a fines de 1972, la cúpula del PGT comunista es apresada, torturada y desaparecida. A partir de allí, decrece por algún tiempo la violencia política, permitiendo el Gobierno algunas expresiones públicas.

En 1974 los partidos ultra conservadores MLN y PID presentan electoralmente al general Kjell Laugerud García, quien recibió gran parte de su entrenamiento militar (como tantos otros) en EEUU. Compite con él el general Efraín Ríos Montt - de cuya funesta celebridad nos ocuparemos luego - por el partido Demócrata Cristiano. Los medios de comunicación, en poder del Estado, emiten en cadena el resultado de dicha elección dando vencedor al militar oficialista. Dichos resultados no tenían ninguna relación con lo sucedido en las urnas.

En el gobierno de Laugerud se crea la unidad salvaje de contrainsurgencia de los “kaibiles”, a cuyo cargo estaría la matanza de miles de campesinos indígenas en el transcurso del

recrudescimiento del terrorismo de Estado. Como amarga ironía, la denominación “Kaibil” rememoraba a un antiguo rey maya que no había sido vencido por los invasores.

En 1978 asume el general Fernando Romeo Lucas García a través de un nuevo fraude. Aquí comienza la historia más terrible de la guerra civil guatemalteca, elevándose el número de víctimas astronómicamente.

Es necesario decir que, si bien los movimientos guerrilleros (a estas alturas formados por cuatro formaciones diferentes) eran parte de la destrucción a través de atentados, secuestros y asesinatos, la Comisión que se formó luego de la guerra como parte de los acuerdos de Paz, estableció que el 80% de las muertes fueron a causa de las acciones del ejército y sus grupos paramilitares afines.

La lucha armada de los movimientos opositores tomó nuevos bríos a partir de la victoria de la Revolución Sandinista en Nicaragua, correspondiéndose con sangrientas medidas por parte del gobierno. Muy conocido es el episodio de la ocupación pacífica de la embajada española por un grupo de indígenas y estudiantes ligados al EGP (Ejército Guerrillero del Pueblo) en 1980 y su incendio por parte de la Policía de Romeo, causando 39 muertes, entre ellas la del embajador español y la del padre de la que luego sería galardonada con el Premio Nóbel de la Paz, la indígena Rigoberta Menchú Tum. El rompimiento de relaciones diplomáticas a las que procede España, junto con el bloqueo de la ayuda militar por parte de la administración Carter no lograron frenar el genocidio posterior, ya que Lucas Romeo García acudió a otros mercaderes de la muerte para aprovisionarse. Sin embargo, dichas medidas colaboraron con el aislamiento del régimen militar en la opinión pública internacional, comenzando a crear ciertas condiciones para forzar la mesa de negociaciones y pacificar la situación.

Pero nada de ello ocurrió durante la gestión de Romeo García y muchísimo menos con la llegada al poder, vía golpe, del afiebrado militar devenido en predicador evangelista, Efraín Ríos Montt. En el año 1982, último año del gobierno del general Romeo, las muertes por motivaciones políticas ascienden a 18.000. El Ejército masacró aldeas campesinas enteras para “despejar” zonas de influencia guerrillera. Los que no morían, huían, con lo cual las tropas cumplían su macabro objetivo.

A partir de Marzo de ese año, Ríos Montt asume la presidencia y continúa la carnicería dictatorial. La locura y el terror desatado no tenían ya frenos. Se crean las patrullas de autodefensa civil (PAC), grupos paramilitares destinados a “limpiar” las propias comunidades de posibles simpatizantes de la guerrilla. Las opciones de la gran mayoría del campesinado quedan entonces reducidas a tres: morir, alistarse en las PAC o huir. A esa barbarie, Efraín Montt le llamó “pacificar” el país. Según la base de datos del CIDH, en menos de un año y medio, las fuerzas de seguridad bajo las directrices de Ríos Montt fueron responsables de casi el 43 por ciento de los asesinatos y desapariciones ocurridas en los 36 años de guerra. Otro dato lamentablemente ilustrativo: un informe elaborado por la ONU estableció que 448 aldeas, la mayoría pobladas por indígenas mayas, fueron literalmente borradas del mapa.

En 1982, el año más violento de todo el período de guerra, los insurgentes se agrupan en la URNG (Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca), al igual que había sucedido poco antes en El Salvador con el FMLN.

En 1983 los EEUU deponen al genocida Montt y colocan en su lugar a su ministro de Defensa Humberto Mejía Victores. Este general, pese a ser tan parte de la sistemática violación de los derechos humanos como su ex jefe, asume con la expresa misión de convocar a elecciones para amortiguar la desenfundada violencia desatada. Se redacta una nueva Constitución y resulta electo finalmente el demócrata cristiano Vinicio Cerezo, quien asume a comienzos de 1986.

Pese a la esperanza que comenzaba a asomar en los guatemaltecos por la lenta recuperación de los derechos cívicos, la guerra continuó. A pesar de las declaradas “buenas intenciones” de Cerezo, el Ejército retenía el control de la situación y reaccionaba con furia y nuevas matanzas ante el horizonte de un acuerdo de paz con las guerrillas. Se trató de un gobierno de falsos equilibrios, que sin embargo pudo realizar nuevas elecciones y entregar el mando tras un mandato completo a su sucesor, Jorge Serrano Elías. Más allá de lo señalado, Cerezo ayudó en la “regionalización” del proceso pacificador, en conjunto con otros mandatarios de la región y comenzó las negociaciones con la guerrilla que finalmente, diez años después de su asunción, cerraron uno de los capítulos más negros de toda la historia latinoamericana.

Serrano pertenecía también a las nuevas iglesias evangélicas y había sido encumbrado funcionario en la corta y sangrienta dictadura de Ríos Montt, pero concurrió a las elecciones de 1990 con una nueva formación - por supuesto de derecha “moderada” - y entró a competir en segunda vuelta con Jorge Carpio, candidato apoyado por un fuerte sector empresarial. La figura de Ríos Montt, vetado para la elección en razón de la cláusula de la nueva constitución de 1985 por haber sido golpista, fue la que le dio la victoria a Serrano, recibiendo los votos de sus seguidores. Macabro es constatar que la mayor base electoral de Montt, que luego desarrollaría el FRG (Frente Republicano Guatemalteco), estaba precisamente en las regiones campesinas donde desarrolló su mortífera política de “tierras arrasadas”.

La explicación de tal fenómeno es que los muertos o refugiados no votaban ya allí y los que se quedaron, o bien eran miembros de los grupos de autodefensa PAC o estaban en contra de la guerrilla por haber “traído la guerra” a esos lugares. En todos los casos, en muchos de esos lugares la figura de Montt sigue siendo la de un héroe pacificador.

Serrano asumió sin embargo la presidencia en situación de alta debilidad. Los militares dilataban el proceso de paz por temor a ser juzgados y desgastar al máximo posible a los cuadros guerrilleros. La UNRG no encontraba garantías para su desmovilización, más aún luego de la designación de “duros” al mando de la institución militar. El arco político de centro y los movimientos sociales progresistas desconfiaban del entorno de Serrano (Ríos Montt). Hasta la Iglesia Católica, que desde los tiempos de Castillo Armas había sido fiel aliada de los gobiernos militares, - salvo el del citado general - era contraria a Serrano debido a su profesión de fe pentecostal. Confiado en un triunfo electoral en elecciones legislativas sobrevaloró sus fuerzas y pretendiendo emular al peruano-japonés Fujimori, intenta un autogolpe dos años después (1993) que no prospera.

El Congreso designa a Ramiro de León Carpio, un jurista, para completar el mandato constitucional y evitar un nuevo vacío democrático y el riesgo de otro ciclo de régimen militar, amenaza que se cernía por el interinato asumido brevemente en nombre de las Fuerzas Armadas por Gustavo Espina Salguero. Ramiro de León era primo de Jorge Carpio, fundador de la centrista neoliberal UCN y había sido diputado por esa formación, previo a convertirse

en una especie de ombudsman de la Nación. Precisamente Jorge Carpio es asesinado por sicarios paramilitares en respuesta a una serie de medidas democratizadoras que toma el nuevo presidente y que incluyen una purga militar para lograr la obediencia a las instituciones civiles. A estas acciones de desestabilización siguieron otras, pero no lograron detener la dinámica de las negociaciones de paz que entraron en franca aceleración en este período.

Así, en 1996, luego de cumplido el mandato de De León Carpio, gana las elecciones Álvaro Arzú Irigoyen, sobre quien recaería finalmente la firma del tratado de Paz con la UNRG. Arzú pertenece a la pequeña pero dominante minoría de descendientes de la inmigración europea y es fundador del Partido de Avanzada Nacional (PAN), de derecha neoliberal y por supuesto con fuerte tendencia pro empresarial.

Asumido el cargo, procura acelerar fuertemente el proceso para la firma de los acuerdos de Paz que se concreta en Diciembre de ese mismo año en Oslo y Estocolmo. Poco antes se había cumplido con la desarticulación de las patrullas paramilitares (en el seno de las cuales operaban los “escuadrones de la muerte”) y hacia Marzo del año siguiente se comenzaría el proceso de desmovilización de la guerrilla y del Ejército.

En Febrero de 1999 se publica el informe de la comisión de Esclarecimiento Histórico llamado “Guatemala, memoria del silencio”, del cual citaremos sólo un par de datos: De las más de 200.000 personas muertas o desaparecidas durante la guerra, 83% pertenecían a la etnia maya, o sea campesinos indígenas, en su gran mayoría civiles no pertenecientes a ningún bando en pugna. Por otra parte, el mismo informe revela que el 93% de estas trágicas muertes fueron perpetradas por el Ejército y sus aliados paramilitares.

Pese a su delicada tarea democratizadora, en la que se produjo hasta un plebiscito de reforma constitucional que preveía sentar el carácter pluricultural de Guatemala y que fracasó porque más del 85% se abstuvo, en el campo económico su tarea fue absolutamente favorable a los intereses de las minorías. Arzú adhirió sin matices al neoliberalismo y privatizó cuanta empresa estatal quedaba.

Así como el gobierno tuvo reconocimiento internacional por su tarea de consolidación de la democracia, en lo interno la situación social no había variado en absoluto. La sigla PAN seguía las

reglas de la vacía demagogia electoral. Además, poco antes de la elección nombró ministro de Defensa a un presunto implicado en el asesinato de un colaborador de la oficina de derechos humanos del Arzobispado, sucedido pocos meses atrás.

En el próximo turno electoral, triunfa el FRG fundado por el dictador Ríos Montt, quien envía en esa contienda a Alfonso Portillo en su representación. El perdedor fue el oficialista Oscar Berger, empresario ganadero y co-fundador del PAN junto a Arzú, pero que tomaría su revancha en 2004. Por primera vez, después de casi medio siglo participa la izquierda en las elecciones, aliándose el UNRG con otras fuerzas y recibiendo el tercer lugar de las preferencias quien luego sería electo presidente en 2008, Alvaro Colom Caballeros.

El profesor Portillo Cabrera, quien asume la presidencia en 2000, es una figura que pasó de militar en el izquierdista Ejército Guerrillero de los Pobres en 1970 a representar al partido de extrema derecha FRG, habiendo participado en la socialdemocracia y sido jefe del partido Demócrata Cristiano. Este camaleonismo político, llamado por aquel entonces “pragmatismo” y aún hoy considerado virtud por los formadores de opinión a sueldo de las corporaciones, explica quizás porque Portillo será básicamente recordado por la corrupción de su gestión. Como es habitual en estos casos, había llegado a la presidencia con el lema de “moralizar la vida pública y combatir la corrupción”.

Ya en un franco clima de renovado malestar social, con grandes índices de criminalidad común, con un gobierno plagado de denuncias de malversación y por si fuera poco, empeñado en la defensa cerril de su jefe máximo, el criminal de guerra Efraín Montt, Guatemala produjo una nueva elección.

Oscar Berger Perdomo resultó electo por una alianza de fuerzas de centroderecha. El centroizquierda con Colom de candidato fue segundo, relegando al tercer puesto al mismo Montt. Berger era sin duda el candidato preferido del establishment y de EEUU, frente al fascismo populista del ex general Montt y por supuesto ante el avance del socialdemócrata Colom.

Así, casi por los mismos días en que se aprestaban a ir a segunda vuelta, se firmaba el CAFTA - la versión del ALCA para los países de Centroamérica - y el gobierno norteamericano y las elites locales pretendían que el nuevo gobierno ratificara ese rumbo.

De ese modo, las declaradas “reformas estructurales” que debían mejorar la salud, la educación y la calidad de vida de un pueblo sometido y paupérrimo, difícilmente serían llevadas a cabo por un dirigente surgido de una familia de hacendados, por lo demás desde siempre comprometido con el poder empresarial.

Llegarían entonces las elecciones de finales del 2007 y la UNE (unión nacional de la esperanza) vence al general Otto Molina Perez, del Partido Patriota. Luego de más de 50 años, desde el derrocamiento de Jacobo Arbenz en 1954, un progresista, Álvaro Colom Caballeros, asume la presidencia. Sin duda que la esperanza incluida en la sigla de la alianza que encabezó es el sentimiento popular que lo llevó a la victoria electoral. Hacemos votos, junto al pueblo guatemalteco y latinoamericano, para que dicha esperanza se materialice a favor de la gente.

Síntesis

Según los mitos mayas, la creación del hombre fue hecha a través de varios intentos, primero de barro, luego de madera y finalmente de maíz. Para los conquistadores europeos que llegaron a estas tierras, no importó tanto de qué sustancia estaba hecho el hombre, si era apto para trabajar y morir en las plantaciones. Así la tierra vio surgir el añil, el cacao, el azúcar, el banano y el café. Y pese a la abundancia tropical que daba vida a tanta vegetación (Guatemala quiere decir “lugar de muchos árboles” en una lengua náhuatl), muy poco del fruto de esos frutos prodigó bienestar a quienes ayudaban a parirlos de la Tierra.

Así, un pequeño grupo de familias preservó para sí los beneficios materiales y llegado el tiempo del gran comercio internacional, un pequeño grupo de compañías capitalistas se apropió de casi todo, respetando sólo a ese pequeño grupo que lo ayudó a administrar y sobre todo a controlar a la gran mayoría de la población que, de tanto en tanto, soltaba un grito de libertad ante tamaña arbitrariedad.

De este modo se explican de manera breve las mil y una vejaciones por parte de las innumerables dictaduras que sufrió el país. De esta manera se explica porqué, el breve destello de luz y esperanza para las mayorías que constituyeron los gobiernos legítimos del humanista Juan José Arévalo y del nacionalista progresista Jacobo

Arbenz entre 1945 y 1954, fueron ferozmente combatidos por todos los poderosos aliados en satánica misión: la oligarquía local, el gobierno norteamericano, el Ejército, las compañías transnacionales y la Iglesia.

A partir de 1954, continuó entonces la larga noche. La violencia se ensañó nuevamente con los pobladores de este lugar. La alianza del mal delegó en el poder militar entre 1954 y 1985 la reclusión del pueblo guatemalteco, persiguiendo a los que se oponían y matando a los que, según el gobierno, podían llegar a oponerse. En las circunstancias de opresión citada, los potenciales opositores eran casi todos, por lo que la guerra se transformó lamentablemente en genocidio.

Cuando el dolor de la guerra y la violencia económica daban un respiro, Guatemala fue azotada por desastres naturales, huracanes y vendavales que destrozaban lo poco que la gente alcanzaba a construir entre tanta destrucción. La guerra se estableció también entre los cultos religiosos católico y evangélico, quienes en nombre del dios llegado con los invasores, apoyaban y justificaban la matanza, obviando algún que otro principio establecido en sus libros de referencia.

Pero tanto saqueo no bastaría. Pocos años antes de acabar la guerra y con los primeros intentos de legitimar el régimen con alguna participación popular electoral, llegó finalmente el neoliberalismo, en nombre del bienestar y la eficiencia, para arrasar con sus promesas brillantes lo poquísimo que era aún de todos, las compañías del Estado.

Cuando parecía que al menos la “seguridad” personal sería garantizada por las políticas de “mano dura” pregonadas por los personeros civiles del continuado poder militar-empresarial, el narcotráfico y la delincuencia hicieron estallar tales ensueños.

Y las altisonantes propagandas pre-electorales de la falsa moralidad política, que prometieron “extirpar el flagelo de la corrupción”, rápidamente fueron superadas por el volumen con el que surgieron los escándalos públicos.

Guatemala es en la actualidad (superado sólo por Haití) uno de los países más pobres y con menor índice de desarrollo de la región latinoamericana. Las “maquiladoras”, las nuevas factorías de la explotación surgidas a partir de los tratados de libre comercio y que

permiten localizar la manufacturación de productos en regiones con bajísimos sueldos (siguiendo el “exitoso” modelo chino), son una de las pocas fuentes de trabajo del país. Esta violencia económica es sólo comparable con las condiciones de trabajo que persisten en la vida rural. Como tercer alternativa de subsistencia, se ofrece a los guatemaltecos el delito común o el ligado al narcotráfico. Mientras tanto, en pleno siglo XXI, muchos habitantes de este país siguen siendo analfabetos

De todos modos, hay un bien que nadie podrá arrebatarse a este sufrido pueblo. Es la esperanza de un futuro mejor y la posibilidad de construirlo. Lamentamos haber trazado un panorama tan infeliz de este golpeado país, pero lo que sucede es que aquí, lo mejor del ser humano aún no ha aparecido. Es hora de que ello ocurra.

HAITÍ

No es posible relatar algo de la historia de Haití sin hablar de la historia de la esclavitud. O más precisamente, de aquella esclavitud ligada a los imperios coloniales centroeuropeos que se disputaron la potestad sobre las vías marítimas (alternativa a las rutas de comercio internacional terrestres dominadas por los otomanos) entre fines de la decimoquinta centuria y hasta casi la mitad de la vigésima.

La infame trata de esclavos fue autorizada en 1517 por el joven emperador del Sacrosanto Imperio, Carlos V, un flamenco hijo de Juana la Loca y nieto de Isabel la Católica (conocida como Isabel de Castilla), quien sólo “apoyó” a Colón con un par de carabelas en concepto de deudas fiscales que mantenían los armadores y una población de ex presidiarios y aventureros que preferían la locura de aquella empresa a la situación que tenían.

A cambio de ese mínimo apoyo (superior sin embargo al rechazo que había tenido Colón en varias cortes de la época), el almirante genovés daría efectivamente a España la llave para convertirse en amo y señor de las Américas y a Europa una salida de su infierno medieval.

Los esclavos llegaban desde las costas de África, adonde habían establecido su dominio los dueños de la circunnavegación, los portugueses. Inicialmente los africanos sirvieron en los centros imperiales, pero poco a poco, las posibilidades en las nuevas colonias y la matanza de aborígenes, hicieron que faltaran brazos para aprovechar la riqueza mineral y vegetal que afiebraba la conciencia de los barbados llegados del enfermo, oscuro y hambriento Viejo Continente.

Así, hacia mediados de siglo XVI comenzaron a llegar los barcos cargados de esclavos a la Española, nombre que había dado Cristóbal Colón a la isla, cuya tercera parte ocupa el Haití actual.

Algo más de un siglo transcurrió y los bucaneros (piratas franceses) ayudaron a que en 1697 la Corona francesa se hiciera con el descuidado sector occidental de la isla, el lado más oscuro de la luna, visto desde la península ibérica.

Pasó otro siglo y un sacerdote vudú llamado Boukman profetiza (y alienta) el levantamiento negro de 1791. Los vientos jacobinos de

la revolución Francesa de 1789 se hacían sentir. La declaración de los Derechos del Hombre llegaba lentamente a los oídos de aquellos, cuyos pocos derechos eran ser bautizados, comer deficientemente y trabajar duramente para que Haití fuera una de las colonias más pujantes de la época, basada en grandes plantaciones de azúcar y café.

Toussaint L’ouverture, un esclavo liberado y letrado, es quien conducirá a las tropas negras en su lucha contra los triples intentos de dominación por parte de españoles, franceses y británicos. Su objetivo no era la independencia sino la abolición de la esclavitud. El objetivo de algunos grupos blancos que apoyaron esta revolución no era la abolición de la esclavitud sino la independencia nacional, que permitiría liberarse del yugo comercial monopólico impuesto por Francia y hacer mejores negocios con el Sur esclavista de EEUU. Napoleón manda a su cuñado a poner en orden las cosas y L’ouverture es hecho prisionero y enviado a Francia. Bonaparte pretendía un nuevo imperio y quería reinstaurar la esclavitud que tanta prosperidad había brindado a la Corona. Sin embargo, quien había servido como uno de sus generales, el sanguinario Jean Jacques Dessalines, luego de un breve período bajo bandera francesa, toma el mando y declara en 1804 la primera independencia Negra y la segunda independencia de la región, luego de la norteamericana.

Dessalines, también él un antiguo esclavo, quien usaba el sombrero corvo a la usanza de los altos oficiales franceses de la época y del propio Napoleón Bonaparte, en vez de sembrar las nuevas ideas de libertad, igualdad y fraternidad no tiene mejor idea que declararse emperador y sellar así la continuidad de regímenes autócratas y despóticos que se constituirían en la columna vertebral de la vida política haitiana hasta nuestros días.

Sin embargo la revolución haitiana era un efecto demostración para los negros y fue un hito que influiría notablemente en la abolición de la esclavitud que llegaría al Sur de los EEUU con el fin de la guerra de Secesión, cuyo principal motivo fue ése.

Las potencias coloniales y las ex colonias que luego conformarían los EEUU impusieron un fuerte bloqueo al gobierno independiente negro, precisamente por resultar un pésimo ejemplo para los esclavos del resto del mundo, desde las Antillas y demás posesiones de ultramar francesas , pasando por el Brasil portugués, las plantaciones y ferrocarriles ingleses hasta la Louisiana algodонера

en el Sur del Norte, la que había sido vendida por Bonaparte a las nuevas colonias liberadas de la Corona británica en 1803. De este modo, los haitianos sufrirían el primer bloqueo comercial que se repetiría ciento cincuenta años más tarde con la isla vecina de Cuba, luego de la revolución socialista liderada por Fidel Castro.

La floreciente macroeconomía de las grandes plantaciones basada en el mínimo costo de su mano de obra y la exportación del azúcar y el café a los resplandecientes salones de la alta sociedad cortesana de la época, decayó abruptamente. Muchos haitianos, en su inmensa mayoría analfabetos y sin gran experiencia comercial o administrativa, no tuvieron sino volver al habitual modo de sobrevivir de sus ancestros africanos, la economía agrícola de pequeña escala para la autosustentación. El bloqueo era no sólo comercial sino político, negándose durante largos años todo reconocimiento internacional al nuevo Estado.

Hacia comienzos de siglo XX los americanos del norte hacían sentir su creciente influencia expansionista, como ya hemos comentado en la historia de Cuba, y en 1915, en plena Primera Guerra Mundial, invaden Haití y establecen su dominio hasta 1934.

Dado este breve contexto, arrancaremos nuestro análisis en los años 50', con la presidencia de Paul Magloire, un militar que como tantos anteriores, había accedido al gobierno derrocando a su predecesor, Dumarsais Estimé, que pretendía continuar su gobierno vía modificaciones constitucionales.

Una puja permanente en el mundo político haitiano era la fuerte división étnica entre negros y mulatos, éstos últimos descendientes de la ilegal y muy frecuente unión sexual de colonos blancos con esclavas negras. Los mulatos habían tenido cierta preeminencia en sus derechos en épocas de la dominación, debido a ciertas compensaciones que otorgaba la paternidad blanca. Era el precio social para la doble moralidad que no permitiría aceptar la legitimidad de aquellos hijos.

Esa rivalidad de sometidos tuvo grandes implicancias en el período posterior a la independencia donde Henri Cristophe, general negro y monarquista, se dividió el país con Petion, general mulato y republicano.

Estimé y Magloire pertenecían al bando negro, que había triunfado hacia comienzos de la Segunda Guerra Mundial, reemplazando a

Lescot, mulato aliado del feroz dictador dominicano Trujillo, del que hablaremos luego.

Por aquel tiempo, décadas del 40' y 50', la administración norteamericana había nuevamente alineado a Haití entre sus aliados y la isla se convirtió en un interesante destino turístico. Luego de la derrota nazi, el comunismo se perfilaba como el gran enemigo y Magloire fue un anticomunista más. Además, un amigo de las fiestas y de la vida de derroche. Los altos precios del café en el mercado lograron inclusive que se mejorara en algo la infraestructura del país. Siguiendo la tendencia general se instituyó el voto femenino y se introdujo la elección directa presidencial.

Sin embargo, la corrupción, la creciente represión, el complot político y la omnipresente situación de precariedad del pueblo hicieron que en 1956 se desataran huelgas generales y procediera nuevamente un año de volatilidad política, hasta que en 1957, quien había sido director de salud y trabajo en el gobierno de Estimé, Dr. Francois Duvalier, es electo para ocupar la presidencia en una contienda electoral bajo “supervisión” militar.

Aquí comienza un período verdaderamente “negro” de la historia de Haití, una dictadura feroz que ni siquiera concluiría con la muerte de “Papa Doc”, sino que se continuaría dinásticamente con su hijo Jean Claude, apodado “Baby Doc”, quien gobernó tiránicamente “en nombre del Padre” hasta 1986.

Duvalier padre llevó como bandera electoral la ideología de la “negritude”, reavivando el rencor por la fuerte división clasista entre los acomodados mulatos y los negros desposeídos. Revivió para consolidar su poder la vieja tradición vudú, proclamándose a si mismo “*houngan*” (sacerdote vudú).

El vudú es un credo que trajeron los esclavos africanos del antiguo Dahomey (a partir de 1975 Benin) y que se asienta en las antiguas creencias de la nación Yoruba. De trasfondo profundamente animista, sincretizó aspectos teístas al entrar en contacto con el cristianismo. El vudú tomó diversas expresiones en el continente americano, derivando de él la santería cubana, la umbanda y el candomblé extendido en vastas regiones del Caribe y Brasil. El Vudú en Haití no comienza con “Papa Doc”, ni con las versiones cinematográficas de Hollywood, sino que está íntimamente ligado al sentir del pueblo, coexistiendo en una mayor profundidad de la

interioridad con el impuesto cristianismo. Asombroso es por ejemplo constatar como el escudo nacional de Haití es prácticamente una réplica de la simbología de la bandera vudú.

Duvalier quiso ir más lejos e intentó adecuar fisonomías, gestos y tonos de voz, para asemejarse en el imaginario colectivo a la figura de Baron Samedi, espíritu rector de los cementerios. Esta figura representa un Loa (o “Lwa”) en el panteón vudú, que son espíritus intermediarios de la voluntad divina (“Bondieu”) a quienes se consulta, pide y sobre todo, sirve. Esas fueron las características que quiso para sí el dictador Duvalier, la encarnación irrefutable de la mediación con el cielo y la consiguiente servidumbre que de tal posición derivaba según la creencia predominante en los negros de Haití.

Los santos cristianos también fueron incorporados al nutrido repertorio devocional del vudú haitiano, entre otras cosas, para que los europeos no interfirieran excesivamente o prohibieran su culto tradicional. Por ello, Duvalier también acudió al panteón cristiano, promocionándose en la cartelería pública sentado junto a una imagen de Jesucristo, que en dicha propaganda lo declaraba su elegido. De este modo, pretendía también llegar a los núcleos no negros, adeptos a la religión católica. Pero los mulatos acomodados se sentían de por sí agradecidos a un Duvalier que no afectaba sus privilegios y los protestantes a cargo del gobierno yanqui no necesitaban de tanta parafernalia para apoyarlo, ya que reprimía consistentemente todo intento revolucionario.

Si uno repara en el mapa, verá que Haití, en el extremo occidental de la isla Española, casi se toca con Cuba. Con algo de imaginación podemos recordar el famoso fresco de la Capilla Sixtina, donde la divinidad retratada extiende su dedo otorgando el ánima divina al hombre. Quizás esta imagen (u otra similar) surgió también en el escenario mental del gobierno norteamericano y la CIA, quien temió el posible “contagio” revolucionario marxista.

Duvalier y Trujillo, dictadores de Haití y de República Dominicana fueron los encargados de que ello no sucediera.

Para fortalecer su régimen de terror y desconfiando del ejército (quien había intentado un golpe fallido en 1958), establece un cuerpo de milicias conocido como los “Tonton Macoute”. El apodo de este grupo paramilitar, responsable de innumerables violaciones

a los derechos humanos, proviene de la fábula del “hombre de la bolsa” que visita a los niños que no se comportan adecuadamente, en vez del bondadoso “Tonton Noel” que trae regalos navideños.

No abundaremos aquí en episodios del gobierno Duvalierista, que se legitimó a sí mismo en 1964 y se proclamó “presidente vitalicio con derecho a sucesión” en 1967, ya que nada bueno sucederá y nada nuevo diremos sobre la violencia estatal desatada.

En 1971, poco antes de su muerte y reproduciendo la misma memoria histórica de los emperadores y reyes haitianos del siglo XIX, nombra a su hijo Jean Claude, de sólo 19 años, al frente del gobierno.

Aún cuando siguió las tenebrosas huellas familiares, desconfiaba por motivos generacionales del cuerpo represivo armado por su padre y generó su propio escuadrón terrorista llamado “Leopardos”. Durante su régimen tuvo una destacada influencia primero su madre Simone, “Mama Doc” (de modestos orígenes al igual que Duvalier padre) y luego su esposa, Michéle Benett. El matrimonio de Jean Claude con esta última (1980) costó al Estado unos 3 millones de dólares, lo cual simboliza lo poco que importaba al joven dictador la extrema pobreza de su pueblo. Una vez derrocado en 1986, huyó a Francia, continuó con su vida fastuosa, lo que le valió terminar en la ruina, viviendo con su madre en un suburbio de París. Michéle, por supuesto, ya había abandonado estruendosamente al tirano. Jean Claude Duvalier intentó una vez más volver a Haití para ser candidato por el Partido de Unidad Nacional, partido único bajo la dictadura paterna, pero esto no fue permitido.

Volviendo algo hacia atrás, como consecuencia de la revuelta generacional del año 68’ (con fuerte centro simbólico en la París francesa), los jóvenes haitianos habían comenzado a organizarse lentamente. Además, el modelo de conquista militar norteamericano, iniciado a finales del siglo XIX, fracasaba en Vietnam. Las dictaduras sangrientas, sobre todo las que se ejercían sólo para lucro personal, comenzaban a estar mal vistas. Por lo demás, la situación de miseria y decadencia en Haití eran escandalosas. En 1981 la administración norteamericana retira toda ayuda militar, señalizando internacionalmente su desacuerdo con el dictador. Así se enhebró poco a poco lo que en 1986 constituiría la caída de J.C. Duvalier por presión popular y gestión militar.

El golpe fue dado por el comandante del Ejército, general Henri Namphy, quien pese al total descrédito del régimen anterior intenta continuar un “duvalierismo sin los duvaliers”, manteniendo la centralización del poder personal.

Sin embargo, con el objetivo de atraer nuevamente los dólares que le eran negados tanto por el gobierno norteamericano como por muchas organizaciones solidarias o países donantes, a causa de la arbitrariedad manifiesta de los gobiernos haitianos que sólo derivaban todo hacia sus propias cuentas, pone en escena elecciones y en 1988, con fraude incluido por el mismo precio, resulta electo Leslie Manigat. Esta presidencia duró sólo unos meses y en Junio del mismo año, Namphy, quien conservaba la posición de jefe del Ejército, produce la dimisión de Manigat.

Pero este segundo gobierno de Henry Namphy también fue breve, ya que sólo cuatro meses después es desplazado por otro general, Prosper Avril. Este militar había participado tanto del Consejo que reemplazó a Duvalier hijo brevemente, previo a que asumiera Namphy, como también del golpe perpetrado por éste contra Manigat. Nuevamente se desataba la intriga dentro del ejército y se sucedían intentos de golpe fallidos y exitosos.

Uno de los motivos sociales del frecuente caos, más allá de los ambicionismos individuales desde siempre presentes en la política haitiana - y por supuesto, no sólo en ella - eran los vacíos estructurales que habían dejado los casi treinta años de dictadura duvalierista. La oposición había sido reprimida y no logró articular partidos o movimientos que pudieran tomar las riendas. Las instituciones eran sólo escenificaciones formales para agrandar o justificar a los neo emperadores - y, como en otros lugares - seguramente para ofrecer buenas remuneraciones a parientes o amigos.

El período que va desde el fin de la dictadura Duvalierista en 1986 hasta 1990 es regido entonces por personajes surgidos del mismo régimen.

Por otra parte, como se verá con mayor nitidez aún posteriormente en el caso de Aristide, las directivas que USA imprimía sin pudor para asegurar sus intereses geopolíticos, posiblemente no encontraban el asiento adecuado en ninguno de los personajes o bien eran justamente las maniobras que posibilitaban el argumento público para una nueva intervención.

Avril cae en medio de protestas públicas y, luego de tres días en la presidencia del militar Herard Abraham (miembro del círculo íntimo de Duvalier hijo), asume la primera y única mujer haitiana en ocupar la presidencia, la jueza Ertha Pascal Trouillot.

Durante este período, previo a la elección que daría como vencedor al sacerdote católico Jean Bertrand Aristide, Pascal Trouillot sufre una intentona de golpe por parte del antiguo jefe de los Tonton Macoutes, Roger Lafontant, cuyo “coup d’etat” es repudiado por la gente en las calles, resistido también por los mandos militares y finalmente abortado.

Aristide provenía de la rama católica adepta a los postulados de la Teología de la Liberación. Esta vertiente del catolicismo, más allá de su interpretación cercana a las realidades sociales y el compromiso positivo de muchos de sus defensores con los cambios imprescindibles en la región, era una variante “tolerada” por el Vaticano, por los mismos motivos estratégicos que lo movieron, luego de la segunda guerra mundial, a implementar la doctrina social de la Iglesia en base a la encíclica Rerum Novarum (“las cosas nuevas”) del papa León XIII (1891) y que, entre otras cosas, versaba sobre la necesidad de elevar las condiciones de vida de los obreros.

La motivación estratégica de la Iglesia era recuperar la incidencia política y social perdida desde principios de siglo a manos de las ideologías marxistas y fascistas. En este sentido, la teología de la Liberación que sostiene el compromiso cristiano con los pobres y la justicia social, era una versión adecuada a un tiempo donde el revolucionarismo se encendía en toda una generación de jóvenes.

Sin embargo, la Orden Salesiana expulsa a “Titide” por considerar su discurso excesivamente explosivo. Seguramente también el poder eclesiástico local quería prevenirse de ser acusado de incidir directamente - con las consecuencias del caso - en la siempre tumultuosa política del país. Pero el Vaticano nunca quitó a Aristide la investidura pastoral, la que él mismo dejaría luego voluntariamente en 1995.

En lo que es considerado como la primera elección honesta en Haití, Aristide, quien había sobrevivido a varios intentos de asesinato, triunfa en representación del movimiento Lavalas (“torrente”), apoyado por la gran mayoría carenciada y asume el cargo en Febrero de 1991.

Esta apertura democrática no era vista con buenos ojos por el sector militar que veía alejarse el botín estatal y Raoul Cedras, comandante del ejército, organiza un golpe unos meses después, deponiendo a Aristide y colocando al juez Joseph Nerette en su lugar. Posteriormente, Nerette es reemplazado por Marc Bazin, quien había sido ministro de economía de Duvalier hijo, previo a su posterior paso por el Banco Mundial. Bazin era el candidato potable para la administración republicana del Norte - un civil que pudiera implementar las ideas neoliberales y prevenir gobiernos de izquierda. El pueblo no pensó lo mismo, ya que en las elecciones de 1990, Bazin obtuvo sólo el 14% de los votos frente al 67% del candidato Aristide.

Pero, ¿a quién le importa lo que piense el pueblo? Así que, lo que no se consiguió en las urnas, había que hacerlo de otro modo. Bazin fue instalado en el gobierno por los militares a la orden de Cedras y, si bien inicial- y públicamente los EEUU declararon la ilegalidad de este gobierno y la legitimidad de Aristide, comenzaron a presionar a éste para que negocie con el ejército. La idea era lograr un balance que permitiera continuar la nueva “onda democrática” impulsada desde EEUU., entre otras cosas tendiente a disminuir el poder militar nacional en la región y por otra parte, impedir cambios demasiado rigurosos por parte del progresismo encarnado en Jean Bertrand Aristide. Por si esto fuera poco, la táctica utilizada permitía la incidencia directa de una fuerza militar norteamericana en suelo haitiano para garantizar el regreso del presidente electo.

Otro gran problema eran los “balseros” haitianos, último capítulo de un fenómeno que había sido la constante desde los años 60’: el permanente éxodo en busca de supervivencia y libertad. Hacia comienzos del siglo XXI se estiman en más de dos millones - la mayoría de ellos en USA - los refugiados haitianos del terror de la miseria y la dictadura. Estos verdaderos refugiados, ni siquiera gozan del status de protección del que deberían, sino que son considerados “inmigrantes ilegales” y en todo momento, se encuentran en una situación de persecución, próxima a la deportación.

A efectos de restituir a Aristide en el gobierno se impone un fuerte bloqueo económico internacional, se organiza una fuerza de paz (compuesta en 90% por efectivos norteamericanos) y finalmente, se “recompensa” al comandante Cedras y a sus compañeros de Junta con dinero, amnistía y exilio.

Así, en 1994 retoma su mandato Aristide y con ayuda de las fuerzas de la ONU, logra la disolución de las Fuerzas Armadas, creando una policía nacional.

En 1995 se realizan nuevas elecciones y el partido oficialista OPL (organización política Lavalas) presenta como candidato a René Preval, quien era primer ministro de Aristide, en una señal de continuidad. Preval triunfa con casi el 90% de los votos. Sin embargo, las elecciones son boicoteadas por la mayoría de los opositores - entre ellos antiguos pilares socialdemócratas del movimiento amplio que derrocó a Duvalier en el 86' y llevó a Aristide a la presidencia en el 91'. La participación electoral llegó a ser de tan sólo 28%, determinando la fragilidad democrática del nuevo gobierno. La buena nueva es que éste constituyó el primer traspaso de poder democrático en la historia haitiana.

Pocos días antes de la entrega de la banda presidencial, Aristide contrae matrimonio, abandonando el celibato impuesto por su anterior condición eclesial.

Preval comenzó el gobierno en un estrecho desfiladero. La economía haitiana dependía en dos terceras partes del auxilio exterior y posibles créditos de los organismos financieros internacionales. Estos imponían como condición para su otorgamiento la racionalización del aparato estatal haitiano. Pero muchos haitianos dependían en sus ingresos - directa o indirectamente - de la ciertamente abultada burocracia. Por otra parte, los poderosos locales, adversarios políticos del Lavalas de Aristide y Preval abonaban la opción fomentada por el consenso de Washington, el Estado “moderno, pequeño, eficiente”.... y despiadado, habría que agregar. Preval se decide por el rumbo dictado por el FMI y toma varias medidas impopulares. Aristide y sus partidarios se alejan de Preval y fundan - o mejor dicho refundan - su partido como Fanmi Lavalas (“familia del torrente”).

El sacerdote volvió con fuerza a la escena política y arrasó con la FL en las legislativas y las presidenciales de 1990. Pero era sólo una victoria pírrica debido a que la oposición no participó, la abstención fue altísima y la comunidad internacional no avaló con observadores el proceso, ni tampoco envió dignatarios al acto de segunda toma de poder presidencial de Jean B. Aristide. La argumentación general había sido la violencia y la intimidación que los partidarios de FL habían ejercido sobre sus contrincantes y Aristide fue denostado

como “potencial dictador”. Nos parece sin embargo que la idea campeante era la de socavar el popular y progresista movimiento encabezado por el sacerdote y al mismo tiempo, propinar un fuerte golpe a Preval, desprovisto del apoyo de su ex compañero político.

Pero el principal foso que se abría ante los pies de Aristide era la acuciante necesidad de su gente, necesidad que muchos pensaban resolver por las buenas o por las malas. Y las “malas” eran la delincuencia, el tráfico de drogas o el bandolerismo disfrazado políticamente. Muchos antiguos seguidores de Lavalas formaban sus propias bandas para atacar a opositores por cuenta propia o de alguien. A estas alturas, ya se hacía muy difícil seguir los lazos que intercomunicaban a santos y a pecadores. La presión de la falta de financiación de organismos internacionales, la oposición de antiguos militares o policías, empresarios, delincuencia, partidos políticamente enfrentados y rivalidades personales, fue más de lo que cualquier gobierno podía soportar. La inestabilidad social iba en aumento, todos protestaban y contra protestaban. Eso auguraba una nueva ruptura en la cortísima vida democrática de Haití, que llegaría poco tiempo después.

Aristide se abroqueló para resistir lo que evidentemente era un intento golpista civil, promovido por sus distintos enemigos. Pese a conseguir algún crédito para amortiguar la situación y a otras medidas populares como declarar al vudú “religión de pleno derecho”, no consiguió frenar la espiral de violencia y descontento desatada. Las muertes iban en aumento.

Finalmente la situación se descontroló definitivamente con la aparición de milicias fuertemente armadas lideradas por cabecillas con muy malos antecedentes. Éstos pertenecían a formaciones que habían servido de grupos de choque a Duvalier y al mismo Aristide, a las cuales se plegaron un lote de mercenarios variopintos. No queda muy claro quienes financian los arsenales de estos nuevos “señores de la guerra”, como son denominados por los medios internacionales, donde el cuadro de “anarquía” que se presenta justifica toda intervención extranjera como sinónimo de “paz y orden”.

La ciudad norteña de Gonaives, símbolo de la gesta independentista de los esclavos y lugar desde donde se comenzó a gestar la caída de Jean Claude Duvalier, es tomada por los rebeldes, quienes avanzan y amenazan atacar la capital Puerto Príncipe.

Las gestiones diplomáticas se intensifican y Aristide se muestra dispuesto - luego de una fuerte renuencia - a negociar alguna salida intermedia. Sin embargo, la prensa lo encuentra poco después a bordo de un avión rumbo a un exilio temporario en República Centroafricana. Los titulares explicarán que “la oposición se había vuelto intransigente respecto a su necesaria renuncia y que los organismos internacionales han facilitado su salida para preservar la democracia”. Además se presentará una carta emocionada de renuncia que dará crédito a la historia a ojos de los consumidores de noticias rápidas (“Fast food news”) o sea casi toda la población mundial. Sin embargo, Aristide, al día siguiente desde Bangui, capital de la República Centroafricana (ciertamente un destino de exilio algo extraño) comunicará por teléfono a través de una cadena televisiva internacional que en realidad ha sido forzado por emisarios del gobierno norteamericano a dejar la presidencia. Si bien la duda “oficialmente” persiste, doscientos años de historia no hacen sino abonar la versión del fuerte hombre de cuerpo escuálido.

Corre el año 2004 y como presidente asume nominalmente el presidente del Congreso, Boniface Alexandre, mientras un “consejo de sabios” elige a Gerard Latortue para ocupar el puesto ejecutivo de primer ministro. Latortue tenía un grueso legajo como funcionario diplomático experto en economía y había vivido cerca de 30 años en Florida. Intermitentemente había desarrollado funciones en el corto gobierno de Manigat y le fueron ofrecido puestos - que desestimó - en el gobierno de Aristide. Si bien estrictamente apartidario, se había pronunciado recientemente contra el ex sacerdote, avalando a las facciones alzadas en armas, como “revolucionarios libertadores”.

Por último, se llega a las elecciones de 2006, en las que René García Preval vuelve a “prevalecer”, con mayoría absoluta. Se presenta con una formación política nueva, llamada “Partido de la Esperanza”, la cual parece ser - como en el caso guatemalteco - la expresión que mejor sintetiza las necesidades populares. Aún cuando alejado de Aristide, este nuevo gobierno electo no cuenta con el visto bueno de los norteamericanos, tutores sempiternos del acontecer político haitiano, ya que consideran que Preval sigue siendo un hombre progresista, de izquierda o socialdemócrata, propenso a defender la opción de los pobres o sea, la casi totalidad de la población haitiana de hoy.

Síntesis

La historia de Haití a partir de los años 50' se verá marcada por el caudillismo dictatorial de la dinastía Duvalier, quienes gobiernan entre 1957 y 1986 a la mejor manera de los antiguos emperadores negros surgidos en los años posteriores a la independencia. El terror y la miseria son componentes inseparables de aquel período, flagelos casi endémicos de este país de exuberante belleza natural.

A partir de 1986, un gran movimiento popular encabezado por Jean Bertrand Aristide, elegido democráticamente, eleva la esperanza popular en un futuro distinto pero es resistido por el poder local y el poder foráneo. También su sucesor, René Preval, sufre los mismos embates que aprovechan la tremenda debilidad financiera e institucional.

Haití sufre en este primer período de democracia en sus doscientos años de historia, el peso de la sombra imperial que nunca estuvo lejos y siempre estuvo demasiado cerca. Aristide es nuevamente electo y nuevamente derrocado y pese a todo, pese al FMI, a EEUU, a Francia, a los resentidos violentos de anteriores regímenes y a los fariseos locales de piel morena y alma verde-dólar, el pueblo haitiano sigue pronunciándose por la justicia social, eligiendo progresistas cada vez que la oportunidad - ciertamente escasa - se presenta.

Haití está hoy en el lugar número 146 en la tabla de Índice de desarrollo humano elaborada en el 2007 por el PNUD, compartiendo los últimos lugares con la mayoría de los países del África subsahariana, casi sin excepción. La relación no es fortuita. Por cultura, por creencias, por tipo de economía y por otros indicadores sociales e históricos, se puede decir que Haití contiene en sí misma al África en medio del Caribe.

Creemos que los graves conflictos que padece su población, sólo podrán resolverse cuando las palabras de uno de los grandes líderes históricos de la No Violencia, el Reverendo Martin Luther King, se hagan realidad.

En su más famoso discurso, este pastor baptista arengaba desde las gradas del Lincoln Memorial a una imponente multitud congregada en Washington aquel 28 de Agosto de 1963, unos cien años después de la abolición de la esclavitud en tierra norteamericana. Expresaba el sueño de todos aquellos que se oponían a la discriminación.

“Yo tengo un sueño que ese día en las tierras rojas de Georgia, hijos de esclavos anteriores e hijos de dueños de esclavos anteriores se podrán sentar juntos a la mesa de la hermandad”.

Sueño que todos los humanistas del mundo compartimos.

HONDURAS

Al introducimos en la historia política de este país en la mitad del siglo pasado, encontraremos inevitablemente un escenario bastante conocido, sobre todo habiendo ya pasado aunque brevemente revista a las historias de los vecinos El Salvador y Guatemala. Seguramente encontraremos también grandes similitudes, cuando el ordenamiento alfabético que hemos elegido para esta sección del estudio nos lleve a la vecina por el lado sur, Nicaragua.

De este modo, la flora tropical y las semejanzas comentadas nos conducirán otra vez a las grandes extensiones de cultivo de banano que, en este país y a la sombra de la expansión geopolítica norteamericana de finales del siglo XIX, se encontrarán nuevamente en manos de dos grandes compañías bananeras transnacionales: la ya conocida United Fruit Company y junto a ella, la Standard Fruit Company. Ésta era propiedad de la familia de inmigrantes sicilianos norteamericanos Vaccaro, que compraron casi todas las fábricas de hielo en New Orleans para refrigerar las bananas durante la travesía marítima, por lo que fueron apodados los “reyes del hielo”. Había también una tercera compañía menor, que luego fue absorbida.

Estas compañías eran conocidas porque aplicaban el mismo celo en el cuidado de sus plantas que en los políticos que estaban en el gobierno de los países donde se asentaban. Así surgió el concepto de “república bananera” y Honduras fue quizás el país donde este sistema se desarrolló con máxima plenitud.

Tampoco Honduras se libró del autoritarismo dictatorial de los años previos a la guerra mundial, que en este país fue encarnado por el general Tiburcio Carías Andino, miembro del Partido Nacional, partido que encarnó las ideas conservadoras en este país. Su gobierno se ubicó en total sintonía con los intereses de los terratenientes y cultivó relaciones cercanas con los demás dictadores centroamericanos, como el general Jorge Ubico de Guatemala, Maximiliano Hernández Martínez de El Salvador y Anastasio Somoza de Nicaragua. Ubico incluso ayudó a Carías a implementar la policía secreta que persiguió y logró controlar los intentos de organización política de la izquierda. El Partido Comunista, fundado hacia 1922 (alentado en su entusiasmo por la revolución bolchevique en Rusia), fue prácticamente anulado durante la

dictadura carista. Más allá de la refundación de ese partido bajo la sigla PRDH (Partido Revolucionario Democrático de Honduras), ser comunista fue en adelante una denominación peyorativa, además de una postura peligrosa, por lo que la organización popular obrera tomó otros derroteros.

Esa dictadura duró hasta 1949, fecha en la cual es electo el candidato oficialista Juan Manuel Galvez. Gálvez había acompañado como ministro de Guerra a Carlos Andino. Curiosamente, un civil a cargo de un ministerio eminentemente militar, bajo la presidencia de un dictador militar en un cargo eminentemente civil.

La apuesta del aparato de poder es producir una distensión democrática, dado el desgaste público de la figura dictatorial, con un personaje que garantizara la continuidad de signo político y posibilita al mismo tiempo algunas reformas en el ámbito estatal. De este modo, Gálvez funda por ejemplo el Banco Nacional de Honduras y toma algunas otras medidas que completaría luego un presidente de signo opuesto, Ramón Villeda Morales, permitiendo así a Honduras ingresar - aunque tímidamente - en la era compartida por todos los países de la región por aquella época, la del desarrollismo con participación del Estado.

Pero los acontecimientos más significativos durante esta presidencia se desarrollarán en el año 1954. Nos detendremos algo en este punto, dado que esos hechos marcaron por completo la historia posterior de Honduras y nos explican gran parte de lo sucedido en la región toda por aquella época.

Honduras había tenido a lo largo de su historia post colonial una importante vocación integracionista. El país fue parte de la República Federal de Centroamérica entre 1823 y 1839, luego de la breve pertenencia al imperio mejicano de Iturbide. El gran héroe nacional hondureño - cuándo no un militar - general Francisco Morazán fue un convencido defensor de la integración y Honduras participará en varios intentos de unión en las décadas siguientes, que finalmente fracasaron.

Esta tendencia puede tener relación con el espacio geográfico absolutamente central que ocupa este país en Centroamérica. Y esta misma situación fue seguramente la que hizo que los estrategas militares norteamericanos eligieran a Honduras como el territorio ideal para establecer su base de operaciones. De este modo, como

ocurrió a lo largo de casi todo el período que estamos estudiando, podrían actuar operativamente tanto en Guatemala hacia el Norte como hacia los vecinos por el Sur, El Salvador y Nicaragua. Dada la inexistencia de ejército en Costa Rica desde los 50' y el control directo de Panamá y su canal, el dominio geoestratégico desde el punto de vista militar sería así total.

En 1954 se firma el “tratado de asistencia recíproca” entre EEUU y Honduras, eufemismo para la instalación de una fuerza militar norteamericana en Palmerola, asiento de la Fuerza Aérea hondureña, en las cercanías de Comayagua, una ubicación bastante central. El presidente de turno en la administración norteamericana era Dwight “Ike” Eisenhower, quien había estado en el ejército ya desde la primera guerra mundial, sido piloto en Filipinas y fue finalmente Comandante en jefe del frente occidental de las Fuerzas Aliadas durante la segunda Guerra mundial. Es evidente que con semejante vida, su escenario mental era de una guerra permanente y el mundo, un teatro de operaciones militares. El nuevo enemigo surgido luego de la derrota del nazismo era el comunismo soviético y el tema era presentarle combate. Desde ese punto de vista, la guerra continuó y siguió siendo mundial y cientos de miles de personas murieron o padecieron sus efectos.

Otro contexto que nos parece de interés destacar y que también se presenta con absoluta claridad en el caso hondureño era la “ayuda mutua” que se prestaban las compañías y el ejército norteamericano en sus deseos de expansión y control respectivamente. Como ya mencionamos en el capítulo dedicado a la historia de Cuba, los EEUU liquidan los restos del imperio español hacia finales de siglo XIX tomando control sobre distintas islas (Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Hawái, Guam, entre otras) y asentando en ellas bases militares. Ésa fue la tarea del presidente republicano Mc Kinley, en cuyo grupo de allegados, en rigor su jefe de campaña, estaba el industrialista Marcus Hanna, precursor de las campañas políticas basadas en los aportes financieros de lobbies corporativos. No sabemos si Hanna es o no pariente cercano del creador (junto a Barbera) de grandes comics que disfrutaron varias generaciones infantiles, pero lo que sí sabemos es que este tipo de campaña genera hasta hoy personajes políticos que a esas mismas generaciones les tocó sufrir. Las corporaciones pagaban las campañas de los candidatos que defenderían sus intereses. A partir de allí quedó sellado el destino de

la democracia norteamericana: servir al gran negocio.

Sin embargo, la íntima ligazón de la expansión económica y su protección militar, que en definitiva, fue el corazón de la formación de los EEUU, había sido el emblema de la colonización territorial por parte de los emigrados de Inglaterra y Holanda, que tan bien conocemos a través de tantas películas sobre el Far West (lejano oeste). La mayoría de estas filmaciones fueron producidas en estudios cercanos a Los Ángeles, ciudad de la costa Este que también fue anexionada, como toda California, Texas, Arizona, por transacciones comerciales con Méjico. Las caravanas de carretas llena de niños rubios y conducidas por rubios cuáqueros, acompañados de señoras con el proverbial tocado de las campesinas nórdicas, tenían como correlato el establecimiento de fortines militares, al igual que la impresionante construcción de las vías de ferrocarril, desde New York y Boston hacia el Sur y el Oeste. Los indios norteamericanos, que eran los habitantes del lugar, fueron arrasados al igual que sus hermanos de Centro y Sudamérica, pero el celuloide nos ha enseñado que eran salvajes guerreros, que sólo buscaban cortar con un hacha la cabeza de los blancos. Todo muy conveniente a efectos de justificar la dominación.

Pero luego de esta algo larga digresión, volvamos al inicio del siglo XX en la región caribeña. Es por aquella época donde llegan las compañías agrícolas, mineras y ferrocarrileras. Los fabulosos negocios “necesitaban” el beneplácito de los gobernantes locales que, o bien era comprado con el soborno o con la “protección” militar o política, al mejor estilo del accionar mafioso que tan bien hemos conocido, al igual que en el caso de los “westerns”, a través de la producción cinematográfica californiana.

Justamente en los años 50’ se produce un ejemplo de simbiosis entre los intereses comerciales y militar-políticos de EEUU en la región centroamericana. Como ya vimos en la historia guatemalteca, distintos funcionarios de la administración Eisenhower estaban directamente ligados a la United Fruit, la principal bananera del mundo por la época, que poseía latifundios en toda la costa Norte de Centroamérica. La reforma agraria y la tendencia general nacionalista del gobierno de Arbenz en Guatemala, que afectó directamente estos intereses, fue la señal para los norteamericanos que algo debía hacerse allí. Otro militar guatemalteco, Castillo Armas, se había refugiado en Honduras luego de un fallido golpe de

Estado y desde allí se prepararía la nueva invasión que en Junio de 1954 derrocaría al capitán Arbenz.

El hecho que precipitó esta acción fue la gran huelga que se desató en las plantaciones bananeras en Honduras en Mayo de ese mismo año. Los huelguistas reclamaban aumentos salariales y mejores condiciones laborales, pero algunos de sus líderes fueron tachados de comunistas y encarcelados, otros fueron comprados y la mayoría fueron finalmente presionados a aceptar las condiciones que impusieron las compañías. Las alarmas sonaron ante una posible extensión de la idea expropiadora o reformista en la región. El gobierno y la opinión pública norteamericana, luego del accionar del senador Mc Carthy, no aceptaba matices. Quien propugnaba justicia social era comunista y debía ser combatido.

Castillo Armas invadió Guatemala desde Honduras, estrenando la nueva condición de este país como punto de apoyo para las operaciones militares norteamericanas. Lo mismo sucedería algunos años después con El Salvador y finalmente también, luego de la revolución sandinista en Nicaragua, con el abierto apoyo a los grupos contrarrevolucionarios de aquel país, que encontraron en Honduras la retaguardia perfecta para replegarse y reabastecerse.

Derrocado Arbenz en Guatemala a fines de Junio de 1954 y terminada la huelga bananera en Honduras poco después, se producen elecciones en Octubre del mismo año. Ramón Villeda Morales, un reconocido médico perteneciente al partido Liberal, obtiene más votos que los demás contendientes, pero el Congreso nacional, que debía proclamar su victoria, no consigue el quórum para sesionar - por obra de los diputados del PNH de Carlos Andino y la derecha conservadora - y el vicepresidente del saliente Gálvez, Julio Lozano Díaz, asume la presidencia.

Lozano Díaz era un experto político que ya había servido largamente en la administración del dictador Carlos Andino y maniobra para legitimar la situación mediante una nueva elección de constituyentes, para lo cual funda su propia agrupación. Esa nueva formación, el PUN (Partido de Unidad Nacional) gana todas las bancas en juego en un fraude escandaloso. Tales jugarretas no podían sino minar toda credibilidad pública. Las fuerzas armadas intervienen un mes después, suplantando a Gálvez por un triunvirato militar, donde participan entre otros el Mayor Roberto Gálvez, hijo del anterior presidente y el joven coronel López Arellano (posterior

jefe de la Fuerza Aérea y golpista). Durante un año, estos jóvenes oficiales contrarios a la instalada jefatura castrense del generalato, conducen con participación de las distintas fuerzas políticas civiles a la elección paritaria de un nuevo Congreso.

En 1957 la Asamblea Legislativa decide restituir el mandato denegado a Villeda Morales y éste asume la Presidencia. Villeda adhiere fuertemente al plan de John F. Kennedy conocido como Alianza para el Progreso y caracteriza su gobierno por la aceleración de la reforma desarrollista que ya venía siendo implementada, reforzando el componente social de la misma. Como hemos visto en otros países por la misma época, se dictan leyes de protección al trabajador, se promueven las viviendas sociales, se construyen carreteras, se pone énfasis en la ampliación de las redes de electricidad y telefonía y se comienzan o completan diversas obras de infraestructura. También se produce una reforma agraria de características más tenues que en la vecina Guatemala, que no termina de afectar los intereses de las grandes compañías. Por otra parte, dadas las características profesionales del Dr. Villeda, se pone especial acento en el ámbito de la salud, con la construcción de diversos hospitales y centros de salud. En este período, Honduras se integra al Mercado Común Centroamericano.

Hacia 1963, finalizando el mandato de Villeda, debían celebrarse nuevas elecciones y el avance logrado en el bienestar de muchos hondureños hacía del partido del presidente, el partido liberal, un casi seguro vencedor.

Su candidato, Modesto Rodas Alvarado, había prometido profundizar el programa reformista de Villeda, lo que le confirió especial simpatía entre las capas bajas y una más que especial antipatía entre los terratenientes, militares y transnacionales del banano. Considerando sólo los factores endógenos, se pueden encontrar ya suficientes explicaciones al golpe de Estado que comanda el militar de la Fuerza Aérea López Arellano en Octubre de 1963.

El país que tan cómodamente había sido dominado y la fácil convivencia entre los sectores acomodados, los poderes económicos y geopolíticos norteamericanos y la casta militar que surgía durante los gobiernos del Partido Nacionalista, habían sido sacudidos en su indolencia bananera por una gestión progresista liberal. La posibilidad de que este reformismo hiciera pie, generando

angustias nuevas para los amigos del buen pasar, era intolerable. La desconfianza del liberal Villeda Morales hacia el poder militar - revestida de forzada tolerancia - era altamente justificada, ya que al igual que en culturas pasadas, ésta se había transformado en una casta que protegía el statu quo, haciéndose adjudicataria por ello de innumerables prebendas por parte de sus “protegidos”. Por nada del mundo querrían los militares verse privados de ello. Se dice también que la ambición personal de Lopez Arellano jugó cierto papel en el golpe, ya que pudo haber sido electo candidato para las pautadas elecciones, pero fue finalmente desplazado por el citado Rodas.

Por lo demás, es de considerar que en los años 50' se produjo un formidable terremoto social. Abundaremos en ello en el capítulo dedicado a las conclusiones, ya que es un tema que afectará a todos los puntos y procesos de la región. Digamos simplemente a modo de anticipo que las nuevas posibilidades que brindaba el modelo desarrollista implicaron un éxodo desde el campo hacia las ciudades y la gestación de una movilidad social inédita de las capas desposeídas a través de la consecución de nuevos derechos sociales. A este paisaje renovado e inestable, los conservadores respondieron con el látigo que aún tenían bajo su influencia, el ejército.

Sin embargo, en la pesquisa de las motivaciones para la ruptura de la incipiente democracia hondureña, se deben también considerar factores políticos externos. Entre otros golpes que luego se sucederían (Brasil, Bolivia), simultáneamente a este alzamiento militar se producía el derrocamiento - mediante manu militari - de Juan Bosch en República Dominicana, otro líder progresista del área centroamericana. Poco más de un mes luego de estos golpes caería asesinado el presidente norteamericano John F. Kennedy.

En 1961 había fracasado un intento contrarrevolucionario contra Cuba, gestado por la CIA con la cooperación del gobierno instalado por ella en Guatemala. En 1962 se produce la “crisis de los misiles”, ante el descubrimiento de que misiles soviéticos iban camino de ser instalados en la isla socialista. El gobierno de Kennedy, que había comenzado a principios de 1961, sucediendo al “halcón” Eisenhower, ofrecía ciertas similitudes con estos gobiernos demócratas y progresistas de Latinoamérica, semejanzas que no eran casuales sino que se habían forjado a través de su lazo principal, la “Alianza para el Progreso”. Este plan proponía atenuar el inmenso déficit social de la región, pretendiendo mojar

la pólvora revolucionaria que se había encendido. Por otra parte, la administración Kennedy seguía un curso de relativa conciliación con la Unión Soviética, tema que no era en absoluto permisible para los altos mandos de las Fuerzas Armadas.

Pero la turbulencia del mundo que se avecinaba, el conflicto generacional, el avance de los negros para conquistar nuevos espacios sociales, la extensión de las nuevas tecnologías tan intuitivamente descritas en las obras de ciencia ficción que proliferarían a partir de allí, haría que el mundo antiguo reaccionara contra Kennedy, al que hacían culpable de todos sus males. Kennedy era además un confeso católico, en un país donde la mayoría era protestante. Para todas estas iglesias, la posibilidad de ingerencia del Vaticano desde la máxima instancia de gobierno, era absolutamente inadmisibile. Por todo ello - y seguramente por algunas otras razones - Kennedy fue asesinado en Noviembre de 1963.

El mensaje era claro, la debilidad no sería tolerada, la Guerra Fría debía continuar. En el Caribe y en Latinoamérica toda por tanto, no debía cundir el ejemplo cubano y toda revolución o reforma de ribetes sociales había de ser suplantada o aislada.

En Honduras había asumido Oswaldo López Arellano, quien había sido parte del gobierno de Villeda como ministro de Defensa. El destino del presidente Villeda y el de su frustrado sucesor liberal Rodas fue menos cruento que el de Kennedy, saliendo hacia el exilio costarricense.

Los gobiernos militares se prolongarían durante diecisiete años, hasta 1980, con una sola breve pausa a cargo del Dr. Ramón Cruz, del Partido Nacionalista, quien sólo gobernó poco tiempo bajo la estrecha mirada del ejército que lo reemplazó nuevamente por la figura del general López.

El nuevo presidente, haciendo gala de su falta de constitucionalidad, prohíbe justamente lo que allí se garantiza, es decir, la libre actividad política y declara el estado de excepción, justificándolo con el fantasma de la agitación comunista. Inicialmente, los EEUU declaran públicamente su “inconformidad” con López y suspenden toda ayuda económica y militar. Es difícil juzgar si estas medidas eran de corte diplomático, pretendiendo no tener nada que ver con los hechos o si eran maniobras destinadas a presionar a López para que brinde “garantías” a la potencia

extranjera. Seguramente una mezcla de ambas. A los pocos meses el nuevo Gobierno es reconocido por EEUU.

Hacia 1965, López, “asesorado” por la potencia, convoca a elecciones de constituyentes y se legitima en el cargo. Por supuesto que todo esto era “poco serio”, ya que la verdadera oposición política y social había estado totalmente proscrita del proceso. Era una movida que hoy denominaríamos “mediática”, al tiempo que los poderes detrás del poder - económicos, militares, geopolíticos - sujetaban al presidente dictador mediante un juego que dominaban muy bien, el de la política comprada, donde no importa que cara de la moneda caiga, ya que todas significarán la continuidad de lo establecido. El archiconocido melodrama bipartidista recién volverá por su presa en unos años más.

López Arellano, al igual que los demás dictadores latinoamericanos, cumplió su papel represor, persiguiendo todo intento de expresión social y exilando o encarcelando a los dirigentes sociales socialistas, comunistas, sindicales, estudiantiles. Nuevamente aflora un escenario lamentable y conocido.

En 1969 se desata la Guerra del Fútbol, que por supuesto, nada tenía que ver con una pelota. Durante toda la década de los 60', miles de salvadoreños habían emigrado a Honduras, producto del rígido régimen de los militares del PRUD y el PCN. El latifundio impedía a los campesinos el acceso a la tierra, la expresión política estaba prohibida y sobre todo, la población buscaba refugio en tierra hondureña de la guerra que establecería una red de contrainsurgencia en base a la delación y el asesinato, llegando a la misma base de las comunidades campesinas. El destino del viaje no era paradisiaco, pero es lo que había más a la mano, cruzar unos kilómetros y ponerse al menos a salvo de tanto exterminio.

De este lado de la frontera reinaba como sabemos otro tipo de “Pax militari”, que no requirió el genocidio que perpetraron los militares salvadoreños y guatemaltecos.

Sin embargo, la asfixia social hizo que el gobierno de López Arellano promulgara una ley de deportación de los salvadoreños, apuntando a liberar la tierra de la que sobrevivían y al mismo tiempo, promoviendo políticamente la búsqueda del chivo expiatorio para liberar tensiones que, de otro modo, podrían volverse peligrosamente contra el régimen carente de legitimidad real o adherir a las ideas

guerrilleros que se expandían velozmente en toda la región.

Como respuesta y en el mismo sentido, las fuerzas armadas salvadoreñas invaden territorio hondureño “en defensa” de los connacionales, que habían precisamente escapado antes de la sangrienta “protección” de ese ejército. Esa guerra no duró mucho, apenas 6 días, pero se llevó cuatro mil vidas humanas. Este conflicto intensificó las tensiones sociales en el Salvador, por las dificultades de inserción económica de los deportados, ya que en nada había variado la situación que dio inicio a su emigración. Otra consecuencia fue el fracaso del Mercado Común Centroamericano. En términos políticos, el poder militar quedó posteriormente fortalecido en ambos países.

Pero la guerra, al igual que cualquier otra guerra, no había solucionado los problemas sociales que estaban a la base de la necesidad de descompresión buscada. Más aún, como cualquier otra guerra, habían exacerbado aún más dicho problema. La urgencia de un “compromiso” con las fuerzas políticas en base a un consenso era manifiesta. Dicho consenso preveía dejar intacta la autonomía del poder militar y permitir un mayor protagonismo a los partidos nacionalista y liberal. Así, en 1971 es electo el profesor de Derecho y de derecho Ramón Cruz, del partido Nacionalista, para hacerse cargo de la presidencia. Cruz había sido ya promovido a candidato para las elecciones de 1963 que, como sabemos, no lograron llevarse a cabo. Su gestión duró un año y medio, previo a ser removido nuevamente por el general Arellano.

En su segundo mandato, el golpista Arellano promueve una política de mayor “justicia” social, ante el manifiesto desastre económico del país, con su alto grado de desigualdad y crónicas carencias educativas y sanitarias. La concentración latifundista seguía - y seguirá siendo hasta nuestros días - el principal cáncer.

Sin duda que por la época se hacía sentir la influencia del modelo de un renovado nacionalismo en ciertos gobiernos militares (Perú, Panamá, Ecuador, etc.). En la misma estela, Arellano quiso conquistar al empresariado con una reforma agraria limitada que, en el caso de resultar eficaz, promovería un mayor consumo por ampliación del mercado interno. Al dictarse tal ley sin embargo, y exactamente como ya había sucedido antes en Guatemala, una cerrada oposición conservadora decidió inmediatamente que los tiempos se acortaban para la presidencia de López. Y por supuesto, la

transnacional bananera, que nunca había desaparecido, “reapareció” en la escena pública. Ante la disposición oficial de 1974 de aumentar el impuesto a la exportación del banano, la United Fruit, haciendo impúdica gala de su intocabilidad, quemó públicamente cien mil cajas de ese cultivo por semana para presionar al gobernante que finalmente cedió, dando marcha atrás con ese decreto.

Poco después se supo que, además de la presión política determinante, colaboró con el desenlace un soborno directo de la United Brand hacia un funcionario de su gobierno, lo cual fue el momento adecuado para gestar el reemplazo de López Arellano por el general Juan Melgar Castro en la conducción del país y del ejército. Corría el año 1975 y la “república bananera” hacía sentir su merecida reputación. En un paralelismo impresionante y que no deja dudas sobre las concomitancias intencionales, Bermúdez reemplaza en Perú a Velasco Alvarado, dando inicio al fin de la revolución allí iniciada. Otro tanto sucedía en Ecuador poco después.

Además de esta evidente ofensiva internacional contra regímenes que exhibían nuevamente aquel nacionalismo que USA había pretendido extirpar a mediados de los 50’, Melgar Castro había llegado a la presidencia apoyado por los sectores de poder económico locales, el bipartidismo nacional-liberal y los sectores triunfantes en la interna militar que fue desplazándose cada vez más hacia la “derecha”, punto al que se llegaría en 1978 con Policarpo Paz García.

El nuevo dictador había sido ministro de López y su mandato no varió radical- sino gradualmente el curso reformista nacionalista que siguió su antecesor durante su segundo mandato (1972-75). Por otra parte, producto del avance de la confrontación social y generacional de la época en todas las regiones, también en Honduras se produjeron movimientos de protesta populares, aunque con menor intensidad que en otros puntos.

Es necesario destacar que los gobiernos militares desde 1972 a 1978, a través de sus programas agrarios moderados que incluían el apoyo al desarrollo de ciertos programas cooperativos, dieron cierta esperanza al campesinado, minimizando la posibilidad de que éste se plegara a una revolución como sucedió con amplios sectores en Guatemala y El Salvador. Por otra parte, uno de los núcleos contestatarios más fuertes, eran las comunidades de base católicas guiadas por adeptos a la teología de la Liberación. Estas

iglesias, que en los vecinos países se plegaron en un frente a las organizaciones marxistas y que - como en el caso nicaragüense - fueron componente esencial del triunfo revolucionario (no tanto en el terreno armado sino en la conciencia popular), trabajaron aquí arraigadamente en la consecución y profundización del reformismo tolerado por el régimen.

En 1978, bajo acusaciones que relacionaban a personajes de gobierno con el narcotráfico, Melgar Castro es desplazado por la cúpula militar que procede a la formación de una Junta presidida por el general Policarpo Paz García. Más allá de que la corrupción era materia corriente en toda la historia política hondureña y que los militares no eran en absoluto ajenos a ella, sino un componente fundamental de ésta, la argumentación esgrimida en este caso parece haber sido relativamente superficial y “mediática”, dirigida a la gente común, habitualmente ajena y alejada de las intrigas de poder. No era que hubiera aumentado la endémica corrupción, simplemente estaba de moda el “periodismo de investigación” que destapaba escándalos y que procuraba importantes volúmenes de venta a los periódicos de la época. Un ejemplo de esto fue el escándalo de escuchas ilegales conocido como Watergate, que produjo la caída de Nixon en 1974.

Durante este último período de gobierno militar directo (1978-1982) se producen hechos significativos en la región como el derrocamiento del dictador Somoza y la ascensión del sandinismo al poder en Nicaragua y el recrudecimiento de la guerra civil en El Salvador y Guatemala. Honduras vuelve a ser, tal como en 1954, la base militar de la retaguardia anticomunista. La “ayuda” norteamericana se elevó a sumas millonarias, de las cuales una gran parte eran destinadas al sector militar.

En simultáneo se desplegaba el regreso a un régimen de democracia controlada, con elecciones a constituyentes que confirmaron a Paz García en la presidencia, hasta que se realizaran elecciones directas en 1982. Los tres partidos “permitidos” en esa elección fueron el Liberal, el Nacional y el PINU. Los dos primeros ocuparon el 95% de los cargos constituyentes, presagiando ya entonces qué tipo de democracia se preveía para el país a partir de 1982.

Y así fue. En la elección de 1981, liberales y nacionales obtuvieron 77 de los 81 diputados, previo a la selección de Roberto Suazo Córdoba como nuevo mandatario. El triunfo liberal había

sido nuevamente acompañado por la figura del viejo líder Modesto Rodas Alvarado, cuya segura victoria en 1963 había sido impedida por el golpe militar. Tampoco en esta oportunidad el dirigente logra ser elegido y es su muerte natural la que trunca tales afanes en 1979. El designado entonces es Suazo, quien era públicamente considerado posible vicepresidente de Rodas.

La democracia formal se instalaba nuevamente y los actores públicos no siempre coincidían con los que manejaban los hilos de la vida política del país. Pero los actores públicos, como todo actor, cobraban su sueldo para desarrollar la ópera prevista.

Y la ópera prevista era cooperar con EEUU en la contienda que ahora no sólo tenía a Cuba como enemigo principal luego de 1959, sino también a la muy cercana Nicaragua, luego de 1979. EEUU prometía a cambio inyectar fondos a las arcas del Estado para planes de desarrollo. Estos fondos, como se verá más adelante y en muchos otros lugares, no eran obviamente a título gratuito, sino que constituyeron parte de la escalada de igual signo violento conocida como “deuda externa”, la que creció exponencialmente en toda la gestión militar en Latinoamérica. Ya abordaremos este importante tema en secciones posteriores.

Una parte fundamental del gobierno nominal de Suazo Córdoba, absolutamente tutelado por el poder militar local y la CIA, fue el entrenamiento de la contra nicaragüense en la base de Palmerola (instalación de la Fuerza Aérea Hondureña con presencia militar norteamericana desde 1954) y otros puntos para intentar derrocar al FSLN nicaragüense. La otra parte fue combatir todo intento de rebelión interna. El brazo ejecutor de esta política fue el general Alvarez Martínez, quien se había graduado en 1961 en la Academia Militar Argentina y consideraba a los genocidas militares de aquel país, que desarrollaron la “guerra sucia”, como un ejemplo a seguir. Así, este ultra conservador, en nombre de la criminal “doctrina de seguridad nacional” (que fue la base del plan Cóndor en el sur de la región), tuvo asesoría directa de argentinos y norteamericanos para su plan de violación sistemática de todo derecho humano. Toda expresión disidente del mundo maniqueo que planteaban era considerada de “potencial subversivo”, lo cual daba “derecho” a la eliminación física de la posible amenaza. Ésa fue la democracia hondureña de 1982 a 1986.

Democracia que permanecería maniatada igualmente durante

el continuismo de Azcona Hoyos (PLH), quien había sido electo con sólo el 27% de las preferencias, frente al 45% de quien sería recién presidente en 1990, Rafael Callejas, del Partido Nacional. La componenda había resultado de una especie de ley de lemas que permitía que las facciones internas de un partido sumaran sus votos, resolviendo sus “primarias” en elecciones generales.

Azcona Hoyos había participado muy activamente en la elección de Suazo Córdoba y había ocupado un ministerio en su gestión. Su posición política fue derivando hacia cierta crítica con el abierto colaboracionismo y dependencia de Suazo con EEUU, pero sin llegar a extremos como el de tendencias de centroizquierda dentro del mismo partido liberal, que fueron representados en aquella elección por Carlos Roberto Reina, antiguo funcionario de Villeda Morales.

A la toma de posesión de Azcona asistieron sólo cuatro presidentes latinoamericanos y el entonces vicepresidente de EEUU, George Bush (padre), quien se convertiría luego en líder republicano y nuevo mandatario. El asunto seguiría igual que con Suazo. Los tambores de guerra seguían sonando en la región centroamericana y Honduras bailaba a su compás.

En 1990 entra a la presidencia Rafael Callejas, estrenando la nueva “alternancia” y venciendo electoralmente al candidato liberal Flores Facussé, quien insistiría y llegaría al sillón ocho años después.

Como avezados lectores ya intuyen, aquí se libraba otra guerra, en la cual Rafael fue copartípe importante y era la guerra contra las “estructuras arcaicas del Estado”, lo cual supuso la privatización de todo lo que quedaba del accionar nacionalista-desarrollista desde los años 50'. Callejas había sido funcionario de Economía de López Arellano en su segunda dictadura, pero había ascendido a ministro bajo la presidencia de Melgar Castro y en la de Policarpo Paz García. O sea una personalidad altamente confiable en términos de alineamiento con los intereses más excluyentes de la sociedad hondureña.

Callejas desarrolla los ya conocidos “programa de ajuste estructural” indicados por la nueva sigla de ingerencia norteamericana, el “FMI”, que reemplazaría - o más bien, complementaría - en el control de los asuntos a la algo desprestigiada

CIA. EEUU, como recompensa a los servicios prestados contra el sandinismo y a la aceptación de los postulados neoliberales de la escuela de Chicago - y seguramente ante la manifiesta imposibilidad de obtener el dinero - condona parte de la deuda de Honduras y permite cierto nuevo flujo crediticio que intenta aplacar la terrible desolación social, que comienza a expresarse nuevamente a través de la protesta de fortalecidos sindicatos.

En 1994 gana las elecciones Carlos Reina, quien representaba al ala más progresista del partido liberal, con el apoyo popular que generaba la necesidad de mejoras sociales. Reina, quien llega a la presidencia con 68 años, había salido ya con 18 a participar de protestas callejeras contra el dictador Carias Andino, por lo que fue encarcelado algunos meses y fue también un firme opositor de las dictaduras siguientes.

Una realización importante durante su gobierno fue la supresión de la obligatoriedad del servicio militar. De este modo, formalizó la voluntad social de ir afianzando cierta independencia civil de la sempiterna tutela que habían ejercido los militares a lo largo de toda la historia del país. Éste era también un modo indirecto de morigerar al menos, la influencia norteamericana que se ejecutaba casi de modo directo a través de la cadena de mandos militar, mediante la formación, el asesoramiento y muchas veces el comando operacional, disfrazado de “acción conjunta”. Un buen anuncio en este sentido, y que llegará casi por la época en la que estamos finalizando la redacción de este estudio, es que la base de Palmerola será utilizada como aeropuerto civil. Aunque autoridades de Defensa norteamericana insistieron en que no se removerá a los cerca de 400 efectivos que permanecen allí, el simbolismo de que esta institución, otrora uno de los principales centros de operaciones de EEUU en Centroamérica, se abra a la aviación comercial, es evidente. Una curiosidad sobre Palmerola - que muestra cómo el poder hace caso omiso de toda regulación cuando es adversa a sus intereses - es que la Constitución hondureña siempre prohibió la instalación de bases militares extranjeras permanentes en suelo nacional. Por ello es que las instalaciones de Palmerola que utiliza el personal de USA intentan semejar un campamento provisorio y su dotación es rotada en ciclos cortos, para que no se entienda que se trata de una base “permanente”. Así ha sido durante más de 50 años, desde 1954.

El pueblo hondureño tenía otras preocupaciones en este período

además de la habitual, la difícil tarea de sobrevivir. Y éstas no tenían relación directa con la desmilitarización política o la geopolítica mundial. El tema que ocupaba el sentir de muchos era la creciente criminalidad. Este fenómeno, como ya lo hemos visto en otros países (Colombia, Guatemala, El Salvador) no es casual y puede ser perfectamente explicado desde el contexto del proceso que estamos tratando de describir. Por una parte, el cultivo de coca y su transformación ilegal en cocaína o derivados, comenzó a ser un negocio tan o más lucrativo como lo era antes la exportación de añil, azúcar, café o banano. Alrededor de este negocio y su posterior comercialización se armaron nuevas mafias en las cuales participaron no sólo muchos desocupados en diversas funciones, sino también, en los pisos más elevados, muchos militares, funcionarios de gobierno y empresarios.

Así, la declamativa moralización propugnada desde tribunas preelectorales se enfrentaba a la descarnada lógica comercial y perdía por varios cuerpos. Llegando a finales del siglo pasado, ya no era el comunismo el enemigo público número uno, tampoco el Estado ineficaz, ahora eran el terrorismo internacional y las redes del narcotráfico, poder que era controlado sólo parcialmente y por lo tanto, debía ser combatido. Además, como veremos, la lucha contra el comercio de drogas fue una excelente excusa para seguir entrometiendo las narices sajonas en las tierras más al Sur del río Bravo.

Por otra parte, contribuían a la criminalidad la falta de posibilidades de inserción laboral de grandes contingentes humanos, provenientes de la desmovilización militar, del regreso de los varios exilios y finalmente del natural y acelerado crecimiento demográfico de la región.

En 1998, tomas las riendas Carlos Flores Facussé, también del PLH, pero del ala más conservadora. Flores había sido empresario y funcionario del gobierno liberal antisandinista de Suazo. En adhesión a los postulados de ajuste estatal ya comenzados por aquella época y fuertemente desarrollados por su adversario del PHN, Callejas, instala programas de “austeridad”. Pero ese mismo año, todo se desajustó por el paso del huracán Mitch, en el que murieron o desaparecieron cerca de 15000 personas y una cuarta parte de la población quedó damnificada por la catástrofe natural. Ésta además, destruyó buena parte de la infraestructura vial y arrasó

con la cosecha.

El país pudo reponerse en algo gracias a la ayuda que llegó del exterior, de gobiernos y organizaciones no gubernamentales. Pero todo esto agudizó la situación social ya existente. Las pandillas juveniles delictivas llamadas Maras crecían y se extendían. Seguramente el alto grado de desestructuración del tejido social hacía que muchos jóvenes sintieran pertenencia y cobijo en esa red que, concomitantemente, también formaba parte del nuevo paisaje en los demás países de Centroamérica.

Ya entrados en el tercer milenio, de la mano de la precariedad y la incertidumbre que siente el pueblo hondureño, vuelve un candidato del partido nacional PHN al gobierno. Ricardo Maduro Joest es un claro ejemplar de la casta de exitosos empresarios volcados al campo político, tan populares en los finales de los 90'. La ilusión popular era que aquellos que sabían hacer negocios para sí mismos, tenían también la capacidad de gestionar la cosa pública del mismo modo. Por otra parte, el hecho de que llegaran adinerados al gobierno, siguiendo el tren imaginativo de la misma ilusión, los eximía de la posibilidad de que se enriquecieran mediante la corrupción política, tan conocida por los pueblos en la partidocracia anterior.

Tal ilusión obviamente no se correspondía con la realidad y al final de la gestión de Maduro, el pueblo siguió tan o más pobre que antes. El continuado programa de reducción de gastos, con los consiguientes despidos y reducciones salariales en el marco de la “eficacia empresarial” hecha gobierno, dejó al 70% de la población en estado de pobreza y al 33% desempleada o subempleada. Valga este ejemplo para poblaciones que aún sueñan con empresarios salvadores.

Maduro tenía un amplio respaldo popular, sobre todo por la tragedia que le tocó vivir con la muerte de su hijo a manos de la delincuencia. De ese modo, la desesperación social hecha delito, golpeaba dentro de las familias de los que creían en el espejismo de ideales felicitarios individualistas, alejados de la vida diaria de millones de pobladores.

Al llegar a la presidencia emprendió, al igual que otros mandatarios centroamericanos, los programas de “tolerancia cero” con cierto éxito inicial, por lo menos en lo que hace al aumento de la población carcelaria, sin menguar la sensación de inseguridad generalizada.

Los motines, luchas entre bandas y un incendio sospechado de operación de liquidación institucional en las prisiones, echaron luz sobre la proporción de las maras. Entre los dos grupos principales, la Mara Salvatrucha y su enemiga la Mara 18 llegaban a nuclear, según datos oficiales, una cifra cercana a los cien mil jóvenes. Un tremendo ejército fuera del control institucional.

En este período se verifican también dos sucesos que reafirman el siempre continuado alineamiento dependiente del país centroamericano de la potencia norteamericana. Honduras firma el CAFTA (tratado de libre comercio entre USA y América Central), que es apoyado internamente por ambos partidos del parlamento - con la oposición de sectores populares y sindicales de centro izquierda e izquierda - de mínima participación en los recintos institucionales donde “se cocina la sopa”. Muy poco después, Honduras envía un contingente de 370 soldados a Irak, apoyando la unilateral invasión extranjera en aquel país.

En las elecciones siguientes, luego de un escrutinio dudoso en segunda vuelta que duró un mes y entre componendas entre los partidos involucrados, el liberal Manuel Zelaya Rosales gana las elecciones por estrecho margen y comienza su mandato en el año 2006.

Desde siempre empresario agropecuario y a juzgar por sus promesas electorales y filiación partidaria, era poco probable que algo fuera a cambiar radicalmente en este país desde esta gestión presidencial. “Puño duro con el delito”, “100% honestidad contra la corrupción”, “creación de cientos de miles de puestos de trabajo”, son muletillas usadas en cientos de campañas en éste y otros países de la región y que son emitidas con el automatismo obligado del candidato. Son como los discursos hechos por otros, que luego leen los políticos como propios. Son el trabajo de las agencias que modelan las campañas. Así, al igual que los cantantes “armados” por las discográficas que rápidamente pasan al olvido de las masas, así sucedía con los presidentes que llegan de este modo al gobierno.

Sin embargo, a contracorriente de lo presagiado y en la huella de los fuertes vientos de cambio que se despliegan por la región, Honduras anuncia sorpresivamente en Agosto de 2008 su ingreso al ALBA, área de cooperación latinoamericana profundamente opuesta a los esquemas promovidos por EEUU. Se mostraba así el

signo esperanzador de la época: la docilidad impuesta ya no sería tan sencilla, los pueblos reclamaban su derecho a decidir libremente.

Síntesis

Honduras ha sido desde el comienzo de la expansión norteamericana en esta región, a finales del siglo XIX, poco menos que un protectorado del país del Norte. Algo así como un Puerto Rico con mayores libertades formales.

De este modo, los avatares políticos han seguido casi con la exactitud de un metrónomo el ritmo dictado por las administraciones de EEUU. Los sectores de poder locales se han sometido con beneplácito a este metagobierno, reservando para sí una tajada del botín.

Desde los 30' y hasta fines de la guerra un dictador fascista se sumó a la cruzada contra las potencias fascistas del Eje, limpiando al mismo tiempo el terreno de toda maleza izquierdista. Luego de la Segunda Guerra, el civil Gálvez permitió el continuismo de corte nacional y el comienzo de ciertas políticas de modernización promovidas por la CEPAL, que fueron aceleradas con mayor benignidad por el partido rival y avaladas por la breve gestión de Kennedy con su Alianza para el Progreso.

Al mismo tiempo Honduras se convertía en los 50' en un centro de adiestramiento y abastecimiento militar de los gobiernos golpistas y anticomunistas de la región centroamericana, proceso que se consolidaría en los 60' y continuaría invariablemente en los 70' y 80', a partir de 1982, ya bajo una fachada de poder civil.

En los 90' había que desembarazarse de los militares que tan buenos servicios habían prestado y producir el desguace del Estado como “política de Estado”, tarea que cumplieron a la perfección entre el partido Nacional y el Liberal. Firmar un tratado de libre comercio con USA y participar en la invasión a Irak, han sido tareas en que este país también se ha mostrado diligente.

Honduras ha sido un excelente alumno de Norteamérica y se podría decir que bien tiene ganada su recompensa. Es uno de los países más pobres del continente, con menor desarrollo tecnológico, sus instituciones distan de ser un ejemplo de transparencia y se han expandido a extremos increíbles el crimen y los delitos ligados al tráfico de narcóticos.

Quizás en algún momento pueda verse el sol, detrás de la sombra del águila guerrera, que ni siquiera es propia. Ha sido robada - en un gesto más de pillaje - a los nazis, quienes a su vez pretendieron cobijarse bajo los símbolos del imperio romano.

MÉJICO

Entre 1929 y 1990, es decir durante 71 años, un único partido gobernó ininterrumpidamente Méjico, el PRI (Partido Revolucionario Institucional). Por tanto, si se pretende clarificar los principales aspectos de la vida política de este país en este lapso, será preciso llegar a las raíces que promovieron la creación de esa agrupación.

Formalmente se considera que el PRI fue fundado durante el período presidencial de Plutarco Elías Calles, primero como Partido Nacionalista Revolucionario, adoptando luego bajo el general Lázaro Cárdenas del Río la denominación Partido Revolucionario Mejicano (PRM) y llegando a su nombre definitivo, PRI, en 1946 con Miguel Aleman Valdés. Pero más allá de estas etiquetas (que también tienen su razón de ser), para develar los fundamentos de la construcción política del Méjico del siglo XX, que se reflejan principalmente en el PRI, es necesario remontarse a la Revolución de 1910.

En esta revolución anidaron significados políticos, sociales y culturales. Y por supuesto, esta revolución tampoco estuvo exenta de intereses geopolíticos.

En la faz política, la Revolución se opuso al intento reeleccionista fraudulento del dictador Porfirio Díaz. Este militar había gobernado durante más de 30 años - período al cual los historiadores llaman “el Porfirato” -. Díaz estaba imbuido del credo positivista fundado por Comte y que afirmaba que sólo el conocimiento científico es el único conocimiento posible. Así Díaz afirmaba por aquella época que “gobernar es una ciencia”, justificando así la dictadura y la ineptitud de la masa para elegir a sus gobernantes. Sin embargo, en los primeros años de la nueva centuria, en una entrevista afirma que “el pueblo mejicano ya está maduro para poder elegir” y convoca a elecciones. Se presenta él mismo como candidato del Partido Científico y como rival aparece Francisco Madero por parte del Partido Antireeleccionista. El dictador había acertado respecto a la madurez política del pueblo mejicano, ya que éste elige a su opositor. Porfirio, en su porfía, y más allá de toda declaración vertida, no cedería tan fácilmente el mando. Mucho menos quería Francia y otras potencias extranjeras este traspaso de poder, ya que habían lucrado intensamente durante el Porfirato obteniendo importantes

concesiones mineras y viales. Por la época además, comenzaba a despuntar el que sería uno de los mejores negocios de todo el siglo XX, la extracción petrolífera.

Si bien Madero no era precisamente un representante del pueblo más sometido, el régimen y sus aliados foráneos sabían que con la democratización afluirían las demandas sociales y culturales de los explotados, como un chorro de petróleo que eleva hacia las alturas lo que largamente durmió en las entrañas de la Tierra. Díaz encarceló a Madero poco antes de la elección. Inmediatamente después se produce el levantamiento militar de la mano de diversos caudillos, que unidos en su rechazo al régimen imperante, perseguían empero ideas diversas. Esto produjo que poco tiempo después Díaz se exiliara en París y Madero fuera electo, quien sería a su vez tiempo después asesinado en un complot de Victoriano Huerta apoyado por los norteamericanos. En este hecho se comprende el componente geopolítico de la Revolución. Los yankees estaban entusiasmados con la idea de que bandas locales hicieran por ellos el trabajo de expulsar a las compañías francesas de la región, continuando el proceso de expansión comercial hacia el Caribe y Sudamérica. Este proceso se remontaba a la compra de la Louisiana francesa cien años antes (a comienzos del siglo XIX), asegurándose el control de la vía fluvial fundamental para el comercio que era el río Missisipi. Este río cruza todo EEUU de Norte a Sur, desembocando en la ciudad de New Orleans (Louisiana) permitiendo de este modo sortear un escollo severo para el transporte Este-Oeste constituido por la cadena de los Apalaches. Esta ruta comercial es la que pretendía extender los EEUU hacia fines del siglo XIX con el control definitivo del Caribe y la posterior construcción y dominio del canal de Panamá, en el marco de un industrialismo expansionista.

Volviendo al cauce de la revolución mejicana de 1910, había grupos que promovían a ambos lados de la frontera la anexión directa a los EEUU. Recordemos también que los EEUU habían comprado anteriormente vastos territorios a Méjico que dieron lugar a los Estados sureños de Texas, Arkansas, Arizona, California, Nuevo Méjico, etc.

Así las cosas, la dictadura de Huerta es también derrocada por la revolución que continuaba. Huerta huye a EEUU y asume el poder Venustiano Carranza. Aquí quedan enfrentadas las facciones liberal constitucionalista, representada por Carranza y Obregón

(luego enfrentado a Carranza y presidente también) y la social revolucionaria encarnadas en los ejércitos de Pancho Villa y de Emiliano Zapata, quienes acusan a los anteriores de traicionar el espíritu popular de la revolución.

En las huestes y el pensamiento de Villa y Zapata, vivía el ánimo libertario y comunitario de las comunidades indígenas, que era de algún modo “traducido” por el anarquismo pregonado por los hermanos Flores Magón, cuyo padre era precisamente un líder aborígen. Esta vertiente de la revolución mejicana, que fue militarmente derrotada, siguió viviendo en el espíritu de la constitución de 1917 (primera en garantizar derechos sociales), encarnó nuevamente en la presidencia del general Lázaro Cárdenas del Río, inspiró a Sandino en Nicaragua y avanzó en un hilo subterráneo hasta volver a salir a la superficie en 1994 con el alzamiento del Ejército Zapatista en Chiapas.

Así, esta gran revolución lega a Méjico un espíritu nacional mixto donde confluye el liberalismo expresado en las garantías de libertad individuales con el socialismo libertario que pretende asegurar la protección social. Esta constitución esta aún hoy vigente, más allá de las realidades sociales y políticas de un Méjico que dista mucho en la actualidad de ser reflejo fiel de aquel modelo ideal.

Ese espíritu nacional y su componente laicista (radicalizado en la gestión de Calles y algo más moderado con Cárdenas del Río) fueron a su vez influidos en los 20' y 30' por las corrientes fascistas y socialistas, absorbiendo el PRI algo de cada una. El espíritu falangista de los sindicatos obreros y campesinos fundados en los años 20', que darían en adelante un fuerte sostén político a cada gobierno priísta, convivió en este partido con la nacionalización del petróleo y la reforma agraria efectuadas por el militar progresista Cárdenas del Río (padre de Cuáhtemoc, futuro líder del opositor PRD, ya en los 90').

Otra clave del PRI, que se desprende de la “I” de “institucional”, fue la de intentar superar los caudillismos que auguraban una larga inestabilidad y ruptura de la paz social y reemplazarlos por una institucionalidad que, asentada en la Constitución revolucionaria diera cierta continuidad a ese proyecto, más allá de los personajes que la protagonizaran. En palabras de Perón, un digno émulo argentino del PRI, “primero la Patria, luego el Movimiento, por último los hombres”.

Esta concepción autoritaria hizo que el PRI fuera también un elemento que contrarrestara toda democracia exterior a él.

Luego de esta sucinta excursión por la historia fundacional del México moderno, retomaremos nuestra reseña en la gestión presidencial de Miguel Alemán Valdés, a partir de 1946. Este abogado representaba a la primera generación civil y a la vez justamente el reemplazo generacional de los viejos líderes actuantes en la revolución. Con esta renovación el PRI toma su cariz definitivo, nacionalista y populista, pero alineado con el capitalismo y con una fuerte cuota de pragmatismo. Por esta época comenzaba el fuerte proceso de modernización post guerra y el gobierno de Valdés fue un defensor de este modelo, que se veía fuertemente favorecido en un México de acentuado cuño nacionalista y con un Estado propietario de varias fuentes de recursos estratégicas.

En el sexenio de su sucesor, el priísta Ruiz Cortinez (52-58) se continuó la tarea industrialista y los alcances sociales que ya hemos descripto en otros países paralelamente en este período. Se fortalecen y diversifican las manufacturas, se crean nuevos caminos, se generaliza la educación, se construyen viviendas de bajo costo. La imagen del progreso asalariado es la vigente en la representación colectiva. La mujer adquiere el derecho a voto, ingresando de este modo a un mundo público hasta el momento vedado a todas ellas.

Quien había servido como Secretario de Trabajo de Cortinez, Adolfo López Mateos, sería el candidato del PRI para sucederlo a partir de 1958. A estas alturas y en el marco de las fuertes desigualdades sociales, que el ensueño del desarrollista del capitalismo de postguerra no había eliminado, avanzan con fuerza las corrientes contestatarias imbuidas nuevamente con el espíritu de justicia social que el PRI de estos tiempos había sólo guardado para los discursos. El gobierno de López Mateos se enrola en la represión de tales manifestaciones, que eran básicamente protagonizadas por obreros del ferrocarril, maestros y estudiantes. También fueron fuertemente golpeados los campesinos y uno de sus máximos líderes, Rubén Jaramillo, asesinado.

Al mismo tiempo, el gobierno priísta intento morigerar el descontento a través de algunas medidas como la institución del aguinaldo y el fortalecimiento de la seguridad social para los adultos mayores que culminaban su ciclo laboral en el Estado. Hacia 1964, con la culminación del ciclo de López Mateos al frente del gobierno

priísta, y con la asunción del nuevo presidente Gustavo Ordaz, el PRI produciría la acentuación de su costado represivo, a tono con el terrorismo de Estado propuesto desde EEUU para contrarrestar la ofensiva revolucionaria de las izquierdas de la región.

La CIA llamaba a la puerta de Méjico nuevamente y nada menos que en la mismísima persona del presidente, quien había actuado como su informante, al igual que su sucesor Luis Echeverría Álvarez. Esta relación de colaboración con el organismo de inteligencia norteamericano estaba inscrita en un plan gestado en 1956 (llamado “Litempo”) que apuntaba precisamente a que funcionarios de alto nivel mejicano colaboraran con las acciones de la agencia comandada en aquella época por el tenebroso Dulles en las postrimerías de la administración Eisenhower.

A partir de la década del 60', se estructuran también en Méjico diversos grupos armados con el objetivo expreso de liderar las expresiones de malestar social popular que se multiplicaban con el progresivo abandono priísta de las banderas sociales de la revolución de 1910. Identificamos entre cerca de 29 grupos guerrilleros al menos tres corrientes principales: el Partido de los Pobres, la Liga Comunista 23 de Septiembre y el Movimiento de Acción Revolucionaria. El primero, liderado por Lucio Cabañas surgió como oposición al poder local de los caciques del PRI en el Estado de Guerrero hacia 1972, teniendo actuación militar en la Sierra Madre del Sur. La Liga 23 de Septiembre era una escisión del Partido Comunista, que se organizó desde Guadalajara hacia los núcleos urbanos y pretendió unificar a los distintos movimientos guerrilleros, unidad que fracasó ya que muchos de ellos no adherían a la ideología marxista leninista propugnada por la organización. Finalmente, el Movimiento de Acción Revolucionaria fue una agrupación surgida desde estudiantes mejicanos de la Universidad Lumumba de Moscú y que recibió apoyo norcoreano para sus acciones.

Todos estos movimientos fueron combatidos por las fuerzas militares y de inteligencia mejicanas, logrando su derrota y desestructuración pocos años después. La extensión del poder político priísta y sus ramificaciones, junto a la relativamente baja adhesión que suscitó en el pueblo mejicano la opción de una revolución armada fueron seguramente los factores principales de dicho desenlace.

A riesgo de fracturar el hilo del relato de este período de fuerte turbulencia social en la historia política reciente de Méjico, queremos hacer un alto y destacar un hecho positivo que se produjo durante el gobierno de Ordaz.

Éste fue la firma del Tratado de Tlatelolco, en 1967, documento que establece la Proscripción de armas nucleares en la América Latina y el Caribe, de la que fueron signatarios los 33 países de la región. Por supuesto que se hacía sentir el impacto de la Guerra Fría y más cercanamente la crisis que se había desatado a partir de la supuesta instalación de misiles soviéticos en Cuba en 1962. Lo interesante es que este Tratado, a diferencia de muchos planes o declaraciones internacionales, efectivamente logró que el armamento nuclear no proliferara en la región. Aunque la intención implícita en el tratado se alineaba con la política norteamericana en el mismo sentido de la doctrina Monroe, este Pacto ahorró muchos problemas a esta parte del planeta, amén de constituir un precedente de mucha relevancia de cara al futuro de la Humanidad toda. Sólo faltaría que el vecino del Norte se sumara a este Tratado siguiendo la máxima - libre interpretación de aires kantianos - “lo que exijo del otro, vale para mí también”.

Pero la bella voz Tlatelolco, que indicaba el lugar de residencia de uno de los pueblos ligados al imperio azteca y que es en la actualidad el sector de la capital mejicana donde está emplazada la Secretaría (ministerio) de Relaciones Exteriores, no quedó solamente asociada a la importante realización política internacional antes consignada, sino que fue poco tiempo después, sinónimo de masacre represiva.

La matanza de Tlatelolco se produjo en el transcurso de una manifestación pacífica de jóvenes estudiantes con fuerte tono contestatario. El accionar represivo militar y los cuerpos infiltrados en la manifestación provocaron la muerte de muchos. Pocos días después, el presidente Ordaz inauguraba los Juegos Olímpicos a muy corta distancia, sin lograr apagar la llama de la insurrección juvenil y popular que se extendería. Paradójicamente o no tanto, el 2 de Octubre, día de la manifestación en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco, es también el día del natalicio de Gandhi y fue declarado en memoria del Mahatma, “Día Internacional de la No Violencia” por las Naciones Unidas en el año 2007.

Pero Ordaz estaba muy lejos de ese espíritu y también su secretario de Gobernación, Luis Echeverría Alvarez, quien - siempre

desde las filas del PRI - lo sucedería como presidente a partir de 1970.

En ese sexenio los mejicanos no la pasaron nada bien. Echeverría había sido uno de los responsables directos de la represión estudiantil en Tlatelolco y ahora estaba al frente del gobierno, mientras recrudecía la lucha guerrillera a la que por supuesto combatió duramente. Su gobierno intentó llevar adelante la táctica de tener en una mano un terrón de azúcar y en la otra un garrote. Así, quiso congraciarse con el estudiantado de la UNAM de Méjico, contratando a muchos para tareas estatales y así neutralizarlos, pero también fue responsable de un nuevo hecho de violencia política contra manifestantes conocido como el Halconazo (en referencia al grupo paramilitar que lo efectuó) a poco de asumir su mandato. Lo mismo sucedió en el campo de la política internacional. Al mismo tiempo que daba asilo a prominentes figuras de la izquierda perseguidas en otros países, por ejemplo Hortensia Bussi, viuda de Salvador Allende, completó el proceso de liquidación de los movimientos de izquierda armados fronteras adentro.

Debido al contexto internacional de crisis económica, el día a día de los mejicanos se veía cada vez más comprometido con una fuerte inflación combinada con la pérdida de miles de puestos de trabajo por la retracción experimentada por aquellos años. En ese tren de contradicciones que signó esta presidencia, se intenta mantener falsos equilibrios en el campo social a cuenta del abultamiento de la deuda externa y a fuerza de devaluación monetaria. Méjico comienza a vivir un pronunciado declive, pese a toda declamación populista.

Al igual que Echeverría, que había sido ministro antes de presidente, ocurriría hacia 1976 con José López Portillo, quien luego de una larga carrera priísta, había sido Secretario de Hacienda del mandatario anterior, además de su amigo desde la adolescencia. López era también abogado, al igual que cuatro de los cinco presidentes priístas que lo habían precedido en el cargo desde 1946. Al proceso posterior de la Revolución entre 1910 y 1946 correspondió el perfil militar. Desde entonces, y hasta 1988, entraron en escena los especialistas en leyes, componendas y oratoria. Como es de imaginar, en la década neoliberal el perfil indicó que quien quisiera regir los destinos de un país debía ser un economista, un técnico de las “inexorables leyes del mercado”.

La gestión de López Portillo rayaría en el absurdo, terminando de echar al abismo los últimos restos del legado revolucionario de 1910. En el plano económico, luego de un caos inicial heredado de Echeverría, los ingresos del país (no de sus pobladores) subieron hasta niveles jamás soñados, bañándose en la abundancia del oro negro, producto de la cerrazón exportadora de los países árabes y de los nuevos pozos descubiertos en suelo nacional. Pero la fiebre de inversiones y proyectos desproporcionados sumado al crecimiento del sector burocrático, el despilfarro, la corrupción y la caída de los precios internacionales del petróleo, hizo que Méjico se endeudara atrozmente y culminara los seis años de esa presidencia en una escandalosa devaluación (el peso llegó a rozar un cuarto de su valor), el cierre de las operaciones bursátiles y una nacionalización apresurada de la Banca para evitar mayores fugas de divisas. Se decreta la moratoria en el pago de la deuda externa y los analistas que se habían llenado la boca alabando el “milagro mejicano”, claman al cielo rasgándose las vestiduras, apuntando al demonio estatal como fuente de todos los males.

En el campo social, luego de pedir perdón a los pobres al inicio de su mandato por haberles fallado como partido y comprometerse a revertir la situación, López Portillo terminó el mandato volviendo a pedir perdón y a llorar ante cámaras, por haber fallado nuevamente. Por otra parte acuñó en su gestión un fuerte campo de nepotismo, rodeándose de familiares y amigos en numerosos puestos de gobierno y ejerció el estilo personalista en la toma de decisiones expresamente desechado por el PRI.

En lo político, todo esto aceleraría las reformas del sistema que, virtual- y prácticamente - aunque no formalmente - era de partido único. La izquierda estaba hasta entonces proscrita o enzarzada en estériles y aislados focos guerrilleros. Otros partidos como el PARM (Partido de la Auténtica Revolución Mexicana) era una especie de ala militar del PRI que apoyaba siempre a los candidatos emanados de éste. El único partido opositor era el PAN (Partido de Acción Nacional) conservador, pero que debido a un sistema de exclusión de las minorías electorales no lograba ejercer ningún peso político a nivel nacional, aunque sí aisladamente a nivel de ciertos Estados. La reforma se produce en 1977 y en las elecciones legislativas de 1979 - aunque incipientemente - se instala un Congreso con algunos diputados de extracción no priísta.

Los gobiernos de Echeverría y López Portillo fueron denominados popularmente “de la docena trágica” (sumatoria de dos sexenios), parafraseando al período caótico surgido en los diez días posteriores al asesinato de Francisco Madero y su vicepresidente en los albores del México post revolucionario y que históricamente son recordados como la “decena trágica”.

A estas alturas sin embargo, necesitaremos más allá de toda cronología o interesante anécdota, establecer algún parámetro que nos permita penetrar en la comprensión de un país y un partido que evidentemente habían “perdido el rumbo”.

El curso de permanentes zigzags seguidos por los últimos gobiernos y que decretarían - junto al nuevo dictamen neoliberal de los centros de poder - la muerte del priísmo, no eran sólo una maniobra táctica sino la contradicción inherente a este partido que pasó de popular a populista, de nacionalista a burocrático, de institucionalista a excluyente y represor. Medio siglo de poder desde los años 30’ eran ya demasiados, pero quedarían aún dieciocho años más, divididos en tres gobiernos. Sus presidentes respectivos serían Miguel De la Madrid, Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo. Sin embargo, este PRI ya había abandonado no sólo en la práctica sino también en la teoría y el discurso toda herencia revolucionaria.

Entre 1982 y 1988 De la Madrid, quien se había desempeñado en la planificación económica bajo López Portillo, inaugura el ciclo de “apertura de mercado”, es decir de cobrarse en especies (bienes de la sociedad mejicana administrados por el Estado) las deudas contraídas por los funcionarios a cargo. Además de querer quedarse con el capital social acumulado durante muchas décadas, la idea central de los Chicago Boys (un grupo de economistas chilenos bajo las enseñanzas de Milton Friedman en la Universidad de Chicago y que generaron el modelo neoliberal para Latinoamérica), era la de la no intervención estatal en la economías, lo que significaba que el interés privado podía extenderse hasta todas las actividades económicas, incluso las estratégicas (energía, comunicaciones) o consideradas de protección social (educación, salud). Ya volveremos sobre esto en las consideraciones finales, ya que fue el horizonte de la región en la última década del siglo XX y en los albores del nuevo milenio.

Sin embargo, no podía De La Madrid barrer de un plumazo la larga confianza y convicción mejicana en el Estado, por lo que en general,

se limitó a un plan de estabilización avalado por el FMI, hasta que se pudiera avanzar con mayor firmeza en la desestatización. Por otra parte, el Fondo Monetario Internacional privilegió esa salida haciendo el salvataje de la banca internacional privada acreedora con fondos públicos. He allí la esencia de este extraño organismo, utilizar dineros de los Estados miembros (o sea de los pueblos) para auxiliar o financiar negocios privados.

A falta de contingencias, esa presidencia tuvo que lidiar con las severas consecuencias humanitarias que dejó el cataclismo de Ciudad de Méjico en 1985, que segó miles de vidas.

Por lo demás, las sostenidas podas en el aparato gubernamental, la eliminación de muchos puestos de trabajo allí y en el sector industrial (por presión de un disminuido consumo), minaron el siempre cuidado populismo de un PRI a estas alturas ya tan devaluado como el peso mejicano. Al par que crecía el descontento popular, se ampliaba la disidencia interna. Ideológicamente algunos veían desaparecer todo rasgo de inclusión y bienestar social - lo cual era absolutamente cierto - y políticamente avizoraban que tal rumbo predestinaba el final del poderío partidario - en lo cual también acertarían. Así, un grupo de priístas de impronta nacionalista como Cuáhtemoc Cárdenas, hijo de Lázaro, el presidente que expropió a las transnacionales petroleras y produjo una extendida reforma agraria creando el sistema ejidal, critican abiertamente al régimen y levantan una candidatura alternativa a la oficial para las siguientes elecciones.

El candidato oficialista era Carlos Salinas de Gortari, antiguo alumno de De la Madrid y al igual que éste anteriormente, secretario de Programación y Presupuesto durante su gestión. Los avances eleccionarios daban ganador a Cárdenas, pero inesperadamente se produjo una “caída del sistema” informático y finalmente la Corte Electoral dio la victoria al candidato del PRI. El fraude no pudo tapar lo que todo el mundo sabía. Un antiguo sistema político se había caído.

El economista devenido presidente encarnaba los nuevos cuadros tecnocráticos y se encargaría de la privatización masiva de empresas estatales (incluida la banca). Es precisamente en este mandato que Méjico firma con EEUU y Canadá el tratado de libre comercio conocido como NAFTA (North American Free Trade Agreement). Por si fuera poco, inició una reforma constitucional

tendiente a eliminar el párrafo de la misma que aseguraba a los mejicanos libre acceso a la tenencia de tierras (por lo menos como garantía constitucional) y que era uno de los pilares sobre la cual se había asentado la construcción de la sociedad mejicana en todo el siglo XX. Salinas además promovió el acercamiento Estado-Iglesia, alejándose del ya comentado espíritu laicista y anticlerical del Estado mejicano anclado también en la Constitución.

Tomando en cuenta todo esto, se puede concluir diciendo que la gestión de Salinas de Gortari entre 1988 y 1994, fue la de un liquidador de las conquistas revolucionarias de 1910, promoviendo la imagen de un Méjico de neón y acero inoxidable, “limpio de las rémoras del pasado e integrado al concierto mundial globalizado”. Por supuesto que la música de este concierto la tocaban las multinacionales y sus efectos sociales serían devastadores.

El mismo día en que entra en vigor el NAFTA, 1º de Enero de 1994, se produce la toma armada de algunas cabeceras municipales en Chiapas y la aparición en escena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Inspirándose en la memoria del jefe militar del Ejército Revolucionario del Sur, Emiliano Zapata, que no cedió en la reivindicación de los derechos sociales de mayorías desposeídas, esta fuerza guerrillera levanta como bandera la defensa de los derechos colectivos negados a los pueblos indígenas. Si bien apunta como antecedente fundacional a las Fuerzas de Liberación Nacional, una guerrilla que fue fundada en 1969 en Monterrey, Nuevo León, no se trata de un movimiento similar a los de los años 60’ que pretende la toma del poder central por la fuerza. Propugna más bien la autodeterminación y afirma la verdadera democracia, al tiempo que se declara en abierta rebelión con el modelo impuesto por el neoliberalismo. Su influencia se ve mundialmente amplificadas por la difusión que le dan los medios a la figura enigmática del Subcomandante Marcos, su vocero. Por otra parte, las inmediatas manifestaciones urbanas y la solidaridad internacional evitan que el conflicto se dirima a oscuras a través de la abrumadora superioridad militar del ejército federal.

Esta última actitud, fundamentalmente de muchos europeos, fue recíproca con el Méjico que - sobre todo en el período cardenista - acogió a muchos exiliados de la República española perseguidos por el Franquismo y luego también dio refugio a muchos otros exponentes de la izquierda proscripta. Entre los personajes históricos

que fueron acogidos en aquellos años se cuenta a León Trotsky, quien llegó a Méjico en 1938 por gestión del famoso muralista Diego Rivera, siendo asesinado dos años después por otro exiliado español a las lejanas órdenes del stalinismo.

Sólo tres meses después de este levantamiento popular y mientras se desarrollaban conversaciones con el gobierno, es asesinado Luis Donaldo Colosio, ex secretario de Desarrollo Social de Gortari y candidato del PRI a las elecciones a llevarse a cabo ese mismo año. La eliminación posterior del por entonces secretario general del PRI y ex cuñado de Salinas, José Francisco Ruiz Massieu, levantó un manto de sospecha sobre el presidente saliente y su entorno acerca de la complicidad o acaso la autoría intelectual de ambos asesinatos. El hermano de Carlos, Raúl Salinas de Gortari fue encarcelado por el asesinato de Massieu y esto echó luz sobre importantes implicaciones de esta familia con el tráfico de narcóticos y otros negocios ilegales.

Salinas eligió a Ernesto Zedillo como nuevo candidato del PRI. A poco de asumir este economista neoliberal, se produce una grave crisis financiera cuyas repercusiones internacionales fueron conocidas como efecto Tequila. Si bien técnicamente lo sucedido se describió como una fuerte devaluación del peso producto de corridas bancarias y financieras movidas por la abultada deuda estatal, la inestabilidad política o la desconfianza hacia el gobierno, todo esto estaba planificado desde antes y la similar fuga de dólares producida en otros lugares permite otra explicación. En el contexto del NAFTA, era necesario establecer las condiciones para que empresas de USA puedan producir a bajos costos, lo que constituye el corazón del sistema conocido como “maquilas” (y que comentaremos en seguida). El “costo” principal al que nos referimos es el salario. La devaluación del peso mejicano en relación al dólar hacía que los salarios (medidos en dólares) disminuyeran. Por otra parte, la “racionalización” - como se llamaba - del aparato estatal, que preveía la eliminación de miles de puestos de trabajo, arrojaba al “mercado laboral” a muchos nuevos desempleados a quienes básicamente les importaría “tener trabajo” y no tanto el monto remunerado por el mismo. Al mismo tiempo, la baja salarial hacía necesario que en cada familia trabajaran varios, para no depender de un solo y bajo salario. Como se comprenderá, todas estas eran condiciones óptimas para la nueva explotación y previstas por el

sistema.

Zedillo dio el alerta al empresariado sobre la devaluación por venir, quien a su vez, cambió a dólares y puso gran parte de esas divisas a buen resguardo, quitando liquidez al sistema bancario. He ahí los motivos del aparentemente “sorpresivo error” que llevó temblor a los desprevenidos. De cualquier modo, EEUU y el FMI controlado por éste, salen en auxilio financiero de la banca para minimizar efectos secundarios en el marco del flamante tratado de libre comercio suscripto.

A lo largo entonces de la frontera Norte de Méjico, fundamentalmente en las ciudades de Tijuana, Ciudad Juárez y Heroica Nogales, se establecen cientos de maquileras, que son factorías o talleres generalmente textiles, que emplean habitualmente mujeres con sueldos de hambre para producir vestimenta que luego será comercializada desde EEUU o Europa bajo una marca reconocida.

Este programa, cuyos antecedentes directos se encuentran en la industria textil del subcontinente asiático (Bangladesh, Camboya, etc.), en la explotación del trabajo infantil, en las factorías pesqueras operando en aguas extraterritoriales, persigue no sólo la reducción del salario de bolsillo del trabajador, sino también la evasión de las cargas fiscales, de seguridad social y laboral, además de impedir toda medida de sindicalización que opere a favor de los derechos de los trabajadores.

La maquila, término tomado del medioevo español, donde los campesinos llevaban su trigo a moler en molinos de terceros pagándoles con harina, es un sistema que releva a las transnacionales de toda responsabilidad, ya que la producción es precisamente “tercerizada”. En otras palabras, de la precariedad laboral y la ilegalidad emergente se ocupan los dueños de las maquiladoras (estadounidenses, mejicanos, japoneses, coreanos). Las transnacionales textiles sólo compran el producto terminado, desentendiéndose de la producción misma. Esta metodología constituye uno de los núcleos fundamentales de la llamada globalización, constituyendo el modo del capital de minimizar el “problema” empresarial del trabajo humano, en ramas que requieren un alto grado de mano de obra, como por ejemplo la industria textil. La palabra mágica en la jerga de los economistas es “deslocalización”.

En Méjico este procedimiento se había ya iniciado en 1956, para contrarrestar la cancelación de un programa de trabajo temporario agrícola que existía en EEUU llamado “braceros”, pero encuentra su desarrollo estructural a partir de 1994, momento en que Méjico entra a formar parte de la zona económica NAFTA y que permite el libre desplazamiento de mercaderías sin gravámenes aduaneros.

Pero el gobierno de Zedillo no traería sólo esta guerra económica contra los derechos de los trabajadores, sino que recrudecería la situación beligerante en Chiapas, aumentando la presencia militar federal a cincuenta mil soldados, a despecho de las declaraciones públicas de búsqueda de paz y diálogo. Además, el gobierno federal convalidó la elección fraudulenta del candidato a gobernador del PRI (Robledo Rincón). Al igual que en otras regiones de Latinoamérica miles de campesinos huyeron de la situación de conflicto. Las organizaciones populares y de izquierda se volcaron nuevamente a las calles en todo el país y finalmente, tras mediaciones y muchas idas y vueltas se firma un acuerdo que evita una masacre de proporciones mayores y garantiza nuevos derechos a los pueblos originarios y una creciente democratización. Sin embargo, la “guerra de baja intensidad” continuaría y se producirían matanzas de indígenas en Aguas Blancas (Guerrero, 1995) y Acteal (Chiapas, 1997) como muchos otros actos de violencia paramilitar. Por otra parte, en lo que al gobierno respecta, la letra de los acuerdos sería letra muerta.

Se acercaba el fin del milenio y con él, el ocaso de los 71 años de gobierno ininterrumpido del PRI. Un ex gerente de la Coca Cola era el nuevo personaje de la derecha y candidato del PAN (Partido de Acción Nacional). Vicente Fox prometía pan en una campaña con mucho circo, sobre todo mediático y muchos creyeron que todo iría mejor con él y con Coca Cola que con un PRI, que a estas alturas, ni siquiera podía pronunciar su nombre sin sentir escozor o vergüenza. El tercero en discordia era nuevamente Cuáhtemoc Cárdenas, quien al frente del PRD ayudaría a que este partido avanzara fuertemente en el ámbito legislativo y alcanzando varias alcaldías importantes y hasta gobernaciones, colaborando desde la izquierda a romper los monopolios priístas. Por último, el zapatismo había trascendido ya largamente las fronteras de Chiapas, convirtiéndose en factor político importante a través de diversas campañas como referendos, marchas, espacios de convergencia denominados Aguascalientes y una profusa actividad nacional e internacional de difusión de

ideales libertarios muy cercanos a la raíz de la vida comunitaria de los pueblos originarios. El sistema excluía esta posibilidad de vida autónoma - que por otra parte se consolidaba en algunos municipios chiapanecos bajo dominio del EZLN, a través de las denominadas Juntas de Buen Gobierno. El Zapatismo excluía a su vez al sistema o mejor dicho, consideraba ilusoria la viabilidad de un cambio político según la lógica del sistema estatal de partidos, lo cual hizo distante la posibilidad de apoyo a la candidatura centroizquierdista del PRD. Es más, el PRD era criticado como “la izquierda que les gusta a los de arriba”.

El sexenio de Fox no sumaría mucho al panorama. Éste sólo revalidaría su condición de candidato ideal de EEUU para consolidar el NAFTA, mantener a raya a la rebeldía zapatista y promover la imagen del sonriente y exitoso populista neoliberal. El Subcomandante Marcos, ahora llamado Delegado Zero, lo compararía durante un discurso en Morelos, tierra natal de Emiliano Zapata, con el Francisco Madero que, luego de la caída del dictador Porfirio Díaz, en realidad no quería que nada cambie.

Y a pesar de defender con vehemencia el ALCA y criticar a sus detractores, EEUU construyó durante este período un muro en la frontera para dificultar aún más la posibilidad de inmigración mejicana.

En el año 2006 concurren a elecciones Felipe Calderón por el PAN, Andrés Manuel López Obrador por el PRD y Roberto Madrazo por el PRI. López Obrador y Madrazo ya habían sido rivales electorales en Tabasco, elección que ganó el priísta bajo severas sospechas de fraude. Y nuevamente las malas artes políticas se interpondrían entre López Obrador y la presidencia. Con una campaña concientemente asumida por Calderón como “sucua”, y fuertemente apoyada por el presidente Fox con recursos estatales y extranjeros (ambas cuestiones prohibidas en la legislación electoral mejicana), Calderón obtuvo “oficialmente” una diferencia de menos del 1% de los votos. A la impugnación realizada por el ex gobernador perredista del Distrito Federal y sostenida por vastos sectores de la población, la Justicia electoral respondió con una apertura limitada de urnas que redujeron aún más el margen, pero convalidaron formalmente la elección de Calderón Hinojosa.

Los partidarios de López Obrador se movilizan masivamente y éste es celebrado como “Presidente legítimo” en una acción de

resistencia pública. Sin embargo, no se produce ninguna ruptura institucional definitiva y muchos legisladores y gobernadores del PRD asumen sus cargos. Otro importante levantamiento tiene lugar pocos meses después en el Estado de Oaxaca, donde fuerzas populares piden la destitución del gobernador priista. Fuera del costado político, las tensiones sociales originadas por el modelo privatista iniciado en los 80' por el PRI y profundizado por las gestiones panistas serán el trasfondo de todo este período presidencial. Sin embargo, y como es habitual en otros lugares, se vincula al crimen organizado y al narcotráfico como los principales males. Esto permite desviar la mirada popular hacia grupos ciertamente mafiosos - a menudo íntimamente ligados a los políticos que les declaran la “guerra” - y por otra parte, asienta la cooperación con EEUU en sus planes de ingerencia en la región, usualmente encubiertos en la fórmula de combate al “flagelo de las drogas y el terrorismo”. La similitud con el “Plan Colombia” es manifiesta y por ello, el plan de financiamiento de inteligencia policial y militar en México y Centroamérica ha debido obviar la denominación “plan México”, siendo conocida finalmente como Plan Mérida.

Así, flanqueado por la doble valla antiinmigración en el Norte y los planes de militarización antidrogas en la zona caribeña, debilitado en su legitimidad política por un triunfo electoral cuestionado y prisionero de una visión capitalista que le deparará fuertes protestas sociales, la gestión presente promete ser un verdadero Calderón, con el agua hirviendo y la tapa cerrada.

Síntesis

El PRI ha gobernado México desde finales de los años 20' hasta fines del siglo XX. Esta agrupación recogió la vocación nacionalista expresada en la constitución post revolucionaria de 1917. Basado en principios falangistas, con un legado de derechos sociales y de tendencia anticlerical, contó con el apoyo popular masivo de los mejicanos.

El cultivo del Estado era la herramienta para preservar la unidad y promover el desarrollo. El corporativismo, es decir la subordinación ordenada de distintos sectores sociales a este objetivo, la ideología que le da sustento. El autoritarismo desprendido de su concepción

deriva en la práctica de Partido único, obteniendo mayorías absolutas tanto en el gobierno federal como en las gobernaciones de los Estados durante casi 50 años.

A diferencia de otros países de la región, Méjico no sufrió golpes de Estado militares, ni atravesó guerras civiles de la magnitud de naciones vecinas. Esta pregunta adquiere máxima relevancia en el contexto geopolítico de un vecino del Norte expandiendo imperialmente su influencia en desmedro de todo discurso democrático. Varios estudiosos han concluido que la razón de este hecho significativo es que la oficialidad del ejército mejicano, a diferencia de otros países de la región, no tenía origen aristocrático sino raigambre popular.

La respuesta es sin embargo más sencilla: todo el trabajo lo hizo el PRI. En los 50' acompañando el desarrollismo propuesto. En los 60' y 70' continuando esta tendencia y evitando con paliativos sociales y represión selectiva la organización y arraigo popular de movimientos de guerrilla marxista. En los 80' y 90' traicionando sus principios fundacionales y dando inicio a la era de privatizaciones.

También es probable que el diseño geoestratégico imperial de los EEUU haya tomado especiales “precauciones” con Méjico por la cercanía e interdependencia directa. Algo así como no tirar la basura en el propio jardín.

A partir de 1994 Méjico se “asocia” a EEUU (y Canadá) en una zona de libre comercio y coincidentemente con ello, surge desde el lejano y excluido sur campesino e indígena un grito de protesta en forma de rebelión zapatista. En ese levantamiento resonaban no sólo la historia de alzamientos indígenas del siglo XIX, la ideología magonista, la leyenda del indomable Emiliano Zapata y los ecos de los intentos revolucionarios campesinos en la región entre los 60' y los 80'. Una nueva auto conciencia de los pueblos originarios asomaba representada en ese fenómeno, tal como ocurría por la misma época en Ecuador, Perú, Bolivia y otros puntos de Latinoamérica.

Además de los millones de mejicanos sumergidos por la historia más reciente del gran capital a ambos lados de una frontera amurallada y custodiada por miles de hombres, que separan la miseria del Norte de la del Sur, Méjico amenaza convertirse a principios de Siglo XXI en un campo de combate preventivo. Entre

otros males que el mismo sistema ha generado se pretende controlar redes criminales, tráfico de drogas y otros derivados de la pobreza y los grandes negocios.

Sin embargo, la memoria social de la nación mejicana, un legado de alta independencia, construcción colectiva y avance social, despertará en algún momento barriendo la ilusión momentánea de que dichas esperanzas han desaparecido bajo las torres de acero y cemento que hoy cubren el viejo polvo de la Tenochtitlán azteca.

NICARAGUA

Relatar la historia nicaragüense de la segunda mitad del siglo XX es inevitablemente comenzar hablando de la negra historia del clan Somoza. Pero para hablar de los Somoza, habrá que hablar primero de Sandino. Y para hablar de Sandino, habrá que remontarse a la invasión norteamericana de principios de ese siglo.

Como ya sabemos, la conquista de nuevas tierras y nuevos negocios no se detendría en las antiguas fronteras de las 13 colonias independizadas de la madre imperial británica. Hacia el Este estaba lo conocido, el Mar y la vieja y desgastada Europa, el pasado de los inmigrantes que llegaban con sed de riqueza y prosperidad al nuevo Mundo. Hacia el Norte, el frío Canadá y los más fríos paisajes polares. Hacia el Oeste y hacia el Sur se abrían ignotas e increíbles posibilidades y hacia allá tendió naturalmente la expansión de los nuevos conquistadores rubios.

Y como ya comentáramos, los negocios tenían que ser protegidos por los ejércitos. Entonces los viejos fortines se transformarían puertas afuera en emplazamientos militares. Por otra parte, eran necesarias vías de comunicación terrestres y marítimas para agilizar el transporte de mercaderías entre un punto y otro. Estas vías, al igual que en todos los tiempos históricos, tenían que ser resguardadas y controladas.

Nicaragua - al igual que su vecina Panamá - presentaba especiales condiciones para pensar en un canal que comunicara el Caribe con el Pacífico, uniendo así las costas Este y Oeste de Norteamérica y por supuesto generando un tránsito directo entre las riquezas del Sur y las nuevas necesidades que el industrialismo generaba en el Norte. Además, el control de estas vías tenía importancia estratégica y militar.

EEUU arrebató entonces a los franceses que comenzaron el canal bajo la dirección de Ferdinand de Lesseps, la concesión para concluirlo y gestionarlo hacia 1903. El canal fue recién devuelto a soberanía panameña por los acuerdos Torrijos-Carter, más de 75 años después.

Pero también se quiso hacer lo propio con Nicaragua. Por entonces, el general liberal Zelaya gobernaba con un estilo y principios muy similares a Alfaro en Ecuador. Luego de la recuperación de la zona

autónoma de la costa Norte, el reino Misquito, tomando posesión sobre un sector de embarque y desembarque importante, los estadounidenses, en el contexto de su avance general sobre la región centroamericana en particular y marítima en general, invadieron el país provocando la dimisión de aquel gobierno de dictadura ilustrada.

Los norteamericanos gobernaron Nicaragua con algunas breves interrupciones hasta 1926, intercalando algunos presidentes que fueron funcionales a sus propósitos. Un grupo de generales liberales se opusieron a esta dominación, hasta que la mayoría pactó con su contraparte conservadora en el gobierno y con los emisarios del poder del Norte. Sólo uno prosiguió la lucha contra los invasores y sus servidores locales: Augusto César Sandino.

Sandino había vivido en otros países centroamericanos y en Méjico y había sido claramente influido allí por la historia que se derivó luego de la revolución de 1910. Sus tácticas de guerra y su aspecto nos recuerdan fuertemente a los grandes caudillos mejicanos Zapata y Villa. Por otra parte, Sandino acudió a la ayuda mejicana para recibir armamento al iniciar su guerra contra el imperio, armas que pudo rescatar sólo parcialmente del fondo de las aguas, ya que el cargamento había sido previamente interceptado por las tropas contrarias apenas desembarcado.

El general obrero y campesino logró algunos éxitos militares y por supuesto tuvo también reveses, pero era bastante increíble por la época que un mal armado grupo de hombres desafiara al poderío conjunto de norteamericanos y milicias locales. Así creció su prestigio y cierta leyenda se tejió alrededor de Sandino y sus hombres. Entre 1927 y 1934 Sandino desafió a la instalación foránea en Nicaragua, rechazando intentos de apaciguarlo y presiones de todo tipo. La coyuntura económica mundial, en especial la gran depresión económica del final de los años 20', vino en su ayuda. La crisis de la hasta entonces floreciente economía estadounidense, dificultó la financiación de tanta misión militar en el extranjero y muchas tropas eran repatriadas. De este modo, durante la presidencia del liberal Sacasa - hijo de un antiguo presidente conservador - se retiran los marines, cumpliéndose así el objetivo primario del rebelde general y los suyos.

Hay un aspecto muy interesante de la personalidad de Sandino que ha sido poco destacado por la historia posterior y es su faceta

espiritual. Sandino, que había sido miembro de una logia masónica, toma contacto en Méjico no sólo con los ejemplos anarcosocialistas de los generales que combatieron al imperialismo, sino también con un pequeño grupo de inspiración espiritista llamado “EMECU” (Escuela Magnético-Espiritual de la Comunidad Universal). Esta doctrina era una variante de la doctrina de Allan Kardek que había sido fundada por Joaquín Trincado, un vasco residente en Argentina hacia 1903.

Volviendo al cauce principal de nuestro relato, los norteamericanos no se retirarían así nomás de suelo nicaragüense. Previo a su partida, fundan la Guardia Nacional, que tenía por misión cuidar del feudo. Por aquel tiempo, no hubo mejor idea que cerrar las escuelas públicas para con ese dinero financiar la manutención de dicho ejército. Hacía falta sólo encontrar al hombre de confianza en quien “delegar” la fuerza. Y lo encontraron en Anastasio Somoza García, quien fue nombrado Jefe de la Guardia Nacional.

Como prueba de amor a sus padrinos del Norte, la misma noche en que Sandino cenara, junto a dos generales, su padre y un poeta amigo con el presidente Sacasa, en señal de que, al retirarse los invasores había llegado el momento de hacer las paces y desmovilizar a su ejército, Somoza manda a uno de sus sicarios a detenerlo y fusilarlo.

Este primer Somoza, al que sucederían luego sus dos hijos en el poder, gozaba no sólo de la confianza de los americanos sino también de la del presidente, a cuyo núcleo familiar pertenecía por haberse casado con su sobrina Salvadora Debayle. No defraudó a los norteamericanos pero sí a su tío político, a quien derrocó de la presidencia en 1936.

La brutal dictadura de Somoza García, sustentada en el mando de la Guardia Nacional, tuvo como característica particular que su principal interés era el de enriquecerse él mismo y a su familia. Consultado una vez sobre sus muchas fincas y propiedades, dijo: *“Que yo sepa, poseo sólo una finca y su nombre es Nicaragua”*.

Así acumuló a lo largo de los años inmuebles y haciendas, llegando a poseer casi un 50% de la tierra cultivable en el país. Pero no sólo los frutos de la tierra eran de su agrado, sino también la ganadería y un buen número de fábricas textiles y metalúrgicas, medios gráficos y hasta la línea aérea nicaragüense LANICA formó

parte de la extensa lista de intereses propietarios del clan.

Su núcleo de amistades internacionales fue por supuesto del más selecto club de fascistas criminales de la época. Trujillo, Ubico, Menéndez Hernández, Carios Andino, Stroessner y algunos otros nombres siniestros de este período histórico engrosaban esta lista y complotaban con él estrategias contra todo lo que oliera a justicia social y libertades personales.

Somoza García adhirió obedientemente junto a los demás dictadores de la región a la guerra que libraron los Aliados británicos, franceses y norteamericanos contra los fascismos europeos de Hitler, Mussolini, Franco y los sucesores de Atatürk. Ello nos muestra lo que esta guerra tremenda en realidad fue: una guerra de fascismos contra fascismos, de intolerantes contra intolerantes, de poderosos en pugna por conquistar más poder. Posteriormente, el resultado de la contienda y la industria cinematográfica nos enseñaron quiénes eran los “buenos” que luchaban por la libertad y quiénes los “malos” que pretendían quitarla. La pura verdad es que todos eran malos.

Hablando de libertades, Somoza apoyó fuertemente el derrocamiento militar del constitucionalmente electo Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954 y en ese mismo año sufrió una intentona de emboscada por parte de algunos militares disidentes. Ese atentado fracasó pero fue el antecedente de lo que sucedería poco después, en 1956, donde en medio de una velada festiva, el poeta de ideas liberales Rigoberto López Pérez gatilló los disparos que acabarían con la vida de Somoza García. López Pérez fue acribillado por las fuerzas de seguridad pero logró su objetivo. Así terminaban los primeros veintidós años de dictadura somocista, el primer capítulo de la trilogía familiar que mantendría su férreo control sobre la política del país hasta 1979.

La Iglesia Católica, desde los tiempos del emperador Constantino ligada casi siempre al poder, estaba feliz con los norteamericanos que les habían devuelto parte de sus privilegios luego de retrotraer la política laica de Zelaya. Además, agradecida a “Tacho” Somoza por ayudar a eliminar toda amenaza ateo comunista, declaró a éste “príncipe de la Iglesia”. Los seguidores de la misericordia cristiana mostraban así su rostro medieval, al igual que el Arzobispo guatemalteco que por la época había alentado con un cristo en la mano a los fieles a levantarse en armas contra el gobierno legítimo de Arbenz, justificando “moralmente” dicho arbitrio.

Y en el nombre del padre, asume el poder en 1956 su hijo legítimo mayor, Luis Somoza Debayle, al tiempo que su hermano y último vástago presidente de esta “sangrienta estirpe” (como la denominó el opositor conservador Pedro Chamorro, de quien hablaremos enseguida) ejercería el control total de la Guardia Nacional, anticipando que no habría cambio alguno en la política de sumisión exigida a los nicaragüenses.

Inmediatamente asumido Luis, los norteamericanos enviaron una gran cantidad de armas para prevenir cualquier intento de rebelión social. Sin embargo, no podrían asfixiar el aire libertario que corría en la región y se encarnaría en este lugar en el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), que sería fundado a comienzos de los 60’ por Carlos Amador Fonseca, Tomás Borge y Silvio Mayorga. Este grupo fue alimentado por el ejemplo y la ayuda cubana, siendo paralelo al inicio de movimientos similares que comenzaron sus actividades en zonas rurales de Guatemala, El Salvador y Colombia, entre otros.

Pero también la oposición conservadora era perseguida. Uno de sus más destacados líderes era por la época Pedro Chamorro, heredero del diario La Prensa, de propiedad familiar, que se convirtió en el principal medio crítico del gobierno. Chamorro fue director del periódico hasta su muerte en 1978, en las postrimerías del régimen del menor de los Somoza, “Tachito” Somoza, quien habría ordenado el asesinato de su antiguo compañero de escuela primaria, devenido en firme antagonista de la tiranía somocista.

En 1963, el Partido Liberal Nacionalista, engendro que fungía como fachada político partidaria del poder de los Somoza, presentaba para la presidencia a René Schick Gutiérrez, quien había sido ministro de Educación del gobierno de Luis Somoza. Gutiérrez fue un presidente títere de los Somoza y muere en 1966, siendo sucedido por el vicepresidente Lorenzo Guerrero Gutiérrez. La farsa continuó hasta el 1° de Mayo de 1967, día de los Trabajadores, cuando asumiría Anastasio hijo. El arco opositor (que no incluía a los sectores revolucionarios nucleados en el FSLN) había formado una amplia alianza para las elecciones convocadas a fin de resguardar la formalidad de una mentirosa legitimidad. El candidato fue el conservador Agüero y en una masiva manifestación en Enero de aquel año, reclamó garantías democráticas para la elección que iba a producirse pocos días después. Recibió como respuesta el tabletear

de las ametralladoras y la muerte de muchos allí congregados.

Anastasio Somoza Debayle había egresado de la academia militar de West Point en USA y al momento de asumir la presidencia ya contaba con 20 años de experiencia en la represión de líderes y movimientos de oposición. En ese momento, las cárceles estaban llenas de dirigentes estudiantiles, sindicales, campesinos, sandinistas y otros, bajo las peores condiciones de tortura y confinamiento. Además retuvo para sí la jefatura de la Guardia Nacional, lo que no dejaba dudas sobre cual sería el carácter de este gobierno.

El sandinismo aumentaría su caudal y lograría progresiva implantación en sectores campesinos, estudiantiles y obreros. Además, al igual que en El Salvador, contaba con el fuerte respaldo moral que le daba la creciente participación de sacerdotes militantes de la teología de la Liberación. Entre ellos, el más famoso fue Ernesto Cardenal quien, por su condición de poeta, escritor y hasta escultor, ocupó el ministerio de Cultura luego del triunfo sandinista en 1979.

En 1972, siguiendo la vieja táctica política de su padre y su hermano de situar gobiernos dóciles para salvar la imposibilidad de reelección consecutiva asentada en la Constitución, evitarse complejos y riesgosos procesos de modificaciones constitucionales y finalmente darse cierta legitimidad - que a la sazón el mundo diplomático requería crecientemente - el dictador fragua un pacto entre liberal nacionalistas (su partido) y conservadores, conocido como Kupia Kumi (en misquito, “un solo corazón”), entregando la presidencia a una Junta presidida por el conservador Fernando Agüero. Dicho pacto cumplía además con la función de disgregar a la oposición política, restándole fuerza.

Poco después un terremoto devastaría Managua causando más de diez mil muertos. El país recibe ayuda internacional que - en gran parte - es desviada a los almacenes privados de los Somoza para su reventa. Así como la intolerancia política y el enfermizo apego al poder en nada habían disminuido entre ambos Anastasios (padre e hijo), tampoco había mermado la desmedida apetencia de riquezas. A las ya mencionadas propiedades, Somoza hijo había sumado automotrices, estaciones de televisión y un número muy grande de nuevas haciendas agropecuarias e inmuebles en la capital del país.

Somoza no contaba con ningún apoyo popular, pero también sus

antiguos aliados, los norteamericanos, la oligarquía local y la Iglesia le daban crecientemente la espalda. Este reino de terror y poder se acercaba a su fin.

En 1974 Somoza es reelecto, pero ese mismo año un comando del FSLN, en una muestra de sus posibilidades, toma la residencia de un ministro con varios altos funcionarios en su interior, exigiendo la liberación de presos políticos - entre ellos el posterior presidente Daniel Ortega - y otros reclamos. Somoza implanta entonces el Estado de sitio y la censura de prensa total, que durarían 33 meses, hasta 1977.

Ese mismo año asume la presidencia norteamericana Carter, quien retira definitivamente todo apoyo a Somoza. El asesinato de Pedro Chamorro agrega aún más combustible al ya encendido paisaje. Entre Septiembre de 1978 y Julio de 1979 se desata una guerra abierta, donde la artillería comandada por el presidente y su hijo mayor - al igual que padre y abuelo también llamado Anastasio - bombardea localidades conquistadas por el ejército popular sandinista. Las víctimas se cuentan por miles pero el destino de la dictadura estaba sellado. Anastasio Somoza hijo, terminó sus días asesinado como su padre. El exilio paraguayo facilitado por otro temible dictador, Stroessner, no bastó para protegerlo del odio que había cosechado en vida.

Mientras tanto, en Nicaragua toma posesión la Junta de Reconstrucción Nacional, compuesta no sólo por sandinistas sino también por el empresario Alfonso Robelo y por Violeta Barrios de Chamorro, viuda del periodista y dirigente asesinado un año antes. El coordinador de la Junta era Daniel Ortega Saavedra. La idea de la composición plural era la de asumir la representatividad de la mayoría de la población y no sólo de los sectores combatientes, al tiempo de intentar no echarse encima - por lo menos de inmediato - la reacción estadounidense e internacional con un exclusivo corte marxista en la misma.

Pero este interregno fue breve, ya que la dirección que tomaría el gobierno post somocista no era negociable. El nuevo gobierno comenzó la socialización de los bienes de la familia Somoza, creando cooperativas y distintas formas de asociatividad. Un logro muy significativo fue la campaña nacional de alfabetización que se lanzó en 1980, obteniendo una reducción del 50% del analfabetismo. Interasantísimo ejemplo de lo rápido que se pueden

modificar algunos males sociales aparentemente crónicos, cuando hay decidida voluntad política.

El poder estaba en las manos de la comandancia militar y política del sandinismo, por lo que poco tiempo después los miembros de otras corrientes renunciaron a la Junta. Conjuntamente con este progresivo afianzamiento del carácter socialista de la gestión revolucionaria, avanzaba en EEUU nuevamente el Partido Republicano situando a Reagan en la presidencia, quien inmediatamente comenzó un programa de decidido apoyo financiero y operativo a la contrarrevolución. Ésta se apoyó inicialmente en cuadros de la disuelta Guardia Nacional, sumándose luego formaciones campesinas a la orden de disidentes del sandinismo. También se alzaron grupos armados dependientes de la Unión Democrática Nicaragüense, de corte conservador-empresario. La base y retaguardia para sus operaciones fue la vecina Honduras bajo los gobiernos de Paz García y posteriormente de Suazo Córdoba. La Argentina gobernada por militares hizo su aporte enviando asesores y mostrando la intencionalidad transnacional del conflicto.

Pero también una oleada solidaria recorrió personas y gobiernos de Europa y otras naciones, que denunciaron el intento desestabilizador de EEUU y la guerra civil que se abatió sobre el país desde entonces. La URSS y Cuba apoyaron resueltamente con recursos y armamento al gobierno socialista de Nicaragua.

En 1982 Edén Pastora, el “comandante Cero” sandinista que había tomado el Palacio Nacional en las postrimerías del régimen somocista, se había pasado a las fuerzas contrarrevolucionarias y abriría un nuevo frente de guerra en el oriente, desde Costa Rica. Y también por el Norte, desde territorio miskito, se levantaron fuerzas indígenas contrarias a las nuevas políticas que emitía el FSLN.

La CIA perpetró directamente - a través de un grupo de mercenarios ecuatorianos - ataques a instalaciones estratégicas entre 1983 y 1984, lo que sumado al bloqueo económico norteamericano y a la sangría de recursos para atender los frentes de guerra hicieron que la situación económica y social nicaragüense continuara siendo un absoluto caos.

En 1984 es electo presidente Daniel Ortega Saavedra, con fuerte abstención opositora. Las fuerzas contrarrevolucionarias se unirían un año después bajo el mando político de Robelo y otros líderes

de la democracia conservadora. A pesar de la acción insistente de EEUU en ese sentido, la heterogénea incompatibilidad de las distintas fuerzas en pugna disolvió aquella unidad prontamente.

A estas alturas, pese a la condena de la Corte Internacional de La Haya y la separación evidente y progresiva de las distintas milicias antigubernamentales, a quienes unían los gruesos fajos de billetes verdes y la propaganda anticomunista, la contrarrevolución había logrado uno de sus grandes objetivos: el desgaste de un gobierno y del pueblo nicaragüense, que luego de tantos años de dictaduras, penurias, catástrofes y enfrentamientos, quería algo de paz.

El ejército sandinista no fue derrotado ni el gobierno de Ortega derrocado, pero así como la subversiva CIA hizo colocar minas en varios puertos nicaragüenses para dificultar la llegada de nuevos armamentos para el gobierno por mar (y además colaborar con el desastre económico dificultando la exportación agrícola), la estrategia imperialista dio resultado, minando las posibilidades de un nuevo ejemplo duradero de organización social no capitalista en la región. El resto lo haría el tiempo y el posterior colapso del monolitismo soviético, que por aquella época encaraba con la glasnost y la perestroika de Mijail Gorbatschow radicales modificaciones.

Se acercaba la época del “monolitismo capitalista”, que sería la breve ilusión de los años 90’. Precisamente en el año que daba comienzo a esa década, Violeta Barrios de Chamorro, encabezando la Unión Opositora Nacional (UNO) accede electoralmente a la presidencia. El triunfo era compartido con la administración de George Bush, quien veía los frutos de la inversión destructiva de diez años.

Con la viuda de Chamorro comenzarían los dieciséis años de gobiernos de derecha. Sin embargo, Violeta Barrios no recibía un país potente y floreciente para derivarlo hacia la privatización o capitalización extranjera. Nicaragua era un país quebrado económicamente y en un estado de supervivencia social mínimo para muchos sectores de la población. Algunos habían encontrado en la redistribución sandinista algún refugio, pero la mayoría seguía hundida. Además había que culminar el proceso de naciente cese de la beligerancia, lo que significaba que miles de subocupados - que habían luchado en los distintos bandos - debían reintegrarse a una vida civil y laboral para la cual, tampoco estaban demasiado bien

pertrechados.

Como dato ilustrativo del cuadro económico del país en 1990: las importaciones duplicaban a las exportaciones, la deuda externa triplicaba la producción anual y la inflación alcanzaba un 12.400 %. De este modo, este gran país de vastos recursos, se veía reducido a la condición de limosnero, dependiendo de la ayuda internacional.

En términos políticos el país seguía tan dividido como durante la guerra civil. Los sandinistas, habiendo sufrido décadas de persecución por parte de la Guardia Nacional de Somoza, no quisieron perder control sobre las fuerzas armadas. Humberto Ortega, uno de los comandantes del FSLN y hermano del anterior presidente, siguió entonces ejerciendo como jefe del Ejército hasta 1995. Este no fue el único compromiso que tuvo que admitir la presidenta Barrios de Chamorro con el sandinismo a fin de conservar cierto equilibrio. El FSLN tenía también el control sindical y conservaba su fuerte poder de movilización. Esto moderó la orientación capitalista del nuevo gobierno, impidiendo que varias conquistas sociales logradas durante la etapa revolucionaria fueran anuladas.

Esto por otra parte debilitó a Barrios ya que el flanco más conservador le retiró su inicial apoyo incondicional. De este modo, así como la guerra “contra” instigada por EEUU y apoyada por la derecha nacional impidió al sandinismo el desarrollo pleno de sus ideales, las fuerzas de izquierda lograron durante el período de Barrios de Chamorro, que el regreso de los conservadores al poder no hiciera desaparecer todos los avances conseguidos en la década de los 80’.

Esta nítida división en bandos políticos, que reproducía el estado de la sociedad nicaragüense de aquel momento, queda muy graficada por lo sucedido con los hijos de los empresarios periodísticos Chamorro. Los dos mayores siguieron el camino de sus padres, habiendo sido el hijo mayor Pedro Joaquín un activista de los contras y llegando a ocupar luego el ministerio de Defensa durante el período presidencial de Arnoldo Aleman. La hija mayor, Cristiana, se ocupó por su parte de continuar al frente de la publicación familiar, el diario La Prensa. En tanto Carlos y Claudia, los hijos menores del matrimonio, tuvieron una destacada militancia sandinista, ocupando el primero la dirección de la principal publicación del Frente, el diario “Barricada”.

En el plano internacional, los vientos del capitalismo soplaban con máxima intensidad e inflaron las velas de una Alianza liberal en Nicaragua que se escindía de la alianza UNO que había llevado a Barrios de Chamorro a la presidencia, quien a toda costa intentaba preservar algo de paz social pactando con la dirigencia sandinista.

En las elecciones de 1996 triunfa Arnoldo Alemán Lacayo, por la Alianza liberal. El empresariado quería completar así la tarea que no había podido realizar la dueña de La Prensa.

El país seguía virtualmente quebrado y Alemán quería apagar el fuego con incendios, promoviendo la aplicación de un programa de ajuste neoliberal a ultranza. Su pasado en las juventudes somocistas - siendo hijo de un ex funcionario de Somoza - sus actividades gremioempresariales y su intensa relación con los núcleos de exilados anticastristas en Miami, no le acarrearán precisamente las simpatías de la oposición sandinista, que con la figura de Daniel Ortega como candidato, había perdido por muy poco las elecciones.

El FSLN impidió nuevamente con fuertes movilizaciones y protestas, además de su presencia parlamentaria, diversas medidas del gobierno de Aleman, sobre todo las relacionadas con la devolución de las tierras cedidas para explotación agrícola comunitaria durante el gobierno de izquierda.

Alemán por supuesto acordó con el FMI, quien en contrapartida tildó el 80% de la deuda externa del país, que dada la situación, era de absoluta incobrabilidad en el corto y mediano plazo. Obviamente este problema de contaduría no mejoró en absoluto las condiciones reales de vida del pueblo nicaragüense. Esta precariedad económica fue aprovechada por las nuevas maquiladoras taiwanesas que se expandieron por doquier, ofreciendo puestos de trabajo de supervivencia.

Al igual que en la posguerra guatemalteca y salvadoreña, la criminalidad iba en aumento, nutrida por los milicianos “recontras” y “recompas” que preferían el secuestro y el robo al trabajo “digno” que ofrecían los nuevos patrones chinos y los viejos patrones nicaragüenses.

Hablando de la patronal, entraría en escena para la elección de 2002 uno de sus más conspicuos representantes, Enrique Bolaños Geyer. Este empresario agropecuario era la cabeza de uno de los grupos económicos más potentes del país, un holding de empresas

diversificadas con sede en Masaya. En el mismo año del triunfo de la revolución que derrocó a Somoza (1979) fue elegido presidente de distintas instituciones empresariales, situándose como opositor definido al rumbo sandinista que tomaría el gobierno. Su crítica no estaba fundada en razones abstractas. En el transcurso de la reforma agraria impulsada por el FSLN, buena parte de sus latifundios algodoneros fueron cedidos a campesinos del Norte y también fueron confiscadas propiedades fabriles del mismo grupo. Así, la lucha por devolver el país al cauce del capitalismo era casi en defensa propia.

Su alineamiento político, el Partido Liberal Constitucionalista - al cual también pertenecía Alemán Lacayo - fue una de las vertientes tomadas por los neoliberales de derecha para diferenciarse del liberal nacionalista, propiedad somocista. Bolaños Geyer había acompañado la elección y el mandato de Alemán como vicepresidente y sin embargo, la alta impopularidad con la que aquél terminaría su mandato, debido a fuertes denuncias de corrupción contra su gobierno y la continuada precariedad social y política del país, hizo que Geyer pretendiera diferenciarse públicamente en su campaña electoral de la anterior gestión.

Esa diferenciación era por supuesto propagandística, ya que en los aspectos principales, la tarea de Geyer pretendía ser y hacer lo que Barrios de Chamorro y Alemán no habían podido lograr del todo en los doce años posteriores a la década sandinista en el poder. Es decir, profundizar el modelo de la propiedad privada y acumulación capitalista. No sólo las consignas ideológicas o programáticas eran similares, sino que el propio Alemán Lacayo asumiría como jefe de bancada del Congreso por el PLC.

Aún en un ambiente de fuerte presión social que auguraba un cambio de rumbo - y contra las predicciones de los analistas - Bolaños Geyer venció a Ortega del FSLN. Su triunfo se basó en una millonaria e insidiosa campaña publicitaria promoviendo la conocida imagen del “eje del mal” asociada al sandinismo, sugiriendo que Bin Laden o Saddam Hussein “votarían por Ortega”. Los publicitarios encaminaron el curso de la campaña de Bolaños a señalar las afinidades o relaciones de Ortega con Castro, Chávez y las FARC colombianas. Los fantasmas de un posible regreso a la confrontación espantaban a muchos. Pero también el discurso moderado de Ortega, mucho más conciliador, ofreció dudas a quienes

lo votarían justamente por el pasado revolucionario que prometía mayor equidad a futuro. Otro factor que volcó la balanza fue el arco político diverso que apoyó la candidatura de Geyer - una especie de reedición de lo que había sido la UNO en 1990, hasta contando con la participación del partido Comunista. La participación electoral fue inédita, cercana al 90% y las elecciones fueron consideradas limpias por observadores internacionales.

Por último, las disensiones internas dentro del propio sandinismo - que además de lo ideológico no estaban exentas de pujas de posicionamiento personal - restaron empuje al candidato del FSLN. Una importante corriente interna pretendía reformar el antiguo ideario socialista, abriéndolo más hacia el centro, es decir, convertir progresivamente al frente en una expresión de centroizquierda más cercana a la socialdemocracia. Uno de los principales líderes de este pensamiento, el escritor Sergio Ramírez, quien había sido miembro en la primer Junta de Reconstrucción de 1990 y permanecido luego acompañando las vicisitudes políticas enrolado en el sandinismo, no encontró eco suficiente y fundó una agrupación independiente en 1995, el Movimiento de Renovación Sandinista. También Humberto Ortega, ex jefe del ejército sandinista se apartó de su hermano Daniel, quien se afirmaba como líder absoluto. Pero lo más doloroso seguramente fue para los revolucionarios asistir a las críticas vertidas por uno de los íconos de la revolución sandinista, el cura progresista Ernesto Cardenal, quien en 1994 se pronunció contra el “caudillismo y la corrupción” imperantes en el Frente.

Aún con todos estos problemas, el FSLN conservó una importante cuota de poder en el legislativo del país, siguiendo un curso pragmático de alianza con el sector alemanista - mayoritario en el PLC - y bloqueando de este modo el poder de Geyer Bolaños, quien quería distanciarse definitivamente de su antecesor. Una pugna legal-política por el desafuero de Alemán fijaba las prioridades y los bandos atacaban y contraatacaban. Finalmente Alemán fue procesado y condenado a 20 años de prisión - actualmente domiciliaria - y el FSLN terminó su ya indefendible pacto con este sector de la derecha, pasando a elaborar ciertos acuerdos con la facción gobernante.

Por otra parte, el sandinismo se afianzó políticamente conquistando las alcaldías de los principales municipios del país. Sin embargo, el popular alcalde de Managua Henry Lewites pidió

pista en el partido para nuevas candidaturas a presidente, pero no pudo contra la estructura dominada por Ortega. De este modo, nuevas escisiones se producían en el FSLN.

La derecha llegaría sin embargo muy debilitada a las elecciones de 2007, envuelta en un alto nivel de corrupción y desgastada por tres gestiones consecutivas que no habían logrado reducir la principal deuda del país, la deuda con el pueblo.

Ortega llega a su quinta postulación presidencial con un discurso que mezcla la postura conciliadora del estadista con un renovado ímpetu antiimperialista, favorecido por el decaimiento de la ilusión del paraíso neoliberal y vuelve a ser electo presidente de Nicaragua, asumiendo en 2007.

En términos de política internacional, Ortega no deja dudas de su alineamiento con el ALBA y el distanciamiento de la nueva estrategia paraimperial de los TLC, tratados de libre comercio, con los cuales se pretende superar la resistencia presentada en bloque por los países del Sur al viejo proyecto anexionista ALCA.

Más allá del tipo de políticas sociales que el sandinismo logre imprimir a su gestión - seguramente una mezcla de medidas socialdemócratas y cooperativistas con fuerte impulso hacia la educación y la sanidad -, más allá de lo que la prensa y los intereses de grupo y personales infieran, queda intacto el respeto histórico que muchos tienen hacia el sandinismo por haberse opuesto a la injusticia de una de las mayores tiranías de la región, por haber sufrido la ilegal guerra contrarrevolucionaria norteamericana y por procurar - con aciertos y errores - reinstalar cierto grado de esperanza para las mayorías que ansían y necesitan nuevos horizontes de bienestar.

Síntesis

En este país, los EEUU no necesitaron recurrir a diversos grupos para asegurar sus intereses regionales y alinearlos en la lucha contra los proyectos marxistas o progresistas. En Nicaragua bastó con un solo apellido: Somoza, quienes a través de tres gobiernos dictatoriales dinásticos crearon un estado de terror institucional a lo largo de cuarenta y tres años, entre 1936 y 1979.

Paralelamente a la acumulación absolutista de poder político,

el clan se ocupó de la acumulación económica, controlando buena parte de la economía nacional. De ese modo, el pueblo permaneció en la pobreza - pese a la promesa modernizante de la época - y sumido en la angustia de no poder expresar libremente su derecho a una mejor vida.

Tal exclusión generalizada desembocó en una revolución armada liderada por el FSLN, de raíz marxista, pero apoyado fuertemente un sector cristiano de la teología de la liberación y por las clases medias y partidos de derecha que rechazaban el autoritarismo somocista.

El gobierno sandinista logra impulsar la reforma agraria y la alfabetización popular, pero los EEUU volvieron a tomar cartas en el asunto, armando una nueva insurgencia conocida como “contra” y promoviendo activamente la guerra civil y el fortalecimiento político de sectores conservadores que pasan a la oposición.

La destrucción de tantos años de dictadura, de guerras revolucionarias y contrarrevolucionarias, sumado a los desastres naturales, deja un país en ruinas. Por la misma época, en la esfera internacional cae el Muro de Berlín, simbolizando las ruinas del edificio histórico del “socialismo real” posterior al stalinismo. Los nuevos ímpetus pro capitalistas con cara democrática avanzan hacia el gobierno y al igual que el monstruo de tres cabezas de la dinastía somocista, gobiernan el país en tres oportunidades consecutivas.

El ajedrez político y la corrupción extendida se disputarían la preeminencia en el poder. Pero luego de dieciséis años de gobiernos conservadores, los indicadores de subdesarrollo seguirían siendo los únicos vencedores de la contienda.

En 2007 el sandinismo regresa por elección popular al poder, con el difícil mandato de posibilitar al pueblo nicaragüense una subsistencia digna y de demostrar en los hechos un ejemplarismo político alejado de los vicios autoritarios y corruptos que los pueblos tanto repudian - y sufren.

PANAMÁ

Una parte importante en el desarrollo histórico de las civilizaciones tiene relación con las vías que sirven de comunicación para el traslado de mercancías, conocimientos y cultura. Un gran ejemplo en este sentido fue La Meca, un oasis y santuario en el oeste de la península arábiga, que pasó a convertirse en un punto de intenso tránsito de caravanas comerciales entre el Mediterráneo y Asia hacia el siglo VI a causa de las guerras que hacían inseguro el paso por otros puntos. Precisamente por aquella época surgió en aquel lugar la figura del profeta Mahoma.

En Panamá, la humedad reinante o la profusa vegetación en nada parecen sostener el símil que estamos afirmando con el lejano páramo saudita, pero como veremos, su estratégica ubicación ha sido sinónimo de historia.

Ya la piratería de los corsarios amparados por Inglaterra y Francia pretendía discutir en los siglos XVI y XVII la dominación comercial y marítima hispano-lusitana del Nuevo Mundo. Esta permanente pugna por el control de la navegación en el Caribe es el encuadre histórico del comienzo de la construcción del canal de Panamá a fines del siglo XIX. El canal fue iniciado por Ferdinand de Lesseps bajo patrocinio francés, siendo arrebatado y concluido por piratas modernos en 1903, que izaron su bandera de barras y estrellas en pleno istmo, colocando así a Panamá en la incómoda situación de posesión de importancia geoestratégica.

Más allá de estas pequeñas pujas epocales promovidas por las apetencias de poder de distintos bandos, la realización del canal de Panamá se alista ciertamente en un plano mayor de acortamiento de distancias y de acercamiento entre las culturas, contribuyendo a un proceso de aceleración histórica, al cual ya había aportado el ferrocarril y se continuaría con el impresionante desarrollo de la aviación, la automoción y la tecnología de comunicaciones en el siglo XX.

Desde una perspectiva más puntual, la historia política de Panamá quedaría absolutamente ligada a este hecho. Es más, su propia existencia independiente comienza apoyada en esta motivación.

Theodore Roosevelt, en la presidencia norteamericana entre 1901 y 1909, prosigue la tarea expansionista iniciada por su antecesor McKinley, apoyado en un fuerte aumento del poderío y la presencia naval norteamericana. Ésta era la continuación práctica de la doctrina Monroe, que predicaba que sólo los americanos tenían derecho a resolver sus

asuntos, como una advertencia contra la ingerencia europea en estos lugares. Tal doctrina, aderezada por “Teddy” Roosevelt y otros, fue la que sirvió para la permanente ingerencia norteamericana en asuntos que en principio correspondían a otros habitantes de América. Entre 1897 y 1901 (año en que es asesinado Mc Kinley a manos de un militante anarquista) se producen las intervenciones militares estadounidenses en Nicaragua, Cuba y Puerto Rico. Durante el período posterior, bajo la presidencia de Roosevelt, se contabilizan 7 intervenciones en Panamá, Honduras, República Dominicana, Cuba y Nicaragua.

A principios de siglo XX Panamá era un departamento colombiano y EEUU había negociado con Colombia un tratado para la culminación y gestión del canal. Este tratado no es ratificado por el Senado colombiano y los EEUU renegocian los términos con el ingeniero Bunau-Varilla, que había servido en la compañía de Lesseps, dando lugar a un nuevo tratado conocido como Hay-Bunau-Varilla (Hay era secretario de Estado de Roosevelt). Había sólo un pequeño problema y era que Panamá no era autónoma y el ingeniero no tenía ninguna legitimación para establecer acuerdos de esta naturaleza. Problema que resolvieron Roosevelt, Bunau-Varilla y un grupo de independentistas panameños. La proclamación de la independencia panameña de Colombia se produce el 3 de Noviembre de 1903. EEUU reconoce al nuevo Estado el día 6. Doce días después se firma el tratado que permitiría la finalización del canal y la soberanía “a perpetuidad” de los USA sobre la zona que controlaría el paso marítimo.

Un elemento curioso pero que ilustra sobre la verdadera “paternidad” de ciertas “independencias” es el color que adoptaron algunas banderas nacionales. La de Puerto Rico, por ejemplo, replica exactamente a la bandera de Cuba sólo que con los colores invertidos. Los colores usados son el azul, el rojo y el blanco y los elementos barras, estrellas y un triángulo. El parentesco con el estandarte de los Estados Unidos es manifiesto y no hay equívoco posible ya que ambas fueron pergeñadas por la época de la guerra entre Norteamérica y España que llevó, como ya vimos, al fin del dominio español por estas tierras. Panamá tiene los mismos colores y similares elementos en su estandarte y hasta Costa Rica y República Dominicana usaron los mismos tonos para su enseña “nacional”.

A partir de 1903, la política panameña sería intensamente tutelada por EEUU. Hasta 1914, fecha de inicio de operaciones del canal, el ejército norteamericano ocupó Panamá. Entre ese año y 1920 se eligieron los

presidentes según el sistema indirecto (a través de colegio de electores) utilizado en USA y además supervisado directamente por comisarios del ejército ocupante. A partir de allí continúa el “protectorado” no formal y se suceden facciones del partido liberal. El derrocamiento de una de ellas (presidencia Florencio Harmodio Arosemena) en el caótico período posterior a la crisis del 29’, pone como sucesor a otro Harmodio, Arias Madrid, hermano mayor de quien sería luego varias veces candidato, varias veces presidente y varias veces derrocado, el médico Arnulfo Arias Madrid, de tendencia nacionalista con fuertes tintes racistas. En 1936 su hermano Harmodio había negociado en EEUU un tratado algo más “amigable” para Panamá sobre la presencia norteamericana y algunos dineros extras por el canal. Arnulfo es electo en 1940, pero derrocado con el visto bueno de la Policía Nacional, institución que en 1953 se convertiría en Guardia Nacional, creada con el mismo objetivo que en la vecina Nicaragua: controlar políticamente al país, controlando a sus principales mandos. La Guardia Nacional, al ser un cuerpo de policía militarizada, cumplió el papel de un ejército represor hacia el interior del país, sin constituirse en posible amenaza militar de corte nacionalista a efectos de la posible defensa de una soberanía, que sólo comenzaría a ser reclamada años más tarde.

El jefe de la Guardia Nacional sería José Remón Cantera, quien se convertiría en presidente en 1952, pero era ya en los últimos años de la década anterior el “hombre fuerte” del país - y de confianza de los EEUU -. Ilustrativo de la situación reinante es el hecho que en 1949, a la muerte natural del por entonces presidente Arosemena Díaz, asume el vicepresidente Chanis. Al intentar destituir a Remón, es finalmente removido él de la presidencia. El poder civil hace jurar entonces a Roberto Chiari (hijo de un prócer de 1903) y primo de Remón. El poder militar sin embargo no cedió. El entonces coronel Remón Cantera impuso a Arnulfo Arias en un insólito “recuento” de los votos de la elección de 1948, que demostró el fraude contra Arias y sobre todo, enseñó a los civiles quienes mandaban por estos lugares.

Remón Cantera sería el hombre ideal para la Guerra Fría y actuó como tal, ejecutando fielmente las medidas anticomunistas de la administración Eisenhower. Luego de depuesto el repuesto Arias - y ser proscrito para la siguiente elección -, Remón Cantera obtuvo una aplastante mayoría frente a la candidatura liberal de su primo Chiari - quien luego en 1960 también llegaría a la presidencia -.

Al mejor estilo macartista, Remón Cantera limpió la administración

pública de elementos progresistas y comunistas, amordazó la libertad de prensa, acalló a la oposición y concentró el poder público. Logró concertar algunas concesiones económicas sobre el canal con el gobierno norteamericano, pero ninguna de las propuestas relacionadas con una mayor ingerencia panameña en ese tema fue tomada en cuenta. El pacto Remón-Eisenhower se firmó en realidad de manera póstuma, ya que Remón Cantera fue asesinado en 1955.

En la transición asumió el vicepresidente José Guizado, quien luego fue imputado por el crimen, juzgado y condenado por la Asamblea Nacional (aunque posteriormente se demostró que no había sido el culpable), con lo cual se instaló brevemente en la presidencia el otro vicepresidente de Remón, Ricardo Arias Espinoza.

En 1956 es electo Ernesto de la Guardia jr., el candidato apoyado por la oligarquía. Recién allí comenzó a despertar el fuerte movimiento de oposición que había estado sujetado por la persecución durante muchos años. El descontento se dirigía sin duda a la precaria situación económica pero la protesta se teñía crecientemente con un fuerte antiamericanismo. Al igual que en los otros países vecinos, la actuación norteamericana había despertado el rechazo de una gran parte de la población y en especial los jóvenes se vieron crecientemente alentados por noticias que llegaban de otros puntos, especialmente en 1959 con el derrocamiento del dictador Batista en Cuba. En Panamá, este malestar social no podía ser contrarrestado con medidas sociales populistas, ya que el Estado panameño padecía de pobreza crónica. Este es un punto importante en cuanto hace a la debilidad de la posibilidad de una verdadera autodeterminación nacional, así que detengámonos un momento aquí.

El Estado panameño no tenía grandes recursos porque la economía panameña en su conjunto era muy débil. Las razones eran varias pero una de las más importantes era una población pequeña. En 1960 por ejemplo, Panamá contaba con algo más de un millón de habitantes. Este exiguo mercado no alentaba la posibilidad de inversión en la dirección de la industrialización. La infraestructura vial era muy restringida aumentando los costos de transporte. La distribución de la riqueza muy desigual, minimizando la capacidad de consumo real de la mayoría de la población y la tierra, como en Latinoamérica toda, estaba en manos de unos pocos que no tenían interés real en el desarrollo económico integral del país. Así el Estado se debilitaba por varios motivos: su base impositiva era muy acotada, sus gastos, comparativamente altos ya que

debía prestar asistencia social. Por este motivo el endeudamiento era endémico y absorbía los recursos que provenían en gran proporción como compensación de arrendamiento de la zona del canal.

En ese contexto surgen fuertes manifestaciones estudiantiles hacia 1958 en reclamo de mejoras en la educación. Se llega a la confrontación directa con la Guardia Nacional y a posteriores huelgas nacionales apoyadas también por algunos sindicatos. Los acuerdos que se firman con el gobierno no tienen un efecto apaciguador, ya que lo que emergía era la dignidad de un pueblo, encarnada generacionalmente, que ya comenzaba a estar cansado de la humillación de tener permanente presencia invasora en su suelo. La identidad nacional que allí despuntaba se veía reforzada porque en el lejano Egipto, en 1956, el presidente Gamal Abdel Nasser había decretado la nacionalización del canal de Suez. Ese canal era una especie de “hermano gemelo” del canal de Panamá, cumpliendo similares funciones y habiendo sido construido por el mismo Lesseps que inició las obras en el istmo centroamericano.

Además de ello, como ya dijimos, la juventud abrazaba vientos revolucionarios en distintos lugares, intentando zafar de la rigidez dictatorial y la omnipresente asfixia ideológica que imponía la política norteamericana. La renovación generacional se hacía sentir también en el ámbito político formal, con la asunción del presidente liberal Roberto Chiari en 1960, hijo de Rodolfo, quien había sido presidente en 1924.

En medio de fuertes presiones populares con las que había culminado el gobierno anterior, entre las cuales se incluyen levantamientos campesinos, acciones estudiantiles, un alzamiento guerrillero y la invasión de algunos cubanos que pretendían emular la gesta castrista, Chiari intenta algunas medidas para apaciguar la situación. Decreta una reforma agraria y promueve con fuerza el capítulo educativo, con la apertura de nuevas escuelas, el remozamiento de otras y el fortalecimiento de la calidad en la educación impartida.

Por otra parte y continuando con la vía de obtener de los EEUU una flexibilización progresiva de la ocupación canalera que ya había pedido infructuosamente Remón Cantera a Eisenhower, Chiari consigue de la administración Kennedy la posibilidad de izar la bandera panameña junto a la norteamericana en todas las instalaciones del canal. Esta medida simbólica es sin embargo reprimida puntualmente por la policía de la Zona y Panamá, en una medida impensada hasta ese momento, protesta rompiendo relaciones diplomáticas con la potencia.

En ese mismo año, 1964, se produce una nueva elección con la también novedosa característica de que concurren 19 partidos en apoyo de siete candidatos. Era sin duda una expresión catártica permitida por el sistema para lograr una amplia participación, vedada hasta muy poco antes. Los aspirantes principales eran Marco Antonio Robles, oficialista, ex ministro de Chiari y el siempre presente Arnulfo Arias, esta vez al comando del Partido Panameñista. La elección es reñida y protestada de fraudulenta por Arias, a quien, como en toda su vida política, fraudes o golpes separaban del tan ansiado poder. Los estudiosos abonan la teoría de Arias, pero afirman sobre todo la influencia de la Guardia Nacional volcando las elecciones a favor de Robles.

Robles contó con la ayuda del plan norteamericano de la Alianza para el Progreso e implementa ciertas medidas de mejoramiento en el interior campesino, profundiza el servicio educativo, apoya la construcción de viviendas populares y acomete la finalización de algunas obras de infraestructura energética. Un conocido paquete de medidas, que en distintas partes de Latinoamérica fueron emprendidas en el marco del desarrollismo y cierto grado de protección social, al tiempo que se pretendía frenar el avance de idearios radicales.

Sin embargo, y al igual que en otros países, el reformismo no lograba acallar las voces que solicitaban cambios de relevancia. El continuismo norteamericano en la zona canalera y la fuerte corrupción que se desarrolló durante la gestión Robles - aprovechando un flujo de fondos estatales poco vistos por aquí - complementaban el reclamo estudiantil y obrero por un nuevo tipo de sociedad, reclamo que era fuertemente reprimido por la Guardia Nacional.

La vigilancia de este cuerpo militar había sido entonces permanente y decisiva en la política panameña luego de la segunda guerra mundial, como lo había sido la presencia armada norteamericana.

Esto se demostrará abiertamente en 1968, cuando los mayores Boris Martínez y Omar Torrijos, deponen al presidente electo Arias - quien previamente había acordado con Vallarino (comandante de la Guardia Nacional luego del asesinato de Remón Cantera y principal responsable de la represión) un “pacto de no agresión” recíproca. La Guardia Nacional apoyaba primariamente al candidato oficialista, pero permitió 11 días de gobierno arnulfista. Arias Madrid, quien en el momento del golpe se encontraba en el cine con su secretaria - y posterior esposa - Mireya Moscoso, se refugia en la Zona del canal y sale al exilio.

Torrijos no sólo participa del golpe de Estado que depone el poder civil e instaura el período conocido como la “revolución panameña”, que llevaría a los acuerdos Torrijos-Carter de 1977 para la devolución a soberanía panameña del canal. También aprovecha una situación de recambio generacional en las Fuerzas Armadas, anteponiéndose al Mayor Martínez (quien es exiliado en 1969) y asumiendo la comandancia de la Guardia Nacional.

El “líder máximo de la revolución” (título oficial que ostentaba) tomó las medidas típicas del dictador. Desbandó a los partidos políticos tradicionales, inmersos en escándalos de corrupción, cerró la Universidad como fuente de posibles protestas, acalló la prensa y convocó a una Asamblea Constituyente que le otorgó plenos poderes, al tiempo que se sucedían distintos gabinetes civiles controlados por el poder militar.

Su política fue nacionalista con fuertes contenidos de redistribución. Este importante rasgo social del período Torrijos se basó principalmente en la ampliación de la reforma agraria, la creación de nuevos puestos de trabajo y la extensión educativa. Pero las medidas más importantes fueron tendientes a afirmar la soberanía nacional recuperando bases militares que habían sido cedidas a los norteamericanos y finalmente, lograr algún acuerdo que finalizara la oprobiosa dominación sobre una de las fuentes principales de ingreso, el Canal, al tiempo que se superaría la tutela política que dicha presencia militar extranjera había hecho posible.

La dictadura torrijista, similar a la que por la época se instalaba en el Perú con tendencias de izquierda nacional, se apoyó en el fuerte maltrato que había sufrido el campesinado panameño durante todos los años de ordenamiento oligárquico y por supuesto, en los fundados anhelos de verdadera independencia de la nación. Su alianza de colaboración con el castrismo cubano no significaba en absoluto adhesión ideológica al marxismo, corriente a la que ya había combatido en sus años mozos cuando fue enviado a reprimir los primeros y breves alzamientos guerrilleros de 1959 en el Cerro Tute, en su provincia natal de Veraguas.

Torrijos contó indiscutiblemente con el apoyo del pueblo y su autoritarismo manifiesto, no era visto por sus connacionales como defecto, sino por el contrario como virtud necesaria para encauzar el país y comandar la “revolución”. Por otra parte, Torrijos innovó el sistema de representación política - reservado desde 1903 a los

representantes “ilustrados” de la aristocracia urbana - reemplazándolo por una Asamblea de más de quinientos miembros que eran autoridades municipales elegidas en todas las áreas del país, incluyendo obviamente las hasta entonces excluidas áreas rurales.

Los habitantes de estas áreas fueron los más beneficiados por la revolución torrijista. La reforma agraria, al igual que en otros sitios, no consistía solamente en comprar o expropiar tierras para su redistribución propietaria, sino proveer maquinaria y sistemas de producción, administración y comercialización para levantar los ingresos de un campesinado acostumbrado -en el mejor de los casos - a la economía de subsistencia. En ese sentido, el gobierno torrijista hizo fuertes esfuerzos de inversión, con resultados dispares. Las distintas formas económicas buscadas, en general cooperativas o empresas estatales administradas localmente, no lograron el salto deseado, mirado desde la eficiencia economicista que recorrería el mundo algunos años después. Sin embargo todo este período llevó a que los pobladores rurales elevaran su nivel de vida, de educación, salud y sobre todo, tomaran conciencia de sus derechos, participando de la vida nacional.

La mayor parte de los avances sociales se produjeron entre 1971 y 1973. Por la misma época Torrijos emprende fuertemente la mejora del sistema vial y otras medidas infraestructurales. El descenso comercial mundial del momento, impacto de la crisis del petróleo, reduce las posibilidades financieras del régimen generando nuevamente endeudamiento. Ciertas voces críticas comienzan a oírse nuevamente y el apoyo popular ya no es tan contundente como en los inicios. Por otra parte, la concentración de poder hace crecer la corrupción y surgen los primeros escándalos relacionados con familiares de Torrijos en nóminas del Estado.

Además del mando de la Guardia Nacional, Torrijos pensó ya desde los inicios de su régimen en desarrollar una estructura política al estilo del PRI mejicano. Este partido tenía por objeto permitir la participación corporativa campesina y sindical, proveyendo de sustento civil al gobierno instituido militarmente. Luego de pasar por la etapa del Movimiento Nuevo Panamá, esta aspiración culminó en la fundación del Partido Revolucionario Democrático (recién en 1979). El nombre posiblemente hace alusión a la etapa cardenista mejicana previa a la definitiva consolidación de la denominación PRI, etapa que tuvo un marcado sesgo progresista nacional con la nacionalización del petróleo y la realización de la reforma agraria.

Así se unían líneas invisibles de la historia, donde las luchas sociales y antiimperialistas de Villa y Zapata, formadoras del pensar del general Cárdenas, e inspiradoras del sandinismo nicaragüense, se veían también reflejadas en este general panameño. Pero a veces la historia transita en su curso meandros difícilmente previsibles. La revolución de Torrijos se sustentó en el poder de una Guardia Nacional que en la vecina Nicaragua sirvió a designios exactamente opuestos y avanzó, entre otras medidas, gracias a la apertura bancaria que atrajo a estas tierras al capital transnacional - enemigo acérrimo del bienestar popular -.

Amplíemos algo este punto. Arditto Barletta, ministro de planeamiento de Torrijos en 1969, implementó un sistema muy atractivo para la banca conocido ampliamente como “offshore” y que se puede explicar en forma sencilla como una “zona franca bancaria”. Los bancos podían mover capital a voluntad sin pagar impuestos, sin control sobre su proveniencia y con secreto absoluto sobre su volumen. De este modo, la cantidad de bancos operando en Panamá pasó de 28 en 1970 a 120 en 1987. Panamá no obtenía beneficios directos en términos impositivos, pero ampliaba la base de su sector servicios creando puestos de trabajo y recibiendo inversión internacional, rubros crónicamente deficitarios en el istmo.

Llegaría 1977, y en ese año se firma el tratado conocido como Torrijos-Carter, que establece la devolución del canal a Panamá antes de finales del siglo XX y afirma su condición de neutralidad, resaltando su utilidad para el mundo en general y condenando todo intento de apropiación geoestratégica belicista. El fuerte activismo desarrollado por Torrijos en el ámbito diplomático internacional y la creciente influencia del Movimiento de países No Alineados, junto a la táctica demócrata norteamericana de menor beligerancia exterior durante la administración Carter, dieron el marco adecuado para la firma y ratificación (aunque con ciertas enmiendas por parte de los norteamericanos) de ese acuerdo.

Con esto Torrijos cumplía el sueño de muchos panameños e intentaba borrar el costado oscuro de su gobierno, la persecución de opositores. Precisamente en el ámbito estudiantil se organizan nuevas protestas contra la ratificación del tratado que son contestadas violentamente por las fuerzas de seguridad.

Hablando de represión y de Latinoamérica, no podemos dejar de mencionar un capítulo terrible que funcionó precisamente en Panamá, en Fort Gulick, y que es conocido como “Escuela de las Américas”,

nombre adoptado desde 1963 por el centro de instrucción militar norteamericano que sirvió de universidad a déspotas y represores del continente. Algunos egresados “célebres”: Manuel Noriega (Panamá), Hugo Banzer, (dictador boliviano), Roberto D’Aubuisson, (escuadrones de la muerte El Salvador), Roberto Viola y Leopoldo Galtieri (dictadura militar argentina), Guillermo Rodríguez (golpista ecuatoriano), Vladimiro Montesinos (jefe de servicio secreto de Fujimori, Perú) y muchos otros. Si bien no está confirmado, se dice que también fueron alumnos de esta institución Augusto Pinochet, dictador chileno y Anastasio Somoza, dictador de Nicaragua, lo cual no sería en absoluto sorprendente.

Los manuales de esta escuela fueron la guía de la represión de todos los movimientos de izquierda en la región latinoamericana entre los años 60’ y fines de los 80’, o sea durante 30 largos años. En el tratado de 1977, Fort Gulick era devuelto a soberanía panameña y la lúgubre institución militar norteamericana obligada a mudarse a Columbus (Georgia), donde hoy funciona bajo el nuevo nombre de “Instituto para la Cooperación de Seguridad Hemisférica occidental”.

Como contrapartida, Torrijos era constreñido a abrir nuevamente la válvula democrática y se procede a una apertura moderada de la participación política. En este contexto se entiende la fundación del PRD, para permitir el continuismo revolucionario a la medida del torrijismo.

Pero las elecciones libres habrían de esperar todavía un trecho largo. En 1978, culminado el período “especial” de Demetrios Lakas, a quien Torrijos había encomendado el ejecutivo formal, asume el Dr. Aristides Royo, ex ministro de Educación y estrecho colaborador de Torrijos en las negociaciones para el tratado de los acuerdos con la administración Carter.

En 1981, el líder Torrijos moriría en un oscuro accidente de aviación que por supuesto nunca ha sido esclarecido. Las semejanzas con un hecho similar ocurrido sólo tres meses antes, en el que perdió la vida el presidente ecuatoriano Jaime Roldós Aguilera, hicieron que muchas especulaciones apuntaran a la CIA como la generadora de dichos crímenes, lo cual no resultaría descabellado. Lo cierto es que Torrijos vivió como murió, radicalmente.

La presidencia de Royo, atada como estaba al poder de Torrijos en la comandancia de la Guardia Nacional, tampoco sobreviviría mucho.

En 1982, en medio de una puja interna por el poder militar entre el general Rubén Paredes y el por entonces coronel Manuel Noriega, junto al creciente desasosiego popular en reclamo de la posibilidad de elegir por sufragio directo, Royo se ve obligado a dimitir.

Asume interinamente su vicepresidente el banquero Ricardo de la Espriella, quien gobierna formalmente hasta que es desplazado y reemplazado poco antes de las elecciones de 1984 por el nuevo hombre fuerte Manuel Noriega, quien coloca en su lugar a Jorge Illueca. Noriega había tomado el mando de la Guardia Nacional, ahora denominada Fuerzas de Defensa de Panamá y se autoproclamaba legatario de Torrijos, pretendiendo la continuación de una política dictatorial y personalista detrás de bambalinas.

Noriega había logrado retirar el apoyo de las Fuerzas Armadas a la candidatura de su ex comandante Paredes y pergeñó la contienda electoral de 1984 en la que triunfó el candidato del PRD, Nicolás Arditto Barletta, anteriormente funcionario del Banco Mundial y ministro de Torrijos. Nuevamente - y como desde hacía ya cerca de medio siglo - se candidateaba Arnulfo Arias, esta vez representando a la ADO (Alianza Democrática de Oposición). Y, como no podía ser de otro modo, el ya octogenario atrajo una vez más al fraude. El conteo fue irrelevante y lo que prometía ser una elección, resultó nuevamente una selección.

Pese a la retórica defensora de la democracia y los derechos humanos, la nueva administración Reagan no objetó nada y asistió a la toma de poder de Barletta. Muy pronto se entendería el porqué, dado que en la difícil situación presupuestaria panameña, luego de arreglar un “stand by” (espérame un poquito - en traducción libertina) con el FMI, proclamó un programa de “ajuste estructural”. La melodía, ya conocida por nuestros lectores y tocada por los directores de orquesta de las altas finanzas internacionales, se llamaba “neoliberalismo” y era la política que comenzaría a erosionar la edificación social y política de la revolución del extinto Torrijos.

Sin embargo, Noriega, quien había sido diligente agente de la CIA durante los 60' y 70' y cuyas implicancias con el negocio del narcotráfico y el lavado de dinero se habían hecho manifiestas y públicas, se había convertido en un estorbo. Luego de varios intentos de golpe fracasados, los EEUU deciden una invasión directa. Era obvio que el interés no sólo estaba puesto en liberar a Panamá de las garras de corrupción y autoritarismo, sino también de volver a tomar el control sobre el istmo.

Las elecciones de 1989 fueron declaradas nulas y la ADOC opositora (arnulfista) que había candidateado a Guillermo Endara, considerado vencedor de las mismas, realiza una gran marcha nacional de protesta que concluye en la habitual represión oficial. El final del dominio de Noriega estaba próximo.

Así, en Diciembre de 1989, como en 1904, se producía la invasión norteamericana con el expreso objetivo de capturar a Noriega y llevarlo a USA para ser juzgado, al tiempo que se proclamaba la restauración del sistema democrático. Guillermo Endara es ratificado como legítimo presidente pocos días después y Noriega es trasladado a EEUU, donde posteriormente sería condenado a cuarenta años de prisión.

Endara, un estrecho colaborador de Arias y miembro del Partido Panameñista desde su fundación, heredó ciertamente una situación difícil. El país estaba endeudado y nuevamente invadido. Los reclamos populares, por otra parte, seguían insatisfechos. Los organismos internacionales presionaban hacia la reducción del déficit estructural y eso auguraba poca paz social, lo cual por supuesto sucedió. Además, EEUU quería establecer rápidamente su “pax americana” y proceder a una democracia más o menos representativa, para lo cual era imprescindible desmontar el aparato policíaco-militar y las ramificaciones de corrupción encubiertas que producirían seguramente inestabilidad futura.

Por si fueran pocas complicaciones, el jefe histórico Arias había muerto en 1988 y Endara lidiaría con las tensiones internas en la derecha panameñista para ocupar el espacio político construido por el viejo líder. Curiosamente, al igual que su mentor exactamente cincuenta años antes, en 1949, su elección era convalidada un año después de realizada.

A pesar de que el contingente invasor de cerca de 26.000 soldados fue repatriado rápidamente y del alivio que sintió la mayoría al verse liberada de Noriega, la gente no olvidaría que su patria aún seguía teniendo “soberanía restringida”. Todo esto situaba a Endara con poco margen de acción, debiendo maniobrar permanentemente para no estrellarse contra el pueblo, los norteamericanos, la oligarquía local, los intentos golpistas de viejos militares destituidos o su propio partido.

Al igual que su colega Violeta Chamorro en Nicaragua, que quiso levantar un país destrozado por la guerra civil con recetas derechistas y fondomonetaristas, también Endara fracasó. Hasta el referendo que

impulsó para abolir el ejército, siguiendo el ejemplo costarricense, fue rechazado con un 60% de abstención y un 63% de votos en contra. Al final de su mandato tuvo que soportar incluso un atentado armado en su contra. La transición postdictadura, sin embargo, se había consumado.

Debido al estado “convaleciente” del país y sin lograr reconstruir las alianzas anteriores, el panameñismo conservador convertido en PA (Partido Arnulfista) no pudo ganar las elecciones y cedió en las preferencias a un antiguo ministro de Torrijos, Ernesto Pérez Balladares, quien encarnó en nombre del PRD la esperanza popular - y fracasó.

Previo a ser ministro de Hacienda y luego de Planeamiento de Torrijos, había sido algo así como el jefe crediticio del Citibank para América Central y Panamá. Con este perfil a cuestas, la ilusión de que este economista solucionara los severos conflictos sociales de la nación panameña, era poco menos que rayana en la ingenuidad.

Pero hagamos un alto en el panorama gris de atonía política, ya que la vida te da sorpresas. Un movimiento llamado Papá Egoró (madre tierra) debuta en las elecciones de 1994, proponiendo como candidato al cantautor de salsa Rubén Blades. Esta fuerza se propone como alternativa a la política tradicional y cosecha una importante adhesión joven. La importancia de esta candidatura es que muestra una variante distinta, que podemos clasificar dentro de la “nueva política” que comenzaría a andar por Latinoamérica con candidaturas obreras, indígenas, el fuerte protagonismo de mujeres en los principales puestos, hasta derivar en la actualidad con la - hasta hace poco - inimaginable posibilidad de que un negro sea presidente de los Estados Unidos. La vida te da sorpresas, tiburón, escapando a las aburridas peceras de los controladores.

Pérez Balladares quería “sanear” la economía, privatizar según recetas en curso y a la vez, aliviar los despidos y la desocupación con alguna medida de impacto popular. En las pomposas palabras que suelen utilizar los funcionarios, el plan se llamaría: “Desarrollo social con eficiencia económica”. El viejo truco de aliviar el cáncer con una tisana. Por otra parte, el inminente retiro de tropas norteamericanas del canal le producía al pueblo panameño una gran alegría, pero también el problema de no contar con el arrendamiento anual que reportaba 300 millones de dólares, amén de las fuentes de trabajo dependientes del consumo de los militares estacionados. El gobierno de Pérez inició conversaciones secretas para lograr prorrogar la estadia estadounidense, bajo el paraguas de un “Centro Antidrogas” en las mismas instalaciones

militares, plan que fue abandonado luego de la intensa oposición que suscitó al tomar estado público.

Pérez intentó también prorrogar su propia estadía en la presidencia, pero nuevamente el pueblo vetó esta propuesta presidencial en referendo. Pérez Balladares no era Torrijos y el pueblo reprochó su gestión.

La elección de 1999 habría de recaer sobre Mireya Moscoso Rodríguez, segunda esposa de Arnulfo Arias, quien lideraba el legado conservador nacionalista de su difunto marido. El patriotismo particular de Arias no había terminado de agradar ni a liberales ni a conservadores, ni a militares, ni a EEUU, hecho que seguramente hizo que en toda su profusa vida política no pudiera terminar un solo mandato. Pero él ayudó a su hermano en el lejano 1932 a ser presidente y también ayudó luego de muerto a que, primero Endara entre 1989 y 1994, y luego Moscoso, entre 1999 y 2004, gobernaran Panamá en su nombre. Aún más, a Moscoso le cupo el honor histórico de arriar la bandera norteamericana que había ondeado durante 95 años sobre el Canal de Panamá.

Moscoso era también la primera mujer electa para el primer cargo de la República. Las mujeres se habían incorporado a la vida política del país mediante el voto en la década del 40^o, pero tardaría hasta que ellas mismas fueran candidatas y más aún para ser electas. El caso de Moscoso es similar al de Violeta Chamorro (Nicaragua) y al de Cory Aquino (Filipinas), quienes, habiendo compartido la vida política con sus maridos, capitalizan el caudal político simbolizado por sus figuras. Es un caso algo distinto al de figuras femeninas que asumen como presidentas posteriormente en Chile y Argentina, cuya participación política había sido más directa, aunque en el caso de la argentina Cristina Fernández la gestión previa de su esposo dio un impulso clave para su elección. En todo caso, más allá de los diferentes casilleros políticos de las nuevas “damas” dirigentes, la presencia femenina en los máximos puestos de gobierno patea de manera saludable la convencionalidad de un tablero latinoamericano atiborrado de “machismo”.

Al tiempo que aparecen estas primeras presidentas, aumenta también fuertemente la cantidad de mujeres en posiciones legislativas y en las máximas instancias judiciales de todos los países, permitiendo hablar hacia fines de siglo XX de una mayor democratización de género.

Según comentamos, la desazón popular con el gobierno neoliberal

de Balladares - que había defraudado la esperanza en la vuelta de cierto torrijismo mejorado (sin la parte autoritaria y antidemocrática), dio la victoria en la primera magistratura a Moscoso por sobre el candidato del PRD, Martín Torrijos, hijo del extinto líder. Sin embargo, la elección legislativa fue ganada por el oficialismo, lo cual situó a Moscoso en la necesidad de alianzas en la Asamblea para poder gobernar. Esa asimetría, junto al permanente intriguismo en el PA (que más que Partido Arnulfista parecían ser las iniciales de “partido ambicionista”) y la modificación de la relativa situación de alianzas que la habían llevado al poder, debilitó poderosamente sus posibilidades de mejoramiento social, a las que se había comprometido. Por otro lado, la ya endémica corrupción afloraba en distintos ámbitos sin sorprender a nadie, ya que en Panamá, como en muchos otros lugares se considera que “un político no corrupto no es político”.

En este punto y a fin de esclarecer a desprevenidos y frenar a malintencionados es necesario puntualizar que más allá de la veracidad de muchos de estos casos de corrupción, es importante entender que la sospecha generalizada sobre el mal manejo de los asuntos públicos para provecho personal, ha sido fuertemente amplificada por los medios de difusión, que desde mediados de los ochenta establecían un dirigismo ideológico hacia el recorte de la ingerencia estatal y la despolitización social en general. Esa propaganda moral hacía crecer por otra parte el “prestigio” de los medios como “garantes de moralidad pública”, mientras más se desprestigiaba a la clase política. Hacia comienzos del siglo XXI la situación es más dramática aún, convirtiéndose los medios alineados con la globalización y la concentración económica en factores de desestabilización política, ante la aparición de nuevos gobiernos provenientes de los movimientos sociales. Esos medios se convertirán en detractores de toda política social agitando el fantasma del autoritarismo y pretendiendo encubrir su propia situación de oligopolio comunicacional.

La siempre delicada situación económica panameña, con su fragilidad estructural, no pudo revertirse con los nuevos recursos de administración directa del canal, ni los provenientes de un importante sector de servicios montados alrededor de la Feria Franca de Colón. La desocupación permanecía en un 15% y la situación financiera del país no permitía tampoco necesarias mejoras infraestructurales de cierto porte.

En plena era globalizadora, Moscoso se plegó a la integración

libre comercista con Centroamérica, firmó un tratado en este sentido con Taiwán e inició las gestiones para un TLC con los EEUU. El absurdo era mayúsculo para algunos: acababa de culminar el período de dominación militar directa norteamericana y la presidenta que izó la bandera nacional pretendía ahora la reanexión al país del Norte por vía económica. El pueblo, nuevamente condenaría en las urnas al conservadurismo de cara liberal y pondría una vez más a un Torrijos en la presidencia con una fuerte señal del 47% de los votos.

Torrijos hijo, un civil que asume con sólo 41 años la presidencia y que cuenta con una breve experiencia de funcionario durante el gobierno de Balladares, inicia su mandato de cinco años en 2004 con la ciertamente pesada carga de su apellido, que concita pasiones y esperanzas encontradas. Además de ello, Panamá no sólo exhibe un mapa estrecho, que precisamente la ha colocado en su rol histórico, sino que su rol histórico la ha puesto siempre en una situación de estrecho equilibrio, atravesando un delgado camino entre la mirada de poderes externos y la de su propio pueblo.

En este contexto, a Torrijos le toca lidiar en el frente “externo” con un conflicto entre actores poco conocidos por estas tierras, pero como es lógico, ligados al tráfico marítimo por el istmo y otras derivaciones geoestratégicas.

En el transcurso de la globalización no sólo capitales estadounidenses y europeos han expandido intereses, sino también árabes y asiáticos. El impresionante crecimiento comercial chino es conocido por todos y se hace patente en muchos de los objetos que usamos cotidianamente. En el transcurso de este proceso, China ha recuperado de la antigua potencia imperial Gran Bretaña a Hong Kong, que ha funcionado como fundamental centro financiero para esta expansión comercial. Una de las mayores empresas de Hong Kong, cuyo presidente y accionista mayoritario es Li Ka Shing (el chino más rico y uno de los personajes más ricos del mundo), es Hutchison Whampoa. Esta compañía opera ambos puertos del canal de Panamá desde la salida norteamericana en 1999. Esta concesión - sin duda de carácter primariamente económico - despierta recelos entre los “halcones” estadounidenses, que ven en ello un avance peligroso del gigante comunista chino. Por otra parte, es una excusa bienvenida para mantener activa la mirada de control sobre la zona.

Al mismo tiempo, ya comentamos que la anterior presidenta había firmado un TLC con Taiwán, quien aún está gobernada por los sucesores

del viejo Chang Kai Sek, el Kuomintang (partido nacionalista chino) o por las multinacionales, ambos opositores históricos de la China de Mao. Panamá es uno de los 28 países que reconoce diplomáticamente a Taiwán y la política exterior de la China continental es inflexible en el desconocimiento de tal soberanía, lo cual agrega presión en las relaciones comerciales, sobre todo si se tiene en cuenta que Panamá ha recibido fuertes inversiones taiwanesas (y apoyo a proyectos de desarrollo) y ansía a su vez que los chinos continentales realicen la impresionante inversión necesaria para la ampliación y mejoramiento del canal.

Así las cosas, la república transita siempre senderos estrechos de intereses contrapuestos. Los panameños, en tanto, siguen mirando pasar los contenedores.

Síntesis

Panamá se independiza de Colombia en 1903 en el contexto de la construcción del canal interoceánico que atraviesa el istmo. Casi simultáneamente se instalan fuerzas estadounidenses en el país, que mantienen la soberanía sobre el paso estratégico hasta 1999. O sea, Panamá es un país que ha albergado durante todo el siglo tropas de EEUU y gran parte de su política ha sido controlada y tutelada por el país del Norte.

Por otra parte, desde 1940 (derrocamiento de Arias en su primera presidencia) hasta finales de los 80' (1989, invasión norteamericana que depone a Noriega), es decir durante medio siglo, la Guardia Nacional (cuerpo policial militarizado) ejerce el control más cercano, haciendo de "sheriff" del acontecer político formal.

En estos cincuenta años de poder militar entre bambalinas se destacan tres períodos: el primero, entre el primer (40') y el tercer derrocamiento de Arias (68'), donde la milicia está situada en la derecha política, alineada con la estrategia de guerra fría dirigida por USA. El segundo es el liderazgo de Torrijos, que desde un populismo nacionalista de izquierda, aprovecha ciertas variables del contexto internacional para lograr mejoras sociales y de desarrollo (especialmente en el área rural) y conseguir un tratado por el cual los norteamericanos cederían la soberanía sobre el canal. El tercer período es el posterior a la muerte de Torrijos, bajo el férreo control de Noriega, lapso en el que se producen las condiciones para la invasión norteamericana, la reapertura (siempre

controlada) de los procesos electorales y el avance del neoliberalismo propiciado por el así llamado “consenso de Washington”.

El período democrático - o por lo menos con la posibilidad de cierta expresión pública y electoral - en Panamá se desarrolla entre 1990 y la actualidad, alternándose dos gobiernos conservadores (Endara y Moscoso) y dos gobiernos del PRD, legatario histórico del nacionalismo torrijista (Perez Balladares y Torrijos hijo). Los tres primeros, con algún que otro matiz, se inscriben en la matriz privatista y globalizadora que presenta la región y el mundo en los 90' y a principios del siglo XXI. Torrijos hijo encarna la esperanza social de un pueblo que no ha conocido otra cosa que la dependencia y el control, embarcado en una nostalgia que disuelve el recuerdo de la autocracia con la que condujo el “líder máximo de la revolución” aquel período de doce años (1969-1981).

Panamá resulta un ejemplo histórico aleccionador de cómo una secesión (en este caso de Colombia), alentada primariamente por motivos de poder económicos y geoestratégicos (en este caso de EEUU) resulta en una “independencia” ficticia que no necesariamente conlleva soberanía y mucho menos democracia, sino todo lo contrario.

PARAGUAY

La historia de Paraguay no es precisamente una historia feliz. No es el objeto ni el estilo de este estudio abundar en detalles necrofílicos ni sembrar desesperanza sobre el futuro de la especie, sino todo lo contrario. Sin embargo, si omitiéramos hablar de la violencia que se ensañó con este lugar durante mucho tiempo, estaríamos sencillamente falseando la memoria social.

Esta historia arranca ya antes del feroz colonialismo español, precedida por la conquista del territorio por parte de los indios guaraníes por sobre otras etnias aborígenes del lugar. Luego los españoles aportaron su conocida cuota de rapiña, expoliación y matanza. Un hecho tristemente significativo es que, a diferencia de otros lugares de Latinoamérica, donde los imperios “importaron” esclavos del África para proveer de mano de obra gratuita a sus plantaciones de caña de azúcar y otros cultivos, Paraguay fue un sitio adonde llegaron las bandas de traficantes de esclavos a capturar indígenas y venderlos a los portugueses que ocupaban Brasil. En África, los portugueses, especialistas en circunnavegación, tomaban posición en lugares aledaños al mar, para desde allí iniciar la conquista hacia el interior, transfiriendo riquezas naturales y humanas hacia los puertos que eran vendidas a Europa o al imperio Otomano. Los perseguidos escapaban hacia lugares recónditos en bosques, selvas o alturas para protegerse de los cazadores de esclavos. Ésa fue la situación también en Paraguay, donde los “bandeirantes” paulistas hacían estragos. Pero junto a la dominación económica vino también el intento de dominación religiosa y cultural. Los Jesuitas que llegaron a estas tierras, ciertamente audaces y emprendedores, dignos discípulos del fundador de aquella orden el Capitán Ignacio de Loyola, construyeron asentamientos rurales llamados “reducciones” para educar a los aborígenes en el evangelio y que sirvieron a muchos indígenas de refugio ante la persecución esclavista. Mejor fue entonces aceptar la bendición extraña que la maldición extraña. Los jesuitas fueron crecientemente mal vistos por las coronas imperiales, ya que impedían el libre flujo de mano de obra esclava - elemento fundamental de la economía imperial - y son expulsados a mediados del siglo XVIII.

Así se entronca en este país, donde la mayoría del pueblo habla hasta hoy guaraní mostrando su raíz originaria, una contradictoria

historia de aceptación y rechazo de la cruz y la cultura cristianas traídas por la conquista. Esta historia, a la cual no se sustraerán los gobernantes posteriores, vuelve a insinuarse, siglos después de enormes y sangrientas guerras y dictaduras, buscando el pueblo cierto refugio en una figura política clerical cercana al pueblo campesino, el ex obispo de San Pedro, Fernando Lugo.

Estas desdichas coloniales produjeron también ese extraño estado psicológico que subyace en muchas relaciones humanas, no sólo en Paraguay sino en muchos otros lugares. El sometimiento histórico se implanta como costumbre y da lugar al servilismo, donde aparece el “servidor civilizado” como una “casta” superior a la del antiguo esclavo en estado “salvaje”. Ése es uno de los peores legados del sistema conocido como “encomienda”, según el cual el esclavo era “encomendado” a un señor para que viviera bajo sus órdenes. En su época la “encomienda” fue vista como un avance social, ya que establecía cierta responsabilidad al encomendero sobre la vida del siervo. Pero visto desde hoy, luego de tanta fraternidad, igualdad y hermandad declamada, la conciencia social denuncia esa violencia sin establecer diferencia alguna con cualquier otro maltrato esclavista, sin incluir por ahora, por supuesto, al trabajo asalariado...

Pero volvamos al cauce de nuestro relato. La triste cronología de esta tierra nos señalará que poco después de la mitad del siglo XIX Paraguay enfrentó una guerra encarnizada contra una Triple Alianza. En ésta participaban sus vecinos al Este y al Sur, Brasil, Uruguay y Argentina, quienes algo más de cien años después serían sus socios en la alianza económica MERCOSUR. Esa guerra se llevó la vida del 80% de la población masculina del Paraguay y tenía por contexto, como es habitual en la mayoría de las guerras, las apetencias de las potencias coloniales por apoderarse de recursos naturales para el proceso de expansión industrial capitalista en pleno auge por aquel entonces.

Unos cincuenta años después, hacia 1932, se produce otra terrible guerra contra Bolivia donde mueren otras cien mil personas, entre bolivianos y paraguayos. Por la época Bolivia contaba con tres millones de habitantes, Paraguay con un millón. Nuevamente el enmarque era el del reordenamiento de la economía mundial y la situación de dominio relativo de las principales potencias militares y económicas, luego de la Primera Guerra Mundial y la crisis económica de 1929. Estas guerras son un tremendo ejemplo de cómo, más allá de todo resultado final, los pueblos contendientes salen siempre perdidossos.

La situación social y económica paraguaya era por supuesto calamitosa, entre otras cosas, debido al drenaje de recursos hacia el armamentismo y la energía aplicada en un conflicto que impedía toda acción de desarrollo o bienestar. Paraguay había perdido el acceso al mar en la Guerra de la Triple Alianza, Bolivia contra la alianza chileno-inglesa en la Guerra del Salitre y ambos lidiaron infructuosamente por un Chaco inhóspito y hostil hasta 1935, quedando encerrados, enfrentados y debilitados. Lo único que quedó en pie y fortalecido fue el Ejército.

En ese contexto, luego del breve período presidencial del liberal Paiva, del militarmente exitoso José Félix Estigarribia (comandante del ejército en la Guerra del Chaco) y de un fugaz gobierno socialista del militar febrerista Rafael Franco, se dicta en 1940 una constitución de corte fascista, bajo un sistema estatista de partido único con la custodia del Ejército como garante de la “unidad nacional”.

Por esas fechas, el dictador de turno era el general Higinio Morínigo. Paraguay sigue un curso escabroso durante la guerra, ya que la ideología dominante y la fuerte influencia de los inmigrantes alemanes impide un alineamiento contra el Eje formado por Alemania, Italia y Turquía, postura que era por otra parte favorecida por los importantes beneficios que Paraguay obtenía de EEUU a través del intercambio comercial y fondos de ayuda.

Al final de la guerra, Morínigo distendió algo la cuerda política, separando a los elementos más nazis de su gobierno - perdedores en la contienda - permitiendo una participación de aristas plurales. Esta “Primavera” duró muy poco, derivando en una nueva y cruenta guerra, esta vez de paraguayos contra paraguayos, conocida como “revolución de los pynandí” (“la guerra de los pies descalzos”) por la participación de milicianos campesinos pobres a favor de la por entonces - y hasta nuestros días - dominante Alianza Republicana Nacional, más conocida como Partido Colorado, que a partir de allí, instituyó un régimen excluyente y corrupto en defensa de los intereses de las minorías.

El partido Colorado fue partido único hasta 1963 y recién entonces se abrió la participación a ciertos sectores políticos - excluyendo a la izquierda -. Los colorados ganaron sin excepción todas las elecciones hasta el año 2008, lo cual no sólo, como veremos, descalifica y devela la falsedad de la “apertura” política, al tiempo que imposibilita utilizar el término “elección” relacionado con este partido.

En la guerra civil paraguaya de 1947, el teniente coronel Alfredo Stroessner adquiere relevancia comandando un regimiento de artillería y transformándose en el “hombre fuerte” del Ejército en el partido Colorado. La guerra civil produjo la derrota de los cuadros febreristas en el ejército, desbandando toda oposición posible externa al coloradismo.

Ésta fue la selección de personal del departamento de Estado norteamericano, la cual debía garantizar un rígido comando alineado con la estrategia de control pero desbrozando al nazismo de la estructura gubernamental. El grupo paramilitar Guión Rojo, muy cercano a Morínigo, era demasiado afecto a un centralismo nacionalista que no había sido dócil a la Alianza durante la guerra. La facción del escritor nacionalista Natalicio González no era confiable. Los febreristas habían evidenciado su tendencia socialista y su cercanía a la liberalidad y a grupos comunistas. Stroessner, hijo de un inmigrante alemán bávaro y una campesina paraguaya, sería el elemento a apoyar.

En 1949 asumiría Federico Chávés, jefe del partido Colorado, quien conjuraría en parte los conflictos internos de poder. Su acercamiento con la Argentina del general Perón, quien ya había apoyado a Morínigo anteriormente, dio la señal de alerta a la política exterior norteamericana entonces ya comandada por los hermanos Dulles. En 1953, Stroessner es invitado a Panamá a reunirse con altos funcionarios norteamericanos. En Mayo de 1954, como era previsible, se produce el derrocamiento de Chávés. Para comprender el contexto: un mes después, Castillo Armas derrocaría a Arbenz en Guatemala. En Agosto del mismo año, se suicida Getulio Vargas en Brasil. En Septiembre de 1955 sería derrocado Perón en Argentina. Y varios otros sucesos ya comentados que dan cuenta de la dirección promovida por los norteamericanos para los países de la región latinoamericana.

En 1954 comienza entonces la larga noche del dictador Stroessner, quien sería “reelecto” siete veces, ostentando el dudoso prestigio de haber gobernado durante 35 años en forma personal. A diferencia de su otros “socios” de la época, como los Somoza o los Duvalier, no necesitó desdoblarse dinásticamente para permanecer en el poder.

Stroessner asentó su poder en una trilogía que comprendía el gobierno, el ejército y el partido colorado, cuya máxima jefatura conservó en los tres casos. La persecución a opositores fue despiadada, la falta de libertades públicas total, la corrupción extendida. Ésa fue la otra trilogía de la dictadura de Stroessner.

La política práctica en los primeros años del stroessnerismo, alineado férreamente con el anticomunismo y apoyado por ello por los EEUU a despecho de su nazismo flagrante, era sencilla: quien estaba con el régimen, recibía prebendas, quien no estaba con el régimen, obtenía cárcel o una bala, dependiendo del grado de oposición que se tuviera. En el plano económico, Stroessner mantuvo el sistema de poder de la oligarquía ganadera y los nuevos negocios burgueses. Muchos paraguayos asfixiados por la falta de horizontes buscan el exilio como salida, principalmente hacia la Argentina.

La impunidad y la corrupción que se desarrollaron durante las tres décadas de poder de Stroessner hicieron que este país se convirtiera en un verdadero oasis para negocios ilegales. Desde la falsificación hasta el contrabando, desde el tráfico de armas y narcóticos hasta el lavado de dinero, pasando por los negociados con la grandes obras de infraestructura y llegando a extremos inverosímiles con el comercio de órganos y otras inmoralesidades inenarrables, el crimen ofrecía oportunidades en estas tierras. Stroessner además dio albergue a criminales de guerra nazis (como Josef Mengele) y luego a criminales latinoamericanos como él mismo (Anastasio Somoza Debayle), cultivando además intensas relaciones con muchos dictadores, especialmente con el generalato brasileño, argentino y con Pinochet.

Por otra parte, el pujante desarrollismo de la época no llegó a estas tierras, ya que nadie iba a invertir en un mercado de consumo muy pequeño en cantidad de habitantes e ingresos per cápita. Paraguay no posee tampoco grandes reservas de minerales o combustibles que pudieran ser codiciadas por transnacionales. Por último, la fluvialidad que le ha conferido su nombre y sus bellezas naturales, hizo innecesaria la construcción de extendidas redes ferroviarias o viales (como en otros países), lo cual ha restado posibilidades de movilidad social y esperanza de progreso al mayoritario campesinado. Además de la faz económica, la educación no tuvo en este país el impulso que ese mismo desarrollismo generó en otros lugares. Las industrias que aparecieron en Argentina, Brasil y otros puntos, hicieron por ejemplo de la educación técnica una necesidad para lograr cierto grado de cualificación en la mano de obra. Educación técnica que requería previamente de una amplia alfabetización y escolarización primaria al menos. Este costado económico no fue el único motor de los avances educativos gestados en otras partes de la región, sino el alto valor intrínseco que tenía en la conciencia de las nuevas masas urbanas como puerta al mejoramiento

de la situación individual y familiar.

El sistema de clientelismo populista se extendió a partir de los años 60' a cierta casta política, cuya función era prestar colaboración al régimen desde la apariencia de partidos “opositores” al dictador partido colorado. Así, Stroessner, “dejó vivir bien” a algunos no tan cercanos a la “rosca” de poder, para que la mayoría del pueblo siguiera viviendo mal.

Entre 1963 y 1989, se permite actuar a algunos partidos y se maquilla el rostro de la dictadura con reformas constitucionales y acontecimientos electorales para fortalecer la imagen de Stroessner, acompañando así la nueva propaganda norteamericana de “defensa de las libertades democráticas”.

Esta política exterior que llevaron adelante los sucesores de los hermanos Dulles, Dean Rusk primero y el inmigrante judío alemán Henry Kissinger después, fue la continuidad de la estrategia de post guerra promovida desde el Council for Foreign Relations (financiado por el clan Rockefeller y el banco Morgan, entre otros). Esta estrategia era la de impedir globalmente, actuando localmente, todo intento de resistencia al avance del capital.

Rusk, secretario de Estado durante las presidencias Kennedy y Johnson (1958 -1969), había sido desde 1952 presidente de la fundación Rockefeller, el viejo clan petrolero de la Standard Oil, lo cual revelaba su inclinación. Su sucesor, Kissinger, laureado absurdamente con el Nóbel de la Paz, fue intrigante activo desde los gobiernos Nixon y Ford (1969-1977) de todo el genocidio que se perpetró en esas épocas mundialmente con auxilio norteamericano. El terrorismo de Estado en nombre de las “libertades individuales”.

Precisamente luego del “retiro” de Kissinger y bajo la presidencia demócrata de Carter, los EEUU desarrollan una diplomacia democratista y conciliadora. El contexto era la presión ejercida por los países árabes exportadores de crudo en respuesta al apoyo de EEUU a Israel. El mecanismo de reducción productiva de la OPEP produjo fuertes alzas de precios y serias dificultades recesivas al mundo occidental. El armamentismo a ultranza no podía ser fácilmente ya financiado, había que dar “una chance a la paz”. En Paraguay, esto significaría la pérdida de prestigio y apoyo exterior para el régimen de Stroessner, quien junto a otros dictadores latinoamericanos, es ahora criticado por la administración norteamericana.

Comenzaron entonces a surgir con más fuerza organizaciones de base sindicales, estudiantiles y campesinas y el murmullo se hizo rumor y el rumor protesta. Por otra parte, el faccionalismo que siempre había estado presente en el mundo político del partido colorado, presentaba grietas ya visibles. Unos años después, con el mundo en fiebre de globalización, todo tipo de institución estatal entraría en profundo descrédito y las dictaduras militares serían ya un escollo, una herencia de un mundo que debía ser sepultado.

Alfredo Stroessner había envejecido, el ejército no veía ya garantizada su continuidad (y sus negocios), los empresarios locales que tanto habían lucrado con la dictadura querían lavar sus vestiduras ensangrentadas. El imperio ya no necesitaba a un desacreditado personero. El cambio de mando se avecinaba. Había que garantizar la continuidad coloradista y capitalista sin Stroessner.

El recambio llegó en 1989, a través de un golpe liderado por el consuegro, socio y hombre de confianza de Stroessner, el general Andrés Rodríguez. Stroessner marcha a un “dorado exilio” en Brasil y Rodríguez permite la legalidad política, convocando corto tiempo después del golpe a elecciones plurales, de las cuales resulta presidente. Pese a la participación de varios partidos, no podía esperarse otra cosa. El breve lapso entre el golpe y las elecciones no permitía al pueblo salir del largo sopor de décadas de votaciones fraguadas, donde el candidato colorado debía ser simplemente ratificado. La inercia del fraude permanente hizo además que muchos votos fueran emitidos sin mediar participación alguna de los votantes. Por último, los paraguayos agradecían a Rodríguez por haber echado a su antiguo jefe.

Sin embargo, se evidenciaría ya una tendencia de descenso en el apoyo - ganando con el 74% - cuando durante el período dictatorial Stroessner acostumbraba ser “electo” con el 95 % de los votos. Esta tendencia se ratificaría obviamente en las próximas elecciones (1993) donde el candidato colorado Wasmosy obtendría casi el 40%, frente a un 32% del principal opositor del PLRA, Laíno.

Con Rodríguez comenzaría el período neoliberal en el Paraguay. En éste, llegan ciertas mejoras tecnológicas al atrasado sistema y muchos nuevos negocios. El entramado de la corrupción político económica paraguaya, formado por militares, políticos colorados, empresarios afines y familiares de todos éstos, no dejaría escapar tales oportunidades. De ese modo apareció cierta libertad democrática, pero continuó la alianza de intereses que seguía teniendo como centro

institucional de todo negociado al partido Colorado.

Un gran ejemplo de lo provechoso que resultaba a todo empresario que pretendiera buenas ganancias aliarse con el régimen coloradista, lo brinda quien sería el sucesor de Rodríguez, el ingeniero Juan Carlos Wamosy. Por otra parte, el primer civil que asume la presidencia luego del brevísimo paso por el cargo de Natalicio González, allá por 1948.

Wamosy logró, en calidad de presidente del consorcio empresarial CONEMPA S.A., hacerse con las concesiones para la construcción de la parte paraguaya de las grandes represas de Itaipú (binacional con Brasil) y Yaciretá (binacional con Argentina). Por supuesto que tenía muchas otras empresas e intereses, pero nos interesa detenernos un momento en éste, que resultó ser un negociado millonario ceñido alrededor del principal recurso del país, la riqueza acuífera y sus potencialidades energéticas. Por supuesto que también muchos otros - llamados por la prensa “los barones de Itaipú” - lucraron a lo grande con estos contratos, entre ellos el sucesor de Wamosy, Raúl Cubas Grau.

Hasta que en 2006 se inaugurara la represa de las Tres Gargantas, situada en China Central sobre el río Yang Tzé, Itaipú era la hidroeléctrica más grande del mundo. El producto energético era de tal magnitud que la empresa eléctrica paraguaya estatal ANDE (nacionalización que llevó a cabo el mencionado presidente González), sólo podía procesar el 30% de la potencia de uno de los generadores de Itaipú. La represa cuenta con dieciocho generadores. El costo total aproximado de la obra era de diecinueve mil millones de dólares.

Por otra parte, Yaciretá, si bien de proporciones más discretas en comparación con la gigantesca Itaipú, había sido negociada entre Stroessner y el partido peronista en el poder en Argentina, pero pudo sólo ser llevada a cabo muchos años después, debido sobre todo a la presión en contrario del lobby de la energía no renovable en Argentina, que se dedicaba al negocio del petróleo y el gas. Para este sector, la aparición de una energía mucho más barata y sobre todo “limpia”, no era lo mejor que podía ocurrir. Pero la limpieza de la energía nada tendría que ver con el proceso político y comercial para la construcción de estos importantes complejos.

Por supuesto que tales capacidades energéticas no estaban pensadas para abastecer al pequeño mercado industrial paraguayo sino básicamente para obtener rédito por la venta de la electricidad producida, que abastecería fundamentalmente a los grandes parques

industriales de Brasil y Argentina. En ese sentido, los países vecinos se aseguraron de fijar un precio mínimo por kilovatio generado, muy por debajo del precio internacional. Pero ésta era una concesión que Stroessner estaba dispuesto a dar, ya que ese impacto no sería inmediato y sí el efecto en la capacidad de empleo. Este proyecto, además de todos los números anteriores que dan cuenta de su importancia, perseguía el objetivo fundamental de generar una fuente genuina de trabajo para cerca de cien mil paraguayos.

Por otra parte, el contexto internacional de severa crisis energética producida por el embargo petrolero de la OPEP, exacerbaba la fantasía de muchos economistas y empresarios a ambos márgenes del río Paraguay sobre la posibilidad de que estos países de Sudamérica pasaran a ser potencias energéticas de primer orden mundial. Y acaso tuvieron razón, por lo menos en el caso de Brasil, que logró abastecer el cinturón paulista y crear nuevos polos industriales gracias al acceso a esta energía renovable y de bajo costo relativo una vez amortizada la inversión.

Los tratados binacionales para la construcción de Itaipú fueron firmados en Abril de 1973, los de Yaciretá, en Diciembre del mismo año. La biografía de Wasmosy nos cuenta que su afiliación al partido Colorado esta fechada en Marzo de 1973. ¿Acaso una coincidencia? Imposible. Para hacer buenos negocios, era imprescindible “ser del partido”. Wasmosy se haría así con los jugosos contratos y además comandaría una obra de envergadura y con gran significado nacional. Según la prensa, muchas de estas empresas tenían vinculación con el coronel Gustavo Stroessner, hijo del dictador.

Ya luego de derrocado Stroessner, Wasmosy fue un colaborador principal del mandatario Rodríguez, actuando fundamentalmente en la puesta a punto de los tratados que darían origen al bloque comercial MERCOSUR, fundado en 1991, que formalizaría la eliminación de barreras aduaneras ente Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay.

Todo estaba listo para una transición sin huellas, el crimen perfecto. Un civil asumiría en elecciones más o menos democráticas, conservando el partido Colorado y los militares el poder y los negocios. Todo bajo resguardo, el Paraguay modernizándose, nuevamente “integrado al mundo” y con la aprobación de EEUU. A diferencia de otros lugares, donde los juicios por delitos cometidos en la dictadura comenzaban a “torturar” a los torturadores, no había por estos lugares trazas de que algún militar fuera importunado por ilícitos.

Demasiado bueno para ser cierto. La ambición traicionó a todos y el gobierno wasmosista, lejos de alejar sospechas de peculado, las acrecentó hasta las nubes. La casta de funcionarios, que debía ser funcional a los dictados político empresariales, era un costo fijo, permanente y en ascenso. El cuadro era que el coloradismo había perdido muchas bancas en la elección y ahora además - hecho impensable bajo el látigo de Stroessner - se sumaban a la oposición a la hora de levantar la mano, las facciones internas del coloradismo opuestas a Wamosy. Era caro mantener a todos contentos. La corrupción hacía las leyes y era la ley.

Pero el problema era más estructural aún. Wamosy quería cumplir, por convicción empresarial y presión externa, con los postulados básicos del neoliberalismo que indicaban una fuerte reducción del Estado, incluyendo al ejército. El partido Colorado había precisamente fundado su poderío en el clientelismo, en la ampliación del Estado y las prebendas que de él derivaban. El conflicto latente no tardaría en salir a la superficie.

Hacia 1996, Wamosy se enfrentó con el jefe del ejército, el general Lino Oviedo, quien desde hace tiempo cultivaba pretensiones de ocupar la presidencia del país. Oviedo no era bien visto por los EEUU por sus características militares y caudillistas, además de la sospecha de estar ligado a negocios turbios. Dado el estado de ilegalidad crónico de la gran parte de los “buenos negocios” en el Paraguay, no sería raro que así fuese. Lo raro es que sólo se apuntara a Oviedo, ya que si la intención de moralizar la política paraguaya hubiera sido cierta, posiblemente no hubiera alcanzado la flota completa de aviones de la TAM brasileña para ayudar a escapar a tanta gente.

Nadie quería perderse nada, en especial la jefatura colorada y el gobierno del país, que tan buenos dividendos daba. A partir de 1996 se agudiza la lucha entre las distintas facciones de un triángulo poco amoroso constituido por el mismo Wamosy, Oviedo y Luis María Argaña. Este último había participado desde 1954 en la dictadura de Stroessner - y era un fiel representante de esa era -, había sido pre candidato colorado y en el mismo mes donde Wamosy destituye a Oviedo de la jefatura del ejército, obtiene a su vez la jefatura del partido. Estos tres personajes encarnaban así la reproducción de la “trilogía” paraguaya: gobierno, ejército y partido. Ninguno de los tres saldría vencedor de esta pugna: Wamosy quedaría debilitado por acusaciones cruzadas y pérdida de dominio sobre el partido y el ejército, Oviedo

sería condenado a prisión en 1998 por sedición y poco después, en 1999, moriría asesinado el ya vicepresidente Argaña.

El candidato del coloradismo, electo presidente en 1999, fue Raúl Cubas Grau, quien reemplazó a quien había logrado ganar las primarias coloradas, Lino Oviedo, pero fue imposibilitado de ser candidato por la condena a prisión. Sólo habremos de agregar que la Corte de Justicia había estado prolijamente controlada por el gobierno, repartiendo sus puestos no sólo a colorados sino incluso a opositores funcionales al régimen.

El partido colorado, con Grau como candidato, ganaría nuevamente las elecciones y muchos se preguntaban cómo podía ser que una organización tan desprestigiada públicamente pudiera seguir engordando sus bolsillos con legitimación electoral. Quienes se sorprendían pertenecían seguramente al mundillo de opinión capitalino, desconociendo u olvidando que el interior del Paraguay seguía igual de “preso” del régimen colorado como cuando la dictadura. La mayoría del pueblo no elegía, votaba. Para ilustrar este punto, apuntamos un dicho del colorado de la época de las cavernas, Argaña, que afirmaba: *“aunque el candidato colorado fuera el Pato Donald, habría que ir a votarlo”*. Por lo demás, fuera de la capital, los opositores tenían muy poco arraigo, por razones similares y otras relacionadas con su formación más citadina.

El asesinato de Argaña daría por tierra con toda pretensión de una transición tranquila, en la cual se había querido imitar infructuosamente al Chile post pinochetista, que reciclaba antiguos amigos de la dictadura en nuevos formatos partidarios e impedía con un corset constitucional una verdadera apertura democrática. Uno de los ministros de Economía de Pinochet, Hernán Büchi, fue precisamente asesor directo de Wasmosy.

Cubas Grau, el nuevo presidente era, pese a su actual y enconada oposición sectorial, del mismo cuño de Wasmosy. Ingeniero electricista, fue presidente de C.I.E. (Consorcio de Ingeniería Electromecánica) hasta 1977, proveedor - ¡oh sorpresa! - de productos para plantas hidroeléctricas y luego de Concret Mix, cementera especializada en grandes obras de infraestructura. Cubas estaba afiliado al coloradismo desde 1961 y había hecho una fortuna en la era stroessnerista.

Si el gobierno de Wasmosy había pretendido “limpiar” los principales puestos de gobierno y el ejército de elementos oviedistas, Raúl Cubas

Grau, quien asumió en nombre del general preso, puso presuroso manos a la obra en sentido inverso. La puesta en libertad de Oviedo y la nueva purga en la cúpula militar a favor de esta facción, pusieron a su vez en pie de guerra a los rivales argañistas y wasmosistas. En este clima ocurre el atentado que cuesta la vida a Argaña, señalando muchos hacia Oviedo y su sector como instigadores y ejecutores. Se realiza una gran manifestación popular en repudio a Oviedo y al presidente títere, produciéndose una fuerte represión que apuntaba a generar tensión para una salida golpista que fortaleciera al binomio Cubas-Oviedo. Sin embargo, en vista del amplio rechazo popular, que ya veía en el horizonte los nubarrones de antiguas guerras civiles y gobiernos cimentados en la fuerza militar o policial, el Congreso destituye a Cubas Grau, quien se exila en Brasil. Oviedo, ante la tensión reinante, obtiene refugio en la Argentina de Menem. González Macchi, presidente del Senado y por supuesto colorado, asume provisionalmente y constituye un gobierno de “unidad nacional” con anuencia y participación de los otros partidos representados en la Asamblea, el PLRA y Encuentro Nacional.

González es hijo de un ministro del stroessnerismo, que había sido anteriormente jefe de policía en los años 60'. Él mismo había sido funcionario de segundo nivel del régimen, bajo el paraguas paterno. Un verdadero sobreviviente del coloradismo puro, reciclado para las formalidades políticas de fin de siglo y parte del círculo íntimo del grupo de Argaña, que conservaba intactas las “viejas tradiciones” - y mañas. A este sector pertenecía también quien luego fue el sucesor de González Machi, Nicanor Duarte Frutos - quien había desertado del Wasmosismo durante el cual ejerció como ministro de Educación.

González Macchi es confirmado por la Corte para terminar el mandato incompleto hasta 2003 y dicha decisión es vista con aceptación por las mayorías que querían una señal nítida contra el golpismo oviedista. La compleja trama de la historia política paraguaya asombraba una vez más a quienes no estaban consustanciados con ella: un funcionario con pasado en una larga y sangrienta dictadura era ratificado como freno a las apetencias de un nuevo “dictador en potencia”.

Pero las intrigas continuarían. Oviedo primero fue prófugo en la Argentina ya sin su socio Menem, luego detenido en la triple frontera del lado brasileño y encarcelado a la espera de su extradición a Paraguay, que fue finalmente denegada por la Corte brasilera. Pero todo esto no impidió el acecho golpista, ya que tenía seguidores en distintos estamentos institucionales. A esta fragua de maniobras políticas que

no cesaba, se sumó también el PLRA - quien había participado un tiempo del “gobierno de unidad”, posicionando a su líder Franco como nuevo vicepresidente electo en reemplazo de Argaña. Esta fue la primera elección directa en que el Partido Colorado fue derrotado, pero el análisis indica que la facción UNACE - perteneciente al mismo partido y comandada por Oviedo - fue la principal causa de la victoria del opositor.

Más allá de este teatro de sombras político, el pueblo volvió a tomar las calles, esta vez en defensa de sus propios intereses. La situación social era nuevamente insostenible con un desempleo en el 18%, inflación y bajos salarios. La explicación de cómo Paraguay se reencontró con su viejo paisaje de miseria es sencilla. La burbuja neoliberal y el espejismo de progreso que generaron las grandes obras hidroeléctricas y algunas otras relacionadas con la renovación de la vetusta infraestructura general, fue efímera. Los fondos y créditos no se invirtieron en industria que pudiera dar al menos salario permanente a muchos y al terminarse los fabulosos negocios - que fluyeron en gran medida a las cuentas de los empresarios y políticos que se habían hecho con el botín, todo volvió más o menos al estado anterior. Por lo demás, la corrupción seguía mostrando su condición de pandemia, mostrándose ahora en las caras de personas cercanas al gobierno de González Macchi.

Se acercaban las elecciones del 2003 y Nicanor Duarte Frutos, dos veces ministro de Educación y Cultura, primero con Wasmosy y - luego de su paso al argañismo - en el gabinete de Gonzalez Macchi, terminó fustigando duramente a éste, conforme se acercaba la nominación del nuevo candidato colorado y posible presidente, o sea él mismo. Por enésima vez ganaría el partido Colorado, esta vez con la ideología generalizada del mal menor. La constelación que se presentaba era la siguiente: por un lado Oviedo, quien estaba impedido legalmente, promovía a sus personeros y contaba con amplio respaldo popular sobre todo en el campesinado - lamentablemente afecto en Paraguay - a estas figuras de patrón de hacienda. El argañismo, encarnado en los hijos de Luis Argaña, representaba sin cortapisas al pasado stroessnerista. La oposición estaba dividida entre la “oposición tradicional” liberal-encuentrista y nuevos movimientos con menor peso electoral (Patria Querida, Partido Humanista y otras fuerzas de izquierda) pero asumiendo con bríos por fuera de las corruptas estructuras políticas, los nuevos desafíos de un Paraguay que necesitaba por fin algo de

democracia y pluralismo real.

Duarte era un camaleón político de la era posterior a la dictadura y que se había encaramado hasta los máximos niveles del partido sin el pesadísimo lastre de muchos funcionarios como Macchi. Era el candidato perfecto para EEUU y Brasil para llevar a Paraguay al final de la transición post dictatorial. Y así fue. Simbólicamente Stroessner moriría en Brasilia en 2006, durante la presidencia de Duarte Frutos.

Lo que no moriría era el denso mundo de los oscuros negocios que reinaba en Paraguay desde décadas. Esta selva que se extendía al margen de toda legislación y que había germinado y florecido espléndidamente a la vera del estado paraguayo clientelista colorado y dictatorial, había llegado al punto de minar absolutamente la capacidad de acción (y de pago) precisamente del Estado. Los ingresos del fisco paraguayo se estiman en un cuarto del volumen real que deberían tener las obligaciones fiscales según el producto interno. Así, la educación y la salud pública, nunca demasiado atendidas aquí, no obtendrían mejora alguna. Pero el mismo clientelismo político ya no tendría base alguna para su proceder y sería declarado “insolvente”.

He aquí el único motivo real - más allá de todas las declamaciones habituales de tribuna preelectoral referida a la “lucha a muerte contra la corrupción” - por el cual Duarte podría haber tenido interés en, al menos, reducir el porcentaje de zonas grises comerciales que alberga Paraguay. El sistema era ya añejo y estaba en bancarrota, poniendo trabas a la continuidad conservadora en el poder y había que reemplazarlo. Pero era demasiado pedir a alguien que precisamente había llegado a la cima del poder político a través de la intensa vida cortesana, mentirosa y moralmente corrosiva del partido colorado. “Nicanor” quiso impulsar una reforma que le permitiera proponerse como candidato nuevamente, pero la ciudadanía se opuso con fuerza a tal intento.

Para la elección de 2008, que gana finalmente un obispo “retirado”, ligado a las iglesias de base campesinas, se da un hecho curioso: la candidata oficialista, también ministra de educación como Duarte previo a su presidencia, es una mujer, Blanca Ovelar, género poco habitual en el ultramachista escenario paraguayo. Su contrincante, un religioso de centroizquierda. La comparación con la dupla que por la misma época tiene delante el electorado demócrata de los EEUU en sus primarias, es arriesgada pero no fortuita. Hillary Clinton, “oficialista” por decirlo de algún modo, y Barack Obama, un senador de piel negra con fuertes dotes de oratoria que recuerda a muchos pastores bautistas,

son personajes que simbolizan, más allá de la ideología, a sectores antaño excluidos del juego político convencional. Lo mismo que Evo Morales, lo mismo que Lula. Negros, indígenas, mujeres, obreros, religiosos, todos van conquistando terreno y hacen oír su voz. A pesar de las desgracias, cierta democracia parece abrirse paso.

Monseñor Fernando Lugo, obispo emérito de San Pedro, es suspendido en el transcurso de la campaña electoral “a divinis” por el Vaticano, suspensión con la que ya fuera sancionado Jean Bertrand Aristide, religioso convertido también en presidente haitiano. La Iglesia católica destaca la incompatibilidad de la función sacerdotal con la política, pero se frota las manos de placer cuando uno de los suyos accede a una posición de poder temporal - igual que el suyo. Esto es así, aunque su discurso provenga de una rama secundaria - como la teología de la liberación - tolerada por Roma, porque evitaba la fuga total de las juventudes de los sesenta y setenta hacia el “marxismo ateo”. Por lo demás, es curioso constatar que Duarte Frutos había sido el primer presidente no católico, perteneciente al credo menonita y que Paraguay, al igual que todos los países de Latinoamérica recibía por estas épocas enjambres de pastores evangélicos apoyados en gruesos fajos de dólares provenientes de las congregaciones del Norte anglosajón. Así las cosas, la “interna” religiosa se sumaba a la ya complicada interna política.

El coloradismo va a las elecciones del 2008 dividido entre dos siglas, la propia, representada por Ovelar y la del partido que funda Oviedo para presentarse por fuera de la estructura formal controlada por sus detractores.

Fernando Lugo resulta electo, mayoritariamente apoyado no sólo por movimientos sociales progresistas sino por distintas fuerzas de oposición y esto lo fortalece posibilitando la derrota colorada pero introduce a la vez un elemento de debilidad en su futuro gobierno, merced a la heterogeneidad de dicha Alianza, compuesta hasta por aquellos que recientemente pactaban con el coloradismo oviedista para posicionarse mejor en el candelero político. Pero por supuesto que el principal nubarrón en el horizonte de Lugo será la avidez que mostrará la “Alianza Republicana Nacional-Partido Colorado” en volver a recuperar un poder que consideran suyo “a divinis”.

Más allá de toda especulación posterior y la certeza de que el cáncer político paraguayo no se ha extirpado aún, el pueblo respira hondo con la victoria de Lugo. Setenta y un años de ininterrumpida dictadura colorada llegan a su fin.

Síntesis

Paraguay ha vivido en la segunda mitad del siglo XX un sistema de poder autoritario y centralizado donde se ha combinado un partido único, clientelista y corrupto, con fuertes semejanzas al PRI mejicano, con una salvaje y cruel dictadura de 35 años, comparable con el somocismo nicaragüense o el duvalierismo haitiano.

Esto ha encajado en el contexto de un profundo sometimiento cultural, legado de la nefasta historia colonial y de un pueblo diezmado por guerras genocidas durante los siglos XIX y la primera mitad del siglo XX.

La dictadura fue la reproducción a escala paraguaya de la ideología nazi de la guerra, alineada con la política anticomunista estadounidense de la posguerra. Cierta desarrollismo económico que se desplegó en otros lugares en situaciones similares no llegó al Paraguay, manteniendo éste su crónica debilidad en este campo, generando una fuerte dependencia del centralismo estatal y abriendo las puertas a una extendida economía clandestina.

A partir de los años 90', el auge internacional del neoliberalismo encuentra a las facciones herederas del stroessnerismo en feroz pugna por los puestos de poder claves, las jefaturas de la trilogía “gobierno-ejército-partido” en los que se había asentado el régimen dictatorial. Esta poco civilizada pugna cuyo objeto es el reparto de un Estado, al que por mandato externo debían “liquidar”, lleva al Paraguay al borde del absurdo de una nueva guerra civil, que es evitada en gran parte por el desinterés de EEUU y Brasil en que dicho conflicto se agrave.

A estas alturas, muchos paraguayos han elegido el éxodo a otros países en búsqueda de mejores posibilidades y la oscura trama de negocios fuera de la ley han tomado grandes dimensiones. A comienzos del nuevo milenio, asume el último presidente del partido colorado, de una generación más joven y menos comprometida con el pasado dictatorial, pero con similares artimañas poco democráticas.

En el año 2008, luego de setenta y un años de gobiernos colorados, se produce la elección de un religioso, en el que, al igual que en el Haití posterior a la dictadura, muchos fundan sus esperanzas de cambio, cambio que se producirá sólo si el pueblo logra afirmar su participación y superar hábitos de dependencia y acostumbramiento a la violencia y

la vejación.

PERÚ

Para ponderar correctamente la situación política que encontraremos a inicios de los años 50', década que hemos fijado para el comienzo de nuestro estudio comparado, tendremos que establecer algunas consideraciones previas.

Perú es un país vasto y ya desde la época de la conquista, afiebró la mente de muchos en pos de riquezas materiales. La avidez y la ensoñación propietaria de una soldadesca al mando de "adelantados" de paupérrimo origen, verdaderos exiliados como lo fueron Pizarro y Almagro, crecía con cada palmo de territorio que avanzaban. El Imperio que se encontraron, era - a diferencia de lo que señala el romanticismo y la reivindicación histórica motivada por el maltrato que a su vez le fue infligido a los pueblos indígenas - un imperio sanguinario y conquistador. Una buena parte de la dominación española del territorio se da precisamente por la alianza que se establece con comunidades indígenas sometidas por los Incas. La extensión que había alcanzado por la época dicho Imperio constituirá, luego de algunas secesiones en el Norte y el Sur, la amplitud del posterior Perú.

Ese imperio, conocido como Tahuantisuyo (las cuatro regiones que abarcaba) es reivindicado como fuente de identidad por los pueblos habitantes de las zonas andinas, fundamentalmente quechuas y aymaras, en Ecuador, Perú, Bolivia, norte de Chile y Argentina. La en la actualidad muy conocida wiphala, bandera de siete colores en cuadrados diagonales, es un símbolo del Collasuyo, región meridional del imperio y habitada por aymaras. Como es sabido, la capital de dicho imperio estaba en Cusco ("ombbligo del mundo") donde confluían las cuatro regiones.

La historia del imperio incaico es en realidad muy corta y no tan "milenaria" como proponen modernos prospectos turísticos. Al igual que los posteriores invasores europeos, el fundador del Cusco, Manco Capac habría nacido en el transcurso de un éxodo, escapando desde el Sur de las tribus collas, y estableciéndose en el valle de Cusco luego de derrotar a otras tribus locales. Pero es Pachacutec quien funda el imperio hacia 1438, siendo la duración del mismo de unos cien años, hasta la muerte de Atahualpa en 1533.

De este modo, el éxodo y la conquista son la condición de origen de toda la historia del Perú desde aquellos tiempos. La rapiña sobre

los recursos naturales y la explotación humana son el método que aumentaría exponencialmente a partir de la llegada de los españoles.

Lima se establece como la capital de los dominadores por su cercanía al magnífico puerto del Callao, desde donde se transferirían las extirpadas riquezas hacia Europa. De este modo queda establecida la permanente división morfológica - y en cierta medida también cultural - entre la costa y la sierra, similar a lo ocurrido en Ecuador. En la costa vivía el poder, la burocracia, el mestizaje, posteriormente enriquecido por africanos llegados en condición de esclavos. En la sierra, los pueblos indígenas, la cultura quechua, el sometimiento pero también la rebelión (Tupac Amaru II, 1780 en Cusco, Tupac Katari, 1781 en La Paz).

Luego del inmenso saqueo mineral, hacia fines del siglo XIX, el guano y luego el salitre aparecen como importantes recursos para el abono de una tierra agrícolamente desgastada en el viejo Continente. Los ingleses, establecidos ya con potencia en Chile y con fuertes intereses económicos en la explotación de esos fertilizantes en la región sur de Perú y Oeste de Bolivia, ven en ciertos programas fiscales del por entonces presidente Hilarión Daza (Bolivia) una amenaza para sus concesiones, que no dejaban nada al erario público y al desarrollo local. Por otra parte, Perú había firmado contrato con la Casa Dreyfus (judeo-francesa) para la exportación directa del guano a Europa sin intermediaciones. La guerra del Salitre o del Pacífico anexiona el desierto de Atacama a Chile, coartando a Bolivia su salida marítima, cercenando a su vez el territorio peruano y dejándolo sin su principal fuente de ingresos. El gobernante peruano era por aquellos tiempos el general Mariano Prado, padre de quien encontraremos en la presidencia en 1952, Manuel Prado Ugarteche, en nombre de los intereses conservadores.

Toda la región latinoamericana se convulsiona por estas épocas por los conflictos de dominio territorial y de recursos estratégicos. El capitalismo industrial fagocitaba porciones cada vez más importantes, avanzando decididamente.

La minería y sobre todo, la extensión de los ferrocarriles para transportar las materias primas con velocidad hacia los puertos eran fuentes de trabajo primarias para la población. De las pésimas condiciones laborales existentes, de la repulsión a la excluyente plutocracia que gobierna, del rechazo a la dominación del capital extranjero dominante y de la indignación que suscita la degradación de todo elemento “criollo” peraltando lo foráneo, surge en Perú una fuerte

combatividad obrera, la fundación de los primeros sindicatos y las dos vertientes ideológicas conocidas, el marxismo y el corporativismo, que a partir de 1928 se convertirían en tres. Allí se escinde el movimiento obrero.

Por un lado estaba el APRA, (Alianza Popular Revolucionaria Americana) fundada por Victor Haya de la Torre, un movimiento antiimperialista influenciado por la revolución mejicana, que luego de inicios combativos derivó hacia la socialdemocracia, llegando a nuestros días alineado con el imperialismo norteamericano y la derecha local. Impulsado por el pensamiento de uno de los teóricos más importantes del marxismo latinoamericano, José Carlos Mariátegui, surge la corriente comunista, conocida inicialmente como Partido Socialista Peruano. Por último, el fascismo se articularía en la Unión Revolucionaria de Miguel Sánchez Cerro, presidente entre 1930 y 1933 y oriundo de la norteña Piura. El primer presidente mestizo, militar descendiente de antiguos esclavos malgaches, reprimió duramente a las dos corrientes citadas, siendo asesinado precisamente por un militante aprista.

Luego de un breve período democrático, gobernado por el conservador Prado Ugarteche y su sucesor Bustamante y Rivero, que había posibilitado el retorno del APRA a la vida legal del país, llega nuevamente la cancelación de las libertades cívicas de la mano del general Manuel Odría, quien ha sido fuertemente comparado con Perón y otros líderes de la época de orientación nacionalista y populista.

En ese “ochenio” odríista entonces arranca nuestro relato. La motivación del golpe a través del cual Odría derroca a Bustamante se encuentra ciertamente en el importante arraigo alcanzado por el aprismo en aquel período y que hacía temer a los grupos de poder locales y extranjeros por sus posiciones. Sin embargo, su política de concesiones sociales disgustó crecientemente a esa oligarquía que - en conjunto con la presión norteamericana que terminaría derrocando a Arbenz en 1954 y a Perón en 1955 - retiró el apoyo a Odría, forzando las elecciones que darían el mandato nuevamente a Manuel Prado Ugarteche.

Esta presidencia conservadora es apoyada por Haya de la Torre y su partido, en lo que representa ya un viraje radical de esta agrupación que había surgido con la idea una Indoamérica liberada. A partir de allí el APRA ya no sería proscrito, si bien su líder, al igual que en su primera postulación previa al golpe de Sanchez Cerro en 1930, sería nuevamente frustrado de acceder a la presidencia en 1962 por el golpe

que ejecutan los militares Pérez Godoy y Lindley López.

Guardaría razón el ya extinto Mariátegui, quien veía en la democracia burguesa una farsa apoyada en el gamonalismo falsamente regional. Este término tenía para el combativo periodista autodidacta la significación de aquellos cacicazgos locales tan conocidos en toda Latinoamérica, que eran funcionales a los gobiernos centrales oligárquicos a cambio de conservar su parcela indiscutida de poder feudal. Guardaría razón también su ex compañero Haya de la Torre, cercano ahora a las posiciones de la democracia social, acerca de que la revolución propugnada por el marxista de Moquegua tampoco era viable en el Perú regentado por las milicias y vigilado estrechamente por el imperio.

En el horizonte político peruano aparecía también por aquellas épocas un movimiento conservador ecléctico no clasificable en las categorías anteriormente comentadas. Era el partido Acción Popular, producto de las nuevas juventudes urbanas que propugnaban modernización y democracia. Seguramente el influjo del creciente desarrollismo, cierto ideario liberal y la necesidad de producir una alternativa al conservadurismo tradicional con cierto tinte popular, impulsó a esta formación. El entonces joven arquitecto Fernando Belaúnde Terry se promovía como contracara de los viejos esquemas representados por Haya de la Torre y Odria, ahora devenido candidato por su Unión Nacional Odriista y se constituiría en el recambio modernizado del viejo sistema de poder.

El padre de Belaúnde Terry, quien pertenecía a una familia acomodada del Sur, había sido ministro de Bustamante y Rivero. Fernando había recibido su formación escolar en Francia, alejada su familia del Perú durante el ochenio odriista, completando sus estudios universitarios en EEUU, donde quedó seguramente influido por la recuperación norteamericana del New Deal de Roosevelt luego del crack de 1929.

El New Deal (nuevo trato o contrato) era una serie de medidas económicas basadas en las apreciaciones del economista británico John Maynard Keynes, que tuvieron fuerte influencia en todo el desarrollo posterior de la economía mundial. Keynes destacaba la necesidad de aumentar el consumo general de la población y para ello, proponía el incremento inicial del gasto estatal, fundamentalmente en obra pública, para minimizar el desempleo y el subconsumo resultante.

Esta teoría no sólo sirvió de base a la economía norteamericana de preguerra, con importante inversión pública, sino que fue el punto de partida de la política cepalista de sustitución de importaciones, el desarrollismo y la Alianza para el Progreso, que dominaron el escenario económico y político de Latinoamérica desde el final de la segunda guerra mundial hasta finales de los años 60', por lo que seguramente volveremos sobre esto en los capítulos finales.

Regresando al cauce de nuestro relato, en el Perú, los tres candidatos habían llegado con preferencias similares a las votaciones de 1962. El Aprismo, con el 33% se disponía a apoyar a su antiguo perseguidor, el dictador Odría (quien obtenía 28%) para evitar que asumiera Belaúnde Terry (32%). Las Fuerzas Armadas consideraron necesario intervenir e instalan dos interinatos hasta que una nueva elección, en 1963, encumbra a Belaúnde Terry a la presidencia apoyado no sólo por su partido sino también por los demócrata cristianos e “inoficialmente” por los comunistas, que por seguir aquella directiva frentista del stalinismo antifascista de los años 30', habían perdido ya todo carácter revolucionario. Precisamente en 1963, - y exactamente como en otros puntos de la región estimulados por la gesta castrista y guevarista - un grupo de jóvenes decepcionado con la práctica burocrática del comunismo vernáculo, organiza el Ejército de Liberación Nacional como primera guerrilla en el país.

El panorama era claro. La intención militar del golpe respondía, al igual que en todos los otros puntos de la región, al plan para frenar la oleada generacional de apoyo a la guerrilla revolucionaria y evitar el plegamiento de las masas a tales organizaciones. Odría, el líder militar de los 40', no respondía al criterio de alineamiento firme con USA (como en el caso de Somoza y Stroessner), por lo que no podía encomendársele la tarea. Se recurría entonces al esquema de “bipartidismo excluyente”, a imagen y semejanza del sistema político norteamericano, donde dos caras formaban una sola moneda. Era el caso del liberal-conservativismo en Colombia. En Perú, ello significaba una “socialdemocratización” aprista, es decir su aproximación al centro político abandonando consignas radicales y el fortalecimiento de Acción Popular (el partido de Belaúnde) como derecha moderada y democrática compartiendo el subibaja electoral y gubernamental. Sumado al apoyo modernizador de la Alianza para el Progreso, la ecuación debía resultar en un aislamiento de izquierdas y derechas, debilitando su base popular y minando todo intento extremo de transformación. Finalmente, nada

de eso sucedió.

Por supuesto que tanto el aprismo como el acciopopulismo recurrían en su folclore a una fuerte ideología “peruanista”, que reforzaba el rechazo a las ideologías “foráneas” (como el marxismo y el fascismo), disfrazando su alineamiento imperial con algunas frases antiimperialistas y ciertas medidas que combinaban antiguas prácticas locales, arraigadas aún en la población originaria.

Una de ellas, a modo ilustrativo, era la utilización por parte del gobierno de Acción Popular de un concepto típico de la economía incaica, la “minka”, red denominándola como Cooperación popular. Las obras públicas que desarrolló ese gobierno se sustentaron en la colaboración del pueblo en concepto de mano de obra solidaria con objetivos de bienestar general (ese era la primigenia acepción de la “minka”), financiando con fondos externos el material necesario. Esta utilización de concepciones económicas originarias ya había estado presente en la colonia, donde la “mita” incaica, sistema de colocación de trabajadores a favor de un estado o gobernante, fue brutalmente utilizada en el sistema de “encomienda” española, especie de esclavitud con escrúpulos de conciencia que fue luego abolida para pasar a la importación de esclavos (ante la mortandad generada en los pueblos indígenas por las pestes europeas y las guerras de conquista) sin escrúpulo alguno. Los negros en el Perú pertenecen a la descendencia de esa segunda etapa.

Volviendo al gobierno de Belaúnde, la declarada intención de producir una reforma agraria, aún moderada, que liberara tierras en mano de latifundistas para su explotación más intensiva por parte de pequeños propietarios y cooperativas, no se llevó a cabo. La idea de esta reforma era romper con la posesión territorial heredada desde la colonización, recogiendo frutos de desarrollo, ampliando para sí el apoyo popular de la población rural indígena y mestiza y, ya en términos de estrategia política, cortando de raíz el alimento a alzamientos campesinos (como el liderado por el trotskista Hugo Blanco) sobre todo en el sector serrano, donde el descontento con la política “pituca” (aristocrática) de los costeños estaba siempre latente y había derivado en múltiples levantamientos en el pasado. La alianza non sancta de apristas, odriístas y terratenientes se opuso a tales planes y Belaúnde se concentró en los planes de desarrollo “tradicionales”: viviendas, caminos, infraestructura energética.

Precisamente el desarrollismo industrialista y la extensión de

consumo en el mundo, hicieron del petróleo un factor estratégico, negocio que en el Perú estaba en manos de la multinacional norteamericana IPC. Pero el Estado, cada vez más endeudado crediticiamente - y ya sin el apoyo inicial de los fondos de la Alianza para el Progreso - también quería ser parte del asunto, por lo cual se procede a cierta revisión de las concesiones otorgadas, cuya historia es digna de ser mencionada brevemente para dar contexto. La International Petroleum Company era subsidiaria de la Standard Oil, fundada por el clan Rockefeller en 1879 en Ohio, que impulsó primero el agresivo expansionismo de fines de siglo XIX y dictó luego gran parte de la política norteamericana del siglo XX en defensa justamente de dicho interés transnacional.

En el Perú, la IPC reemplaza a la exploración y comercialización británica durante el oncenio de gobierno dictatorial de Augusto Leguía (1919-1930), obteniendo más de cuarenta mil propiedades, de las cuales, según los estudios posteriores, sólo pagaba impuestos por diez. El negocio petrolero se centró por aquellos años en el enclave de Talara en el norteño departamento de Piura, del cual era oriundo el general Velasco Alvarado, de quien hablaremos algo más adelante.

En los 60' se extendió el clamor por la nacionalización de tan importante recurso y el cobro de una deuda - en concepto de impuestos no abonados al Estado por la multinacional - cifrada en 600 millones de dólares. El gobierno de Belaúnde produjo una falsa nacionalización que permitía que la compañía siguiera comercializando el petróleo y fuera eximida de pagar la deuda. Como contrapartida, los pozos y el suelo volvían a propiedad peruana, pero la página del contrato que estipulaba el precio a pagar por la IPC al Estado por el crudo no refinado se "extravió".... Las Fuerzas Armadas, al comando de Juan Francisco Velasco Alvarado, edecán de Belaúnde, derrocan a éste, quien se exila en Argentina.

En 1968 comienza un período de dictadura militar nacionalista, absolutamente concomitante con la revolución torrijista en Panamá. Como dato significativo, el golpe en Perú se produce el 3 de Octubre de ese año, la destitución de Arias en Panamá a manos de Martínez y Torrijos, sólo ocho días después. También se inscriben en este cuadro Ovando Candía y Torres González en Bolivia y posteriormente el gobierno de Lara Rodríguez en Ecuador.

Velasco Alvarado emprende un fuerte programa de nacionalizaciones, estatizaciones y también una importante reforma agraria. La restricción a la prensa y a la actividad política es total. El Perú recupera la

soberanía real sobre el petróleo y otros recursos estratégicos, al tiempo que se produce una importante reforma educativa. Inmediatamente el gobierno es boicoteado por EEUU por las expropiaciones y el nuevo curso diplomático que incluiría un creciente relacionamiento con la URSS y Cuba, con quien Velasco restablece relaciones diplomáticas en 1972.

Esto era más de lo que el departamento de Estado yanqui podía soportar, una nueva oleada de nacionalismos no controlados que, si bien no se alineaban directamente con los soviéticos, se independizaban de su influencia fortaleciendo el bloque de los países no alineados. El ejemplo cundía y debía ser abortado. Luego de un intento de envenenamiento, Velasco sufre la amputación de su pierna. Por esos extraños reflejos históricos, Mariátegui, el inspirador de la izquierda peruana, también sufrió la amputación de una pierna y murió en 1930 a causa de ello. El general nacionalista fallece en 1977, pero dos años antes se produce el Tacnazo, alzamiento militar liderado por Francisco Morales Bermúdez, quien produciría el relevo militar y una segunda fase de la revolución hacia la derecha.

Morales Bermúdez había sido Jefe de Estado Mayor durante la presidencia de Velasco Alvarado. Su gobierno se desarrolla ante el embate de una creciente presión social, producida en el descenso de la euforia socializante. Los precios del crudo caían internacionalmente y ya los recursos para grandes políticas sociales eran menores. Por otra parte, la economía centralista sufría los habituales desmanejos y la cooperativa se veía enfrentada con siglos de viejos hábitos de dependencia. Políticamente, la izquierda sumergida denunciaba a la dictadura como un freno a la verdadera revolución y los nuevos vientos democratizantes que soplaban desde el Norte encontraban resistencia en gran parte del cuadro militar, reticente a devolver el poder a los civiles. En lo que hace a la represión, si bien existió, no es comparable con el genocidio que se producía en otros puntos. Por eso se consideró a este período una especie de “Dictablanda”. Perú no fue participante activo del Plan Cóndor, en el que estuvieron involucrados en la época los sanguinarios regímenes de Argentina, Chile, Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay. Sin embargo, Morales Bermúdez ha sido recientemente acusado de colaborar puntualmente con la dictadura argentina. En todo caso, el general Morales tampoco hizo nada por detener a sus pares militares del Cono Sur, con algunos de los cuales había compartido aula en la década del 50’ en la Escuela Superior de

Guerra argentina, posterior a la revolución Libertadora que derrocó a otro general nacionalista, Juan Domingo Perón. Esta escuela fue la principal instructora de militares latinoamericanos en técnicas de tortura - junto a otras crueldades - importadas de las tácticas francesas delineadas por los oficiales Trinquier y Aussaresses e implementadas en las guerras de Indochina y Argelia. Dichas técnicas fueron traídas por el egresado de la Escuela militar de París, y a partir de 1957 subdirector de la Escuela de Guerra Argentina, general argentino Carlos Rosas. Esta funesta institución, junto a la Escuela de las Américas en Panamá, constituyeron los ejes centrales de los mecanismos de instrucción contrainsurgente en la guerra institucional que se desarrolló entre los años 60' y los 90' en la región.

Morales Bermúdez concedería la apertura a nuevas elecciones, de las cuales saldría un nuevo viejo presidente: el ya conocido Fernando Belaúnde Terry. Muchos peruanos consideraban que este mandato sería la continuación del abortado en 1968. Sin embargo, los doce años transcurridos habían cambiado todo.

Belaúnde tendría enfrente una montaña de deudas, una derecha presionando por desestatización, el silencio impuesto por los militares al pasado reciente, y un pueblo que, ante las primeras medidas privatistas, se volcó justificadamente a la protesta. Por otra parte, el ya anciano acciopopulista tuvo que vérselas con el fuerte éxodo campesino que se dirigía desde las montañas hacia el llano, hacia la periferia de las urbes, el cual derivó en la formación de imponentes asentamientos informales y en un colapso total de la infraestructura de Lima y otras ciudades menores. Esta migración fue potenciada por la guerra que inició Sendero Luminoso, la guerrilla maoísta liderada por Abimael Guzmán, que incrementó su accionar desde la Sierra de Ayacucho, replicando el tradicional ciclo de revueltas desde el Ande. Al mismo tiempo, otra guerrilla marxista (MRTA, Movimiento Revolucionario Tupac Amaru), pretendía incendiar los ánimos campesinos hacia la revolución armada.

Los terrorismos revolucionario y estatal llegaron por esta época a su máxima expresión. Sendero Luminoso se consideraba el verdadero heredero del pensamiento del “Amauta” Mariátegui, pero resultaba una adaptación local del pensamiento maoísta, que había redefinido la revolución luego de la experiencia soviética y china, donde el campesinado - al contrario de las predicciones de Karl Marx en el fragor de la revolución industrial acerca del vanguardismo proletario

- había tenido un papel preponderante en las victorias revolucionarias de 1917 y 1949 respectivamente.

Sendero estaba inspirado por el ejemplo del Khmer Rouge de Pol Pot, quien en la lejana Camboya había producido un régimen de brutalidad y de obediencia ciega, que costó la vida a más de un millón de personas. Esta monstruosidad - que duró cuatro años (1975 - 1979) - era un subproducto de la monstruosa guerra de Indochina en los años 50', que se libró contra el monstruoso colonialismo de la ilustrada Francia en la región - y de la continuación de aquella monstruosidad por los norteamericanos en la guerra de Vietnam, donde se pretendía "unificar" a Vietnam bajo un régimen capitalista. Vladimiro Montesinos, jefe de Inteligencia peruano y colaborador de la CIA, utilizaría en el transcurso de este período en el Perú, como ya comentamos, tácticas represoras francesas utilizadas en la guerra de Indochina, perfeccionadas por la guerra contra el Viet Cong en los 60', que había aprendido en la Escuela de las Américas.

Desde esa perspectiva, que por lo menos desde la teoría asentaba en el molde de la rebelión campesina contra la plutocracia local de la costa, figura repetida desde la independencia colonial peruana, el profesor universitario Abimael Guzmán (quien también provenía de la costa arequipeña, igual que Belaúnde) dirigía un grupo que mataba a mansalva todo lo que no le fuera absolutamente leal. Así, no sólo soldados y policías, sino muchos civiles campesinos - acusados de colaborar con el bando rival - y hasta miembros de la guerrilla tupacamarista cayeron en este oscuro sendero. La represión estatal no fue mejor. Se estimó en cerca de setenta mil la pérdida de vidas humanas en esta guerra terrorista. Poco, si se compara con las millones de vidas que costaron en el lejano Oriente las guerras en Indochina y Vietnam en el período llamado "Guerra Fría". Demasiado, si se eleva el valor de la vida humana por encima de cualquier ideología y sobre todo, de cualquier interés imperial de poder que ha sido desde siempre, el verdadero motor de todas las atrocidades.

Los modales refinados de Belaúnde no alcanzaron para moderar, ni mucho menos detener el caos reinante y en las elecciones de 1985 su partido fue prácticamente barrido de la escena política peruana.

Había llegado el tiempo del aprismo, en la figura de Alan García Pérez. García era aprista desde su nacimiento, estando en aquel momento su padre en la cárcel del dictador Odría. Fue parte del grupo de jóvenes que formó Haya de la Torre hacia el final de sus días y en

el cual, además de Alan, participó su coetáneo Victor Polay Campos, quien tiempo después se convertiría en dirigente del Movimiento Revolucionario Tupac Amaru, guerrilla guevarista que constituiría junto a Sendero Luminoso, uno de los principales problemas del gobierno aprista.

García, de jóvenes treinta y seis años, tomó inicialmente en serio el mandato recibido del pueblo, con la idea de contener la ola privatizadora que había iniciado su antecesor Belaúnde, restringir los pagos de la deuda externa y no ceder a las presiones de los organismos de crédito internacionales a fin de dismantelar el Estado. Su reformismo socialdemócrata se estrelló contra la hiperinflación que barrió con toda promesa de mejora en la vida diaria de los peruanos, sobre todo, de los menos favorecidos.

La hiperinflación, que por aquella época dinamitó también el gobierno de Alfonsín en Argentina, el de Sarney en Brasil, el de Siles Zuazo en Bolivia y varios otros, fue un fenómeno íntimamente ligado al tema de la deuda externa de los países “en desarrollo” y del cual, en razón de su estructuralidad e influencia en los fenómenos políticos de aquel momento, nos ocuparemos en los capítulos dedicado a las relaciones y al proceso general.

Digamos simplemente que en el caso de Perú, la baja de los precios internacionales de las materias primas exportadas, el encarecimiento del crédito internacional y la dependencia local de recursos estatales agotados (en parte por la misma inflación), hicieron que los precios se desbocaran, la especulación floreciera, apareciera la escasez de productos básicos y los salarios se convirtieran casi en limosnas.

Tal situación favoreció la firme intención desestabilizadora de las guerrillas, quienes aumentaron significativamente su presencia y el volumen de sus atentados por la época. Por si todo esto fuera poco, la corrupción afloró en los ámbitos de gobierno y la represión se incrementó. Esta no era la prosperidad que habían esperado los peruanos y el gobierno socialdemócrata de García terminó en una situación caótica.

El generalizado viento político antiestatal y antipartidista de la época, fomentado desde los centros de poder y facilitado por las conductas de la partidocracia tradicional, hizo carne en el sentir del pueblo peruano. Las izquierdas nacionales, reformistas y radicales le habían fallado. La derecha, agrupada en un gran frente de acciopopulistas, democristianos

y otros, concitó cierto apoyo electoral presentando como candidato al literato Vargas Llosa. Pero un desconocido político de descendencia japonesa, en nombre de un recién aparecido “Cambio 90”, se alzó en primera vuelta con un 20% de las preferencias, colocándose en la liza para definir la presidencia con el escritor conservador.

Alberto Fujimori, ingeniero agrónomo, físico y profesor universitario, resulta finalmente elegido en segunda vuelta con apoyo del aprismo, de la izquierda, de grupos evangélicos y de un personaje bizarro llamado Vladimiro Montesinos que, de capitán dado de baja por el ejército, colaborador de la CIA y asesor del Comandante del Ejército Mercado (en el gobierno Velasquista), había pasado a ser un exitoso abogado de narcotraficantes, especializándose en chantajes. Este Rasputín peruano, desde el puesto de “asesor de la Dirección Nacional de Inteligencia”, fue quien movió los hilos de la guerra contra la guerrilla y contra toda la oposición, convirtiéndose en el “hombre fuerte” de la gestión Fujimori.

El valor agregado de la “eficiencia japonesa”, las promesas de crédito y reactivación que muchos ligaron a esa candidatura y sobre todo, el hastío generalizado sobre la burocracia estatal y la falsedad política, hicieron que un partido inexistente venciera a las largamente acuñadas “estructuras partidarias de masas”. No sólo en el Perú, sino en muchos otros sitios se replicaba el fenómeno. Eran las señales del comienzo del estertor del sueño decimonónico de las masas organizadas, actuando disciplinadamente en pos de un objetivo común.

Sin embargo, la partidocracia proseguiría su “resistencia” desde los curules legislativos, instancia donde Fujimori no tenía mayoría, en aquel momento posterior a 1990. Esa trinchera política minaba la aplicación de los decretazos que emitía Fujimori y era una suerte de “control” que Fujimori - y mucho menos Montesinos - estaban dispuestos a tolerar. La solución fue un golpe civil, conocido como “Autogolpe”, que se produjo en Abril de 1992. Fujimori disolvió el Congreso y a partir de allí, se produjo la profundización del esquema neoliberal conocido.

Los organismos de crédito internacionales ya habían oxigenado en algo la situación con nuevos préstamos y la liquidación de los bienes estatales produjo el ingreso de algunos capitales que, inicialmente y en términos macroeconómicos, dieron la sensación de estabilidad e ilusionaron a muchos peruanos, sobre todo de las ciudades, de que por fin el progreso llegaría a ellos también.

Además, pocos meses después serían apresados Guzmán y Polay Campos, jefes de los movimientos guerrilleros, dando nuevos bríos al mito de la eficiencia gubernamental de Fujimori. A muy pocos les importaba por la época los sórdidos manejos de Montesinos, quien sobornaba a diestra y siniestra, chantajeaba a diestra y reprimía a siniestra. El accionar paramilitar gestionado por Montesinos era poco conocido y los asesinatos producidos eran encuadrados y justificados por la situación de guerra antisubversiva. Fujimori entonces, con la situación “bajo control”, reformó la Constitución y ganó su reelección en 1995.

Pero la política de “shock” monetarista y la aplicación de los principios neoliberales comenzarían ya a mostrar su inherente costado de destrucción de la industria nacional y precarización laboral. Los peruanos pasaban a engrosar las huestes del sector que los economistas denominan con el eufemismo “economía informal”, que no es otra cosa que sobrevivir con las migajas de los grandes negociados, o sea la “economía formal”. Pero el sistema mostraba su eficiencia en ocultar con soborno y chantaje la venialidad, al tiempo que el crecimiento de la miseria en las zonas marginales eran un fenómeno imposible de ocultar. “Son vagos, no quieren trabajar” se escuchaba en los formidables y fundados diálogos de la clase media, atenta a las consignas de los medios de difusión. “Es la herencia del Estado paternalista” o “la deficiente y anticuada educación no orientada a las necesidades del mercado” eran otros slogans más refinados repetidos por los “analistas”, que sí estaban orientados a las necesidades del mercado: mano de obra barata y no sindicalizada.

Toda esta falacia no podía terminar bien. Y así fue. Fujimori logró empezar una tercera presidencia, con curiosas interpretaciones legales de la Constitución y la amañada legalidad que le proporcionó un Congreso ahora sí controlado por él. Pero aquel que había ayudado a elevarlo a los cielos políticos, el funesto Montesinos, también ayudó a arrastrarlo a los infiernos. Por esa época se comenzaron a conocer grabaciones de video (“los vladivideos”) sobre actos de soborno a funcionarios y otras personalidades, que Montesinos grababa para luego extorsionar, en caso de que no se cumpliera lo pactado. Esa fue la gota que rebalsó el vaso en la opinión pública, que a estas alturas ya sentía el rigor neoliberal sobre sus espaldas.

Fujimori despidió a Montesinos, con una buena indemnización. Pero poco tiempo después Perú (o quien sabe si no el mismo Montesinos)

despidió a Fujimori, quien ante una intensa y sostenida movilización popular, prefirió huir a la tierra de los ancestros luego de una cumbre de la APEC (asociación comercial entre Asia y el Pacífico). Por esos bumerangs de la historia, Fujimori, luego de una saga novelesca que incluyó una candidatura por un partido de derecha en Japón y un tortuoso proceso de extradición en Chile, fue sentenciado en Perú por una causa ciertamente menor, pero simbólica de su gestión, el allanamiento de la vivienda de Montesinos en busca de material “comprometedor” sin mediar permiso judicial. El “chino”, como popularmente se conoce a Fujimori en Perú, está comprometido en la actualidad con diversas causas, entre ellas, el esclarecimiento sobre la matanza en la Universidad La Cantuta. Su ex asesor y principal colaborador, también está preso.

En 2001, luego del interinato de Valentín Paniagua, gana las elecciones Alejandro Toledo en segunda vuelta contra Alan García. Toledo es un ejemplar de raza del “sueño americano” en carne peruana. Hijo de campesinos pobres, trabajó de lustrabotas y pescador, hasta que recaló, becas y talento mediante, en universidades norteamericanas, donde obtuvo una maestría en Economía. Para completar el cuadro digno de una novela televisiva, conoció allí mismo a una antropóloga belga judía, con quien contrajo matrimonio.

Su sólida convicción en las bondades del mundo capitalista convenció a las elites peruanas que él era el candidato a apoyar para profundizar el esquema impuesto por la globalización dirigida. Además sus facciones incaicas, su procedencia rural y su exitosa historia eran el “packaging” perfecto para una nueva ilusión electoral.

Toledo había sido uno de los dirigentes notorios de la “Marcha de los cuatro suyos” - los cuatro puntos cardinales del imperio incaico - que en el 2000 protestó contra la intención fujimorista de permanecer en el poder ilegítimamente.

El resto de su triunfo lo forjó seguramente la memoria social sobre el gobierno anterior de su oponente, el aprista García y el apoyo que en segunda vuelta le brindó el resto de la derecha que en la primera había apoyado a la socialcristiana Lourdes Flores.

El gobierno de Toledo aceleró todas las reformas privatistas y encaró una carrera para firmar tratados de libre comercio y asociacionismo a la usanza chilena. Era un “Chicago Boy” más, rodeado y apoyado por el mundillo empresarial. Por supuesto se alineó a favor del ALCA.

Pero su “Perú Posible” no convenció al “Perú visible”. O sea a las mayorías populares, quienes en 2006 ponen en las dos posiciones mejor votadas al pragmatismo de García y al nacionalismo de Ollanta Humala. El primero, digno émulo del pragmático Haya de la Torre, ya abiertamente enrolado a favor de la corriente de asociación con EEUU, Europa y sin escrúpulos revisionistas. El segundo, hijo de una familia de etnocaceristas, que reivindicaban la memoria del general Avelino Cáceres, quien había combatido desde la serrana Ayacucho contra la invasión chilena durante la Guerra del Pacífico. Humala había sido militar y aprovechó el momento y la huella de dirigentes carismáticos con fuerte apoyo popular como Evo Morales, Hugo Chávez o Lula, promoviéndose como la verdadera alternativa antiimperialista a la vieja política que representaba Alan García.

Su hermano Antauro había comandado la toma de una comisaría un año antes, en protesta por el pase a retiro de Ollanta en el ejército. Para las elecciones, Ollanta es apoyado por destacados miembros de la comunidad judía y también por empresarios. Eso, entre otras cosas, lo lleva a un enfrentamiento ideológico con su otro hermano Ulises y su padre Isaac, quienes afirman que ha abjurado de ideas de transformación radical basadas en la identidad étnica como factor principal. Esta es una historia muy reciente que todavía deberá escribirse.

Lo cierto es que García triunfó en la segunda vuelta por estrecho margen y sin duda alguna, apoyado por los conservadores y los norteamericanos que no quieren ver avanzar alternativas de integración sin su predominio. En este contexto, seguramente, se inscribirá el accionar del nuevo gobierno y contra él, la manifestación popular.

Síntesis

Al parecer, la constante de la política peruana en el período estudiado ha sido el fracaso.

Fracasó la dictadura opresora de Odría en su proyecto fascista y fracasó el ecléctico acciopopulismo en su intento democrático de modernización. Fracasó Haya de la Torre y su proyecto antiimperialista de juventud, terminando su sucesión alineada con el imperio que había querido combatir. También fracasó Mariátegui en su sueño de justicia y libertad, culminando en la derrota armada del guerrillerismo setentista y la afirmación popular de la política procapitalista. Fracasaron los

militares nacionalistas en su reformismo social de izquierdas. Fracásó la dictadura civil de Fujimori, que no cultivó la honorabilidad como indica la cultura de sus antepasados, sino que produjo un sombrío régimen asociado con un cultor de la deshonra. Fracásó la estrategia de la alternancia bipartidista, arrojando la democracia al abismo de la corrupción, el descrédito y la bancarrota. Fracásó el neoliberalismo no pudiendo imponer su arrogancia y su ley cruel en la conciencia del pueblo y fracasaron los movimientos populares en imponer sus derechos en la realidad del día a día.

Es posible que, justamente por ello, en el Perú del tercer milenio, todos quieran desligarse de su pasado. El nuevamente presidente García no quiere oír nada de su anterior mandato y su rival Humala no quiere que lo juzguen por su actividad militar. También Fujimori preferiría cultivar bonsái antes que esclarecer ciertos detalles de su gestión y muchos encumbrados personajes de la vida política y económica nacional preferirán que cierto archivo documental quede sellado. Los bonachones europeos ofrecen una fuerte amistad y cooperación, sin que nada indique que quisieran revisar lo actuado por sus esbirros imperiales durante cinco siglos. Los norteamericanos esperan que nadie se acuerde de ellos, mientras aguardan el momento oportuno para instalar sus tropas... y sus maquiladoras.

Pero quizás ese sucesivo fracaso del presente y esa reiterada negación del pasado estén ligados por conflictos que han quedado sin resolver desde hace mucho. Seguramente esos fracasos se redimirán en el futuro, pero antes habrá que reconciliar lo sucedido.

Ojalá los pueblos tomen como inspiración las sabias palabras que pronunciara en una pequeña localidad de los Andes, próxima al monte Aconcagua, Silo, un guía del espíritu, quien allí dijera: *“Reconciliar no es olvidar ni perdonar; es reconocer todo lo ocurrido y es proponerse salir del círculo del resentimiento. Es pasear la mirada reconociendo los errores en uno y en los otros. Reconciliar en uno mismo es proponerse no pasar por el mismo camino dos veces, sino disponerse a reparar doblemente los daños producidos.”*

REPÚBLICA DOMINICANA

La década de los 50' comienza en la República Dominicana en 1930. Así de largo era el tiempo por aquellos tiempos, así de extendido el tormento. El país se encontraba desde ese año gobernado por un dictador de los más crueles y ególatras que ha conocido la región, Rafael Leónidas Trujillo. Trujillo había llegado a lo más alto del escalafón de la Policía Nacional (antes Guardia Nacional), fundada durante la ocupación norteamericana (1916 a 1924), para luego hacerse con el gobierno mediante una conspiración contra el presidente Horacio Vázquez.

Junto a esta ocupación, la memoria histórica de los dominicanos aloja otras dos: la haitiana, que duró unos 20 años, poco después de la independencia masona-liberal de la España imperial y la española, que arrancó con el mismísimo legendario almirante Colón.

La ocupación haitiana, la de los esclavos liberados, la que abolió la esclavitud y produjo una fuerte reforma agraria a favor de los que nada tenían, es recordada por muchos con vergüenza y oprobio. La ocupación española, el punto de partida y plataforma de lanzamiento de toda la conquista posterior ibérica en estas tierras, la que diezmó a los pueblos originarios con epidemias, matanzas armadas y trabajo forzado, es recordada por muchos con orgullo.

Y es que aquella memoria histórica que sedimenta en uno de los principales rasgos demográficos del pueblo dominicano, su ascendencia mixta de negros y españoles, ha sido vivida por muchos como un problema, como un estigma, como la marca de un pasado remoto que no se quiere recordar, pero que se presenta cada mañana.

En ese contexto cultural operó el racista Trujillo, quien además de gobernar totalitariamente, intentó el “blanqueamiento racial” queriendo impulsar una fuerte inmigración europea, árabe y asiática. Por supuesto que esta imagen estaba inspirada en la ideología nazi y también en la importante corriente migratoria que se produjo hacia los EEUU a finales del siglo XIX y comienzos del XX, lo cual Trujillo asimilaba al éxito de dicho país. Pero no sólo abriría las puertas dando la bienvenida a elementos blancos sino que perpetró increíbles matanzas a miles de haitianos negros que vivían en el país, sobre todo en la frontera occidental colindante con Haití, que comparte con República Dominicana la misma isla.

La ocupación dictatorial del clan Trujillo debe ser vista como la “gobernación” que los norteamericanos entregaban a reyezuelos locales, en el marco de un sistema de protectorado explícito o implícito con el cual emulaban a quienes habían combatido, sus maestros británicos.

Por aquellas épocas, el “protectorado” reemplazaba a la dominación directa, que resultaba muy costosa a los imperios y además conllevaba los problemas locales de la administración cotidiana, incluyendo asuntos muy alejados de los intereses estratégicos de dominación comercial, de recursos o de vías de comunicación. Así surgiría, a partir de la Conferencia Imperial de 1920, el otorgamiento por parte de la Corona británica de cierta autonomía a los territorios que aún conformaban el extenso imperio, lo que luego en los Estatutos de Westminster de 1931 se constituyó como el “Commonwealth”. Este fue el paso previo a la nueva oleada de independencias nacionales que se produjeron en África y Asia luego de la Segunda Guerra mundial, desmembrando los imperios ingleses y franceses pero conservando su fuerte dependencia con los antiguos invasores.

Con esta concomitancia en mente, es más sencillo comprender el retiro de las tropas norteamericanas de la República Dominicana en 1924, sucediéndose un control indirecto. Trujillo cumplió obedientemente las obligaciones económicas de deuda que habían sido una motivación íntimamente conexas con la invasión precedente, complementaria a la expansión estratégica que ya venimos comentando. Aquella deuda externa, cuya actualidad en la política de fines del siglo XX es manifiesta, era ya un factor de peso un siglo atrás. Los créditos de la época se llamaban “empréstitos” y muchos dictadores los tomaban - igual que un siglo después - para mantener sus ejércitos, sus lealtades, sus negocios y - en el mejor pero menos frecuente de los casos - para realizar alguna obra pública. Al igual que los préstamos gestados cien años después, en aquellos empréstitos sólo una fracción del valor nominal del crédito llegaba a los solicitantes y nuevos “empréstitos” sucedían a los anteriores. El endeudamiento era fatal y descontrolado. Para asegurarse su pago, las compañías - cuyos inversores incluían frecuentemente Secretarios de Estado y otros altos funcionarios del gobierno y ejército norteamericano - procedían al “cobro en especies”.

En el caso de la República Dominicana, ese cobro fue hacerse cargo de los “derechos aduanales” o sea de los impuestos provenientes del comercio exterior, para lo cual había que garantizar la “seguridad fronteriza” o sea, ocupar el país.

Volviendo al siniestro período que arranca en 1930, Trujillo no sólo fue un tirano, sino que además concentró riquezas y propiedades, calculándose que hacia los años 50', poseía más del 60% de la economía nacional. Todo lo demás, en especial los fundamentales cañaverales e ingenios de azúcar, eran propiedad norteamericana. Seguramente el exceso propietario del dictador disgustó a quienes tenían otros planes para la apropiación latifundista y agropecuaria.

Como gemelo se alzaba la figura de Tacho Somoza, también jefe de la guardia nacional, también dueño y señor de Nicaragua, también sanguinario, fascista, también sátrapa del imperio norteamericano. Tanta semejanza en las condiciones que impusieron a sus pueblos no podría sino acarrearles un mismo destino final. Al igual que Somoza en 1956, Trujillo fue asesinado en 1961.

Trujillo cumpliría fielmente el papel de virrey otorgado por la Corona norteamericana. Su accionar político ayudaría al aprendiz imperial no sólo a sofocar cualquier amago de rebeldía en tierra dominicana, sino a cooperar intensamente con otros dictadores como Duvalier, Somoza, Ubico o Pérez Jiménez, conspirando para derrocar cualquier intento antiimperialista como el de Arbenz. Y ese imperio que lo protegía y animaba, fue el que ordenó asesinarlo. Otra semejanza se hizo patente y era que compartía el género de dictadura fascista con el cubano Batista, quien fuera derrocado en 1959. El temor de que el Caribe controlado se convirtiera en un incendio revolucionario descontrolado, puso las condiciones para la muerte del tirano. Trujillo sería emboscado apenas un mes después del fracaso de la invasión contrarrevolucionaria organizada por la CIA en la cubana Bahía de Cochinos.

El tirano había sido asesinado, pero su simiente albergaba en quien había sido funcionario del trujillismo durante toda su carrera política, el Dr. Joaquín Balaguer, quien sería siete veces presidente de la República Dominicana.

A diferencia de las dinastías Somoza o Duvalier, ninguna ramificación de la intensa prosapia trujillista pudo continuar la barbarie de su régimen. Su hijo mayor Ramfis, por ejemplo, quien en realidad era hijo de su tercera esposa con una pareja anterior, se dedicó a la lujosa y lujuriosa vida de un "hijo de dictador", llegando al extremo de que fuera internado en una clínica psiquiátrica belga por su padre a causa de su excesiva "irresponsabilidad". A la muerte del mismo, vino a llevarse sus restos mortales a bordo de un barco y de paso unos cuantos cajones llenos de dólares en la bodega del mismo.

Habiendo sido vicepresidente y luego presidente formal ante el control férreo de Trujillo, Balaguer quiso, después de despedir emocionado el cadáver de su jefe, dar un salto camaleónico mostrándose como la opción democrática y como parte de una “nueva República Dominicana”. Era difícil creerle y no le creyeron, saliendo al exilio mientras asumía un gobierno de transición militar. A partir de entonces, los bienes de Trujillo fueron confiscados y se estableció una ley, aún vigente en la actualidad, por la cual ninguna persona de ese apellido puede poseer propiedad alguna en ese país, ni siquiera fijar su domicilio legal en él.

El gobierno que derrocó a Balaguer estaba formado en gran parte por los oficiales que habían sido parte del complot que terminó con la vida de Trujillo. Incluso implicados directos en la acción misma del atentado. El imperativo de la época era el intento de afianzar una democracia alternante y esencialmente conservadora que, con la ayuda de la Alianza para el Progreso, licuara toda posibilidad de influencia revolucionaria en la región.

Desde ese contexto, los militares proceden a efectuar elecciones, en las cuales resulta electo Juan Bosch, del Partido Revolucionario Dominicano, PRD.

Bosch, un literato que había sido firme opositor al régimen trujillista - por lo cual debió exilarse tempranamente -, había fundado el PRD junto a otros compañeros en Cuba hacia 1939. Este partido era una corriente inspirada por fenómenos como el Partido de la Revolución Democrática del cardenismo mejicano (antecedente del PRI), con el cual compartía sigla o el APRA peruano, que nacía también al influjo del modelo mejicano. Esa era parte de la historia de la nascente socialdemocracia latinoamericana, desprendida de las fuertes luchas del movimiento obrero de principios de siglo en sus afanes de justa reivindicación social, pero divergiendo del autoritarismo marxista leninista por influencia liberal, autoritarismo que llegaría a su expresión más acabada con la figura de Stalin y al perfilamiento definitivo de la socialdemocracia como corriente reformista.

Es interesante destacar como llegan las influencias liberales a entremezclarse con los ideales reivindicativos y dar surgimiento a estas expresiones social liberales - luego llamadas socialdemócratas - que constituyeron importantes variantes políticas en la región.

En el caso de Bosch, durante su primer exilio en Puerto Rico toma

contacto con las ideas de Eugenio María de Hostos, importante educador y jurista de aquel país que transitó con su acción diversos países latinoamericanos como Argentina, Chile, Perú, República Dominicana y otros. Estas ideas estaban profundamente entroncadas con la enseñanza recibida por éste en los claustros universitarios españoles por parte de Julián Sanz del Río, a su vez principal divulgador de la filosofía del alemán Friedrich Heinrich Krause, más conocida como “krausismo”.

Esta filosofía, tributaria del idealismo alemán, era impulsada por una visión del mundo denominada “panenteísmo”, que guardaba distancia tanto del teísmo dualista medieval como del panteísmo donde Dios y mundo era sinónimos. El panenteísmo afirmaba la esencia divina de todo lo existente, pero no su equivalencia con la entidad suprema, cuya identidad inefable excedía por completo al Universo, parte de él mismo.

Por otra parte, esta doctrina ensalzaba la libertad humana, en cuanto Dios no estaba pendiente de los actos humanos. La trascendencia a otros estados posteriores a la muerte no estaba ligada a cierta moral premiada o penada, sino que era plenamente posible para todo ser humano, si es que se proponía acceder a ella. Además alimentaba el ideal de la unión de los hombres, a la usanza masónica.

El krausismo era en varios sentidos una aproximación racionalista a lo sagrado y parte de las corrientes que se resistían al vacío espiritual que producían las interpretaciones materialistas. En pleno despliegue de la revolución industrial, en medio de la explosión de conocimiento humano y científico y acaso como reacción al oscurantismo de tantos siglos, las potencias celestiales eran desplazadas de sus panteones de eternidad, hasta el extremo de ser negadas por completo como en el agnosticismo o el ateísmo.

Las tesis krausistas, aún si se alejaban del panteísmo, eran para la Iglesia lo suficientemente contrarias al enfoque dualista de creador y creación, de bien y mal, de premios y castigos, como para ser enérgicamente combatidas. No es en el ámbito del pensamiento alemán donde Krause encuentra resonancia, sino en el mundo académico español. A tal punto que la aplicación de sus “Ideales para la Humanidad” - que impulsaban el crecimiento y mejoramiento mediante la educación para la comprensión de dicha libertad y una ética política coherente con estos postulados - fue clave en la discusión decimonónica en las universidades de España, en la controversia que quería alejarse del control escolástico. Varios catedráticos son inicialmente expulsados

y el Papa Pío IX llega a incluir las obras de Sanz Del Río en el índice de libros prohibidos.

Esa compleja trama anticlerical centroeuropea de mediados de siglo XIX se traslada así a América e inspira a personalidades ligadas a la masonería como Alem e Irigoyen en Argentina o Battle y Ordóñez en Uruguay. Esta ética liberal, de fraternidad universal, que ponía el acento en la educación para el mejoramiento y la armonización de las instituciones como parte de una visión armónica de la vida humana, entronca a inicios de siglo con las realidades sociales latinoamericanas, produciendo partidos social liberales como la Unión Cívica Radical en Argentina, fundada precisamente por Leandro Nicéforo Alem y su sobrino Hipólito Irigoyen.

Por otra parte, el liberalismo laico krausista engarza con aquel movimiento que se iniciara en la Universidad Nacional de Córdoba en Argentina (una de las más antiguas de América) en 1919 y que fue conocido como “Reforma Universitaria”, el cual propugnaba una transformación radical de las estructuras de la universidad en cuanto a sus contenidos y su gobierno. De allí surge la autonomía universitaria y cobra forma la universidad moderna. Esta Reforma se extendería progresivamente a todo Latinoamérica, constituyendo la base posterior de la educación pública a nivel terciario.

El profesor Bosch, en su exilio cubano, había sido precisamente el encargado de editar las obras completas del puertorriqueño Hostos, con el apoyo del entonces presidente venezolano Rómulo Betancourt (también ligado al movimiento estudiantil citado y fundador de la socialdemocracia venezolana). Enrolado en ese ideario social liberal y luego del fracasado intento conjunto caribeño de desplazar a Trujillo mediante una invasión armada conocido como “Cayo Confites”, Bosch no se sumaría a los requerimientos que le llegan desde los grupos radicales de izquierda que, poco después de Enero de 1959, al ser derrocado Batista en Cuba, planean a su vez una expedición para derrocar al dictador.

Esa expedición por aire y mar llegaría a República Dominicana el 14 de Junio del mismo año, siendo rápidamente repelida y diezmada por las fuerzas del dictador. A partir de allí, los grupos revolucionarios locales toman dicho nombre “Movimiento 14 de Junio” y organizan una ofensiva guerrillera para completar el fallido esfuerzo de los expedicionarios. Esta intentona tampoco tendría éxito y sus principales líderes serían muertos, pero conduciría a preparar el ocaso y el fin del

trujillismo.

Estamos entonces en 1962, donde resulta electo Bosch, quien asumirá la presidencia en Febrero de 1963. La situación que treinta años de dictadura habían dejado, era desastrosa. Cerca de la mitad de la población era absolutamente analfabeta y la gran mayoría de la otra mitad, exhibía una escolarización muy básica. Para ilustrar la miseria en la que tres cuartas partes del pueblo se encontraba, digamos que el jornal diario de un campesino no llegaba a un dólar y el de un obrero era inferior a los cincuenta dólares mensuales. Por otro lado, de los tres millones de dominicanos, dos terceras partes vivían en las zonas rurales.

Esta situación indica a las claras lo necesario que era, desde el punto de vista social y económico, realizar una reforma agraria y concentrar los esfuerzos en la educación popular. Por otra parte, afianzar la independencia de poderes y la valía institucional o permitir la participación popular, eran medidas “de mínima” para superar la carencia de libertades públicas y de funcionamiento democrático. Y eso es lo que intentó Bosch, en su único mandato como presidente. Era demasiado pedir a la oligarquía nacional y al aparato trujillista, era demasiado pedirle a un pueblo que recién acababa de despertarse de su peor pesadilla, era demasiado pedir a un poder norteamericano que veía nacer la pesadilla del triunfante socialismo cubano. El gobierno de Bosch duró sólo siete meses y la reacción conservadora imperial parió un golpe.

Dicho golpe, liderado por el entonces coronel Elías Wessin Wessin, entregó posteriormente el poder a un triunvirato de civiles presidido por Donald Reid Cabral, representante del acaudalado grupo de comerciantes del país. Este gobierno sin legitimidad popular, dependiente del poder extranjero y continuista de la grave situación social del país, enfrentaría las tensiones propias de este estado de cosas que cobrarían expresión en Abril de 1965, con un alzamiento de una facción militar denominada “constitucionalista” con apoyo popular. El constitucionalismo hacía referencia a la nueva constitución de 1963 aprobada durante la presidencia de Bosch y que establecía derechos políticos y sociales. Dicha constitución había sido declarada “inexistente” por el golpismo posterior.

Ante la guerra civil que se desataba, la administración Johnson decidió una nueva invasión de marines para apoyar al “clan San Isidro” (base donde estaba el comando de los militares reaccionarios),

quienes al igual que en el golpe contra Bosch, se encontraban bajo las órdenes del ahora general Wessin. Este militar sería acusado de golpista nuevamente cinco años después por el conservador Joaquín Balaguer, de quien sería otros quince años después un estrecho colaborador. Wessin, hombre fuerte del ejército, fundó también el partido Quisqueyano, siendo su hijo hoy diputado por el mismo.

EEUU no podía quedarse mucho tiempo regenteando el país. Corría 1966 y el mundo protestaba por la guerra que los yankees conducían en Vietnam. Había que buscar una solución política que sofocara la posibilidad de una “segunda Cuba”. Al personaje ya lo conocemos, su nombre Joaquín Balaguer Ricardo, quien obtiene la presidencia en una elección controlada por la tropa extranjera.

Balaguer era descendiente de catalanes, igual que Bosch - e igual que el costarricense Figueres Ferrer. Estos prácticos inmigrantes habían logrado instalarse en las capas medias y altas, gracias a sus innegables talentos comerciales.

Su gobierno, que se extendió a través de doce años, presentó una fachada de institucionalidad que no fue tal, proscribiendo “de facto” a las opciones políticas alternativas a través de la persecución embozada, , fundamentalmente al PRD, de centro izquierda. Con Balaguer se intentó tardíamente el desarrollismo, sin implicar variante alguna en el subdesarrollo social de la isla, abriéndose sólo “buenos negocios” para los sectores acomodados. Así la derecha se consolidaba en el poder, los militares vigilaban y los norteamericanos disfrutaban del espectáculo anticomunista de una dictadura de traje y corbata. El panorama para todos ellos se presentaba tan paradisíaco como las playas doradas de la hermosa isla.

Sin embargo, los tercios rebeldes se empeñaban en molestar pidiendo dos curiosidades: libertades civiles y justicia social. Hasta osaron producir una nueva expedición de tinte revolucionario, lo cual aprovechó Balaguer para ampliar la represión y recortar definitivamente las nominales libertades políticas.

Por aquella época, 1973, Bosch pasa nuevamente a la clandestinidad y el PRD se fractura. Bosch funda el Partido de Liberación Dominicano (PLD). El líder del progresismo dominicano consideraba - y de allí la escisión partidaria - que “ese PRD” había traicionado ideales de justicia social y de soberanía política, habiéndose transformado en un partido “electorero”. El contexto fue la divergencia interna en el partido que

se saldaría con el “acuerdo de Santiago”, una especie de “concertación de partidos democráticos”, que pretendía acabar con el continuismo tiránico que exhibía Balaguer. Ese viraje de la socialdemocracia otrora combativa hacia una moderación centrista se verificaba por la época análogamente en otros partidos hermanos de la región. El embate represor había eliminado muchos cuadros de izquierda en esos partidos y generado en las poblaciones temor a apoyar estas causas, por lo cual la socialdemocracia, pragmáticamente, dejó de atacar postulados capitalistas y redujo la intensidad del discurso antiimperialista.

Ese acuerdo opositor tenía serias chances de desplazar a Balaguer, por lo cual éste intensifica la represión, obligando a la candidatura opositora a retirarse de la contienda.

Sin competencia seria, Balaguer se auto reeligió en 1974. Pero, con el avance de los procesos históricos, los tiempos también se acortarian y también llegaría a su fin el apoyo norteamericano al autoritarismo balaguerista. La administración Carter presiona para descomprimir la válvula social y permitir alternativas de participación política. Así y pese a un intento antidemocrático de última hora, en 1978, el PRD, en la figura del latifundista Silvestre Guzmán Fernández, ganaría las elecciones. Veintisiete años después de la muerte del dictador, era enterrado el post trujillismo.

Guzmán Fernández era oriundo de la Vega, un departamento central de República Dominicana, de eminentes características agropecuarias. También Bosch había nacido allí. Guzmán era un hombre de negocios agrícolas que había acompañado a Bosch en su breve gobierno en 1963 y había sostenido su militancia demócrata en el PRD, a la cual hizo honor durante su presidencia, desatando varios de los nudos de poder militar y de corrupción, que eran herencia de toda la historia dominicana y habían sido reforzados en la historia cercana por la dictadura de Trujillo y el autoritarismo de Balaguer.

Guzmán fue el hombre de la transición hacia cierta ampliación democrática, sin ahondar en reformas sociales imprescindibles, que muy probablemente hubieran generado malestar en conservadores y norteamericanos. La guerra contrarrevolucionaria ante el triunfo sandinista en Nicaragua era un ejemplo cercano de lo que podía ocurrir a quien se extremara en cambiar órdenes sociales abruptamente. Poco antes de culminar su período presidencial, se suicida este presidente en el Palacio Nacional.

Al parecer, el ansia de poder y de rentabilidad, en el que había entrado el PRD (y que había sido denunciado ya por Bosch varios años antes), había hecho carne en amplios sectores de este partido.

Su sucesor, Jorge Salvador Blanco, si bien correligionario político, pertenecía a este nuevo sector, más comprometido con preservar posiciones que con viejos ideales reformistas.

Durante ese gobierno, entre 1982 y 1986, la estructuralidad deficitaria de la República se presentaría nuevamente con todo rigor. La frágil economía dependía siempre de un esquema de exportación agrario, básicamente de azúcar, de los precios y del consumo internacional, sobre todo del mercado norteamericano. Hacia 1983, por ejemplo, el azúcar había disminuido casi a la mitad de su valor internacional, al tiempo que, por el aumento de los precios del petróleo se duplicaban los precios domésticos.

Este cuadro no era patrimonio exclusivo de este lugar, sino que, como hemos visto, la recesión, la inflación y el servicio de la deuda externa aparecen con toda crudeza en la región.

Pero además de la coyuntura, y al igual que en otros países como Paraguay y Panamá, la recaudación fiscal se veía permanentemente erosionada por la pequeña base de contribuyentes (pocos y grandes propietarios con poco afecto por el Estado y gran apego a la evasión), por los intereses de deudas contraídas anteriormente (para financiar déficit y represión), por el importante contrabando que evitaba todo control aduanero y por la corrupción rampante que saqueaba desde tiempos inmemoriales las ya mermadas arcas.

De este modo, los programas de austeridad y la desesperada necesidad de crédito ante el FMI, trajeron las mil y una huelgas y dilapidaron el importante capital político que había cosechado Guzmán Fernández, quien trajo aires de libertad civil a la asfixiada población dominicana, reprimida por décadas. Por lo demás, Blanco sería posteriormente juzgado y condenado por diversos actos de corrupción producidos en su gestión.

En este panorama de severas dificultades sociales, surge cual Fénix octogenario nuevamente Balaguer, ahora revestido de un nuevo apellido, el social cristianismo. La historia de Balaguer no había sido lo que en ámbitos escolásticos podría denominarse una vida de cristiano ejemplar. Sin embargo, su relación con la Iglesia había sido cercana. Balaguer había acompañado ya en 1954 a Trujillo a visitar al Papa

en ocasión de firmarse el concordato entre el Vaticano y la República Dominicana y había visto como Pío XII condecoraba al máximo fornecedor de Estado, haciéndolo parte de la Orden vaticana.

La Iglesia luchaba por aquella época, como ya hemos visto, por volver a ocupar los lugares de privilegio, pleitesía y poder, que había perdido a manos de los idearios liberales, socialistas y fascistas. A estos efectos, produjo en aquella década la fundación de partidos socialcristianos, apoyados en núcleos conservadores. Así, a la muerte del dictador, aparecen en la República Dominicana partidos de esa extracción. Bosch, fiel representante de una tradición liberal anticlerical y conciente de la alianza de intereses entre la Iglesia y el poder trujillista, quiso enmendar la injusta potestad de esa confesión con una constitución laicizante y de libertad de creencias y cultos. Ello le valió el rechazo enérgico de la cúpula eclesiástica.

El social cristianismo no había logrado hasta 1985 influencia masiva, debido a la ocupación del espacio de derecha por el autoritario Balaguer (Partido Reformista). Balaguer, por su lado, si bien contaba con el apoyo conservador local no había logrado nunca reconocimiento internacional decidido debido a su pasado y presente antidemocrático. Era el negocio perfecto para el mercader político. En ese año el partido reformista era “bautizado” y rebautizado Partido Reformista Social Cristiano, integrándose a la Internacional Democristiana y proponiéndose como la definitiva alternativa de poder en un imaginario y añorado esquema bipartidista. Con esta jugada el anciano pretendía “institucionalizar” su continuidad - evitando revisionismos históricos peligrosos a su buen nombre -. Por otra parte, en esos extraños contrapuntos históricos, Balaguer quería seguramente sepultar políticamente a su rival de siempre, el profesor Bosch, polarizando el escenario entre esa nueva formación derechista y la socialdemocracia perredista, además de ganar las elecciones, claro.

En 1986 Balaguer triunfa nuevamente, mucho más debido al caos económico que dejaba Blanco y por contrapartida a la añoranza de varios dominicanos sobre cierta bonanza económica y la modernización experimentada en un tramo de los doce años de gobierno balaguerista entre 1966 y 1978. Por otra parte, actuaba la profunda desazón que había experimentado el pueblo por la corrupción gubernamental del PRD, en el que había cifrado reales esperanzas de cambio. A esa situación se sumaba cierta cuota de fraude siempre presente y la interna entre PRD y PLD y aún dentro mismo del PRD. Pese a que llegaba casi a los

ochenta años, el prontuario político de Balaguer no estaba aún cerrado. El margen de diferencia con el candidato del PRD había sido estrecho pero Balaguer prometía, casi ciego, convertirse en la estatua misma de la justicia, castigando la inmoralidad y devolviendo la esperanza al pueblo dominicano.

Dios, Patria y Libertad es el lema nacional dominicano. Al Dios socialcristiano lo tenía de aliado, a la Patria también, en la figura de militares como Wessin, quien luego de echarlo en 1961, recibirlo en 1965, generarle intrigas en 1971, terminó ocupando importantes cargos en el gobierno de Balaguer. La libertad por último, era la libertad de mercado. Reagan era el presidente norteamericano y la lógica ya no era la lógica del Estado fuerte, el cual había sido la pasión del omnipresente político. Pero Balaguer también se adaptaría a eso.

Lo que sigue parece más bien parte de un cuento de ficción que realidad política. Y es que los protagonistas eran, además de su inmensa afición política, hombres de letras. En 1990 los principales candidatos serían ¡oh sorpresa! Balaguer y Bosch, ambos octogenarios. El PRSC se impuso al PLD por sólo el uno por ciento, con un 40% de abstención. La gente protestaba el fraude, se decretaba el toque de queda, la novelesca latinoamericana ganaba la escena.

En ese mismo año, ambos contendientes políticos, inseparables antagonistas de la puja pública, en las antípodas del pensamiento político, pero unidos por el hilo de la historia dominicana, recibían conjuntamente el entonces instituido Premio Nacional de Literatura, una especie de “Nóbel” local.

Se podía inferir que era una especie de “despedida agradecida” que brindaba la sociedad culta dominicana a sus máximos hombres públicos y, en efecto, en 1991, uno siempre presidente y el otro eterno candidato, aseguran no volver a presentarse electoralmente. Pero aún habría un último “canto del cisne”. En 1994, en un intento por conseguir por séptima vez la presidencia y por segunda vez completar la docena de años ininterrumpidos de gestión, Joaquín Balaguer Ricardo, resulta electo en votaciones totalmente fraudulentas. El zorro pierde el pelo, pero no las mañas, diría el saber popular. En esta última elección Bosch tendría un resultado muy bajo, a diferencia de las elecciones de 1990, donde según los dominicanos debería haber resultado electo. El huracán neoliberal soplabla con fuerza y el ideario de izquierda representado por el anciano profesor no figuraba en las preferencias de las multitudes. El vástago político de Bosch, José Francisco Peña, jefe del PRD, sería

el segundo. Un “Pacto por la Democracia” entre los distintos partidos impone un acortamiento del que sería el último mandato de Balaguer a dos años, para evitar la amenaza de ruptura institucional.

Siete veces gobernó Balaguer durante cerca de veinticuatro años, sólo siete menos que el dictador Trujillo. Ocho veces fue candidato Bosch y sólo una vez presidente, durante sólo siete meses. La derecha había ganado la batalla política ampliamente. Bosch guardaría para sí la victoria moral, pero alumbraría un último triunfo cinco años antes de su muerte. Su nuevo delfín político en el PLD, Leonel Fernández Reyna, vencería en segunda vuelta a su antiguo retoño Peña, quien era ahora enconado rival político. Quien daría la victoria definitiva a Fernández no era otro que ¡Balaguer!, cuyo PRSC apoyó al PLD, cerrándole el paso al socialdemócrata PRD. El apoyo de Balaguer no era romántico, sino que bien pudo tener que ver con la procedencia racial negra del candidato Peña, de ancestros haitianos, cosa inaceptable en las categorías ideológicas en las que se movía Balaguer.

Así los viejos rivales ganarían juntos la primera elección donde no participaron personalmente. Bosch moriría en el año 2001. Completando el simbolismo histórico, Balaguer lo haría un año después.

El recambio generacional se había completado. Los paisajes mentales gestados en la dictadura de Trujillo y luego de ella se habían ido. Más de un millón de dominicanos también, la mayoría de ellos a EEUU, en su gran mayoría ilegales y pobres. En Europa muchas dominicanas sobrevivían también en la ilegalidad como domésticas o prostitutas. La prosperidad era, para el pueblo dominicano, sólo un desconocido sueño extraído de un libro de fantasía.

Una de las tantas familias de emigrantes dominicanos en busca de mejores posibilidades sería justamente la de Leonel Fernández Reyna. Quien en 1996 sería electo presidente bajo la sigla fundada por Bosch, salía junto a sus padres con sólo ocho años para EEUU en 1962, el mismo año en que Bosch volvía al país y ganaba las elecciones. Luego de su regreso al país y de una carrera universitaria como abogado, Reyna comienza a militar en el PRD y sigue a Bosch en 1973 cuando éste abandona el PRD para fundar el PLD. A partir de allí escaló posiciones hasta ser nominado candidato para las elecciones de 1995, que, como dijimos, ganaría en segunda vuelta. Muchos dominicanos lo votaron porque era joven, estirpe no muy habitual en la escena política que este pueblo había conocido. Fernández Reyna no representaba al pasado y por eso lo votaron sobre todo jóvenes y mujeres, ansiosos de

cambio y participación que hasta entonces les había sido vedada.

Dos días después de asumir, el nuevo presidente definiría su rumbo, comenzando un decidido plan de privatizaciones y modernización. Para la mayoría de los dominicanos, cansados de los servicios deficitarios de agua y electricidad, agobiados por siglos de vida rural que no ofrecía ya verdadero sustento ni posibilidad de progreso, enojados por el despilfarro clientelista de la corrupción que ya existía antes de su nacimiento, este arranque neoliberal fue recibido con beneplácito. Las preferencias populares no miden en estas épocas las medidas que toman sus gobernantes en términos sociológicos, ideológicos y mucho menos históricos, sino en el impacto directo que perciben a corto plazo.

En ese sentido, la gente veía desplegarse nuevas construcciones viales y hoteleras, conseguía nuevos trabajos en la floreciente industria turística, veía como una moderna red de comunicaciones se ampliaba y como la República Dominicana, al igual que Panamá, se transformaba en una zona de servicios de primer nivel para los negocios corporativos. Además, el proyecto integracionista y el abanico de relaciones internacionales que desplegaba el joven presidente con estilo tecnocrático, llenaba de orgullo y compensaba la situación de fuerte aislamiento que la condición de isleños significaba. Todo parecía ir viento en popa, a juzgar por la prensa.

Sin embargo, el mismo pueblo que aplaudió los inicios, sintió que nada mejoraba realmente y que las fachadas relucientes no servían para mejorar los ingresos, la salud o la educación. La gente sentía, sin poderlo definir con conceptos claros, un nuevo fraude: el fraude social. La mentira de la teoría del derrame, por la cual el progreso comenzaba por unos pocos para terminar en todos. La misma mentira que se usó en todos los puntos del planeta para postergar aspiraciones sociales y cargar gran parte de las mejoras infraestructurales que el capitalismo a ultranza ofrecía no en los inversionistas (que se hacían desear cual divas), sino sobre los trabajadores y los desocupados. La “inversión” no fue tal, sino que se saldaba con la “desinversión” en salud y educación.

Por otra parte, se agregaba al esquema neoliberal un elemento terriblemente novedoso, pero no por nuevo menos terrible. Los ultra pobres del tercer mundo intentaban escapar de su propio suelo, expulsados por décadas de violencia social, económica y política. Tras peripecias inauditas, pagando todos sus ahorros a inescrupulosos contrabandistas de personas, consiguiendo visas falsas de diplomáticos

corruptos, arriesgando sus vidas hacinados en miserables embarcaciones o escondidos en bodegas y contenedores, transponiendo miles de kilómetros por dudosas fronteras, llegaban - en el mejor de los casos - a los soñados paraísos del primer mundo. Allí los esperaba una vida de privaciones, donde el más afortunado conseguía el peor de los trabajos legales, que los nacidos allí ya no querían realizar. La gran mayoría restante sostenía desde la ilegalidad las columnas de un sistema que los explotaba, viviendo siempre en el alerta de no ser detenido y deportado, permanentemente discriminado y con la tremenda vulnerabilidad de no tener derecho alguno, simplemente por “no existir” formalmente en ese lugar. Esa era la contracara neo esclavista de la “eficiencia” neo liberal en el “primer mundo”.

Pero eso no era todo: los pobres ingresos de estos muy pobres inmigrantes servían de sostén a los parientes más pobres aún en sus países de origen. Las “remesas” (envíos de dinero) se habían convertido en una de las principales fuentes de divisas de varios países latinoamericanos. Así se completaba el cuadro: la antisocialidad del capitalismo de avanzada se sostenía con el trabajo esclavo de inmigrantes pobres, que a su vez, ayudaban a que sus parientes pobres no emigrados subsistieran ante el ciclón que destruiría las de por sí frágiles redes estatales de protección social en los países de origen.

Más increíble aún, muchos de los que nada tenían en República Dominicana justificaban el maltrato, la discriminación y la expulsión de miles de vecinos haitianos que - igual que siempre - se deslomaban en la zafra o apenas sobrevivían de este lado de la frontera.

En dirección inversa, fluían por aquellos años millones de dólares desde esos países pobres a los países ricos en concepto de “dividendos”, siendo distribuidos a través de los “fondos de inversión” (pools anónimos donde se asociaban desde pequeños rentistas de los países de fuerte preeminencia económica junto a importantes ganancias de todo tipo de crimen incluyendo narcotráfico, corrupción o evasión fiscal entre otros)

Por ello, en aquel año 2000, la gente castigó al PLD en representación de un tipo de política que no había hecho nada siquiera por paliar los trastornos sociales, al igual que todos sus antecesores. Por lo demás, en términos políticos, habían pasado ya catorce años desde la debacle perredista bajo Blanco y es sabido que el tiempo cura las heridas, por lo menos las superficiales. Finalmente no era posible ya contar con los grandes titiriteros de la política dominicana de la segunda mitad del

siglo XX para que movieran nuevamente los hilos.

El telón comenzó a cerrarse con la muerte de un tercer personaje importante: José Francisco Peña, quien comandando durante veinticinco años al partido fundacional de la democracia dominicana, no pudo acceder nunca a la presidencia, debido a los fraudes, a las componendas y entre otros factores, a su condición negra. Esa negrura que recordaba no sólo la dominación haitiana posterior al desacoplamiento de España, sino la propia ascendencia mixta, de la cual eran parte un setenta y cinco por ciento de los dominicanos.

De este modo, el candidato del PRD fue un blanco, Hipólito Mejía Domínguez, compañero de fórmula de Peña diez años antes, pero fundamentalmente de una extracción similar a la de Antonio Guzmán, gobierno en el cual sirvió de ministro de Agricultura. Mejía había hecho carrera en el sector de la producción rural como ingeniero agrónomo, sirviendo en distintas multinacionales, dirigiendo empresas familiares y también comandando programas estatales. Sabía lidiar con cultivos y la mayoría del 25% que vivía en República Dominicana en la pobreza absoluta, era gente de campo. Además, en términos macroeconómicos, era también el hombre para encarar el difícil desafío estructural de un sector que había sido el sostén económico fundamental del país hasta hacía muy poco y que, debido al desgaste de la tierra y de factores de comercio internacional, representaba ahora sólo cerca del diez por ciento del producto nacional.

Mejía ganó la elección acompañado de Milagros Ortiz Bosch, sobrina del legendario dirigente, quien aún poco antes de morir, a los noventa y dos años, hacía sentir su herencia política. El incombustible Balaguer sería a los noventa y tres años, con serios impedimentos físicos, nuevamente y completando la saga, candidato a presidente por el PRSC. El oficialista PLD perdería rotundamente la elección por casi el doble de los votos.

Esta presidencia transcurrió con los habituales claroscuros del estrecho desfiladero de todas las socialdemocracias de la época: aún siendo ya conservadoras, son electas por su perfil - y promesas - de corte más compensatorio en el campo social y terminan siendo prisioneras de su fundamental contradicción.

Hacia el final del mandato, se destaparía un fuerte escándalo financiero con la quiebra de un banco cuyo director era íntimo amigo del presidente. Este banco tenía deudas por 2200 millones de dólares (casi el 70% del presupuesto anual del Estado dominicano), controlaba

decenas de empresas del sector mediático y era fuente de financiamiento “blando” (sin estricta garantía crediticia y a bajo costo, a cambio de “favores”) para una extensa red de políticos de todos los partidos, militares, jerarcas eclesiásticos, etc. Por si fuera poco, se supo que el Estado ya venía aportando fuertes sumas para prevenir la bancarrota.

Así se corría el velo sobre otra de las grandes falacias del “misterio” neo liberal: se pregonaba el libre mercado y la no intervención estatal como doctrina sagrada, pero cuando algo iba mal, en nombre del “bien público”, se acudía al Estado para que realice el salvataje financiero para “prevenir males mayores”. En esta compleja teología financiera, el Diablo estatal se convertía en el Salvador del santo Capital.

La situación social seguiría de peor en peor, la electricidad igual de pésima, los precios escalaban, la desocupación había vuelto a aumentar y el FMI arrogante imponía condiciones para liberar créditos que permitieran algún respiro. Las masivas protestas sociales obtuvieron por respuesta la represión oficial. El incendio de palabras y situaciones estaba nuevamente de regreso. Impertérrito, el presidente pretendía su reelección.

En términos políticos, se necesitaba un bombero. Como es habitual, se recurriría al anterior como “mal menor”, convenciéndose a sí mismos, que aquella gestión “no había sido tan mala”, que “ahora, con más experiencia, todo resultaría mejor” y otros comentarios simplistas que deslizan interesadamente los formadores de opinión.

En el año 2004, el PLD ganaba ampliamente la elección y Fernández Reyna asumía su segundo mandato presidencial. Para entender lo ocurrido en ese gobierno, recurrimos a los resultados de la siguiente elección, acaecida con puntualidad cuatro años después, casi al cierre de la edición de este estudio. Reyna volvió a ganar, también en primera vuelta, si bien con una ventaja mucho menor al principal candidato opositor del PRD. En esta última elección hay dos factores significativos que nos hablan del período anterior. El primero es que Reyna se apoyó en una alianza heterogénea de once partidos, que iba desde el derechista quisqueyano (fundado por el general Wessin, ahora comandado por su hijo Wessin Chávez, biblia evangélica en mano) hasta el PTD (marxista leninista). El segundo factor es el 5% de los sufragios obtenido por el PRSC seis años después de la muerte de Balaguer.

Reyna había probado ser un buen jinete de tormentas, llevando como estandarte al pragmatismo. Hablando en fluido “caribeño”

con Chávez, lograba su apoyo con petróleo a precio preferencial que evitaba la debacle total, al tiempo que en excelente inglés de sus años de emigrado en New York garantizaba a Bush la regencia estabilizadora de un punto vecino a los siempre problemáticos Haití y Cuba y a su Estado asociado Puerto Rico. Pero más importante aún, República Dominicana se asociaba al CAFTA e integraba la misión invasora a Irak. Además, Reyna había sido el gestor - en su primer gobierno - de lo que luego fue la inserción local de las transnacionales españolas, que en su momento fue festejado como un éxito y cultivaba muy buenas relaciones con el capitalismo europeo a través de España.

Muy atrás quedarían los años marxistas del PLD, muy presente la fragilidad de un pequeño país sin grandes recursos naturales, muy adelante la siempre prometida justicia social. Un hijo político de Bosch asumía su tercer mandato, al mejor estilo de Balaguer.

Síntesis

Hay varias formas de contar la historia política dominicana.

Una podría ser la historia de un territorio invadido. La primera dominación fue la de los colonialistas españoles, con el exclusivo - y dudoso - mérito de ser el punto de partida para la conquista de toda la América indígena. Siglos después, la breve pero significativa invasión del independentismo haitiano, cuyos primeros gobernantes negros se calificaron de emperadores a la mejor usanza napoleónica. Luego llegó el avance imperial norteamericano, quien borró la frágil autonomía dependiente a veces con ocupaciones militares, otras con cuotas azucareras, sosteniendo gobiernos dictatoriales afines y castigando opositores, llegando hasta nuestros días con formas refinadas - casi postmodernas - de anexión: los tratados de libre comercio.

Pero también podría seguirse el relato de las fuerzas políticas actuantes. Luego de treinta años de fascismo trujillista y ya en plena guerra mundial permanente entre EEUU y la URSS (llamada Guerra Fría), surge en la República Dominicana un régimen de dictadura civil o democracia controlada (como se prefiera), gobernado por un antiguo funcionario de Trujillo, Joaquín Balaguer Ricardo, devenido “demócrata”, social cristiano y populista.

Esta línea se extiende hasta entrados los años 80', y es interrumpido brevemente ante la flagrante ilegitimidad de sus triunfos electorales,

por dos mandatos consecutivos del PRD, partido de masas opositor socialdemócrata que había fundado el profesor Juan Bosch.

A partir de 1973, el escenario se vuelve tripartidista con la aparición en escena de la nueva criatura política de Bosch, el Partido de la Liberación Dominicana. En éste, su liberal socialismo se radicaliza hacia el marxismo, seguramente absorbiendo algo de los vientos de la Unidad Popular que accede al gobierno en Chile y del ambiente revolucionario general de la época que desembocaría en el triunfo sandinista en Nicaragua y en el salvaje terror desatado contra el espíritu insurgente en otros países.

La socialdemocracia fracasaría una vez más como gobierno en el año 2000, siguiendo un patrón epocal - que analizaremos en el capítulo de conclusiones - de otros gobiernos socialdemócratas que terminaron - o no pudieron terminar - sus mandatos envueltos en un caos económico y social de grandes proporciones.

El heredero de todo lo bueno y todo lo malo surgió del más joven de los partidos más relevantes de esta historia, el PLD. Era el relevo de los que habían relevado históricamente a Trujillo. Gobernó dos veces con nombre de izquierda, apoyado por el antiimperialismo latinoamericano, pero alineado con el capitalismo privatista ordenado por el nuevo argumento del imperialismo llamado “globalización”.

Por último, se podría narrar la historia dominicana como la trama de una novela del realismo mágico latinoamericano, donde, de las cenizas de un régimen monárquico, tiránico y sangriento, emergen dos caudillos cuya acción política marcará a fuego los destinos de esta parte de la isla. El uno, gobernó siete veces durante veinticuatro años con un mazo en una mano y un terrón de azúcar en la otra. El otro fue el sempiterno opositor, siempre candidato, sólo una vez electo y derrocado por las fuerzas de mal corazón, allá por los inicios del cuento. Ambos hombres de la literatura, ambos descendientes de prácticos comerciantes catalanes, ambos nonagenarios al momento de su muerte y hasta muy poco antes, todavía activos en el ajetreo político. Murieron con sólo un año de diferencia.

El actual gobernante, líder de uno de los clanes fundado por uno de los caudillos, fue presidente por primera vez gracias a un pacto entre ambos personajes. Hace muy poco ha sido confirmado por tercera vez al mando del país. La herencia política del caudillo idealista triunfó en la persona y el instrumento, la del conservador en los contenidos y el

apego al poder. Desde la tumba saludan Bosch y Balaguer.

URUGUAY

A comienzos de los años 50' Uruguay afanzaba su apodo de "Suiza de América". Esta denominación no se debía a una topografía alpina o a su ubicación geográfica - en absoluto mediterránea - sino a cierto nivel de educación, logros sociales e institucionalidad lograda en comparación con algunas otras naciones de Latinoamérica. Compartía con la Suiza de Centroamérica, Costa Rica, una orientación - en general - neutralista y pacifista y un espíritu de equidistancia y autonomía de vecinos más poderosos, que databa precisamente de su historia independentista, emergida del espíritu federal contra las ambiciones centralistas del porteño Buenos Aires y las expansionistas del Brasil imperial.

El autoelogio elegido era seguramente algo exagerado, como todo epíteto periodístico. La situación local que se pretendía describir, focalizaba excesivamente en el nivel de vida e instrucción de las nuevas clases medias urbanas - de las cuales salían los periodistas - obviando las dificultades de las zonas rurales, la intensa explotación de los trabajadores y otros detalles menores. Pero también era una exageración considerar como modelo más elevado a una Suiza esencialmente conservadora, donde hasta hoy, en uno de sus cantones, el derecho a voto de la mujer es aún inexistente. En este sentido, el Uruguay le llevaba la delantera a su espejo suizo, legalizando el sufragio femenino ya en la Constitución de 1917, sexto país en el mundo en hacerlo y primero de la región americana.

Y es precisamente aquella constitución del 17', la que produce la cristalización del modelo uruguayo, que -claro está - también tenía relación con aquel paradigma europeo al que se hacía alusión. Desde el punto de vista político, aquella impronta federal, imprescindible para su existencia autónoma, se emparentaba de cierto modo con el entramado confederativo de la "Eidgenossenschaft" suiza, en la que en el medieval siglo XIII, y en pleno centro de una Europa guerrera, una serie de regiones feudales se asocian para impedir que las hordas de combate de uno y otro bando imperial asolaran sus posesiones. En parte, la acumulación material suiza se debe a esa preservación de la destrucción que una y otra vez se ensañaba con aquella Europa cerrada por Occidente y cercada por Oriente. El parentesco con aquel modelo no era de tipo administrativo, sino en cuanto incorporaba la necesaria

pluralidad que emanaba de una unión de intereses diversos y que buscó su reflejo en un sistema de conducción colegiada y de democracia interna del que hasta hoy hacen gala los suizos, por supuesto en la actualidad mucho más forma que contenido. Uruguay encontró en esa fórmula el modo de avanzar por sobre el caudillismo y las luchas intestinas de poder, logro que por supuesto se alcanzó en proporción relativa, como veremos más adelante.

Por lo demás, las dos características que impregnaron el modelo uruguayo de principios de siglo - con las que también puede establecerse cierta analogía al alto de nivel de vida suizo - son el fuerte grado de desarrollo educativo alcanzado y la ola de bonanza económica que se vivió por la época.

El gran nivel de alfabetización y el temprano reconocimiento de la educación como motor de progreso, junto a la invariable puja de la época por la separación de la primacía eclesiástica en la formación de las nuevas generaciones, eran fruto del triunfo de las ideas liberales y positivistas, que se implantaron en la región hacia fines del siglo XIX. Ya habíamos visto en otros países como el positivismo comtiano abogaba por una nueva religión que hiciera de la ciencia su Dios y tomara al progreso como Destino de la Humanidad.

El empuje económico, que liberó fondos para el impulso social, se debió fundamentalmente al período denominado “de vacas gordas”, cuya clave es la implantación de la industria frigorífica y el auge de la exportación vacuna, situación que la República Oriental compartía con su hermana allende el Río de la Plata, Argentina.

La combinación de los factores citados da origen al Batllismo, en alusión al presidente colorado Jose Batlle y Ordóñez - que gobernó desde 1903 hasta 1907 y entre 1911 y 1915, como un importante avance en el desarrollo y los derechos sociales. La tensión política primaria en el Uruguay se desarrollaría a partir de allí - de manera similar que en otros puntos - entre ese partido Colorado (que pretendía la herencia del rojo punzó de la Liga federal del prócer Artigas) liberal, y - con el correr del tiempo - socialdemócrata, y el Nacional o “Blanco”, que se articuló en defensa de los intereses sectoriales de los mejor acomodados y que tenía su arraigo en las zonas rurales o “criollas”.

Un indicador entre otros varios de aquella ventajosa situación de inicios de siglo: el desarrollo local de cierto deporte inglés fomentado por las empresas anglosajonas de la época para relajar tensiones

laborales, en conjunto con el relativo bienestar general alcanzado en esos años 20', puso a Uruguay como sede de un primer mundial de fútbol, que además sería ganado por la selección local. La entidad organizativa de este evento deportivo, que al igual que los Juegos Olímpicos, pretendía colaborar acercando a las naciones con ánimo universalista, fijó su sede central justamente en Suiza, país que albergó posteriormente una de las principales sedes de las también universalistas Naciones Unidas en la lacustre Ginebra. Para acentuar este universalismo, digamos también que Suiza dio refugio también a pocos metros de esos edificios, a inmensas sumas de dinero en otros edificios fuertemente custodiados, bajo el candado del secreto bancario, que provinieron de las más antidemocráticas y crueles dictaduras de todo el mundo. Ecuánime sistema suizo, proveyendo a todos por igual, sin distinción de razas, credos o nacionalidades, con la posibilidad de guardar y ocultar dinerillos, preservando privilegios y poderes.

Uruguay también compartió ese orgullo con los parientes alpinos, decretando el mismo tipo de manejo bancario, convirtiéndose tiempo después, cuando las mismas vacas gordas se vendían o se pagaban menos, en una importante industria de la evasión fiscal y parada intermedia en el proceso de blanqueo de fondos provenientes de negocios fuera de la ley, conocido comúnmente como "lavado de dinero". Así, todo dictador o reyezuelo que se preciara de tal, poseía una cuenta bancaria en Suiza y también en la balnearia Punta del Este, que se convirtió en destino turístico preferencial, prestando servicios a cierta elite adinerada del Sur americano.

Los charrúas - como se denominan algunas veces los uruguayos a sí mismos - no escaparían sin embargo indemnes del terremoto que se produciría en las economías centrales a finales de los años 20'. Esta denominación "charrúa" olvida o ignora o acaso reivindica la memoria histórica del exterminio de estas etnias nómadas que poblaban el lugar hasta que el general Fructuoso Rivera, lugarteniente y luego traidor de Artigas, produjo un terrible genocidio, liquidando la población autóctona del lugar para hacer lugar a la expansión agrícola terrateniente, al igual que su ilustrísimo colega Roca en la vecina rioplatense. De la época de Rivera y su oponente Oribe datan feroces guerras y las insignias distintivas que darían lugar luego a la formación de los partidos colorado y blanco. Esa es también parte de la historia de la "Suiza de América".

En 1933 llegaría la dictadura a ese pacífico lugar, pero vestida con

uniforme civil, como corresponde a un país “civilizado”. Algo muy similar ocurriría cuarenta años después, donde el civil electo José María Bordaberry (al igual que el dictador Terra en los 30’), luego de ser electo, produce un autogolpe de Estado con fuerte participación de las fuerzas armadas.

Terminaremos con todas estas disgresiones previas, ya que - en principio - nuestro relato debería comenzar a mediados de siglo XX, comentando que la población uruguaya es mayoritariamente de origen europeo, producto de la historia colonial y las migraciones de finales del siglo XIX y principios del XX con un agregado negro, proveniente del Brasil esclavista del imperio portugués. Aquella componente europea sería la que, al igual que en las tierras de origen, produciría una sociedad con una baja tasa de natalidad y un desarrollo demográfico de menor volumen que en otros países latinoamericanos. Ese transplante de pueblos europeos a tierras americanas es un dato esencial para la comprensión de su historia y es seguramente ese europeísmo el que se refleja en la analogía suizo-uruguaya.

El año 1950 encontrará en el poder a Luis Conrado Battle Berres, sobrino de aquel líder descendiente de catalanes que situábamos al comienzo de aquel período próspero y progresista entre principios de siglo y el año 1930. Luis quedó huérfano a temprana edad, por lo que se crió en casa de don José, lo que explica a las claras su formación y adhesión que formalizara luego como “neobattlismo”.

Y coincidía no sólo el apellido sino las circunstancias. Uruguay se había visto nuevamente favorecido por una coyuntura internacional de demanda cárnica, que volvía a insuflar fondos y a alentar el ensueño de recuperar el bienestar perdido en los años 30’ y 40’. Tal similitud y tal añoranza se reforzó cuando la pasión futbolera llegó nuevamente al éxtasis con la obtención de un nuevo primer puesto en la contienda mundialista. El sentimiento de orgullo nacional se vio fuertemente reforzado, ya que la victoria final había sido lograda ante la antigua potencia invasora Brasil.

Pero la felicidad nunca es completa y sobre todo, nunca es larga. En el fuerte predominio que ejercían los colorados en la política nacional desde el final de la guerra civil de 1904, abundaban las tensiones internas de facciones que querían hacerse con el comando del partido dominante. En este caso, los contendientes habían vivido bajo el mismo techo. Los mismísimos primos de Battle Berres, o sea los hijos de Battle y Ordóñez, le disputaron - con cierta lógica biológica - la primacía en el

disfrute de la herencia política del viejo líder.

En la vereda rival, el Partido Nacional, había sido conducido por el coetáneo y adversario de Battle Ordóñez, Luis de Herrera, quien influyó en el compromiso de la Constitución de 1917, incluyendo junto al esquema colegiado que promovía aquél, un presidencialismo que compartía el gobierno. El herrerismo, como se conoció a la corriente interna del partido blanco, era fuertemente nacionalista pero en un sentido internacional antiimperialista. Tal es así que, Herrera, se solidarizaba con figuras alejadas de su ubicación política como Augusto Sandino y otros varios de la época que sufrían la abierta invasión estadounidense o su apoyo al establecimiento de dictaduras fascistas en el Caribe y Centro América. Herrera apoyó luego también la dictadura de Terra en Uruguay, consiguiendo así el exilio y la persecución de los principales líderes sucesores del battlismo.

El nieto de Herrera, Luis Alberto Lacalle, quien - ya regresada la democracia - hacía campaña con su abuelo hacia fines de los 50', sería electo presidente en las elecciones del año 1989, exactamente treinta años después de la muerte del líder blanco, de quien heredaría la conducción del bando herrerista en el partido nacional.

Volviendo a 1951, Battle Berres, quien concluía en su carácter de vicepresidente el mandato del fallecido Tomás Berreta, impone en la interna colorada a Andrés Trueba, quien es electo para el período 1951-1955. La similitud de la época con la situación de los 20' se continuaría. Fiel seguidor del fundacional Battle y Ordóñez, Trueba hace lugar a una reforma constitucional que reinstala el gobierno colegiado. El esquema, prácticamente único en la región, hacía lugar en un consejo de nueve miembros a los dos partidos más votados y preveía una presidencia rotativa electa anualmente. En esta oportunidad, el Consejo Nacional de Gobierno, a diferencia del antiguo Consejo Nacional de Administración, no preveía "bicefalidad" alguna, contando esta vez con la anuencia de la oposición blanca y la facción rival colorada, aliadas para frenar el control político de Battle Berres. Interesante es destacar que esta forma de gobierno despersonalizada se extendería por la Constitución del 51' también a los niveles departamentales, constituyéndose en el sistema político general del momento.

El sistema colegiado era un intento original de superar la violencia entre los bandos políticos surgidos de la contienda liberal-conservadora que había estremecido Latinoamérica a finales de siglo XIX y comienzos del XX.

Estableciendo cierto paralelismo regional, la “despersonalización” y la inclusión “pluralista” - ambas relativas por supuesto - guardaban relación de concomitancia con aquel impulso que dio origen al PRI en Méjico, cuando Elías Calles quiso prevenir futuras guerras caudillistas en vistas de lo que había sucedido luego de la Revolución de 1910. También allí se había dictado en el mismo año 1917 una constitución de avanzada, de fuerte contenido social y laico.

Y hasta la dictadura militar antiizquierdista de los años 70’, enrolada en el Plan Cóndor de la estrategia kissingerista, echó mano de este recurso colegiado, de una manera totalmente formal y a modo de fachada, rebautizándolo como “Consejo de Estado”, detrás del cual dirigía el poder armado.

En 1955, y ya en el marco del esquema colegiado, vence en las elecciones la “lista 15” de los Colorados, al comando de Battle Berres. Sin embargo, la renovación de la época de las “vacas gordas” y el progreso acelerado tocaría prontamente a su fin y significaría el comienzo de una crisis que pondría en duda las bases mismas del modelo uruguayo.

Brevemente el contexto: Uruguay había tempranamente adherido a la política de industrialización sustitutiva, entroncada con el keynesianismo que se impuso luego de la crisis monetaria y financiera del 29’, y afianzada por los severos problemas de la industria europea durante la Guerra. Esto trajo un importante aumento de la mano de obra industrial (favorecida además por la buena escolarización del país) y diversificación en las ramas productivas. Sin embargo, dicho proceso estaba sustentado, en términos de capital, en los excedentes que proveía casi con exclusividad la exportación ganadera de vacunos y ovinos.

Diez años después de la Segunda Guerra, se recuperó la producción de los países europeos (y otros) y los precios de dichas materias primas bajaron. Al mismo tiempo, ocurre en Europa un hecho importante que es la constitución del Mercado Común Económico, a través del Tratado de Roma en 1957, que provenía del antecedente de la Comunidad del Acero y el Carbón y sería la base de la futura Unión Europea.

Dicho Tratado establecía como una de sus bases fundamentales una unión aduanera común, con fuertes tasas a la importación de productos agrícolas y a su vez, fundaba un Fondo de compensación que subsidiaría a los agricultores europeos, protegiéndolos de la competencia de los precios más bajos de los productos que venían del exterior. En ese

proteccionismo, basaron los europeos gran parte de su reconversión de sociedades productoras de bienes de consumo y de industria pesada, con un alto grado de mano de obra, hasta convertirse en economías productoras de bienes de capital y de servicios, privilegiando la investigación en la tecnología de avanzada.

En su faz política, este Mercado Común Europeo contenía una impronta de complementación superadora de la unilateralidad competitiva que había conducido a las nefastas experiencias de dos guerras mundiales, que cobraron la vida de millones de europeos y arrasaron con gran parte del desarrollo logrado. Pero en un contexto más general aún, esta unión económica de inicialmente sólo seis naciones - que conduciría a lo largo del tiempo a una unión política que englobaría a prácticamente todas las naciones del Viejo continente - también tendría otra misión.

El Mercado Común era una herramienta de fortalecimiento económico que, en conjunto con el Plan Marshall (fondos para la reconstrucción productiva europea) y el establecimiento de la OTAN - alianza militar entre Norteamérica y Europa, constituían la estrategia norteamericana de la post guerra para evitar el avance de la influencia soviética y crear el nuevo orden capitalista europeo.

La alianza militar, bajo la formalidad de un “tratado de asistencia recíproca”, permitió la instalación permanente del ejército de EEUU en suelo europeo (desde entonces y hasta nuestros días). El plan Marshall, por otra parte, anunciado por el secretario de Estado homónimo en 1947, y que se implementó entre ese año y 1952, además de cumplir con el objetivo geoestratégico citado, permitía la recuperación del mercado europeo, cuyo consumo era esencial para preservar la estabilidad de la economía norteamericana.

Uruguay, que dependía en gran medida de las compras del exterior de sus productos ganaderos, se vio privado por aquella imposición aduanera entonces de su fuente primaria de capital. Además de ello, las principales compañías extranjeras del país ya no eran europeas, habiendo sido reemplazadas por capitales norteamericanos, esencialmente competitivos y que destruían toda empresa local que les hiciera sombra. Todo ello desencadenó la crisis del modelo industrial, que no logró llegar a niveles de competitividad que permitieran su exportación y equilibrar el déficit mencionado.

Además de estos factores económicos, la conciencia del ciudadano

medio, formado en un paisaje de relativa facilidad en la movilidad social, se resistía a ceder en los avances sociales y en la visión de un Uruguay desarrollado. Es más, las nuevas generaciones nacidas durante y luego de los procesos dictatoriales de los años 30' y 40' - que habían sido de cierto modo avalados por los sectores conservadores de ambos partidos mayoritarios - querían profundizar en la democracia y en la distribución de la propiedad social que, a la sazón, y pese a las relativas bondades comparativas que hemos señalado, se encontraba mayoritariamente en los grandes conglomerados ganadero-industriales, o sea, los ricos de siempre.

Era el empuje que haría eclosión en la década del 60'. Pero ya en 1959, con la crisis en plena vigencia, se imponía una rotación en el gobierno de la cosa pública. Siempre dentro del sistema colegiado, tomaban las riendas los blancos. Herrera, el jefe histórico, moría el mismo año en que uno de los suyos, Echegoyen, asumía en su reemplazo la conducción del consejo.

Como intento de respuesta a la cerrazón externa de mercados y en concomitancia con los procesos de la época, se funda la ALALC (Asociación de Libre Comercio de América Latina y el Caribe) en 1960, precisamente en Montevideo. A pesar de su fracaso, que explicaremos seguidamente, ésta fue la semilla de un proyecto integrador que - pasando luego por la sigla ALADI hacia 1980 - puso las bases del MERCOSUR, que comenzaría a funcionar efectivamente a partir de los años 90'.

En un primer acercamiento, la ALALC no funcionó por la heterogeneidad de economías que abarcaba, que compartían algunos problemas estructurales pero tenían otros que no eran tenidos en cuenta por un sistema rígido. Por otra parte, la volatilidad política de la región impedía proyectos de mediano alcance. También había en muchos países un fuerte resabio nacionalista que, inicialmente focalizado en mantener distancia de factores imperiales de poder, terminaba produciendo distancia con aquellos países vecinos enfrascados en la misma lucha, impidiendo ver los factores comunes.

La continuidad o el establecimiento de regímenes dictatoriales era un impedimento muy fuerte, ya que estos señores no deseaban que nadie más se metiera "con los asuntos internos de cada país". Pero la razón fundamental para el fracaso de aquel primer alcance integracionista, fue precisamente que nada era considerado en esta región (ni en el mundo entero) un "asunto interno" de cada país, sino que todo asunto - por más

lejano que estuviera - era considerado un asunto interno de los EEUU y encuadrado por la URSS a su vez, dentro de la lucha hegemónica que ambos mantenían.

En este sentido, EEUU estableció la Alianza para el Progreso, una réplica menor del Plan Marshall y fortaleció su red de bases militares al igual que en Europa. Pero el levantisco pueblo latinoamericano era un “problema” y no aceptaba con docilidad la genialidad de dichos planes. Habría entonces que controlar de manera mucho más directa la política interna de cada uno de los países. Para ello, era imprescindible también mantener la fragilidad de la dependencia económica, mediante la cual, cada uno de los gobiernos podía ser tomado como rehén o chivo expiatorio con relativa facilidad y ser cambiado por otro, más alineado con los esquemas imperiales.

De este modo, se entiende que un bloque económico que fortaleciera a los países miembros, aumentando su autonomía decisoria era altamente nocivo para los intereses norteamericanos de dominación. “Divide y reinarás” siguió siendo el leitmotiv de la política exterior yanqui. Dicha premisa se extendió incluso hasta cincuenta años después, cuando, luego del fracaso de las negociaciones conjuntas con las que se pretendió extender el NAFTA (tratado libre comercista de América del Norte) a un ALCA (Área de libre comercio de las Américas), los EEUU comenzaron a negociar separadamente con cada Estado un TLC (tratado de libre comercio), erosionando de este modo las posibilidades de que creciera el ya desarrollado MERCOSUR o nuevas alternativas de integración de signo antiimperialista como el ALBA (Alternativa Bolivariana para América) o el TCP (tratado de comercio de los pueblos).

Uruguay entró entonces a principios de los años 60’ en serios problemas, al tiempo que aumentaba el entramado sindical, las protestas populares y la tensión social. El ambiente de rebelión generacional se extendía y discutía los viejos esquemas morales represores, la moda sexista y todo cuanto “oliera a viejo”. Y viejos eran los sucesores blancos y colorados de la vieja bigotería política de principios de siglo, llamada así por el culto al bigote del que hicieron gala la mayoría de aquellos exponentes.

La juventud y los movimientos obreros no se sentían ya representados por la teoría de la conducción colegiada. Por el contrario, veían en ésta a un paradigma de la exclusión, resultante de que el “botín” social se repartía sólo entre dos bandos.

Era obvio que se requerían medicinas más fuertes para una “enfermedad” social que se expandía. O sea, la ley del garrote, que “ayudaría” allí donde habían fallado la educación de los jóvenes y las instituciones.

Otro factor que promovía el desborde era la multiplicación interna de corrientes dentro de los partidos tradicionales, queriendo apropiarse a su vez de la mayor tajada del reparto. Esta manifestación desgastaba el valor de la democracia a ojos de la opinión pública y acentuaba la ineficacia institucional para resolver los serios problemas. Lo democrático se había transformado en “democrítico”.

En aquellos inicios de los 60’ comenzarían los enfrentamientos universitarios entre grupos de derecha e izquierda, nacían diversos sindicatos y tomaba forma la Central de Trabajadores.

Entre las huelgas y marchas de protesta que se suceden, estuvo la de los trabajadores de la caña de azúcar, nucleados en la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas, cuyo asesor legal era por entonces Raúl Sendic, quien junto a otros jóvenes y trabajadores fundarían la guerrilla revolucionaria llamada Movimiento de Liberación Nacional, pero más conocida como Tupamaros, en honor a José Gabriel Condorcanqui, Tupac Amaru II, líder de una revuelta campesina contra los españoles en los Andes peruanos a fines del siglo XVIII.

Pero la pastoril, llana, civilizada y europea Uruguay no era la campesina, escarpada, analfabeta y originaria región andina de dos siglos atrás. El ardiente impulso revolucionario juvenil, inflamado por entonces por el triunfo de Castro en Cuba, habría de tener en cuenta en este país, el rechazo a la confrontación armada que el sistema educativo había instalado en las conciencias infantiles y que la propaganda democrática había afianzado en la colectividad adulta.

La intranquilidad social era ya total y se acentuaban las acciones represivas. En 1965 se producía el golpe de Estado en Brasil que imponía a Castelo Branco en el mando. En 1966 asumían los militares de Onganía en Argentina. Pero en el esquema uruguayo de buenos modales, no se podía pasar sin más a una dictadura abierta. Era necesaria cierta transición.

En primera medida entonces, y ante las dificultad del último gobierno conjunto presidido por el partido Nacional, se abolió la colegialidad volviéndose al presidencialismo. La última esperanza era un poder central fuerte que consiguiera “domar la fiera”. En las elecciones de

1966 es elegido el general retirado Óscar Gestido, miembro del partido colorado y que había pertenecido representando a esa organización en el último consejo de gobierno previo a la reforma constitucional.

Gestido no pudo controlar la deteriorada situación social ni con devaluaciones ni con leyes marciales. Murió de un ataque cardíaco a menos de un año de iniciar su presidencia, en 1967, siendo reemplazado por su vicepresidente Jorge Pacheco Areco, para completar el mandato hasta 1972.

Este político colorado, enrolado en las filas conservadoras de la Unión Colorada y Battlista - emergida de la lista 14 -, tuvo a cargo la tarea de reprimir a los Tupamaros y a la izquierda en general, evitando por otro lado la ruptura de la institucionalidad constitucional a manos de un golpe. La represión se produjo, pero el golpe también, salvo que no sería directamente en su mandato sino en el de su sucesor Bordaberry.

Pero antes de eso, ocurriría la instalación de la guerra sucia, el Plan Cóndor y la tortura sistemática frente a un creciente despliegue sedicioso y un fuerte avance de la marea social que pedía transformaciones.

Los movimientos revolucionarios en Uruguay se habían constituido, habida cuenta de la orografía ya comentada y de la extracción social estudiantil de la mayoría de sus integrantes, en una “guerrilla urbana” de desestabilización, sin pretensiones de ocupar zonas al estilo de un ejército regular como sucedía en otros puntos de la región. Esta guerrilla actuaba en base a células que operaban independientemente formando una red. Por ello, la así llamada “inteligencia”, comandada por agentes de la CIA, adquiriría ribetes no tan usuales en una guerra de tipo convencional. El objetivo era obtener información para capturar enemigos y desbaratar esas células. Para eso, el método utilizado fue básicamente la tortura física y psicológica. En 1969 llegó a Uruguay el norteamericano Dan Mitrione, proveniente de Brasil, donde había servido al régimen militar durante cinco años en la formación de un ejército de espías para infiltrar la resistencia popular. Su misión era instruir a los cuerpos locales en el uso de la tortura y otras vejaciones. Un año después, la guerrilla tomaría represalias y lo mataría.

Paralelamente, los intentos de la izquierda que creía en la posibilidad de cambios por vía democrática, pese a ser también prohibida por Pacheco Areco, cristalizan en 1971 en la fundación del Frente Amplio, llevando en la elección de ese año como candidato al general retirado Liber Seregni, adherente de la facción más liberal del partido Colorado

y con buen diálogo hacia sectores de la izquierda. Previo a la elección, Pacheco Areco intentó modificar la cláusula que vedaba la posibilidad de ser reelecto mediante un plebiscito que no logró su objetivo.

Sin embargo, a ojos de muchos uruguayos conservadores angustiados por la situación de inestabilidad, el tipo de gestión de Pacheco debía continuar, sin Pacheco. De este modo, vence en elecciones restringidas y fraudulentas Juan María Bordaberry, representante de los intereses de derecha. En apariencia, era algo así como un blanco metido a colorado o simplemente un híbrido entre ambos. Este hecho, lejos de ser una simbología, había sido así en términos bien prácticos, habiendo hecho Bordaberry gran parte de su carrera política en la Liga Federal de Acción Ruralista de Benito Nardone, famoso locutor radial y presidente blanco del Consejo de Gobierno en 1960, siendo electo por aquel partido en 1964 y cambiando de bando recién en 1969.

En su único año de gestión “constitucional” (ya nada era realmente constitucional, salvo las “medidas de pronta seguridad”, que otorgaron carta blanca a la policía y al ejército para detenciones de opositores y guerrilleros) las fuerzas represivas habían logrado ciertos éxitos, apresando una importante cantidad de líderes del movimiento revolucionario. Pero vastos sectores de la sociedad civil, los sindicatos, organizaciones estudiantiles y políticas del espectro de izquierda y hasta disidencias progresistas de los partidos “permitidos”, repudiaban el accionar cada vez menos encubierto de las fuerzas de seguridad públicas.

En Chile ganaba las elecciones la Unidad Popular del socialista Allende, en Argentina el peronismo emergía victorioso de una larga proscripción de dieciocho años. El tablero represivo finamente elaborado por EEUU amenazaba resquebrajarse en el Sur.

La fachada de civilismo terminaría entonces por derrumbarse y Bordaberry queda como cabeza civil del golpe militar que se produce en 1973, procediendo inmediatamente a disolver el Legislativo y oficializar la restricción total de las libertades civiles. Era tiempo de disipar toda incertidumbre y de poner las cosas “negro sobre blanco”.

Pero Bordaberry, ya liberado de toda “atadura” democrática, iría más lejos y revelaría poco después en toda su dimensión la postura integrista católica - que hoy sería considerada “fundamentalista” -, en la que había abrevado previo a su militancia gremial rural y política. Propuso a las Fuerzas Armadas disolver definitivamente a los partidos e

instaurar un régimen corporativo fascista. Eso era demasiado hasta para los lobos del generalato y no convenía a los propósitos del Norte. Por otra parte, el vasco Bordaberry (haciendo honor a la consabida fijeza de puntos de vista de aquella cultura) no era suficientemente dócil y tampoco concitaba ningún apoyo popular.

Se efectuó entonces su relevo, primeramente con Alberto Demichelli y poco después con Aparicio Méndez, quien sería el presidente formal hasta 1981. El poder en la sombra, al igual que prácticamente desde comienzos del golpe con Bordaberry, no sería otro que Gregorio “Goyo” Álvarez, quien era el “secretario permanente” del Cosena (Consejo de Seguridad Nacional), órgano “asesor” fundado precisamente en 1973. Éste a su vez, tenía asiento en el Esmaco (Estado Mayor Conjunto), que combinaba desde 1971 el accionar de las distintas fuerzas represivas y desde donde también se articulaba la estrategia política y económica que pretendían las Fuerzas Armadas para Uruguay.

En 1980 los militares se proponen extender su gobierno y legitimar estos esquemas mediante un plebiscito. La gente, pese a la absoluta imposibilidad de utilizar medios de comunicación masiva para discutir opciones, rechaza esa intención, dejando en claro la vocación democrática de las grandes mayorías. Por otro lado, un sector militar ya era partidario de devolver el poder a la civilidad, encendiendo una interna que se saldaría a favor del retorno a elecciones en 1984, al término de la presidencia del general Álvarez, quien toma las riendas de modo directo inmediatamente después de la negativa popular a la continuidad militar en el poder.

Pese a las impuestas “leyes de caducidad” (parientas de las de “obediencia debida” en Argentina o de la configuración constitucional luego de Pinochet) que pretendían imponer un cerrojo sobre los desmanes cometidos por los militares en todo este período, Bordaberry y Álvarez - entre otros - serían juzgados treinta años después por su implicación directa en la implementación del crimen de Estado.

La renuencia militar a permitir el retorno a la democracia fue quebrada finalmente por la gente en 1983, quien salió masivamente a la calle a hacerse oír. Ya allí sonaban las cacerolas que se harían famosas en Buenos Aires, algo más de tres lustros después, precipitando la renuncia del presidente socialdemócrata De la Rúa. En estos pueblos acostumbrados a la buena mesa, la utilización de un utensilio de cocina como herramienta de protesta política es altamente comprensible.

Las elecciones son ganadas por Julio María Sanguinetti, abogado colorado, quien había sido ministro de Pacheco Areco y durante algunos meses previo al autogolpe, ministro de Educación del mismo Bordaberry. La situación política era aún totalmente restrictiva y las posibilidades ciertas de articulación democrática plurales, mínimas. Más allá de ello, los uruguayos acometen la etapa de transición con alivio, ejercitando nuevamente los pulmones que habían quedado paralizados largo tiempo por el terror y la asfixia de la libertad reinantes.

Se levantaron las proscripciones, los presos políticos de la dictadura salieron de la cárcel, comenzaron a funcionar nuevos acuerdos. El precio a pagar fue el silencio sobre los años oscuros. Pero junta a esta deuda moral, había crecido otra deuda a la vera del poder militar que no era posible acallar e imponía otro candado a todo proyecto económico. La deuda externa, al igual que en los restantes países de América Latina, era otro de los tumores que se habían cultivado durante el cautiverio público. Mientras los especialistas en tortura y contrainsurgencia dirigían las operaciones en el campo político y militar, los “asesores” de la economía de la dictadura pertenecían casi por completo a las filas de Milton Friedman, la escuela de Chicago, promoviendo el antiestatismo a ultranza. Con ellos, mientras la economía nacional en su conjunto se hipotecaba, los sectores de poder económico aplaudían el ultraje público fervorosamente.

Los que habían contraído las deudas eran inimputables políticamente y la banca internacional pasó la factura a la sucesión, o sea al conjunto social que no había tenido ni voz ni voto en tales transacciones. Sería interesante ver que hubiera sucedido si la situación fuera la inversa. O sea, si el Estado hubiera facilitado préstamos con bajas garantías a impostores en los consejos de administración de los grandes bancos y luego de su retiro, hubiera exigido su devolución. Imaginamos - como ha ocurrido en varios casos - que la maquinaria legal de las empresas hubiera procedido a declarar la “irregularidad” e “ilegalidad” del caso.

No fue éste el caso y el Estado se hizo cargo de la deuda ilegítima. Pero “legitimar” la deuda no era lo mismo que poder pagarla en sentido estricto. La deuda externa comenzó a ser refinanciada y a agrandar el agujero estatal existente por el que terminaría pasando el capital privado para liquidar las existencias comunes. Así, mientras contablemente el pasivo del Estado aumentaba, disminuían los activos, situación ésta que cualquier economista hubiera calificado de absurda.

Pero sólo algunos pocos, en general situados a la izquierda y con

poco acceso a micrófonos, denunciaban este terrorismo económico. De este modo, la alegría por el retorno a la democracia se veía empañada por la permanencia de una matemática sangrienta, que mantenía prisionero al bienestar social. Por otra parte, la región entera comenzaba a conocer una nueva dictadura, la de los tecnócratas de las instituciones financieras internacionales, verdadera curia de la macroeconomía, quienes mediaban entre el todopoderoso dios dinero y los comunes mortales.

En este escenario, era necesario reactivar de algún modo las economías y los gobiernos de Argentina, Uruguay y Brasil recomienzan las tratativas que finalizarían en 1991 con la constitución del Mercado Común del Sur, al cual también se había sumado Paraguay.

Poco antes de ello, se producirá el primer recambio institucional programado posterior al regreso a la democracia. En estas elecciones se había eliminado ciertamente toda traba de participación formal a los candidatos. Por ejemplo, concurría a ellas por primera vez Liber Seregni, ex militar y líder del centroizquierdista Frente Amplio, cuya candidatura había sido prohibida en 1984. Y aquel frente logró un importante caudal electoral, consiguiendo inclusive ganar la principal intendencia del país, la de su capital montevideana, mostrando nuevamente que los movimientos progresistas tenían fundamentalmente su arraigo en los núcleos urbanos.

Otro fenómeno que había emergido nuevamente con toda su fuerza, y que siempre había estado pero algo opacado por la contingencia militar, era el antiguo faccionalismo político.

En este nuevo período de democracia uruguaya, ya no se pretendería congeniar a través de aquel viejo sistema colegiado, sino que se acudiría exclusivamente a aquella fórmula adoptada en 1910 conocida como “ley de lemas”. Ésta permitía “superar” por vía práctica las luchas intrapartidarias. Era la posibilidad de que un partido acudiera a una elección con varias listas y candidatos. A la postre se sumaban los votos de cada partido y resultaba electo el candidato más votado del partido ganador. Esta ley de lemas era un modo de hacer elecciones “primarias” (o sea internas) simultáneamente con las generales.

En 1989, concurren entonces tres fuerzas principales a la elección, el Partido Nacional, el Colorado y el Frente Amplio, agrupando los dos primeros tres sublemas cada uno y otras cinco formaciones menores. La estrategia del Frente Amplio por el contrario, era la de la unidad de

fuerzas progresistas diversas del espectro de izquierda y centro.

Dos candidatos, Luis Lacalle Herrera (partido Nacional) y Jorge Battle Ibáñez (colorado), eran nieto y sobrino nieto respectivamente de aquellos líderes históricos Luis de Herrera y José Battle y Ordóñez, que habían signado con su rivalidad la política uruguaya en la primera mitad de siglo.

Ganó el nieto del que nunca había ganado. Y como ya dijimos, la elección significó un fuerte avance del movimiento social y la izquierda, que de la situación de clandestinidad y persecución durante décadas, se veía transportado a importantes espacios públicos.

El “tripartidismo” consolidaba la democracia e indicaba un claro rechazo ciudadano al partido colorado, que había monopolizado el gobierno durante la mayor parte de la centuria.

El mandato de Lacalle fue lo que se esperaba. El partido Nacional se convirtió en el partido transnacional. A tono con la globalización galopante y los neoliberales circundantes (Menem, Color de Mello, Rodríguez, Wasmosi y varios otros), Lacalle dejó a varios en la calle, concretando un programa de “saneamiento” y de reformas pro mercado. La argumentación y la propaganda huelgan a esta altura.

Para hacer pie en las ciénagas del atomismo político con dicho programa altamente impopular, incluyó varios ministros colorados, que poco después también le restaron apoyo. Ni hablar del mundo sindical y de los representantes de la izquierda, que con una imperceptible modificación sonora, llamaron a Lacalle lacayo. La sonoridad de la protesta sin embargo no fue imperceptible y la conciencia popular uruguaya volvió a manifestarse. El Mercosur nació por entonces, marcado coyunturalmente con un fuerte sesgo mercantilista y competitivo.

Los resultados de la siguiente elección marcaron la definitiva inserción del polo progresista en el mapa político uruguayo. Fue electo nuevamente Sanguinetti con sólo el uno por ciento de diferencia por encima de los rivales blancos y frenteamplistas. Ésta fue la última elección donde se utilizó la ley de lemas. Muchos creyeron (esperaron...), que con el retiro de la facción colorada tributaria de Zelmar Michelini - asesinado en el marco de la operación Cóndor - el Frente Amplio quedaría reducido a una expresión minoritaria de izquierda. Dicha apuesta, esencialmente colorada, posicionó al líder del sector michelinista Hugo Batalla como candidato a vicepresidente

(resultando inclusive electo) para “recuperar” el voto progresista moderado que había apoyado a Seregni en la elección anterior. Pero la extorsión “o nosotros o el diablo”, ya no funcionaba automáticamente en Uruguay, pueblo evidentemente experto en democracia o al menos en manejos partidistas. En 1995 el pueblo se pronunció claramente contra el bipartidismo y a favor de un espectro más amplio.

De este modo, Sanguinetti debió devolver favores a los “blancos” e incluir a su vez varios ministros de ese partido para poder gobernar ante un legislativo dividido casi exactamente en partes iguales. Afuera del gobierno quedaba el frenteamplismo, cuya posición ya se perfilaba como alternativa al “monstruo de dos cabezas” que había gobernado o cogobernado Uruguay durante todo el siglo.

Nada nuevo aportó esta segunda presidencia de Sanguinetti, salvo la consolidación del Mercosur y una cierta mejora del comercio y la productividad uruguayas, encorsetadas antiguamente entre la dependencia exportadora y un minúsculo mercado interno.

En la bisagra de los milenios, en una elección donde se inauguraba un nuevo sistema electoral de doble vuelta entre candidatos únicos, sucedió lo que todos ya esperaban. O casi todos. Tabaré Vázquez, el candidato frenteamplista recibió alrededor del 40% de las preferencias, frente al 31% del colorado Batlle Ibáñez y al 21% del ex presidente blanco Lacalle. En la segunda vuelta resultó presidente.... Jorge Battle Ibáñez.

El corporativismo bipartidista se mostraba nuevamente en toda su rudeza, vaciando de significación real a la democracia formal y aprovechando el temor al fantasma de la “inestabilidad” que producía en el alma uruguaya (sobre todo del interior) una posible presidencia a la izquierda del centro.

Dice un dicho popular que “no hay mal que dure cien años”. Este sabio aserto, que hace referencia a la dinámica permanente de la realidad, se verificó también en la historia política reciente uruguaya, pero casi al borde de sus límites matemáticos.

Recién en el año 2004, casi exactamente cien años después del pacto entre liberales y conservadores que diera fin a la guerra civil entre ambos bandos y diera inicio a la guerra política, luego devenida en sociedad de poder compartido, resultaría electo el médico Tabaré Vázquez, representante del Frente Amplio como alternativa al modelo bicéfalo.

Pero previo a ello, el último presidente colorado de aquella centuria mencionada sería el sobrino nieto del Battle Ordóñez que la iniciara e hijo del ex presidente del mismo apellido, quien regenteara en los 50' con oposición consanguínea el legado del patriarca partidario. Jorge Battle no sólo compartía con su familia la actividad política y la herencia dinástica partidaria, sino que también compartió el periodismo como oficio. Para reforzar el cuadro de vástago digno de aquella prosapia, hasta se batió a duelo - otra originalidad normada en la legislación uruguaya - igual que su padre y su tío abuelo, costumbre decimonónica en la que también participó su correligionario amigo y dos veces presidente Sanguinetti.

El gobierno del representante conservador battlista, elegido en nombre del voto aliado de los conservadores uruguayos, sería coherente con el mandato recibido. Battle, que asume en el año 2000, insistió en la profundización del modelo neoliberal. Pero aquella importante bonanza económica que gozaron sus parientes cercanos en los 20' y los 50', no se haría presente en esta ocasión. La dependencia económica, que en aquel momento fue favorecida por las coyunturas de la Primera y Segunda guerra, arrastró esta vez a Uruguay al carro del destino que compartía con Brasil, Argentina y Paraguay. Al bloque del sur le tocó vivir el fracaso neoliberal. Aquellos que habían esgrimido y vociferado la ineficiencia del Estado desde fines de los 80', tuvieron que asistir a la ineficiencia del mercado. Hacia el 2002, con la exportación hacia Brasil y Argentina prácticamente congelada por la devaluación del real y la crisis argentina y con una casi total fuga de depósitos bancarios ante el temor de que estos dinerillos fueran inmovilizados, sólo un préstamo del FMI salvó a Uruguay del colapso financiero. De este modo, la administración de Bush (h) agradecía la férrea defensa que había hecho Battle de uno de sus proyectos más acariciados y más fallidos, el ALCA. Pero la gratitud no era desinteresada, claro está. La política exterior norteamericana no se da nunca por vencida en sus estrategias fijadas y el alineamiento de Latinoamérica con sus intereses es uno de los pilares de dicha estrategia. Como se verá algo más adelante, la idea sería erosionar la posibilidad de que el Mercosur constituya una de las piedras fundacionales de un bloque autónomo, al estilo de los no alineados en los años 60'. Para ello, había que intentar sostener a los pocos aliados que iban quedando, a fin de generar con ellos tratados unilaterales de libre comercio que pusieran a estos países - en general ultra dependientes - en la disyuntiva de pertenecer al imperio o

enfrentarse a él.

En Uruguay llegarían entonces las elecciones del año 2004 y con ellas, las “Crónicas de una muerte anunciada” o el fin - provisorio al menos - de “Cien años de Sociedad”, parafraseando libremente al gran literato colombiano Márquez. En realidad, blancos y colorados dominaron el país casi desde su fundación, pero hacemos sólo referencia aquí al período en el cual dicho conflicto se dirimió de manera más o menos pacífica.

Esta vez el Frente Amplio y el pueblo uruguayo no dejarían lugar a improvisaciones. El frente centroizquierdista perfilaría junto a Tabaré al líder de la facción más “centrista”, el economista moderado y delfín político del ya fallecido Seregni, Danilo Astori, para limar asperezas en el centro político con los timoratos. El electorado daría un inequívoco respaldo al proyecto frentista y la espalda al bipartidismo crónico con más del 50% en primera vuelta.

El escenario era similar al que había posibilitado la elección de Lula da Silva en Brasil, quien tuvo que armar un intrincado balance con las fuerzas del capital, para acceder a una presidencia que le había sido vedada en ocasiones anteriores por aquellas.

Tabaré Vázquez es un hombre que ha estado muchos años cerca del dolor humano. Habiendo sufrido la muerte de sus padres y su hermana por dolencias cancerosas, se convirtió en médico oncólogo y tuvo una trayectoria profesional extendida. Su sensibilidad social lo acercó a la actividad política a principios de los 80’ en el marco del partido socialista incluido en el Frente Amplio, cuya fundación en 1971 funcionó como paraguas legal de la oposición progresista a los regímenes represores. Un hermano menor, de activismo político más pronunciado y radical sufrió doce años de cárcel por ello.

Pero Tabaré, además de médico y previo a ganar la intendencia montevideana en nombre del Frente en 1989, había adquirido notoriedad como presidente de un club de fútbol pequeño, el Club Atlético Progreso, haciéndolo progresar primero hasta la división principal del país y luego obteniendo el campeonato. Los clubes “grandes”, cuasi monopólicos en aquel deporte, eran Peñarol y Nacional. La similitud con la situación política de los partidos era, para muchos uruguayos, obvia.

El frenteamplismo ha gobernado Uruguay desde 2005 alineado con el eje progresista que se extendió en la región, desalineado del monitoreo

fondo monetarista y promoviendo medidas de impacto social inmediato, sin promover “rupturas” radicales con el sistema. El integracionismo latinoamericano es sustentado fuertemente por el gobierno y en el marco de esa apertura confrontada a la visión imperialista del ALCA, Tabaré fortalece vínculos con Venezuela, restablece relaciones con Cuba y, pese a las piedras que pone el sistema en el camino (como la desmedida prensa que tuvo el conflicto con Argentina por la instalación de dos industrias de pasta de papel), colabora con el fortalecimiento del Mercosur, que a su vez comienza a nuclear nuevos asociados, al tiempo que completa con la elección de Fernando Lugo en Paraguay el cuarteto de gobernantes opuestos al neoliberalismo. Por otra parte, y aprendiendo de lecciones anteriores de la historia uruguaya, dista de encolumnarse en la dependencia de un solo bloque, estableciendo, a la usanza multilateralista de la época, una multiplicidad de convenios de cooperación.

Por otra parte, y también coincidiendo con procesos epocales similares, se produce el procesamiento de responsables, en el marco del esclarecimiento de violaciones a los derechos humanos durante la dictadura cívico militar, pese a los impedimentos legales que la misma dictadura había impuesto y no habían sido removidos por gobiernos anteriores.

Si bien es arriesgado predecir, es altamente posible que los uruguayos confirmen este nuevo rumbo en la próxima elección, sobre todo tomando en cuenta la huella concomitante que dejan la continuidad kirchnerista y petista en las naciones vecinas y la importante caída del monolítico dominio del partido colorado en el también vecino Paraguay. Pero más allá de esto, y de todo error o acierto, el gobierno de Vázquez ha demostrado que otras opciones son posibles y que la única opción que debe ser desterrada por completo, es el manejo político antidemocrático y extorsivo del “mal menor”, que siempre ha conducido a males mayúsculos.

Síntesis

El ejemplo uruguayo nos muestra que, al contrario de lo que habitualmente propaga la tecnocracia vigente, bisnieta de aquel positivismo de finales de siglo XIX, los sistemas no son los decisivos, sino las intenciones.

Pasando de un presidencialismo férreo a gobiernos bicéfalos, a

conducciones colegiadas compartidas, ley de lemas, co-gobiernos y finalmente componendas de segunda vuelta, el faccionalismo político se las arregló para permanecer vigente y disputarse el botín público. La pausa obligada fue el horror dictatorial, que interpuso el apetito propio (y el de los lejanos intereses geoestratégicos de las potencias) a los ya vigentes. El pueblo sólo era consultado de manera hipócrita, con el fin de que su voz acallara su propia voz, legitimando intereses no populares.

Sin embargo, los uruguayos, a poco de comenzar el nuevo milenio y educados largamente en las bondades platónicas de un hipotético civismo democrático, se las arreglaron para derrotar al hábil y persistente modelo de la bipolaridad unifacética. Y a la presión cierta del águila norteamericana, que siempre amenazante, planea sobre las cabezas de los habitantes de la región.

Queda por verse si esta dirección, que engarza con los mejores momentos de la sociedad uruguaya, se consolida y crece como elección conciente y duradera o será barrida por los vientos de la inmediatez.

VENEZUELA

República Bolivariana de Venezuela, nombre actual de este país, no es un mote pintoresco sino la oficialización de un tipo de proyecto, al que la mayoría de sus habitantes adhirió a fines del milenio pasado por vía de la reforma de la Constitución. La alusión de esa denominación al personaje histórico más importante de Venezuela, Simón Bolívar, nos remite, a fin de contextualizar gran parte de lo sucedido en el período elegido para nuestro estudio, a lo acontecido unos doscientos años antes.

Esto nos permitirá, aunque sea de manera breve, comprender ciertos elementos que estuvieron en la génesis de las independencias americanas de la Corona española.

El sueño que impulsó a Bolívar era el de liberar a las tierras americanas de su situación de despojo colonial para, a través de su unión, proyectarlas a una situación de soberanía definitiva, que impidiera que algún resabio imperial reconquistara estas tierras. Este ideal tomó forma luego de dos intentos iniciales fracasados, a partir de los cuales Bolívar retomó el modelo que ya había perfilado Francisco de Miranda.

Miranda, quien también había ya fracasado en un intento anterior a Bolívar, fue el precursor de aquella imagen de la Colombia unida (un extraño homenaje al gran Almirante que abrió la puerta de la invasión colonial) desde Méjico hasta Tierra del Fuego. El fue también quien acercó a Bolívar, San Martín, Alvear, Bello, O'Higgins y varios más a integrarse a la masonería, que constituyó una parte importante en el fundamento filosófico y espiritual de las revoluciones en el Nuevo Continente, influyendo fuertemente en su desarrollo posterior.

Demos entonces un breve vistazo a dicha organización: Los masones comienzan a constituirse a partir de los gremios de constructores de la alta Edad Media, quienes se reunían en las galerías o pórticos que formaban parte de aquellas construcciones, sitios denominados "loggia", que darían a su vez el nombre al núcleo básico que tomarían para su organización. Estas logias heredaron el saber constructivo y simbólico de la Antigüedad a través del Humanismo renacentista. Con el correr del tiempo y la inclusión de personas interesadas en profundizar en aquella fuente de conocimiento que proseguía siendo ocultada por la Iglesia, la masonería se constituyó en un movimiento

fuertemente resistido por los policías del espíritu, a través de aquella tenebrosa institución conocida como “de Defensa de la Fe” o sea la poco Santa Inquisición. En aquella época, su carácter secreto derivó seguramente de la protección de sus miembros frente a la persecución, como así también del complejo mundo intelectual y científico en el que se desenvolvía, tomando muchos de sus elementos del antiguo hermetismo de raíz egipcia y que la hacía poco apta para su divulgación masiva.

La afirmación del conocimiento científico, cierta liberalidad en el campo teológico y de las creencias en general, ponían en entredicho las estructuras rígidas del mundo medieval, en las que se asentaba el poder político y religioso. Así, los masones, junto a otros, fueron portadores de ese germen que influiría en el continente americano mucho después, entre muchos otros además de los citados, en las figuras del cubano Martí y el nicaragüense Sandino. Su doctrina impulsaba la “unión de los hombres” en sentido genérico, más allá de raza, nacionalidad, religión o tendencia política, pero no permitieron que las mujeres se integraran como miembros plenos de aquellas cofradías, hecho que pondría en entredicho su contenido universalista.

Esa transnacionalidad, junto al firme antagonismo al poder eclesiástico, aliado de la monarquía española, el rechazo a la estructura vertical medieval que justificaba dicha monarquía y la defensa de la posibilidad de desarrollo a través del conocimiento y la educación, fueron los elementos que prendaron el corazón de aquellos jóvenes patriotas y configuraron el horizonte en el que tramarían sus revoluciones libertadoras.

En estas revoluciones no influyeron sólo los elementos masones o el racionalismo de la ilustración, sino que también fueron importantes los intereses fariseos de acomodados criollos a los que ya incomodaba la dominación imperial y por supuesto, los intereses también mercantiles y de dominación geopolítica de los imperios rivales. El pueblo, mayoritariamente analfabeto y alejado de las decisiones, quedaba sólo para las pinturas y el relato escolar.

La gran visión integradora de Miranda, Bolívar y otros se desplegó con energía tremenda por el Nuevo Continente y logró efectivamente expulsar a las tropas realistas de todas las geografías sudamericanas. Sin embargo, fracasó finalmente en su espíritu de unión latinoamericana por los intereses localistas de poder con los que necesariamente había pactado para lograr su objetivo primario.

Uno de los caudillos militares de Bolívar fue posteriormente uno de los primeros en darle la espalda al proyecto global y en liderar la proclamación de una Venezuela independiente. El general José Antonio Páez dio inicio así no sólo a la secesión, sino a una lucha civil fratricida liderada por caudillos liberales y conservadores que se alternaron en el poder hasta comienzos del siglo XX.

En aquel momento, la dupla de caudillos Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez conocida como “los andinos”, por provenir del montañoso Estado de Táchira, establecieron una “pax romana” que, en la figura de éste último, duró hasta su muerte en 1935. El capítulo interior de esta “pacificación” fue una dictadura absoluta que no permitía expresiones civiles y hasta clausuró durante diez años la Universidad por tratarse de un foco de rebeldía permanente. En lo que hace a las invasiones bárbaras desde el Norte, - que el emperador Augusto, instaurador del concepto de aquella “pax”, frenó con poderosas legiones - Gómez basó precisamente su régimen en el apoyo de los bárbaros, especialmente de sus empresas petroleras, que se abalanzaron sobre los desbordantes pozos a partir de 1913. El fuerte desarrollo infraestructural que se produce en aquel tiempo es fruto de los royalties que pagaron las transnacionales petroleras a Gómez para no tener sobresalto alguno en tan lucrativo negocio. De allí por supuesto también la larga estabilidad de la dictadura, evitando así una política más invasiva del país del Norte, cuyas hordas eran muy requeridas en Nicaragua, Panamá, Cuba, República Dominicana, Haití y Méjico.

Gómez tenía razón en cuanto a su aprensión frente a los jóvenes universitarios, trato que habitualmente dispensa todo interesado en la mantención del statu quo a las nuevas generaciones por intuir que de allí provendrán los cambios que acabarán con la situación anterior. Diez años después de la reapertura de los claustros, la así llamada “Generación del 28”, promueve una serie de actividades contestatarias bajo la fachada de un carnaval estudiantil. De ese período proviene la fundación del partido Democrático Nacional (posteriormente Acción Democrática), cuyo líder Rómulo Betancourt sería luego presidente.

Poco después sería también fundado el partido Comunista venezolano. Y a aquella generación pertenecían también algunos jóvenes militares, entre ellos Marcos Pérez Jiménez, quienes serían parte del golpe cívico militar que depuso a Isaías Angarita en 1945 y cuyo presidente provisional fue precisamente Betancourt. Aquel golpe, que significó el final de la transición luego del gomecismo,

mostró como funciona el motor de la historia, la lucha generacional, siendo la socialdemocracia de los jóvenes activistas “adecos” (Acción Democrática) su faz civil y la de los jóvenes coroneles - que querían remover a los tapones del generalato que impedían su ascenso - su faz militar.

Sin embargo, esa alianza generacional implotaría a poco de la asunción de Betancourt en 1945. Aquella generación había crecido al calor de las tendencias opuestas del fascismo y el marxismo, contradicción que liquidó dicho pacto de coyuntura. En 1948 sería electo presidente Rómulo Gallegos, cofundador de AD y que había sido docente de muchos de estos jóvenes a su paso por el Liceo Caracas allá por los años 20’, pero su mandato no duraría ni siquiera un año, siendo derrocado por la joven oficialidad liderada por Carlos Delgado Chalbaud - hijo del general socio y amigo de Gómez - y el ya mencionado Pérez Jiménez.

La inestable situación de este régimen militar provisorio se saldaría, luego del oscuro asesinato de Delgado Chalbaud, a favor del poder unipersonal de Pérez Jiménez, quien asume oficialmente como presidente en 1952.

El intento legitimador de una elección constituyente fracasa, ya que proscrito todo el espectro a la izquierda del centro y quedando la civilidad prácticamente representada en soledad por el partido Unión Republicana Democrática (centro derecha, cuyo líder era Jovito Villalba, otro coetáneo del 28’), la mayoría de los votos prohibidos se opusieron al partido pantalla de Pérez Jiménez (FEI). También participaba de aquella elección el naciente COPEI, la apuesta socialcristiana encarnada por Rafael Caldera, pero aún con escasa relevancia, latiendo el corazón conservador aún por la URD.

De este modo se consuma una nueva autocracia, con las consabidas prohibiciones. La censura, la persecución política, la intolerancia ante la crítica asfaltaron ese régimen, al tiempo que surgían las grandes autopistas y otras obras de cemento faraónicas, al calor del modelo constructivo norteamericano, el modelo político franquista, la doctrina industrialista y los fondos provenientes de la exportación petrolera.

Pérez Jiménez, pese a no pertenecer a la misma generación, fue contemporáneo de gobierno de otros dictadores apoyados por EEUU por su actitud anticomunista como Trujillo, Castillo Armas, Rojas Pinilla, Batista, Somoza o Remón Cantera. De este modo, la CIA y el

Pentágono preservaban (al menos de momento) la higiene de todo virus rojo en la región caribeña, hasta que Cuba les explotó en las narices.

Un año antes, ante la intención descarada de Perez Jiménez de perpetuarse por cinco años más en la presidencia, la oposición política logra unir y masificar la movilización popular contra el dictador, que es finalmente presionado por las propias Fuerzas Armadas, produciendo su retirada del poder.

En aquel mismo año 1958, los partidos AD, COPEI y URD firman el “Pacto del Punto Fijo”, estableciendo un compromiso de “gobernabilidad”. Dicho acuerdo, que daría posteriormente - con el debilitamiento de la URD - origen al bipartidismo, tuvo como objetivo original frenar los impulsos militares de hacerse con el gobierno. El espíritu democrático de dicho pacto, sin embargo, debe ponerse en tela de juicio, ya que los comunistas continuaron proscritos de la actividad política. El telón de fondo de la negociación con el poder local y extranjero seguramente era ése: cerrar la participación por izquierda, permitiendo una alternancia de fuerzas centristas en el gobierno.

En el primer turno del pacto resulta electo Betancourt. Su gobierno estaría signado por la turbulencia de ataques desde la izquierda revolucionaria que celebraba el rumbo castrista y la derecha de uniforme que pretendía arrebatar el poder a la política civil.

El hecho más destacado de este período es sin duda la fundación en 1960 de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo), en la que Venezuela es la única nación latinoamericana participante. Sus socios de entonces, las monarquías sauditas, kuwaitíes y los iraníes e iraquíes. Poco después se sumarían otros. La importancia de la OPEP radicaba en la posibilidad de regular el precio internacional del petróleo, suministro esencial para el fuerte industrialismo de la posguerra y al mismo tiempo materia prima clave en los ingresos de esos países exportadores de crudo. Pero por otra parte, constituía un elemento estatal de regulación contra los intereses de otro cartel anterior, el de las llamadas “siete hermanas” (las siete mayores transnacionales petroleras), quienes regulaban a gusto y voluntad dicho mercado, dominando así una buena parte de la economía y de la política mundial.

En 1964 se produce la primera transición de gobierno de civil a civil. La presidencia recae en el electo Raúl Leoni, quien al igual que Betancourt, era parte de aquella generación de estudiantes de 1928 y había sido partícipe en la fundación socialdemócrata. Por otra parte, era

también masón.

Leoni gobierna con el signo de la continuidad, pero incluye en su gestión a otros partidos (URN, FDN) en un denominado gobierno de base amplia. El socialcristiano COPEI no se incluye en él, actuando de oposición legal.

En este período se produce la fragmentación partidaria, que da origen a nuevas agrupaciones. Estos quiebres se producen por varias razones, entre ellas la radicalización política juvenil hacia la izquierda, mientras AD en el gobierno tomaba un perfil cada vez más centrista. Por otra parte, el alejamiento del fantasma del enemigo común dictatorial hacía aparecer las luchas intestinas propias de la divergencia de intereses que antes habían estado unidas - al decir del literato Borges - no por el amor sino por el espanto. La recobrada posibilidad de expresión pública desató también, al igual que en otros lugares, una oleada de nuevas agrupaciones políticas con relativo sustento de base.

Pero el trasfondo de estos cambios que se suscitaban en la superficie de la arena política era, sin duda alguna, una nueva renovación generacional. Los rebeldes jóvenes veinteañeros del 28' eran ya a estas alturas, vetustos sesentones y una implacable lógica biológica los situaba para muchos en la posición de merecer un reposo de la ajetreada labor política.

La guerrilla se agrupaba por la época en el MIR (escindido de AD) y los comunistas (PCV), quienes poco después de haberse incluido en la opción armada, se repliegan de la misma apuntando a una posición electoralista de frentes amplios hacia la próxima elección, que ocurriría en 1968. En todo caso, la debilidad militar guerrillera, la relativamente escasa base campesina que sirvió de elemento masivo y popular en otros puntos y los cambiantes liderazgos, hicieron que la estrategia insurreccional no prosperara en Venezuela, logrando los cuerpos armados del ejército y los estamentos de inteligencia mantener un relativo control.

Pero también se agitaban las aguas por derecha. El ex dictador Pérez Jiménez - quien por iniciativa de Betancourt había sido extraditado, juzgado y sentenciado por malversación de fondos - formaba desde la cárcel el partido Cruzada Cívica Nacionalista (obviamente derechista). Poco antes de la elección de 1968 es liberado y parte al exilio español, obteniendo aquel partido de corte fascista la importante cantidad de 400.000 votos. La nostalgia y el temor se hacían presentes en aquel año revulsivo, buscando refugio en la “tranquilidad” dictatorial

y desarrollista de una falseada memoria histórica. Las nuevas generaciones gritaban ya al mundo: ¡la imaginación al poder!; Sus chillones atuendos contrastaban con los atildados uniformes, las espesas melenas desafiaban a los rasurados cráneos, el rock and roll estridente atacaba al melodioso bolero.

Dentro de las huestes entronizadas en el esquema vigente, mientras tanto, se producían nuevas rupturas. En 1967 se escinde de AD el Movimiento Electoral del Pueblo, una facción socialista que obtiene un caudal de votos cercano al 20%, restando una importante porción electoral al partido de gobierno. De este modo, se alza con la victoria - por mínima diferencia - por primera vez el socialcristiano Caldera, representando a COPEI, partido que se había mantenido relativamente unido y en oposición a aquella plataforma sobre la que gobernó un tiempo Leoni.

Con Caldera, el pacto del Punto Fijo desaparece en su contenido de cogobierno, pero permanece en su espíritu de reparto, dando lugar a la perfilación de la alternancia de fuerzas ubicadas al centro con ligeras tendencias a izquierda y derecha.

Caldera pertenecía con pocos años de diferencia a la misma generación que Betancourt, Leoni o Villalba. Había sido desde temprana edad militante católico y al igual que aquellos coetáneos, organizador estudiantil. Así, luego de algunas etapas previas, fundaría COPEI en 1946. Ya hemos comentado como las corrientes políticas socialcristianas aparecían por entonces como un intento de la Iglesia de detener los influjos ateos sobre las mentes juveniles y sobre todo, como forma de influir decisiones políticas que podían atentar contra la poderosa estructura católica en el campo educativo. En ese sentido, el proyecto católico de aplacar los ánimos liberales de la socialdemocracia, consiguió un éxito parcial con el triunfo de Caldera, quien había sido derrotado en sus tres intentos anteriores de resultar electo.

Entre 1969 y 1974 Caldera gobierna con un nacionalismo moderado, profundizando la estabilidad democrática y facilitando la integración a las lides políticas formales de comunistas y miristas. Pero el mismo Caldera cerraría durante dos años la Universidad Central debido a la contestataria oposición de grupos marxistas que allí dominaban. En términos internacionales, si bien claramente alineado con las tendencias conservadoras, mantiene y desarrolla relaciones cargadas de pragmatismo con gobernantes de diversa índole, desde la socialista Cuba y Allende en Chile hasta Nixon, pasando por los militares

nacionalistas peruanos y otros. Por aquellos años, enlazándose con los lineamientos mundiales de los nuevos bloques económicos y políticos, Venezuela ingresa al Pacto Andino. Pese a ciertas medidas en el campo de la diversificación económica, el petróleo sigue siendo el aportante número uno a las finanzas públicas y sostén de la economía nacional.

La televisión iba ocupando espacios cada vez más importantes en la difusión y el entretenimiento. En la lucha política, la mercadotecnia y la publicidad, en un fenómeno inédito, comienzan a reemplazar al volante o al mitín, considerados insustituibles por aquellos activistas de principios de siglo. En la elección siguiente, apoyado en este nuevo fenómeno de publicidad política, emergería Carlos Andrés Pérez, antiguo colaborador de Betancourt, alzándose con una clara victoria. El slogan acuñado por el asesor John Napolitan, “Democracia con Energía” - que hacía alusión a la posibilidad desarrollista en base al control de los recursos petrolíferos en conjunción con ciertas características personales del candidato - dio sus frutos.

Sin embargo, uno de los principales gestores de este nuevo triunfo “adeco” (de la socialdemócrata AD) fue el ex ministro de Hacienda del saliente Caldera, el banquero Pedro Tinoco, quien al frente del banco Latino, se convertiría en uno de los ejes de los múltiples negocios surgidos a la vera de la primera gestión de Pérez.

De este modo, la socialdemocracia se ubicaba definitivamente - en concomitancia con el APRA peruano o el coloradismo uruguayo - en la vereda de un capitalismo reformista que reservaba para el Estado cierto control sobre industrias estratégicas, al tiempo que fomentaba la iniciativa privada y mixta.

Era un hecho previsible que, en medio de la promiscuidad de esta jungla de negocios entre empresarios, políticos, banqueros, Estado y empresas multinacionales, se extendería con fuerza el fenómeno de la corrupción. Pero ello sucedería tiempo después.

Por el momento, era tiempo de festejar en una Venezuela favorecida nuevamente por los altos precios del crudo, luego de la crisis petrolera de 1973. La temprana estrategia cartelista de la OPEP había resultado eficaz y los fondos fluían a la banca a chorros, como el “oro negro” de las entrañas de la tierra. Pérez había estatizado la industria petrolera, con lo que el total de las ganancias de dicha explotación revertía al Estado, en vez de las exiguas regalías de las concesiones de la primera mitad de siglo o del “fifty-fifty” de Pérez Alfonzo, ministro de Minas

de Betancourt e ideólogo fundacional de la OPEP. Un año antes había hecho lo propio con la siderurgia.

El consumo popular había sustituido todo ánimo revolucionario. Pocos recordaban el papel represor de Pérez como ministro de Betancourt en los 60' y mucho menos las oscuras historias dictatoriales de veinte años atrás. La fiesta populista se vivía a pleno en un país caribeño donde el placer y lo festivo tienen un lugar preeminente en la conciencia social. Y precisamente otro de los grandes aliados de Pérez en el sector empresarial fue Gustavo Cisneros, también socio de Tinoco, quien erige un impresionante emporio comercial que abarca los principales medios, y también, en coincidencia con las necesidades festivas, las industrias del entretenimiento, la cerveza, la cosmética y por supuesto, un equipo de béisbol.

La desaforada expectativa suscitada por el boom petrolero y la extrema facilidad con que fluía el crédito fácil, debido a la liquidez monetaria reinante, hicieron del endeudamiento estatal la contracara del pleno empleo y los grandes proyectos industriales. En la superficie habían emergido ya ciertos desajustes, pero nadie imaginaba aún la crisis que sobrevendría pocos años después.

El partido de Pérez perdería la próxima elección a mano de Herrera Campins. A pesar de la gran “fiesta”, citemos algunos factores que influyeron. Al igual que en la elección anterior, nuevamente el papel de la televisión y los medios sería un factor fundamental, trazando ya una línea de proceso que irrumpiría ya como una constante en los treinta años posteriores. Así, tiempo después, el golpe empresarial de Carmona contra Hugo Chávez sería fundamentalmente mediático, la lucha contra su régimen se haría desde las pantallas, al tiempo que él mismo conduciría un programa semanal llamado “Aló Presidente”. No por casualidad entonces se enhebraría en esta cadena de lucha política propagandística, un congreso sobre “Terrorismo mediático” celebrado en Caracas en el transcurso del año 2008.

Precisamente tres décadas antes moría, en un dudoso accidente de aviación y en plena campaña electoral, el productor y conductor Renny Otolina, quien exhibiendo una altísima popularidad se candidateaba con apoyo de partidos de centro y con importantes posibilidades de quebrar el bipartidismo dominante, que ya comenzaba a disgustar a muchos venezolanos.

Los votantes de la URD - que apoyaba a Otolina - se vuelcan

principalmente al candidato de derecha socialcristiano Campins, definiendo a su favor la elección. La izquierda concurre dividida en varias opciones, obteniendo en su conjunto un 8%.

Esto sucedía en la superficie. Pero había corrientes subterráneas en el trasfondo. Las multinacionales petroleras y el mundo capitalista en general no perdonarían los malos ejemplos dados por el socialdemócrata Pérez al nacionalizar industrias estratégicas que tan buenos dividendos les daban. Años antes (1965) había hecho lo mismo Indonesia, seguida algunos años después por Irak, Argelia y Libia. En 1979 nacionalizaba su petróleo el principal exportador del mundo, Arabia Saudita.

Se imponían acciones de castigo. Por otra parte, era urgente para el mundo capitalista lograr, allí donde se pudiera, la elección de gobiernos menos nacionalistas, para no quedar rehenes del precio del crudo cartelizado en la OPEP y cuya potencia habían sentido en 1973, con el embargo petrolero árabe en represalia a la acción occidental durante la guerra de Yom Kippur.

Por otra parte, la nueva estrella en el cielo macroeconómico se llamaba Milton Friedman, un profesor de economía de Chicago que sería laureado en 1976 con el premio Nobel. Este académico sería uno de los principales asesores de Ronald Reagan, que asumiría en 1981 la presidencia norteamericana. El nuevo Norte era recuperar el “laissez faire” del capitalismo primario, la conocida efigie en la Bahía del Río Hudson con una antorcha en la mano pasaría a ser la Estatua de la Libertad de Mercado. El keynesianismo reinante desde 1930 debería abdicar, y con él, todo reyezuelo local que pretendiera regular o controlar la economía desde el Estado.

Herrera Campins gobernó Venezuela a partir de 1979 y todo iba bastante bien aún, a caballo siempre del precio del crudo. Como parámetro para entender mejor el período, digamos que en el mandato de Carlos Andrés Pérez el barril había pasado de costar unos dos dólares a valer cerca de doce. A comienzos de la administración socialcristiana de Herrera, la cotización era superior a los 30 dólares. La revolución islámica de Khomeini en Irán, agregaba combustible al incendio.

En Venezuela, la dependencia del petróleo era total y el endeudamiento brutal. Los esfuerzos de inversión en la exploración y refinación, movidos por el ensueño de aprovechar al máximo las importantes reservas de crudo, junto a la baja propensión al ahorro gubernamental, habían aumentado fuertemente el déficit. Todo se basaba

en el cálculo optimista de que los precios internacionales se mantendrían al alza. Pero, bruscamente, el sueño se transformó en pesadilla. Los precios del crudo bajaron, en una marea de recesión mundial y con una sobreoferta fruto de la dependencia de los productores del “oro negro”. La fragilidad del “monocultivo” se hacía nuevamente presente, en este caso, de materia fósil.

Ante la debacle inminente, el temeroso capital buscó la huida hacia puertos más seguros. Herrera Campins devaluó el bolívar y la resaca amanecida, en forma de inflación y pérdida de valor adquisitivo de la población, sucedió a la borrachera del petróleo. La esperanza se había truncado nuevamente.

Sucedió lo lógico: el pueblo buscó refugio en la “oposición” socialdemócrata, con el anhelo de que por arte de magia, su candidato Lusinchi pusiera música otra vez y la fiesta empezara de nuevo. Caldera hizo de jinete de tormentas como candidato en la vereda oficialista, mientras la izquierda producía algunas fusiones, pero no lograba ir unificada, cosechando en su conjunto guarismos similares a la elección anterior. La victoria adeca fue contundente.

En el contexto de la muerte del líder histórico Betancourt, Lusinchi y su facción ortodoxa se habían impuesto en la lucha interna al grupo del ex presidente Pérez, quien volvería por el trofeo cuatro años después, irónicamente favorecido por la popularidad pública que había recuperado su rival.

Pero no sonaría la música que esperaba la gente, sino la que tocaba la orquesta del director Friedman. Algunos versos conocidos de aquella monocorde melodía: “política de austeridad, reducir el gasto público, bajar el déficit, honrar la deuda”. En realidad, un preludio de lo que sería el “grand finale”: privatizar. Pero esta última parte de la sinfonía neoliberal quedaría reservada como castigo histórico merecido a quien había osado nacionalizar petróleo y siderurgia - Carlos Andres Pérez -, al que además le llegaría el oprobio del repudio popular y la cárcel por corrupción.

La primera parte del mandato de Lusinchi fue entonces signada por el intento de estabilizar la desbocada inflación y producir cierto apoyo a la diversificación económica, al tiempo de paliar con compensaciones las penurias de los grupos más desfavorecidos. Las cosas, sin embargo, no mejoraron. El precio del petróleo siguió cayendo (Arabia Saudita lanzaba por la época fuertes cuotas al mercado, desalineándose de una

política común en la OPEP). El peso de una abultada deuda externa, la visibilidad de la corrupción extendida en el aparato gubernamental y la dependencia de la exportación de crudo eran factores que socavaban toda la ingeniería recomendada por el FMI para el caso.

Además, la sobriedad no es vista en Venezuela como virtud y es sabido que los contadores, con sus prolijos y cautelosos balances, no ganan elecciones. El pueblo salió a la calle a pedir transformaciones. No habían votado al FMI, habían votado fiesta y fiesta tendrían. Lusinchi dio un importante viraje en la segunda parte del mandato, aumentando sueldos y dando paso a una nueva ronda de lujuria de Estado. Emisión y devaluación de la divisa nacional fueron moneda corriente en este último año previo a la elección.

En 1988 se candidatea nuevamente - luego de los 10 años de veda prescriptos constitucionalmente para los ex presidentes - Carlos Andrés Pérez y el pueblo no dudaría. En su gobierno habían estado los mejores años y eso no resistía argumento alguno. Desde la TV arreciaba nuevamente la propaganda y hasta un famoso cantante romántico y actor de novelas venezolanas, José Luis “Puma” Rodríguez, animaría a votar por Pérez. Pérez gana con más del cincuenta por ciento y asume en 1989.

Pero el barco estatal estaba seriamente averiado y la credibilidad “puntofijista” de la partidocracia absolutamente en entredicho en vastos sectores de la población y el empresariado, que quería sacudirse de encima a la burocracia al mando. El caldo estaba a punto y había llegado la hora de la verdad, la hora de la tecnocracia neoliberal. La apuesta táctica del sistema capitalista era casi perfecta: las radicales medidas a ser tomadas debían ser expuestas e implementadas por el actor político más “popular”, algo similar a lo que sucedería casi simultáneamente con el gobierno del - en teoría peronista - Carlos Menem en Argentina.

La idea era falaz pero simple de entender: el Estado estaba “sobredimensionado” e impedía el desarrollo. Un Estado grande promovía la corrupción, lo cual era cierto en parte, ya que era la yunta de bueyes burocracia - interés privado lo que la producía. A la proclama setentista “¡A desalambrar!” con la que el cantante de izquierda uruguayo Daniel Viglietti inducía a producir la reforma agraria, los trajeados ejecutivos en el gobierno replicaban el grito de guerra de la época: ¡A privatizar!

En nombre de la libertad, se quería que cierto monopolio estatal

pasara a ser monopolio privado. En nombre de la democracia, queríase arrebatar a la esfera pública - sobre la que el ciudadano tenía al menos algo de opinión a través del voto - el control sobre la economía del país. Y así se hizo. Carlos Andrés Pérez fue el Judas Iscariote de la literatura bíblica y la traición se consumó.

No pasaron dos semanas de los “grandes anuncios” para que el pueblo enfurecido se amotinara. Bajando de los empobrecidos cerros caraqueños se produjo una pueblada conocida como “Caracazo”, que hizo que la atemorizada clase media y alta se refugiara con horror en sus altas torres amuralladas y viera en la televisión a todo color como las turbas plebeyas saqueaban supermercados y centros comerciales. La gente había pasado en algo más de diez años del consumo desenfrenado al hambre generalizado y eso era imperdonable. No había ya carisma ni popularidad en el gobierno y así terminaría por derrumbarse el esquema bipartidista que tan buen rédito había dado hasta allí a tantos políticos profesionales.

El vaciamiento ideológico era obvio y total. Aún más, toda ideología era acusada de “enmascaramiento de la realidad”, con lo cual se justificaba la contradicción absoluta con lo afirmado anteriormente y la acción de factores y actores - en apariencia - neutrales y alejados de toda ideología. El positivismo vestido de tecnocracia colmaba la escena. La creencia irracional en una supuesta teoría económica infalible y el culto a fuerzas invisibles y supremas llamadas “leyes del mercado” pasaba a incubarse en toda la esfera social. Los médiums de esta nueva secta parafinanciera eran los analistas televisivos (pagados con anuncios de las empresas más importantes) y los propios gobernantes, ora por convicción o por presión de desfinanciamiento electoral.

En 1992, un sector de las Fuerzas Armadas, liderado - entre otros - por el teniente coronel Hugo Chávez Frías, produciría un intento de derrocar a Pérez, ya absolutamente impopular, antipopular e inmerso en plena corrupción. La misma corrupción que existía también en los altos mandos militares, el malestar general sobre la política antinacionalista y la utilización del ejército para fines represivos por parte de un gobierno al que no se quería obedecer, fueron detonantes de este golpe protagonizado por la oficialidad joven. Este alzamiento fracasa en Febrero (tres años después del Caracazo), pero volvería a producirse con otros actores en Noviembre, siendo también neutralizado.

El gobierno de Pérez estaba sin embargo herido de muerte, las señales eran nítidas y el desenlace se produce pocos meses después, mediante

una acusación formal de destitución para permitir su enjuiciamiento en una causa de malversación de fondos públicos.

El sistema de partidocracia puntofijista estaba muerto. Pero aún habría que enterrar su cadáver. El sepulturero convocado sería nada menos que aquel que albergó en su residencia (llamada “Punto Fijo”) la firma de aquel acuerdo: el fundador de COPEI, Rafael Caldera. De este modo, al igual que a Pérez - quien demolió con sus propias manos en su segunda gestión el edificio estatal que había ayudado a construir en la primera - le tocaría a uno de los artífices de la democracia de alternancia excluyente, sepultar los restos del acuerdo de las minorías burocráticas, que arrogantemente pretendían ser para siempre, representantes de las grandes mayorías.

Elementos absurdos acompañaban este entierro. Caldera iba a la elección con una nueva formación, habiendo sido expulsado de COPEI y siendo apoyado por diversos partidos de izquierda y comunistas, los cuales había ayudado a proscribir en 1958. El partido Causa R, que era una escisión del mismo partido Comunista formada por un sector sindical de las industrias nacionalizadas por Pérez, sacaba más del 20% de los votos, denostando precisamente las políticas del presidente depuesto (contrarias a la de su primer mandato) y obteniendo cifras de “sueño” para un partido de izquierdas. Aún más, Caldera ganaría gracias a las fuerzas minoritarias que lo apoyaron. Un 40% del pueblo se abstenía de participar, señalizando su rechazo a las opciones que pretendían la vigencia de un sistema que había caducado.

Poco antes, durante el interinato de Velázquez que precedió a la elección, había quebrado el banco insignia del sistema bancario venezolano de la época, el Banco Latino, que se había expandido de la mano de Pedro Tinoco (h). Éste, quien fue ministro de Hacienda de Caldera en su primera gestión, banquero todopoderoso en la primera gestión de su rival Pérez y luego presidente del Banco Central de Venezuela, había fallecido precisamente en 1983, pocos meses antes de que Carlos Andres Pérez fuera depuesto. La fuga de depósitos previa a la quiebra, que en realidad inmovilizó a todo el sistema financiero de Venezuela, fue la última señal.

El puntofijismo era ya sólo un recuerdo. Tal es así que Caldera, en su debilidad parlamentaria y política, debió gobernar con ayuda de aquellas fuerzas minoritarias de izquierda convidadas a la fiesta sólo para limpiar la vajilla rota. Uno de los ministros de Caldera, por ejemplo, era el antiguo dirigente guerrillero Petkoff, fundador además

del MAS, una de las corrientes de la izquierda venezolana. Es más, Petkoff fue el encargado de diseñar políticas neoliberales y negociar créditos con el Fondo Monetario Internacional.

Pero habría más sorpresas aún. En su desesperada carrera contra la inflación y la depreciación de una desbocada moneda nacional que no podía ser contenida, el conservador Caldera, paladín de la propiedad privada, decreta el control de cambios y la suspensión de ciertas libertades comerciales. Quizás cierta morbosidad - impropia de un estudio histórico - nos haga añadir todavía que, al producirse desavenencias en la coalición conservadora-izquierda, Caldera acudió en busca de apoyo a sus rivales y socios de siempre, AD. Era el final surrealista del puntofijismo a toda orquesta.

El gobierno estaba fácticamente ya en manos del FMI, quien dictaba a su antojo la política económica a cambio de algún crédito. Pero las medidas para apagar el incendio eran explosivas y constituyeron algo así como la pira funeraria de la política posterior al final de la dictadura perezjimenista.

Por esta época, los militares involucrados en los golpes de 1992 son indultados por Caldera (gracias a las presiones de los grupos de izquierda cogobernantes) y Hugo Chávez comienza a aglutinar en el Movimiento V República a los diversos sectores progresistas.

En 1998, exactamente cuarenta años después de la firma del pacto del Punto Fijo, Chávez es electo presidente con el 56% de los votos, cerrando definitivamente aquel período político.

El bolivariano Chávez convoca a elección constituyente, previo plebiscito, e instituye así, en el mismo año de su asunción, el proyecto de una nueva república, reemplazando la constitución de 1961, que era la Carta Magna fundamentada en el puntofijismo de 1958.

En la nueva ideología gobernante, a los ideales revolucionarios del Libertador se agregan ideas de su maestro Simón Rodríguez y de Ezequiel Zamora, un militar liberal férreamente opuesto a Páez e impulsor de una radical reforma agraria. En esta nueva Constitución se encuentran reflejados fuertemente los derechos sociales y la democracia es concebida como un estamento de participación popular permanente.

Obviamente los representantes del partidismo anterior se oponen firmemente a la misma, revelando en esa postura un gesto que emparenta a este club - mayoritariamente de abogados, periodistas y gente "culta" - con aquel tipo de gobierno plutocrático que, a principios

de siglo rechazaba toda participación popular por considerarla inepta para decidir.

Chávez avanza en lo que las modernas ONG's han denominado "empoderamiento" popular (neologismo derivado del inglés "empowerment") y que aquí utilizamos por parecernos de alta precisión.

A la par que reafirma la soberanía nacional sobre los principales recursos económicos, inicia distintos planes (denominados "misiones") para mejorar la educación, salud y calidad de vida de los venezolanos empobrecidos.

Estas realizaciones, que perfectamente cuadrarían en el discurso preelectoral de cualquiera de sus adversarios, son denominadas "populistas" por la prensa local, voz pública de los grandes conglomerados de capital y la CNN, aparato de propaganda del Pentágono y la secretaria de Estado norteamericana.

El gobierno de Chávez logra remontar vuelo también gracias al repunte de los precios del petróleo a nivel internacional. Y dicho repunte no es menor sino sencillamente increíble. Para ponderar la situación correctamente: el presidente adeco Pérez a inicios de los 70', contó para su festival de consumo con un barril de 10 dólares (que antes costaba 2). El copeyano Herrera Campins inició su gestión con un barril de 30 dólares. En el transcurso del período - aún en curso - del bolivariano Hugo Chávez el barril de petróleo ha llegado a costar cerca de 140 dólares estadounidenses.

Esta aceleración exponencial se ha debido a las guerras del Golfo e Irak, pero también al impresionante avance de las macroeconomías de China e India, cuyo ingreso - demográficamente imponente - al mercado mundial ha encarecido el abastecimiento petrolífero, que bien se ha cuidado de no compensar en exceso esta sobrecarga de la demanda para mantener altos los precios.

Chávez se convierte entonces en uno de los baluartes de la resistencia al neocolonialismo encarnado por el proyecto expansionista norteamericano conocido como ALCA, proponiendo a su vez a los países de la región otro tipo de proyecto de integración denominado ALBA (Alternativa Bolivariana para las Américas), que junto al Mercosur, van cimentando mediante acuerdos y planes una nueva base para la aparición de gobiernos desalineados del imperio y las políticas de remate del Estado y abandono de toda garantía social.

Esta nueva impronta de la política venezolana es reafirmada por el voto popular a comienzos del tercer milenio, renovando la confianza en Chávez con un alto porcentaje.

La tendencia antiimperialista y socialista se afirma, estableciéndose relaciones muy cercanas con Fidel Castro y otros gobiernos disímiles y hasta enfrentados entre sí, como el nacionalismo árabe iraquí o el teocrático régimen iraní. El “eje del Mal” (en una publicitaria denominación que une al viejo Eje de la segunda guerra mundial con el apocalipsis bíblico al que la oratoria política norteamericana es tan adepta) es furiosamente atacado por el gobierno conservador estadounidense. Chávez, como promotor de este nuevo multilateralismo en tiempos donde la unipolaridad parecía eterna, luego de la caída del bloque soviético, es considerado y tratado como principal adversario de este lado de la “cortina de Hierro cultural”. Pero, por suerte para Chávez y los venezolanos, la cruzada contra el mundo islámico sigue siendo - apoyada en las tesis de Samuel Huntington (otro funesto asesor del Departamento de Estado) la característica principal del reinado republicano de Bush.

EEUU sigue necesitando el abastecimiento petrolero venezolano. Como sucede frecuentemente en tiempos de guerra, el signo político se omite a favor de la provisión de insumos para las huestes conquistadoras. Además, la política de guerra de baja intensidad, de desgaste político, se sigue llevando a cabo desde la televisión. Una invasión directa o una guerra abierta sin justificación en la opinión pública, echarían por tierra toda la ingeniería de los tratados de libre comercio en la región (sucesores del fracasado ALCA) y conllevarían el repudio inmediato de la gran masa latinoamericana que habita en la potencia norteamericana, poniendo además al socio y vecino Méjico en una delicada situación.

El proyecto bolivariano de Chávez es ecléctico y confluyen en él, el viejo liberalismo masón de Bolívar, la teología de la liberación, las nuevas reivindicaciones indigenistas y “el socialismo del siglo XXI”, una reelaboración del proyecto marxista, concepto acuñado por el teórico de izquierda alemán Dieterich (docente de la UNAM mejicana, creador de la página web Rebelión, otrora miembro del Instituto Owen y rechazado por la doctrina oficialista cubana).

En ese eclecticismo reside su principal fortaleza, ya que la variedad de facetas ha permitido agrupar a muchas corrientes en su seno y también su principal debilidad, por la tensión divergente inherente a los sistemas eclécticos y a la época histórica en general.

En el año 2002 se produce un golpe de Estado cuya cara visible es Pedro Carmona, dirigente de la cúpula empresarial y cuyos actores invisibles son la Iglesia Católica, las cámaras empresariales, la embajada norteamericana, sectores disidentes de las Fuerzas Armadas y las facciones políticas deseosas de recuperar el poder perdido. Como es habitual en el escenario político venezolano, todo es transmitido en vivo por la televisión. Pero Chávez era representante genuino del sentir de las mayorías, tanto en la esfera civil como en la militar, por lo que dos días después es nuevamente presidente.

La oposición, también ecléctica, ya no cesaría en su actividad, incluyendo incluso sectores que anteriormente habían sido afines al chavismo tanto en el campo militar como en el político. Agrupaciones de izquierda, fuerzas sindicales socialdemócratas y líderes militares como el general Isaías Baduel, quien precisamente se había mantenido leal a Chávez en 2002, se suman al nuevo bloque.

La intentona golpista proseguiría a través de un lock out patronal (al estilo de la huelga de transportes que precedió al derrocamiento de Allende en Chile) apoyado por algunos gremios de trabajadores y propagandeado férreamente por los principales medios de comunicación masivos. El paro comenzó a afectar a la petrolera PDVSA, pero finalmente fue también conjurado.

La siguiente apuesta opositora fue un referéndum revocatorio de mandato, en el año 2004. Chávez fue ratificado con el 60% de los votos y las denuncias de fraude no prosperaron internacionalmente. También en ese año, el chavismo extendió su gobierno a 22 de las 24 gobernaciones estatales, quedando sólo Zulia y Nueva Esparta en manos opositoras. Precisamente el gobernador del Zulia, Manuel Rosales, sería el candidato que elegiría el antichavismo para enfrentarlo electoralmente, detrás del cual, luego de alguna reticencia particular, se alistó toda la tropa contrarrevolucionaria.

Las elecciones se producían a fines del año 2006. Chávez conseguiría 63% de los votos, frente a algo más del 36% del opositor. La abstención sería mucho menor que la registrada en ocasiones anteriores, situándose en un 25%. Pese al desgaste de la gestión, del abandono del barco chavista de varios de sus tripulantes, de la manipulación mediática y de la firme unidad opositora en su contra, Hugo Chávez mostraba que el apoyo popular al proyecto que lideraba era consistente y decidido.

Fortalecido por la re elección, Chávez profundiza el rumbo

socialista con algunas nacionalizaciones y emprende la tarea de convocar nuevamente a otra Asamblea Constituyente. Para el gobierno bolivariano era ya obvio a estas alturas que, al igual que Simón Bolívar en su tercer intento liberador contra los realistas españoles, debía derrotar por completo a la oposición, institucionalizando ya no la era posterior al punto fijismo, sino profundizando en la esencia revolucionaria de su proyecto.

La propuesta constitucional - que finalmente es rechazada por estrecho margen - preveía un aumento de la descentralización política hacia un sistema de soberanía de base asentada municipalmente junto a un aumento del poder central estatal en cuestiones estratégicas. También se reformulaban los apoyos al sistema productivo, dejando de priorizar la propiedad privada como eje central de la economía, se reacomodaban los significados acerca de la función de las Fuerzas Armadas y se proponía extender el período presidencial en un año. Esta reforma, por el ya tradicional falseamiento mediático, trascendió al exterior sólo en el apartado referido a los poderes y la extensión de mandato presidencial. Fronteras adentro, en parte por lo abultado del nuevo articulado propuesto y en parte por el campañismo que pretendía contrarrestar la influencia de la contra propaganda, terminó personalizándose en un Sí o No a favor o en contra del presidente. Los venezolanos posiblemente estaban cansados de tanta euforia democrática y otra vez muchos no acudieron a las urnas.

Chávez, a pesar de este primer revés electoral, continúa a finales de este estudio concitando la alta estima de las mayorías venezolanas. La razón no es tanto ideológica sino cotidiana. La vida del pueblo sencillamente ha mejorado desde el año 2000 y los sectores anteriormente marginados pueden expresarse.

Por otra parte, la integración latinoamericana ha entrado en un franco proceso de aceleración apoyada en la acción conjunta de varios gobiernos, sobre todo en el sector de la infraestructura, la energía, el intercambio comercial y programas educativos y sanitarios. Es altamente probable que, a corto plazo, también los sistemas defensivos y la estructura política avancen hacia una mayor comunión.

Ante este panorama local e internacional, Chávez enfrentará sin duda alguna una despiadada oposición en ambos frentes con el objeto de minar su credibilidad y trabar la profundización del modelo que representa. Éste es el precio a pagar, como se ve también en el caso de Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador (y de algún modo

en el de Cristina Kirchner en Argentina), cuando se afectan intereses de poder sectoriales.

La parte buena es que, si bien los intereses de los poderosos son muy fuertes y muchos ciudadanos de clase media - distraídos o interesados - se suman a las tonterías que argumentan aquellos sectores, estos nuevos gobiernos - como el de Chávez - surgidos de la decadencia de los viejos partidos nacidos en la primera mitad del siglo pasado, cada vez son más y se sienten acompañados entre ellos y por las mayorías populares, que ya no se dejan engañar tan fácilmente.

Síntesis

A partir de los años 50' toma las riendas la generación contraria a la dictadura gomecista que duró treinta años y que había actuado en su juventud - fundamentalmente hacia 1928 - como oposición a ese régimen.

La ruptura con el momento anterior se produce en 1945, cuando una alianza generacional cívico-militar gesta el golpe que instala al socialdemócrata Betancourt en la presidencia. Dicha alianza se quebraría a su vez en 1952, cuando el poder armado encarnado en Pérez Jiménez, emerge dictatorialmente apoyado por los mandos norteamericanos y ahuyentando al reformismo peligrosamente cercano a corrientes izquierdistas.

El dictador es finalmente depuesto y la generación revolucionaria del 28', establece un sistema de poder en 1958 conocido como el "pacto de Punto Fijo", que establece el reparto de la gobernabilidad entre las opciones signatarias, excluyendo a la izquierda de la misma y obedeciendo también a las presiones de los mismos altos mandos norteamericanos.

De la mano de las altas y bajas del petróleo el bipartidismo alternante duraría 40 años, para encontrar su fin en un caos económico, social, moral y político de gran magnitud hacia fines de siglo.

El pueblo venezolano deposita entonces sus mejores esperanzas en un nuevo dirigente, Hugo Chávez, quien a su vez representa a una nueva generación, nacida en los albores del "punto fijo" y pronta ya a estas alturas a derribar el mausoleo de la democracia partidista para avanzar por nuevos senderos con mayor participación popular.

Chávez cumplirá en el año 2008 diez años de asumir la presidencia y su gestión (y los precios del petróleo) han llevado a Venezuela a constituirse en un motor referencial de la integración latinoamericana con sentido social y popular. Seguramente se acerca un momento de inflexión histórico donde el progresismo tendrá que mostrar (no sólo en el caso venezolano) como las justas luchas del pueblo por su crecimiento, pueden contrarrestar a la violencia de las fuerzas del pasado, sin recurrir a su misma metodología, lo que invalidaría gran parte de su cometido histórico y su fortaleza moral.

CUADRO 1: PRESIDENCIAS

	1950-59	1960-69	1970-79	1980-89	1990-99	2000-08
ARGENTINA	46 Perón (militar nacional.) 55 Lonardi (golpe) 55 Aramburu (golpe) 58 Frondizi (soc. dem)	62 Guido (UCR- socdem) 63 Illia (UCR- soc. dem) 66 Onganía (golpe militar)	70 Levingston (militar) 71 Lanusse (militar) 73 Campora (electo, PJ) Perón 74 Martínez de Perón (sucesión) 76 Videla (militar, golpe)	81 Viola, Galtieri, Bignone (militares, sucesión golpe) 83 Alfonsín (UCR, soc. dem, electo)	89 Menem (gestión neoliberal, reelecto)	99 De la Rúa (UCR, soc. dem) 02 Duhalde (PJ, transic.) 03 Kirchner (PJ) 07 Fernández (PJ)
BOLIVIA	51 Ballivian Rojas (militar) 52 Paz Estensoro (MNR) 56 Siles Zuazo (MNR)	60 Paz Estensoro 64 Barrientos Ortuño (militar) 69 Siles Salinas (soc. dem) 69 Ovando Candia (militar)	70 Torres Gonzales (militar, nac.) 71 Banzer Suarez (militar) 78 Pereda Asbún (interinato) 78 Padilla Arancibia (militar) 79 Guevara Arze (MNR) Natusch Busch (interinato) 79 Gueiler Tejada (MNR)	80 Garcia Meza (militar, golpe) 81 Torrelio Villa (sucesión) 82 Vildoso Calderón (interinato) 82 H. Siles Zuazo 85 V. Paz Estenssoro	89 Paz Zamora (MIR/UDP) 93 Sánchez de Lozada (neoliberal) 97 Banzer Suárez (militar, ADN)	01 Quiroga Ramírez (neoliberal) 02 Sanchez de Lozada (neoliberal) 03 Mesa Gisbert (sucesión) 05 Rodriguez Veltzé (interinato) 06 Morales Ayma (MAS)

	1950-59	1960-69	1970-79	1980-89	1990-99	2000-08
BRASIL	46 Dutra (militar, conservador) 51 Vargas (nacional.) 54 Filho 55 C. Luz / Nereu Ramos (interinato) 56 Kubitschek (PSD, desarrollista)	61 Quadros (PTN) 61 Mazielli 61 Goulart (PTB) 64 Castelo Branco (golpe) 67 Costa e Silva (militar) 69 Rademaker/ De Lira/Melo (junta militar)	69 Medici (Arena, militar) 74 E. Geisel (Arena, militar) 79 Figueiredo (Arena, militar)	85 Neves / Sarney (PMDB)	90 F. Collor (neoliberal, PRN) 92 Franco (PRN, vice de Collor) 95 F. Cardoso (PSDB, soc. demócrata)	03 Lula Da Silva (PT, izq)
CHILE	46 González (radical) 52 Ibañez del Campo (militar) 58 Alessandri Rodríguez (tenócr.,)	64 Frei Montalva (DC, democr. cristiana)	70 Allende (socialista) 73 Pinochet (militar, dictador)		90 Aylwin (DC) 94 Frei Ruiz-Tagle (DC, gestión neoliberal)	00 Lagos (PS, gestión neoliberal) 06 Bachelet (PS, gestión neoliberal)
COLOMBIA	50 Gómez Castro 51 Urdaneta 53 Rojas Pinilla (militar) 57 París Gordillo (militar) 58 Lleras Camargo (liberal)	62 Valencia Muñoz (conserv.) 66 Lleras Restrepo (liberal)	70 Pastrana Borrero (conserv.) 74 López Michelsen (liberal) 78 Turbay Ayala (liberal)	82 Betancur Cuartas (conserv.) 86 Barco Vargas (liberal)	90 Gaviria Trujillo (liberal) 94 Samper Pizano (liberal) 98 Pastrana Arango (conserv.)	02 Uribe Vélez (liberal)

	1950-59	1960-69	1970-79	1980-89	1990-99	2000-08
COSTA RICA	49 Ulate (Unión Nacional) 53 Figueres Ferrer (PLN, socialdem., nacional.) 58 Echandi Jiménez (Unión Nacional)	62 Orlich Bolmarcich (PLN) 66 Trejos Fernández (independ.)	70 Figueres Ferrer (PLN) 74 Oduber Quirós (PLN) 78 Carazo Odio (renovación democrática)	82 Monge Álvarez (PLN) 86 Arias Sánchez (PLN)	90 Calderón Fournier (PUSC, socialcrist. gestión neolib.) 94 Figueres Olsen (PLN) 98 Rodríguez Echeverría (PUSC, socialcrist.)	02 Pacheco de la Espriella (PUSC, socialcrist.) 06 Arias Sánchez (PLN)
CUBA	48 Prío Socarrás (Partido auténtico) 52 Batista (dictador) 59 Urrutia Lleó (transit.)	59 Dorticós (dictadura socialista)	76 Fidel Castro (PCC, dictadura socialista)			06 Raúl Castro (PCC, sucesión)
ECUADOR	48 Plaza Lasso (liberal) 52 Velasco Ibarra (conserv.) 56 Ponce Enríquez (conserv., soc.crist.)	60 Velasco Ibarra (FNV) 61 Arosemena M. (FNV) 63 Junta de Yerovi Indaburu (interinato) 66 A. Gomez (CID) 68 Velasco Ibarra (FNV)	72 Rodríguez Lara (militar, nacional.) 76 Junta de Gobierno (dictadura militar) 79 Roldós Aguilera (CFP)	81 Hurtado Correa (sucesión) 84 Febres Cordero (soc.crist.) 88 Borja Cevallos (soc.dem.)	92 Durán Ballén (soc.crist.) 96 Bucaram (neoliber.) 98 Alarcón (interinato) 98 Mauhad (neoliber.)	00 Noboa (neoliber.) 03 Gutiérrez (militar electo) 05 Palacio (centro izq. - sucesión) 07 Correa (centroizq)

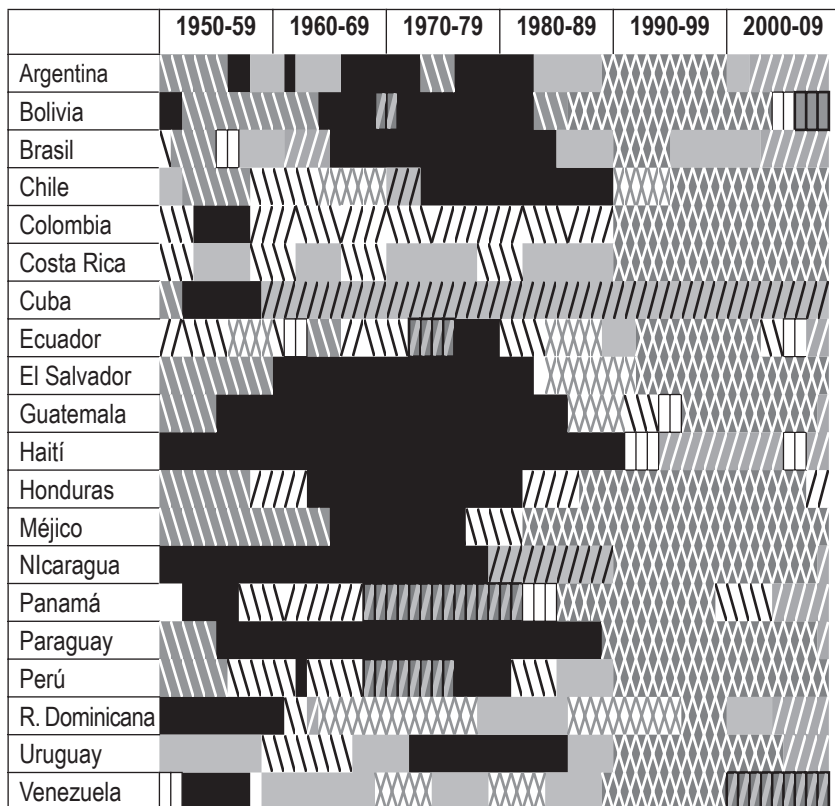
	1950-59	1960-69	1970-79	1980-89	1990-99	2000-08
EL SALVADOR	50 Osorio (PRUD, mlitar, nacional.) 56 Lemus (PRUD, militar)	60 Junta de Gobierno (golpe) 61 Directorio cívico militar (golpe) 62 Cordón Cea (interinato) 62 Rivera (milit.,PCN) 67 Sánchez (milit., PCN)	72 Molina (militar, PCN) 77 Romero (militar, PCN)	79 Junta Revolucion. de Gobierno (golpe) 82 Magaña (PCN, civil, interinato) 84 Duarte (PDC, soc. crist.)	89 Cristiani (ARENA, derecha) 94 Calderón (ARENA, derecha)	99 Flores (ARENA, derecha) 04 Saca (ARENA, derecha)
GUATEMALA	51 Arbenz (militar, nacional.) 54 Castillo Armas (golpe) 57 González / Flores (interinato) 58 Fuentes (militar)	63 Peralta (militar) 65 Méndez (civil)	70 Osorio (militar) 74 Laugerud (militar) 78 García (militar)	82 Ríos (militar) 83 Mejía (militar) 86 Cerezo (DC, soc.crist.)	91 Serrano (FRG) 93 Espina (interinato) 93 De León (transición) 96 Arzú (neoliberal)	00 Portillo (FRG) 04 Berger (neoliberal) 08 Colom (UNE / centroizq.)
HAÍTÍ	50 Magloire (militar) 56 Nemours (provisional) 57 Sylvain (provisional) Fignolé (provisional) Thrasylbul Kebreau (provisional) 57 François Duvalier (dictador)		71 Jean- Claude Duvalier (dictador)	86 Namphy (militar) 88 Manigat 88 Namphy (golpe) 88 Avril (golpe militar)	90 Abraham /Pascal (prov) 91 Aristide (Lavalas) 91 Cédras (militar) 91 Nérétte 92 Bazin (provisional) 93 Aristide 94 Jonassaint (provisional) 94 Aristide 96 Préval	01 Aristide (Fanmi Lavalas) 04 Alexandre (interinato) 06 Préval (centro izquierda)

	1950-59	1960-69	1970-79	1980-89	1990-99	2000-08
HONDURAS	49 Gálvez (PNH, part. nacional 54 Lozano Díaz (civil, golpe) 56 Junta Militar 57 Villeda Morales (PLH, part. liberal)	63 López Arellano (militar, golpe)	71 Cruz (PNH) 72 López Arellano (militar, golpe) 75 Melgar Castro (militar, golpe) 78 Junta Militar	80 Paz García (militar) 82 Suazo Córdova (PLH, liberal) 86 Azcona Hoyo (PLH, liberal)	90 Callejas (PHN) 94 Reina (PLH, liberal) 98 Flores Facussé (PLH, liberal)	02 Maduro Joest (PNH) 06 Zelaya Rosales (PLH, liberal)
MÉJICO	46 Alemán Valdés (PRI) 52 Ruiz Cortines (PRI) 58 López Mateos (PRI)	64 Díaz Ordaz (PRI)	70 Echeverría Álvarez (PRI) 76 López Portillo (PRI)	82 De la Madrid (PRI) 88 Salinas de Gortari (PRI)	94 Zedillo (PRI)	00 Fox Quesada (PAN) 06 Calderón (PAN)
NICARAGUA	50 Somoza García (militar, dictador) 56 Luis Somoza Debayle (militar, dictador, PLN)	63 Schick Gutiérrez (PLN) 66 Guerrero Gutiérrez (PLN) 67 Anastasio Somoza Debayle (militar, dictador)	72 Junta de Gobierno 74 Anastasio Somoza Debayle	79 Junta de Gobierno de reconstruc- ción nacional (FSLN, socialista) 85 Ortega Saavedra (FSLN, socialista)	90 Barrios de Chamorro (UNO, derecha neoliberal) 97 Aleman Lacayo (Alianza Liberal, neoliberal)	02 Bolaños Geyer (AL, neoliberal) 07 Ortega Saavedra (FSLN)

	1950-59	1960-69	1970-79	1980-89	1990-99	2000-08
PANAMÁ	49 Arias (nac.cons.) 51 Arosemena (interinato) 52 Remón Cantera (militar, CPN) 55 Guizado (sucesión) 55 Arias (CPN, prov.) 56 de la Guardia (CPN)	60 Chiari (liberal) 64 Robles (liberal) 68 A. Arias 68 Pinilla (golpe)	69 Lakas (de facto, torrijista) 78 Royo (de facto, torrijista)	82 De la Espriella (provis.) 84 Illueca (PRD, prov.) 84 Ardito (PRD) 85 Del Valle (PRD) 88 Solís P. (PRD, prov.) 89 Rodríguez (PRD, prov.)	89 Endara (partido panameñista) 94 Pérez Balladares (PRD, gestión neoliberal)	99 Moscoso (Partido Arnulfista) 04 Martín Torrijos (PRD)
PARAGUAY	49 Chaves (militar, colorado) 54 Romero (prov.) 54 Stroessner (dictador, colorado)				89 Rodríguez (militar, colorado) 93 Wasmosy (colorado) 98 Cubas G. (colorado) 99 González Macchi (colorado)	03 Duarte (colorado) 08 Lugo (alianza, centroizq.)
PERÚ	48 Odría (militar, golpe) 56 Prado Ugarteche (Mov. Dem. Peruano, centro)	62 Pérez Godoy (golpe milit.) 63 Lindley López (junta militar) 63 Belaúnde Terry (AP) 68 Velasco Alvarado (golpe, dict.nacion. izq.)	75 Morales Bermúdez (golpe militar)	80 Belaúnde Terry (AP, Acción Popular) 85 García (APRA, social demócrata)	90 Fujimori (Cambio 90, neoliberal)	00 Paniagua (AP, provisional) 01 Toledo (Perú posible, tecnócrata) 06 García (P. Aprista, soc. democr.)

	1950-59	1960-69	1970-79	1980-89	1990-99	2000-08
REPÚBLICA DOMINICANA	47 Trujillo Molina (dictador, militar)	60 Balaguer (PD, conserv.) 63 Bosch (PRD, socialista) 63 Triunvirato Militar (golpe) 66 Balaguer (PRSC, soc. crist.)	78 Guzmán Fernández (PRD)	82 Blanco (PRD) 86 Balaguer (PRSC)	96 Fernández Reyna (PLD)	00 Mejía Domínguez (PRD, soc. demócrata) 04 Fernández Reyna (PLD) 08 Leonel Fernández Reyna (PLD)
URUGUAY	47 Batlle Berres (colorado, sucesión) 51 Martínez Trueba 52 Consejo Nacional de Gobierno (colegiado)	67 Gestido Pose (militar, colorado) 67 Pacheco Areco (colorado, sucesión)	72 Bordaberry (colorado, dictador) 76 Demicheli (prov.) 76 Méndez (p.Nacional, de facto)	81 Álvarez (militar, dictador) 86 Sanguinetti (colorado)	90 Lacalle Herrera (p. Nacional) 95 Sanguinetti (colorado)	00 Batlle Ibáñez (colorado) 05 Vázquez Rosas (Frente Amplio, centroizq.)
VENEZUELA	52 Pérez Jiménez (militar, golpe, dictador) 58 Larrazábal (militar, golpe popular-militar, prov.)	59 Sanabria (civil, prov.) 59 Betancourt (AD, soc. demócr.) 64 Leoni (AD, soc. demócr.)	69 Caldera (COPEI, soc. crist.) 74 Pérez Rodríguez (AD, soc. demócr.)	79 Herrera Campins (COPEI, soc. crist.) 84 Lusinchi (AD, soc. demócr.)	89 Pérez Rodríguez (AD, soc. demócr.) 93 Velásquez (AD, prov.) 94 Caldera (COPEI, soc. crist.)	99 Chávez Frías (ex militar, socialista)

CUADRO 2: GOBIERNOS COMPARADOS



Signos políticos

	Nacionalista		Liberal
	Dictadura de derecha		Demócrata Cristiano
	Socialdemócrata		Neoliberal
	Nacionalista Revolucionario		Progresista
	Socialista		Humanista
	Conservador		Transición

LATINOAMÉRICA POR DECADAS

Los años cincuenta

El mundo acababa de despertar de una pesadilla. La noche negra de una guerra por la predominancia comercial había llegado a su máxima irracionalidad con la explosión de dos soles atómicos en Hiroshima y Nagasaki. Sin embargo, luego de la tragedia no emergería la Paz. Una nueva carrera armamentística, esta vez centrada en el armamento nuclear, se había desatado, mientras la guerra geopolítica mundial continuaría. Europa, partida en dos, había quedado desangrada y debilitada por el conflicto.

Poco antes de comenzar la década varias naciones asiáticas aprovechaban la debilidad de las antiguas potencias, oportunidad para desatar los lazos de dominación imperial. Entre ellas, dos gigantes: la India del Mahatma Gandhi y la China de Mao Zedong. La señal recorrería el mundo, desatándose así una oleada de alzamientos nacionalistas en Asia y África, que da como resultado el surgimiento de la mayoría de los países de la actualidad.

En Latinoamérica, ese empuje nacionalista toma vigor, produciéndose la predominancia de gobiernos fuertes que propugnan precisamente el fortalecimiento del Estado nacional y una forma específica de “descolonización”, en este caso del poder económico transnacional y del vasallaje impuesto por él.

Al igual que en el resto del mundo, este impulso se apoyará en el encuadre económico keynesiano, de aumento de la ingerencia directa estatal a través de inyección de recursos para el desarrollo y el engrandecimiento de la base de consumo. La orientación dada por la CEPAL (Comisión Económica para América Latina) es la conocida receta de “sustitución de importaciones”. La idea era suplantar la debilidad productiva de la devastada industria europea, generando buena parte de dichos artículos a través de su producción local.

Por otra parte, muchos países latinoamericanos, crónicamente dependientes de la exportación de productos primarios, agrícolas, ganaderos o minerales, contaban luego de la conflagración mundial con importantes recursos provenientes del abastecimiento a las potencias en pugna. Derivar dicho capital hacia la generación de manufactura y valor agregado, al tiempo que se realizaban obras viales y energéticas que posibilitaran dicho desarrollismo, fue la constante de esta década.

Así se gesta una importante movilidad social, con la construcción de nuevas obras de infraestructura y masivos planes de vivienda. Allí surgen las arquitecturas de “paneles de abeja” de altura, cuyos monoblocks uniformes preñan la estética ciudadana, permitiendo el arribo de muchos pobladores rurales atraídos por las nuevas ofertas de trabajo en las crecientes industrias.

Las antiguas luchas obreras de la primera mitad del siglo, preconizadas por las corrientes anarquistas, comunistas, socialistas y fascistas, confluirían en un escenario de aumento de los derechos laborales, sociales y salariales de los obreros. Surgen en Latinoamérica los así llamados populismos, síntesis regional de los antiguos caudillismos predominantes en el siglo XIX y la proletarianización urbana de vastos sectores rurales que modifican la nueva demografía latinoamericana.

También la Iglesia pretende reinsertar su antiguo poder en el nuevo escenario, luego de las iniquidades criminales de guerra toleradas por la jerarquía vaticana. El liberalismo, el marxismo y la socialdemocracia, hija de ambos, por un lado, y el fascismo corporativista por el otro, habían desplazado a la Iglesia de su sitial pretendidamente inmovible en las cercanías del poder político y en la conciencia de muchos jóvenes volcados al ateísmo. Para recuperar su lugar, la Iglesia promueve la fundación de partidos socialcristianos, enarbolando como ideología la vieja encíclica de finales de siglo XIX “*Rerum Novarum*” (las cosas nuevas).

Pese a tanta barbarie circundante, la democracia había adquirido un nuevo valor y se había transformado en su significado, pasando de ser un restringido reducto aristócrata, reservado por otra parte al género masculino a constituirse en una forma de articulación orgánica masiva, dando paso al sufragio femenino y -crecientemente - a la elección popular universal y directa de los máximos gobernantes, sin restricciones censitarias o intermediación parlamentaria.

El renovado ímpetu de independencia y modernidad era protagonizado por militares electos como Perón, Arbenz, Osorio, Ibáñez del Campo y civiles como Getulio Vargas, Paz Estenssoro, Ferrer, Villeda Morales, Battle Berres y los sucesivos presidentes del PRI mejicano, donde junto al fascismo y el marxismo también confluían viejos aires liberales, que encarnarían en cierto nacionalismo socialdemócrata como en los casos costarricenses y hondureños. La sombra del avance popular eran los dictadores aliados con la resistencia

norteamericana a tanto independentismo y al avance de la Unión Soviética como nueva potencia internacional. Somoza, Odria, Duvalier, Batista, Remón Cantera, Stroessner, Trujillo, Pérez Jiménez son los nombres de aquellos esbirros, en su mayoría criados en los cuarteles de las diversas Guardias Nacionales gestadas y entrenadas por las tropas invasoras de EEUU.

La combinación de estas satrapías anticomunistas con el ideario fascista, los intereses conservadores y el caudillismo daría como nefasto resultado un despotismo atroz, donde la brutalidad competía en dimensión sólo con la corrupción, la apropiación de riqueza y el nepotismo de aquellos gobernantes.

En Estados Unidos, el presidente era el comandante en jefe del ejército durante la segunda guerra, Eisenhower y el escenario bélico continuaría, esta vez contra un nuevo enemigo, anteriormente aliado circunstancial contra el Eje: la URSS.

De este modo, la política exterior norteamericana, traduciría aquella Doctrina Monroe que - unos ciento treinta años antes - exigía la soberanía “americana” en asuntos “americanos”, conceptualizando así el rechazo a la intervención europea en la región y buscando, en la huella del maccartismo de los 40’ un alineamiento incondicional de los gobiernos latinoamericanos en la cruzada anticomunista. Soberbia y soberanía - vocablos tan afines fonéticamente - se enfrentaban así en el tablero político de los años 50’.

Otra señal había llegado también en aquellos años a Latinoamérica, la televisión, que junto a otras tecnologías de comunicación, sería fundamental en el acercamiento de las distancias y la aceleración del tiempo histórico.

El Sputnik I, primer satélite artificial, había sido puesto en órbita por la URSS en 1957 y varios otros seguirían al “camarada” (sputnik en ruso), impulsando el conocimiento estelar y la comunicación entre los distintos puntos de la tierra. Por supuesto que en las mentes afiebradas la carrera por el dominio del espacio había comenzado, pero también se abría paso la intención humana de atravesar los confines de su planeta madre, haciendo realidad los relatos hasta entonces fantasiosos de ciencia ficción.

En 1957 también se firmaba el Tratado de Roma, que establecía el comienzo de la Comunidad Económica Europea, que en su evolución constituiría lo que en la actualidad se conoce como la

Unión Europea. Este sería también una fuerte señal que daría impulso progresivo a distintos intentos de integración regional y económica, que comenzarían en Latinoamérica recién entrados los 60'. El plan Marshall había recompuesto a Europa occidental, el Consejo de Ayuda Mutua Económica hacía lo propio en los Estados socialistas. En el Oeste, la OTAN ponía el contexto militar con bases norteamericanas en territorio europeo, el Pacto de Varsovia alineaba las fuerzas por el este. Europa seguía dividida, sólo que la frontera de dicha división estaba más al Este.

Hacia el final de la década en Latinoamérica, la influencia de la estrategia norteamericana se había hecho sentir. Varios gobiernos nacionalistas y populares habían caído por intrigas militares. Varias democracias habían sido nuevamente restringidas y muchos activistas políticos habían marchado al exilio. Las masas populares experimentaban la restricción de sus conquistas políticas.

Sin embargo, *“Cuando fuerzas algo hacia un fin, produces lo contrario”*. Una pequeña isla, muy cercana a las costas norteamericanas, dependiente colonia azucarera y burdel vacacional del Norte, se levantaría contra el sometimiento y produciría, al final de la década, una revolución en cuyo ideario anidaría, junto al independentismo nacionalista, una concepción socialista centralista. Castro lideraría en América Latina en 1959, lo que Mao había logrado en 1949 en China. Similarmente a lo ocurrido en la Rusia de 1917, no eran los proletarios y su conciencia de clase los abanderados y ejecutores de la revolución marxista, sino países de amplia mayoría campesina.

Pero más allá de las teorías políticas y de los casi omnipotentes recursos aplicados en evitarlo, casi al final de la década, en 1959, triunfaba en Latinoamérica una nueva señal de independencia política y de justicia social. Todo ello ponía el contexto de la siguiente década.

Los años sesenta

La guerra en todo el mundo continuaba luego de la guerra mundial. En 1961 se construía el Muro de Berlín y poco después de asumir Kennedy la presidencia se producía la Crisis de los Misiles, escalada que mostró - pero no detuvo, sino por el contrario - el nuevo peligro nuclear que por otra parte se extendía a otras manos. En 1967, sabiamente, Latinoamérica pactaría en Tlatelolco, Méjico, la prohibición de instalar esos engendros en la región.

El año siguiente, el mundo entero podría observar por televisión

como un cohete tripulado descendería en la Luna, mientras los atribulados vietnamitas continuaban recibiendo el bombardeo de los invasores pertenecientes a la misma nacionalidad, guerra que las cámaras todavía no difundían. El presidente a cargo había sido vicepresidente de Kennedy, previo a su asesinato en 1963. El poder del complejo industrial militar norteamericano doblegaba cualquier mandato público.

África saldría a principios de la década del dominio colonial directo en la correntada de los movimientos de liberación y buscaba superar las realidades culturales fundiéndolas en una nueva identidad nacional.

En Latinoamérica, la idea de liberación del yugo capitalista encarnó en prácticamente todos los países, tomando formas más “rurales” con participación campesina desde el Sur de Méjico hasta Perú, excluyendo a Costa Rica y a Cuba (por motivos obvios) y formas más “urbanas” en el Cono Sur, con técnicas de acción vistosa pero sin formación de columnas militares extensas.

La represión estatal de estos movimientos recibió asesoramiento y dirección norteamericana en centros de entrenamiento militar diversos. Fundamentales serían la Escuela de las Américas ubicada en Panamá y la Escuela de Guerra Argentina. Dicha instrucción incluía técnicas de tortura traídas desde Francia en base a las recientes experiencias (fracasadas) en las guerras libradas contra la insurgencia en Argelia e Indochina. Francia continuaba educando al mundo, pero ya muy alejada de la “liberté, fraternité y égalité” de finales de siglo XVIII.

La estrategia política general no era sólo de represión policial y militar, que quedaba reservada para desactivar a los núcleos revolucionarios más duros, organizados y cualificados. EEUU lanzaba por la época la “Alianza para el Progreso”, que era un programa crediticio para financiamiento de obras públicas, en la continuidad del modelo desarrollista keynesiano. La situación financiera y económica ya no era la misma en la región que luego de la guerra. Muchos de los recursos obtenidos por la exportación se habían agotado y Europa, ya recuperada en base al plan Marshall, había vuelto a producir y desde la formación de su Mercado Común, establecía un fuerte proteccionismo hacia su sector agrario, lo que dificultaba las exportaciones agropecuarias desde Latinoamérica. EEUU, por otra parte, principal mercado del área caribeña, ya no absorbía con tanta facilidad el banano o el azúcar, pudiendo presionar y lograr por vía económica lo que sus marines y flotas habían hecho por la vía militar desde finales de siglo XIX.

El objetivo de la Alianza para el Progreso, a la que adhirieron la mayoría de los gobiernos latinoamericanos, era producir cierta descompresión social para impedir que la mayoría de los trabajadores adhiriera a las ideas revolucionarias. En la misma dirección iba la “alternancia democrática bipartidista”, el modelo político que se propugnaba en aquel tiempo, a imagen y semejanza del fácilmente controlable esquema en el centro del imperialismo. Donde este modelo no funcionaba, se continuaba apoyando a los tiranos autócratas. Respecto a la inmanejable Cuba, luego de intentar un golpe contrarrevolucionario fallido en Bahía de Cochinos, se impuso el bloqueo económico para estrangular la revolución, lo que no hizo sino radicalizar la misma y buscar por necesidad el alineamiento total con el bloque soviético.

Pero la Segunda Guerra y sus secuelas no sólo habían dejado dos bloques, dos sistemas económicos, políticos y militares contrapuestos, habían expresado también el profundo vacío existencial al que el mero materialismo racionalista y su creencia básica en la felicidad objetual habían llevado al ser humano.

Dios había sido sepultado por la máxima nietzscheana y la incerteza radical se había apoderado del corazón de la especie. Ante las respuestas masificantes, el hombre masa que denunciara Ortega y los aparatos estatales que derivarían en una dolorosa guerra, se oían débiles protestas que recién cobrarían fuerza en la generación siguiente. También el existencialismo sartriano planteaba la reflexión sobre el sentido de la existencia y las acciones individuales. La investigación de la espiritualidad orientalista ganaba adeptos.

Sin embargo, la violencia hacía difícil la silenciosa pero fundamental búsqueda que no podía ser resuelta sólo por las imprescindibles pero insuficientes mejoras materiales.

Las nuevas generaciones ya habían emprendido sus rebeliones sin retorno. El establishment se horrorizaba, acostumbrado a la idea del control, por el descontrol que propiciaba la contestataria juventud. A la propiedad privada se oponía la vida comunitaria, al nacionalismo la anarquía, al prolijo orden el desenfreno, al éxito la libertad.

Las opciones de aquella generación derivarían hacia tres variantes fundamentales. La primera era la lucha por la transformación social fuera de los parámetros establecidos por estructuras verticales anteriores, dando origen a los movimientos revolucionarios ya comentados que pretendían sacudir con las armas la injusticia capitalista y la indolencia

de las burocracias políticas progresistas.

La segunda variante, aunque coincidente en el rechazo al modelo burgués ofrecido, era básicamente antibelicista, con una propuesta difusa de contornos anarquistas. La música, la libertad sexual y la droga como búsqueda de realidades diferentes serían elementos constituyentes de aquellos grupos “hippies”, que no querían ser absorbidos por los modelos de la sociedad, pero tampoco pretendían su transformación. Aldous Huxley había ya escrito en 1932 “Un mundo feliz” y pregonaría en adelante la experimentación con sustancias químicas para introducirse en otro estado de conciencia. En él se inspiraban muchos adherentes de estas corrientes.

La tercera expresión contestataria de esta generación fue el misticismo. Ante el vacío existencial y espiritual de las opciones modernistas materialistas y las rígidas morales conservadoras cristianas, cuya coerción y corrupción asqueaban a numerosos jóvenes, la mirada de muchos se volcaría hacia el mítico pasado oriental. De este modo asomaban el vedantismo, el budismo y hasta distintas variantes del hermetismo egipcio en las bibliotecas, conversaciones y prácticas de estos buscadores de sentido.

En el noveno año de aquella década, sólo un año después de aquella vibración juvenil simultánea de Mayo de 1968, ocurría un hecho extraño en un paraje montañoso de la Cordillera de los Andes. Un pequeño grupo de jóvenes se congregaba en la cercanías del Monte Aconcagua, el “techo de Occidente”, para escuchar el mensaje de un ignoto joven llamado Silo. Muchos pensaron que aquel mensaje - conocido como “La Curación del Sufrimiento” - resumía lo mejor de las variantes revolucionarias de aquella generación, rescatando la no violencia, la libertad, la búsqueda espiritual y la simultánea transformación social, con el rechazo a toda forma de autoritarismo y explotación. El sistema pensó que lo expresado allí, en medio de las rocas y rodeados de una fuerte presencia militar, sintetizaba lo peor de la juventud, atacando y persiguiendo luego con saña a quienes pretendieron llevar aquellas ideas a la práctica luego en otros puntos. Nadie entendía bien que lo que allí se entregaba era un mensaje universal, que llegaría con los años a todos los puntos y culturas, y que proponía un nuevo horizonte revolucionario mostrando lo indivisible del mundo interno y externo y animando a un proceso de cambio profundo en la conciencia y la sociedad.

En los centros de poder, sin embargo, las motivaciones eran otras y la intolerancia del sistema se hacía sentir. En la mayoría de los

países latinoamericanos gobernaban los hombres de la violencia, en su mayoría vestidos con uniforme militar y en algunos, conservando ropaje civil bajo la atenta vigilancia de las legiones armadas.

Los años setenta

Así como en 1959 la revolución cubana estremecía a la región, entusiasmando a unos y atemorizando a otros, en 1970 asume el gobierno en Chile otro movimiento de izquierdas, la Unidad Popular, cuyo candidato Salvador Allende había sido electo poco antes. Las guerrillas marxistas se habían multiplicado y las izquierdas, en general proscritas políticamente, se habían radicalizado con esa exclusión, integrando a miles de estudiantes, campesinos y obreros.

La economía mundial había entrado en un ciclo recesivo y la inflación - entre otras cosas por el aumento de los costos energéticos - se expandía. La dependencia del modelo capitalista de la provisión de materias primas se manifestaba en toda su crudeza. El colonialismo había dejado paso a países relativamente autónomos, que intentaban ocupar su lugar en el mundo haciendo valer ciertos derechos y aprovechar sus recursos.

El petróleo se había convertido en un arma de poder desde la fundación de la OPEP en los sesenta y los árabes castigarían a Occidente con un embargo en represalia por su apoyo a Israel en la Guerra de Yom Kippur (1973). Varios países latinoamericanos comenzaban a disfrutar de los altos precios que obtenían de sus exportaciones y las nacionalizaciones comenzaron a producirse para aprovechar al máximo las posibilidades que brindaba este recurso estratégico. Militares nacionalistas en Bolivia, Ecuador, Perú y Panamá propugnaban medidas contra el dominio del capital transnacional, pero también civiles electos como el mencionado Allende o algo después Carlos Andrés Pérez en Venezuela, procederían a estatizar el petróleo.

Cuba sufría la escasez natural de combustible y su dependencia del petróleo soviético acentuaba más aún su alineamiento geopolítico. Enviaba jóvenes combatientes en nombre de la “solidaridad internacional” a apoyar a los movimientos de liberación nacional en África que aún no habían logrado su independencia nacional. En Haití y Nicaragua se efectuaba el recambio generacional en las dinastías de dictadores Duvalier y Somoza. La crueldad y la corrupción permanecían

invariables. La represión continuaba y se acentuaría con las dictaduras militares en Argentina, Brasil, Bolivia, El Salvador, Guatemala, Honduras, Paraguay, Perú y los gobiernos civiles en Colombia, México, República Dominicana y Uruguay. El intento democrático de socialismo de Allende había sido derrocado por orden imperial.

Henry Kissinger, protegido del clan Rockefeller, el poderoso oligopolio petrolero, tomaba el mando en aquel 1973 de la Secretaría de Estado norteamericana bajo la presidencia del luego renunciante Nixon, quien a su vez había sido vicepresidente del halcón Eisenhower. El Plan Cóndor, que articulaba el trabajo represivo de las dictaduras latinoamericanas en el Sur, se pondría en marcha, iniciando una guerra desde el Estado contra todos los movimientos rebeldes de la región, asesinando a muchos y exiliando a otros.

Esta misma guerra se continuaba sanguinariamente en Colombia y la región Centroamericana. Organizaciones paramilitares eran organizadas por los servicios de inteligencia para aumentar las acciones criminales sin ningún tipo de control institucional. Lejos habían quedado las esperanzas antibélicas de muchos jóvenes sesentistas. Latinoamérica estaba en llamas.

Otro fenómeno había también comenzado y era el de la emigración hacia afuera de cada país y hacia otras regiones. Esta emigración, que se continuaría con mucha fuerza en los ochenta, era por un lado la estela de la migración interna del campo a la ciudad en busca de mejoras de calidad de vida, producida a su vez en la corriente de industrialismo de los 50' y 60'. Por otra parte, la mengua de exportaciones agrícolas - que minaban los ingresos fiscales - y el consecuente decaimiento de los proyectos faraónicos de infraestructura, dejaban sin trabajo a miles, que emigraban entonces en busca de supervivencia. La inestabilidad, producto de la violencia generalizada entre el Ejército y los bandos revolucionarios, que involucraban crecientemente a sectores civiles, hacían más dura aún la situación, empujando a muchos a otras tierras.

No podía sin embargo sostenerse la guerra indefinidamente. El principal enemigo de todos los imperios ha sido siempre el financiamiento de la maquinaria bélica, el cual ha resultado regularmente en un aumento de la presión fiscal sobre propios y sometidos. En el restringido ambiente económico posterior a la suba del petróleo en 1973, la gigantesca carrera armamentista insumía importantes recursos en desmedro de otras posibles subvenciones. Por otra parte, la derrota norteamericana en Vietnam y el ascenso de una nueva generación en

los pasillos gubernamentales de Washington, hacían potable la idea de que la “distensión” mundial - o sea - cierto pacto con los soviéticos - era deseable. Así es como llegaría el demócrata Carter a la presidencia estadounidense en 1975.

En este período se establecen los pactos de reducción de armas nucleares SALT, los acuerdos de paz entre Israel y Egipto en Camp David, el acuerdo Carter-Torrijos para la retirada norteamericana hacia fines de siglo del Canal de Panamá. Los dictadores latinoamericanos ya no eran recibidos con honores y apoyados financieramente como lo habían sido en los treinta años anteriores a cambio de su fidelidad anticomunista. Se abría lentamente un abismo bajo los pies de los tiranos y desde ese abismo, lentamente se iría abriendo la posibilidad de recuperación de cierta participación democrática, panorama que se consolidaría recién en los años ochenta.

Casi al finalizar la década, augurando lo que vendría, los herederos del nicaragüense Sandino entran triunfalmente en Managua, expulsando al tirano Somoza Debayle. En el mismo noveno año de aquella década, un hecho similar se producía muy lejos y en otro contexto cultural, pero políticamente similar. Desde las torres de los minaretes se anunciaba la caída de otro dictador dinástico, el Sha de Persia, Reza Pahlevi, quien había controlado a su población con la temible policía secreta Savak y el ejército mejor armado del Oriente Medio. Los revolucionarios no eran hombres de guerra sino religiosos y su principal arma de combate había sido un libro: el Corán.

Los años ochenta

Los militares habían logrado infundir terror a las poblaciones latinoamericanas y en varios casos desarticular los embates guerrilleros en las dos décadas anteriores. Sin embargo, habían perdido en Nicaragua y los movimientos revolucionarios habían adquirido dimensiones de ejército en Colombia, Guatemala y El Salvador, subsistiendo los problemas con la guerrilla maoísta de Sendero Luminoso en Perú. Precisamente aquellos países donde la insurgencia se había nutrido del componente campesino, al igual que en todas las revoluciones marxistas precedentes que habían logrado su objetivo inicial.

Sin embargo, el “hombre nuevo” no aparecía. La violencia represiva de las “dictaduras del proletariado”, la imposición dogmática, el centralismo que ahogaba toda expresión personal, la corrupción de la

todopoderosa burocracia y el sistema de poder imperial que el bloque marxista había desarrollado, alejaba el sueño libertario de muchos. La salvaje explotación que habían sufrido en tiempos feudal capitalistas los ahora ancianos, no era ya parte de la memoria individual de las nuevas generaciones, cuyo afán de libertad y progreso se volcaba contra las rígidas ordenanzas de vetustos dirigentes que hablaban un idioma incomprensible. La derrota del “socialismo real” no se produciría por las “ventajas económicas” capitalistas - que no eran tales ni en productividad, y mucho menos en avance social. Tampoco la supremacía militar o la sangría de recursos que la guerra global insumía. Los jóvenes provocarían el desmoronamiento a través de su rechazo a adoptar las creencias clasistas decimonónicas. No sólo se desintegraría la poderosa Unión Soviética y se desplomaría el bloque de países dominado por ella, cientos de miles de simpatizantes comunistas y socialistas quedaban atónitos ante el desgarrador panorama de derrumbe de lo que habían creído sería la “victoria inexorable” de la clase obrera por simple mecánica histórica. Aún más, en el mundo que emergía, no sólo no aumentaría la “conciencia de clase” - requisito subjetivo que los marxistas leninistas consideraban esencial para la revolución - sino que nadie quería ser “obrero”. Todos serían en adelante “trabajadores” o “empleados”, el otrora digno mameluco industrial era guardado como reliquia de los abuelos y reemplazado por el impecable blanco de las camisas de oficina.

Pero todo este magma arribaría a la superficie social recién a partir de la mitad de la década, donde asumía la secretaría general del Partido Comunista en la URSS Mijail Gorbatschow con ideales de transparencia (Glasnost) y reestructuración (Perestroika).

Pero antes, en la primera mitad de esta década, varios países latinoamericanos se encontraban aún, pese a la declamada “distensión”, soportando aún el yugo de entronizadas y sangrientas dictaduras militares. En Argentina, Brasil, Bolivia, El Salvador, Honduras, Panamá y Perú se producía el traspaso de poder a los civiles mediante elecciones. Lo mismo sucedería poco después en Guatemala y Uruguay, llegando la apertura democrática por fin hacia finales de la década a los atribulados chilenos, haitianos y paraguayos, lugares donde el nazismo y el bonapartismo habían perdurado hasta los tiempos post modernos.

En Nicaragua, la guerra contrarrevolucionaria no había logrado su objetivo militar, derrocar al gobierno sandinista, pero sí había podido desangrar productiva- y económicamente al país, imposibilitando

cualquier mejora sustancial en este campo y abriendo el surco que derrotaría poco tiempo después por vía electoral al sueño revolucionario sandinista de diez años. A la otra revolución de 1979, la islámica, el imperio le había armado otra guerra idéntica, apoyada en el rival zonal Irak, país que sería a su vez destrozado por la invasión militar del por la época aliado EEUU algo más de dos décadas después.

Al igual que la deposición de los residuos nucleares, conflicto que el importante movimiento ecologista de la época denunciaba, uno de los problemas del sistema, de los pueblos y de los políticos dispuestos a asumir la conducción post dictatorial era qué hacer con los militares y con sus cómplices. La mayoría de los nuevos gobiernos - seguramente presionados por los distintos poderes anteriores - optó por convalidar legalmente el silencio sobre lo ocurrido.

La deuda de la memoria no sería la única a la que tendrían que hacer frente los nuevos gobernantes electos de la región. Los militares habían contraído fuertes deudas con la banca internacional para sostener sus aparatos represivos y financiar la economía en los tiempos recesivos. La corrupción y el centralismo en las grandes empresas estatales, la apertura al capital internacional de las dictaduras y el clima recesivo, habían estrangulado muchos puestos de trabajo. La falta de puestos de trabajo reemplazaría al aumento salarial en el centro del justo reclamo de los trabajadores y sus organizaciones. La “economía informal” - en realidad un eufemismo para denominar la pobreza generalizada y la ineficacia capitalista en términos de inclusión y avance social proporcionado - crecía hasta llenar las colinas y los alrededores de las grandes ciudades de la región con una nueva arquitectura precaria que conservaba en sus trazos algo de la vieja memoria social rural de quienes la habitaban.

La principal inestabilidad de los gobiernos democráticos ya no era generada por intrigas de la CIA, ni por cuartelazos militares, que aún subsistían como coletazos en la caída de los dragones. El justo clamor del pueblo, reprimido durante tres décadas, era la herencia social recibida. Deuda externa, deuda histórica, deuda interna. Sería demasiado para aquellos políticos que, además tenían el peso histórico de su propia historia generacional, arrastrando en su vejez aún lecciones aprendidas cincuenta años atrás.

Por si fuera poco, la estampida de los precios no tenía fin. La inflación corroía toda posibilidad de asentar alguna estabilidad económica que diera algún respiro a los pobladores y gobernantes. El estrangulamiento

credificio conducía a la emisión monetaria, ésta a la devaluación y ella a su vez producía los aumentos. Al igual que en la depresión mundial de los 30', escenario de la preguerra europea, salario no era ya sinónimo de supervivencia.

Las puebladas y protestas populares se sucederían. El tiempo de las dictaduras financieras se acercaba, suplantando la debilidad estructural de aquellos gobiernos de transición democrática de los 80'.

Los años noventa

Un actor mediocre era ya presidente en EEUU, una mujer draconiana impondría su sello en la política británica. La construcción de Lenin y Stalin se habían derrumbado. El capital transnacional anónimo, pero con ejecutores perfectamente identificables, hacía su entrada triunfal en todos los ámbitos de la vida humana.

La nueva ideología no era sino una reedición de viejas concepciones. La “globalización” era el vocablo elegido para justificar el avance neocolonial cuyos invasores eran uniformados de traje y corbata. La “eficiencia privada” era la argumentación para el remate a precio vil de la propiedad social estatal. Las “leyes de mercado” una traducción de creencias zoológicas darwinianas. La denuncia de las ideologías y la defensa del “pragmatismo” abrían las puertas a la traición, en la que se enrolaron muchos políticos y partidos otrora progresistas. El “fin de la historia” - de ribetes orwellianos - fue el marketing elegido para vender el paquete que se constituiría en “partido único” (o casi único) de gobierno mundial.

El integracionismo y la mundialización a la que el mundo marchaba debido a las nuevas comunicaciones y al ansia de los jóvenes de superación de fronteras de antaño, pretendía ser utilizado por la transnacionalización económica, cuyo objetivo no era de fraternidad sino de lucro. Las capacidades defensivas del Estado nacional no sólo debían ser debilitadas, sino definitivamente canceladas. Las Áreas de Libre Comercio eran el espacio paradisíaco prometido por el nuevo culto. Donde subsistía alguna resistencia arcaica a la nueva-vieja tradición del arrollador capital, se procedía al desmembramiento de la misma, como en la vieja Yugoslavia.

Las tensiones culturales, étnicas y religiosas, escondidas a presión bajo el piadoso manto de las nuevas identidades nacionales, afloraban con fuerza ante el debilitamiento del “crisol” estatal. El armamentismo había repartido armas por doquier. Liberia, Sierra Leona, Rwanda, protagonizan terribles genocidios en el África en esta década.

En Latinoamérica, exhausta de guerras, el control económico y político procedería por la vía mediática. El maquillaje televisivo reemplazó a la oratoria y los imberbes candidatos rodeados de aureolas exitosas destronaron a los viejos caudillos políticos del siglo. Algunos tuvieron que rasurar sus excedidas patillas o crecidas barbas, otros cambiar el tono encendido de los discursos antiimperialistas, pero todos tuvieron que comulgar con la nueva Inquisición neoliberal. Socialdemócratas, socialcristianos, democristianos, justicialistas, conservadores, liberales, populistas, fascistas y hasta antiguos socialistas declamaron su “arrepentimiento” y juraron defender en teoría y práctica el neoliberalismo impulsado desde la torre de cristal de Milton Friedman en Chicago. Un verdadero ejemplo de comunión política que prometió que la vida celestial se derramaría cual “maná y miel” desde el éxito del poder económico cada vez más concentrado, hasta llegar a los sectores más desfavorecidos. El infierno económico y político que había vivido la región en las últimas décadas y la siempre viva y mesiánica esperanza (pronta a ser defraudada) del entusiasta poblador de estas tierras jóvenes, haría que las grandes mayorías adhirieran a la nueva fe. El dinero se convertía en objeto de adoración, los bancos sus templos, los ejecutivos sus sacerdotes, la deuda externa el pecado contraído que todos los latinoamericanos deberíamos expiar, con intereses, claro.

Las maravillas tecnológicas, nuevos y útiles espejitos de colores, comenzaban a llenar los hogares de los pobladores sedientos de modernidad y progreso. Todo a crédito. El gran negocio financiero, no era ya el de otros tiempos, prestar a un debilitado Estado. Éste tenía menores activos de garantía y restringida capacidad de pago, por su pesada obligación de atender la salud y educación de aquellos inadaptados sociales incapaces de pagar su seguro médico o escuela privada. La idea era endeudar a todos y todas, sin discriminación de raza o género. La banca, un verdadero ejemplo de pluralismo que sólo se fijaba en que los deudores cumplieran sus compromisos. Pero hasta el moroso era perdonado, ya que su impuntualidad mejoraba los ingresos usurarios. Sólo los “incobrables” pasaban para los bancos a la

categoría de inmorales fuera de la ley.

La criminalidad cotidiana se había extendido estructuralmente. Los secuestros, asaltos y muertes pululaban en las páginas de los periódicos (ya todos convertidos al otrora denostado “amarillismo” sensacionalista), multiplicando la sensación que por la época compartiría la mayoría de la población latinoamericana: la inseguridad. Está claro que dicha inseguridad, como estado psicológico, seguramente estaba relacionada a la velocidad y voracidad de los cambios registrados en todos los campos, pero lo cierto es que la delincuencia común hacía su parte. La estructuralidad del fenómeno mencionado, el cual llevaba al establecimiento de numerosas bandas actuando en las diversas ramas de la ilegalidad - entre ellas el tráfico de narcóticos prohibidos - tenía motivos varios. La relación con la exclusión social a la que el neoliberalismo condenaba a muchos era quizás uno de los principales. Otro, el “pase a retiro” de algunos militares acostumbrados a lucrativos negocios corruptos que quizás renunciaban a honores y poderes pero jamás a las ganancias. La corrupta inacción con la que la política pagaba en varios lugares su estrecho margen de acción, limitado por el descrédito público de su función y el papel del Estado, hacía lo suyo, en desmedro de las profusas declaraciones de “mano dura” que llenaban todas las carpetas de discursos de norte a sur. Además de ciertos negocios personales directos, muchas campañas pre electorales de altísimos costos publicitarios, eran sospechados de ser financiadas a través de fondos ilícitos. Por último, quizás el factor fundamental en la extensión del fenómeno de la delincuencia, era nuevamente un tipo diferente de rebelión juvenil, que tampoco aceptaba la doble moral incoherente de “éxito rápido” y “trabajo digno”, propagada desde la omnipresencia mediática. Por otra parte, la desintegración de lazos sociales y familiares, junto a ciertos modelos juveniles que se multiplicaban desde los barrios periféricos de EEUU hacia toda la región, hicieron surgir a las bandas en cuyo seno muchos encontraban no sólo subsistencia, sino también identidad y relación.

El festival del consumo a cuenta, el espejismo de la eficiencia privada, la unipolaridad del discurso político, comenzaban a sufrir serias grietas luego de diez años. Corría en la población una consigna prácticamente unánime: “que se vayan todos”. Y ese grito profundo, expresaba la desazón que despóticos dictadores, intriguistas políticos, interesados empresarios y tecnócratas habían dejado en el alma popular. Los poderes que habían impulsado estas gestiones, la

oligarquía financiera internacional, los gobiernos neocolonialistas, las multinacionales no saldrían indemnes de este angustiado y airado rechazo de los latinoamericanos. Los pueblos pedían nuevos protagonismos y renovada soberanía, lo que obtendrían en la primera década del nuevo milenio.

Los años posteriores al 2000

En el corto período sucedido desde la bisagra de milenios (según los calendarios que gobiernan estas latitudes), los pueblos han mostrado su decidida voluntad de probar nuevos senderos y rechazar el nuevo orden unipolar que se presentó en la década anterior. El innegable fracaso de la política tradicional, acunada en matrices sociales e ideológicas de más de un siglo atrás, dio paso a un nuevo tipo de dirigente que, si bien ya activo en las lides públicas previo a su elección, no había logrado aceptación durante el período de crueldad neoliberal, al cual por otra parte, atacaba.

En este sector, más allá de las interesantes particularidades de cada uno, podemos encuadrar a la mayoría de los presidentes actuales de la región, reflejando de algún modo la influencia social que los legitima.

El indigenismo había comenzado a lograr su lugar ya con el resurgimiento zapatista en Chiapas, cuyo eco resonó poderosamente en el Pachakutik ecuatoriano que apoyaría a Lucio Gutiérrez contra las iniquidades capitalistas de Mahuad y Noboa. Pero es con Evo Morales Ayma en Bolivia, donde la estirpe de los originarios habitantes llega, luego de recorrer un largo camino desde la marginación - la vida al margen - social, hasta ocupar un sitio de toma de decisiones.

El sindicalista metalúrgico brasileño Luiz Ignacio da Silva lograría con su izquierdista PT ser electo (y luego reelecto) en el país demográfica- y económicamente más grande del Sur latinoamericano. Aún ciertas alianzas con sectores conservadores no empañarían el rumbo principal de su gestión, la soberanía y la cooperación regional con un signo de reforma social gradual.

Hugo Chávez posibilitaría también un fuerte curso de intensas reformas internas en Venezuela, pero su mayor aporte debe ser resaltado mucho más en los mismos términos bolivarianos en los que se autodefine su gobierno. Apoyado en los fuertes ingresos provenientes de altísimos precios del petróleo, sumados a la voluntad cierta de solidaridad y autodeterminación, este gobierno ha colaborado decididamente en el entramado concreto de la unidad latinoamericana.

En Uruguay, un gobierno de centroizquierda con presencia de antiguos guerrilleros en puestos de gobierno, desplazaría al antiguo juego de fuerzas político entre colorados y blancos. En Panamá, el hijo del líder nacionalista Torrijos asumía con el mandato popular de que por fin la verdadera soberanía y justicia social ondeen como bandera en la zona del canal.

En la cercana República Dominicana, Leonel Fernández Reyna, hijo político del fallecido intelectual Bosch, era electo por tercera vez con un mandato similar. Crecido en las barriadas latinas de Norteamérica, y pese al neoliberalismo de su primera gestión, encarnaría el símbolo de los emigrados y a la vez marginados en tierra lejana. En la austral Argentina, la confianza también sería renovada en las urnas al peronista Kirchner, quien sería sucedido por su esposa Cristina Fernández bajo el signo de la continuidad. También aquí, al igual que en Brasil, moderadas reformas sociales suplantaban el excluyente pasado reciente, pero sobre todo un desalineamiento radical de las pretensiones hegemónicas de EEUU, acentuaban el cariz progresista de este gobierno.

En Ecuador, el joven economista Rafael Correa era elegido para profundizar el camino de legitimidad y sensibilidad social que se había iniciado poco antes con el médico sanitarista Palacio. La reforma constitucional, de fuerte contenidos humanistas, y la revolución institucional que lleva a cabo constituyen ya logros innegables.

En Guatemala, saliendo de la larga noche de violencia política dominada por crueles militares y sus continuadores civiles del partido ARENA, emerge la figura de Álvaro Colom, que luego de cincuenta años de la derecha en el poder, logra que ciertos postulados progresistas puedan volver a gobernar. También en la destruida y convulsionada Haití, René Preval, intentará por fin algún atisbo de progreso y mejora para una población que había confiado en el sacerdote Aristide para esta tarea, cuyo primer ministro había sido precisamente Preval.

Otro ex sacerdote, más aún, un ex obispo, Fernando Lugo, sería la persona que el pueblo paraguayo elegiría para desplazar al omnipotente y omnipresente partido Colorado, luego de setenta años de gestión dictatorial y autocrática. Otro partido devenido en poder único, corrupto y despótico, el PRI, triste heredero histórico de la pionera revolución mejicana, había sido derrotado a principios de la década por el ex gerente de la Coca Cola, Fox, asociado neoliberal de USA. Luego de aquel coletazo postrero de la década anterior, sólo el fraude impediría que Andres Manuel López Obrador, representante de una coalición de

fuerzas opuestas al rumbo proyanqui, ganara la última elección.

El sandinismo volvía a triunfar en Nicaragua, esta vez por la vía de las urnas, con la difícil misión de levantar un país devastado por dinastías sátrapas, desastres naturales, guerras civiles y cruentos economicismos.

En la vecina Costa Rica, el antiguo partido liberacionista de Ferrer, el PLN, en la figura de Oscar Arias (reelecto luego de veinte años), vencía por mínimo margen a una alianza de centro izquierda, borrando esta elección del mapa también a la vieja alternancia bipartidista con el social cristianismo.

En Perú y Chile, gobierna la socialdemocracia capitalista. Sin embargo, más allá de la práctica concreta neoliberal, sus candidatos representaron ante la población - en el encuadre de juego extorsivo de las mayorías electorales - cierta moderación social frente al pasado tecnócrata reciente en el caso de Perú y a las opciones descarnadas propuestas por la derecha en el caso de Chile. Sobre todo la presidenta Bachelet, por su condición femenina, su profesión médica y su procedencia partidaria compartida con Allende, revela que los chilenos también, luego de tanta sumisión y silencio, apuestan por perfiles de liderazgo diferentes.

Aún en la altiva e inamovible Cuba los cambios se abrían paso. En la superficie el indiscutido líder Fidel resignaba la conducción directa en razón de su avanzada edad, pero las variaciones habían ya comenzado años antes, con una necesaria apertura hacia Europa luego de la debacle de la Unión Soviética, pilar de apoyo de la revolución cubana.

Sólo Colombia, Honduras y El Salvador, han mantenido su alianza incondicional con la política emanada de la maniquea administración del hijo del petrolero tejano George Bush.

Justamente allí la subterránea rebelión de muchos apoya hoy al primer candidato de piel oscura a la presidencia en la historia de ese país. La voz de los antiguos esclavos y sus descendientes largo tiempo atados a los grilletes de la discriminación, se haría audible en la oratoria del senador Obama, por otra parte treinta años menor que su oponente, un veterano de la guerra de Vietnam.

Los tiempos, ciertamente siguen cambiando, lo cual es, precisamente, el significado del tiempo.

PROCESOS EN LATINOAMÉRICA (1950-2008)

El proceso desde el punto de vista generacional

A fines de la década del 40', se producen en varios puntos de Latinoamérica acontecimientos revolucionarios que muestran un punto de ruptura generacional.

En los países con fuerte predicamento militar (casi todos por la época) estos hechos se develan en la acción de jóvenes oficiales que generan movimientos para desplazar a las cúpulas de poder castrenses. Así, las principales figuras en aquel tablero de ajedrez militar son tenientes, coroneles o capitanes y su objetivo remover a los generales.

Esta generación militar, esencialmente nacionalista, era el correlato del paisaje mundial entreguerras en el cual había emergido con fuerza el totalitarismo fascista como horizonte de ideas y acción. Aquel totalitarismo, entre otros factores, era una rebelión contra el liberalismo, que rechazando a su vez las viejas estructuras conservadoras y clericales había dado paso al surgimiento de fuertes movimientos juveniles anarquistas, comunistas y socialistas en los primeros 30 años del siglo.

En los años sesenta, se produce la próxima explosión. Al inflexible rigor del progreso masivo se opone una lógica distinta, la de la libertad, la búsqueda valórica y trascendente, el desprejuicio y la transgresión. El pelo largo, la informalidad, la música estridente, la paridad sexual acompañan a aquella generación, como contracara de la idealizada pulcritud y asepsia uniformante de los esquemas corporativos.

La colorida rebelión adopta facciones diversas. Las guerrillas marxistas denuncian a las burocracias comunistas locales impuestas por el stalinismo desde la URSS, promoviendo la acción directa. El hippismo denuncia la mediocridad de horizontes del ciudadano medio y se enrola decididamente en el frente pacifista. Muchos se vuelcan al misticismo volviendo sus corazones a Oriente, dando la espalda a tanto mito materialista occidental.

Hasta en los campos más tradicionalistas aparece cierta rebelión, surgiendo corrientes renovadoras en las religiones establecidas, como es el caso de la teología de la Liberación.

La intensidad y pretensión transformadora de aquella generación desata una feroz reacción y da inicio a una verdadera guerra

generacional en los años setenta. Los jóvenes son sospechados, acusados, perseguidos, torturados, asesinados y expulsados.

En los años ochenta, en la correntada de participación democrática que sucedió a la larga noche represiva, las nuevas generaciones se sumarían con alegría. Sin embargo, esta euforia sería efímera y quedaría trunca, al constatar estos jóvenes que los modelos políticos que se reproducían eran réplicas de los viejos esquemas de siempre.

Un largo silencio se extendería entonces sobre la juventud latinoamericana. La dialéctica generacional parecía detenida. El desinterés por la esfera pública, el individualismo y una postura conservadora como expresión de desesperanza, se harían distintivas por la época.

Era la sorda rebelión del vacío, de la no participación. Era la respuesta al fracasado entusiasmo de cambio de la generación precedente. El escepticismo se erigía como baluarte de fe contra toda ilusión y proyecto.

Por otra parte, la renovación profunda del paisaje en base a los impresionantes cambios tecnológicos, el acortamiento del tiempo histórico, el acercamiento de distancias físicas, el entrelazamiento de pautas culturales, ponían la inestabilidad suficiente para estos nuevos jóvenes que a menudo proclamaban: “paren el mundo que me quiero bajar”. La aparente imperturbabilidad social casi autista juvenil - era una pretendida coraza ante el huracán de tecnología que derribaba modelos productivos, de relación y de estructura social.

A comienzos del nuevo milenio, comienza sin embargo un suave pero firme despertar generacional, dando combustible nuevamente al motor histórico.

En los suburbios parisinos, en las orillas de la opulencia europea, jóvenes queman gomas e incendian autos. En el Chile modelo de privatismo, estudiantes secundarios entre catorce y diecisiete años ponen en jaque al gobierno, en protesta contra la privación de educación. Los denominados “pingüinos” logran en pocos días paralizar cien institutos educativos y llegar a movilizaciones aún mayores que en los efervescentes tiempos de la Unidad Popular. En la Serbia heredera de los restos yugoslavos, un movimiento juvenil espontáneo ayuda a prevenir el arranque dictatorial del electoralmente derrotado Milosevic. En medio de la euforia popular por las conquistas del chavismo venezolano, los universitarios (aún cuando en su mayoría provenientes

de las clases altas y medias “espantadas” por las consignas socialistas del gobierno e instrumentados mediáticamente) dan un toque de alerta a la omnipotencia gubernamental.

Los jóvenes de la primera década del milenio no parecen agruparse en base a una proclama política homogénea, sino más bien en función de una sensibilidad. Lo vertical, lo definido, lo amañado, lo estructurado, parecen encontrar un rápido, decidido y unánime rechazo. En palabras de una joven militante de Otpor, organización juvenil serbia que cuatro entusiastas iniciaron en 1998 y agrupaba poco después a cerca de cien mil jóvenes: “Lo que me entusiasmó es que no había jefes y, por consiguiente, ningún riesgo de traición”.

La falta de organicidad es aparente, ya que los velocísimos sistemas de comunicación electrónica y celular arman circuitos, acciones y deliberaciones con eficacia vertiginosa, imposible para los vetustos paquidermos organizativos del siglo anterior.

Otro aspecto en el que estos nuevos actores sociales parecen coincidir es en la necesidad de apoyar nuevos perfiles dirigenciales cuya intención participativa sea real, so pena de restar de inmediato todo apoyo, si aflora algún tipo de manipulación o restricción expresiva.

Ciertamente, esta revolución está en marcha y todavía no ha tomado su carácter definitivo. En todo caso, bienvenida sea. Aprendamos de ella.

El proceso desde el punto de vista de las ideas

El escenario de las ideas en los años posteriores a la guerra estaba dominado por las tendencias que habían llegado desde Europa en la primera mitad del siglo, el marxismo y el fascismo. Estas ideologías,

ferozmente contrapuestas en la órbita política, compartían sin embargo innumerables parentescos, ligadas como estaban al paisaje del desarrollo del capitalismo industrial en etapas sucesivas.

El marxismo, anterior al fascismo, surge en la ultrajante situación de despojo del proletariado centroeuropeo, posterior a la fallida esperanza racionalista que, a su vez había removido todo asidero espiritual, ahogando en el estruendo de mecánicos portentos las preguntas más profundas de la existencia. La dialéctica de Hegel conectaba a ese mundo moderno con un antiguo mundo mítico de los persas, el de la ya olvidada religión mazdeísta. Ésta presentaba un dualismo esencial compuesto de luz y oscuridad, encarnadas en Ormuz y Ahrimán, que tendría profundas consecuencias en el judaísmo y cristianismo posteriores y continuaría su influencia en una visión binaria del mundo y el ser humano.

A su vez, en la concepción materialista, la dominancia del factor económico a través de las “supremas” contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, relegaba toda consideración de índole idealista, incluyente de las intenciones humanas, a la vez que degradaba a las mismas, catalogándolas de fenómenos secundariamente influyentes, subordinadas a mecanicismos condicionantes.

Subyacía en el marxismo, pese a su apelativo a la “conciencia de clase” y a su propia constitución como cuerpo ideológico, cierto desprecio fundamental por las ideas, vistas como “superestructura” alejada de la raíz de una determinancia de raíces económicas.

Este desprecio era también compartido por el corporativismo fascista que, en realidad, era mucho más subdesarrollado en este campo, tendiendo a la acción directa y subordinando también al individuo a la acción de macrosistemas donde la libertad no sólo era un subproducto de “condiciones objetivas” sino un factor de peligrosidad que debía ser controlado y reducido a la mínima expresión.

El totalitarismo que desprendían los sistemas políticos influidos o derivados de aquellas ideologías, mostraban el intento de búsqueda del Absoluto vacío por la muerte de los dioses anteriores. Era menester erigir nuevos panteones donde habitaran las nuevas deidades: la razón, el estado, el progreso y el alma encontrara reparo de la inclemencia existencial.

El fascismo emerge en el estertor de la ingenua creencia racionalista

en el progreso infinito, más precisamente en su fracaso. La decadencia dominante en la civilización occidental descrita por Spengler y viva en el ideario escéptico y pesimista de Schopenhauer, producirían - más allá de los altísimos niveles de especulación filosófica - como conclusión la negación (nihilismo) fundamental del ser humano, en la cual el fascismo encontraría su fértil terreno. El ser humano se había “descarriado” y era necesario devolverlo a su fijeza natural, al darwinismo racial y social, a sus raíces nacionales.

El Relativismo revolucionario de las ciencias Físicas hacía peligrar la estabilidad mecánica del conocimiento. Era preciso detener el cataclismo que amenazaba con mover la nueva Fe incommovible en el absoluto racional, al tiempo que su lógica sistémica se haría presente con fuerza en las construcciones en esencia conservadoras.

Estas corrientes inciden decisivamente en la Latinoamérica de los años 50’, en lucha desde hacía un par de décadas por derribar el precario equilibrio de las anteriores batallas ideológicas, donde el liberalismo, el krausismo y el positivismo horadaban el panorama escolástico heredado del colonialismo, entrelazándose de diversas formas con las filosofías políticas emergentes.

Cierta originalidad indo americanista había fructificado también en alguna corriente marxista, especialmente en Mariátegui, pero sin llegar a toda la región entre otras cosas, porque sus fundamentos culturales no eran reconocidos por otras demografías mixtas o bien desprovistas del componente originario.

Llegarían entonces, nuevamente en la marea que traía a estas orillas las ideas “civilizatorias” europeas, ciertos ecos existencialistas que se rebelaban al torrente de masas que había descrito ya con tanta exactitud Ortega y Gasset. Sartre era leído en círculos universitarios y un anarquismo novedoso volvía a relucir en los coloridos ropajes y hábitos de una generación que pretendía despojarse de la prisión de los absolutos. No eran las ideas de Bakunin y Kropotkin, cuya creatividad había sido fulminada por la práctica stalinista, al igual que la cartesiana duda fundamental de Trotsky, además de su vida. Era una sensibilidad que no acudía a los sistemas filosóficos o a las ideas políticas para justificarse, pero que buscaba respuestas en todas ellas, indagando incluso en sistemas herméticos y religiones orientales antiguas. Incluso la droga era un método con el que se pretendía variar la percepción para ingresar a conocimientos universales que fueran más allá de la lógica racional.

El cristianismo católico pretende por la época aprovechar el reflujó de los idearios materialista-racionalistas para recuperar posiciones. Pero no lo haría por la vía de una renovación de la fe (y mucho menos de las ideas - un vicio peligroso -), sino generando corrientes políticas como el social cristianismo y luego, y con mucha reticencia, tolerando variantes políticas revolucionarias como la de la Teología de la Liberación, que presentaban motivos franciscanos y jesuitas remozados. También el mundo europeo de la Reforma reviviría en la región, al llegar legiones de evangelistas desde el Norte anglosajón, para en el aura de un irracionalismo creciente, tomar por asalto las periferias de las grandes ciudades y hacer vibrar a muchos excluidos en la promesa de una celestial ubicación (cuyo comercio precisamente fue detonante en las luchas de Lutero) junto a un folclore chamánico digno de ser observado. Pero esto ocurriría más adelante, en los ochenta y noventa.

Hacia finales de la década del 60, surgiría en un punto cercano a la cordillera de los Andes una doctrina original en el doble sentido de su procedencia local y su independencia de corrientes anteriores. Este cuerpo de ideas, que con el tiempo se daría a conocer como Humanismo Universalista, no se afirmaba en raigambres culturales ni las ponía como horizonte, dirigiéndose a la conciencia humana y a la Historia de manera universal y supracultural. Pero aquel ideario, que no se definía como filosofía sino como sensibilidad, pretendía mucho más, ser el germen de una nueva cultura que superara la visión dual y maniquea de los fenómenos, superando apariencias en un sistema integral cuya visión totalizadora no negaba sino afirmaba la creatividad, su apertura doctrinaria esencial y la libertad humana como fundamento de toda historicidad social. Inversamente dicha historicidad devolvía una nueva esencia al Ser Humano, resolviéndose en esta concepción la contradicción de existencias y esencias, de lo impermanente y lo inmanente, lo transformable y lo natural. Silo explicaba en su obra *La Mirada Interna*: “*Aquí hay alegría, amor al cuerpo, a la naturaleza, a la humanidad y al espíritu*” y más adelante: “*Aquí no se opone lo terreno a lo eterno*”, abriendo las puertas a un complejo y a la vez simple conjunto de propuestas que impulsaban a la búsqueda existencial de sentido en conjunto con la acción transpersonal social, al tiempo que las explicaba como una integralidad indisoluble.

La inmediatez de los fenómenos sociales y políticos de la época harían parecer que la prédica humanista de Silo pasaría desapercibida.

Sin embargo, ésta aparecería cada vez más como referencia de distintos movimientos y organizaciones actuantes en las redes sociales que crecerían como defensa de los derechos de las mayorías ante el embate de la globalización de signo violento. Silo mismo sería invitado por personalidades como el presidente de Zambia y uno de los padres de las independencias africanas, Kenneth Kaunda y se encontraría con el entonces secretario general del PC soviético, Mijail Gorbatschow, luego de recibir el Doctor Honoris Causa en la Academia de Ciencias de Moscú. Más recientemente, el presidente de Bolivia, símbolo de la lucha de los oprimidos, declararía públicamente su Humanismo, precisamente ante la jubilosa presencia de cientos de dirigentes y activistas sociales de toda la región congregados en La Paz.

Pese a estos avances, en los años 90', esquemas de signo contrario se abalanzarían sobre la región. No se puede hablar aquí de ideologías y mucho menos de doctrinas, ya que el elemental instrumental intelectual con el que contaban, permitiría denominarlas ideologemas - o mejor aún - slogans, al mejor estilo publicitario. Este formato era en realidad el que mejor se acomodaba a este catálogo con el que se avasalló a los pueblos latinoamericanos, ya que la pretensión no era el rigor científico o la búsqueda de verdades filosóficamente válidas, sino simplemente convencer a los pueblos de lo bueno que sería dejar todo en manos del capital privado y las leyes de mercado.

De este modo, impunemente se propagaba desde los medios el Fin de la Historia, de las ideologías y se esgrimía como virtud moral suprema el pragmatismo, que justificaría cualquier chantaje o traición.

El inmovilismo histórico quedaría reservado aquí como ficción referida al sistema individualista defensor de la propiedad privada y el modo de vida signado por la acumulación y el consumo, mientras se mostraba como carta de triunfo y justificación los adelantos técnicos y científicos maravillosos que, difícilmente se condecían con teorías quietistas.

Varias otras falacias acompañaban, despreocupadas de toda coherencia, el cúmulo de ideologemas neoliberales, ya que por otra parte, no muchos se preocupaban por ahondar en la veracidad o profundidad de lo que se estaba diciendo. Fukuyama ayudaba a vender y eso era lo que importaba. En el campo individual, se recreaban viejos motivos de la escuela epicúrea griega, en un hedonismo radical donde el cultivo del cuerpo y la búsqueda de placeres y entretenimiento no lograban suplir la esencial falta de sentido vital de aquellas pasajeras

actividades.

Finalmente en la primera década del nuevo milenio se producía un hecho curioso. El acontecimiento político iría por delante del pensamiento y produciría situaciones de renovada soberanía frente a la pretensión hegemónica, que no estarían asentados en una corriente precisa de pensamiento sino en una certeza acerca de la necesidad de recuperar la soberanía y la dignidad. Uno a uno, líderes sociales de cuño ideológico diverso, comenzaban a tejer el eje de una nueva realidad latinoamericana integrada de signo social solidario.

Será insuficiente aquí pretender que el propagado “Socialismo del siglo XXI” constituiría el ideal teórico de alguno de estos nuevos gobiernos, ya que en realidad esta variedad marxista surgiría como apoyo posterior a dirigentes ya en el poder como Hugo Chávez. Estas nuevas proposiciones tenían mucho que ver con antiguos postulados de Owen - desde el socialismo calificado de utópico por Marx y Engels -, aunadas con ciertas prácticas desarrolladas durante el titoísmo yugoslavo y respondían más a la necesidad de renovación de la esperanza de las izquierdas - paralizada por el shock de la caída del modelo soviético y la reorientación china hacia la complementación con el capitalismo y no hacia su superación - que a un pensamiento novedoso.

Las ideologías indigenistas cobrarían auge en algunos sectores de Latinoamérica, en especial luego de las luchas zapatistas y andinas pero su raigambre cultural - precisamente su mayor virtud - determinaban su limitación, volviéndolas impermeables a conjuntos humanos diversos e históricamente desarraigados en busca de identidad. Su razón reivindicativa, sin embargo, era innegable.

Parece, en los tiempos de la mundialización hacia una humanidad única y múltiple a la vez, que la urgencia de entendernos y actuar conjuntamente, nos irá llevando a la necesidad de afirmar postulados de pensamiento que ayuden a converger y a amalgamar lo mejor de cada tendencia y cultura, en una búsqueda de lo realmente trascendente y común, no en dirección ecléctica y confusa, sino más bien sincrética o mejor aún, continuadora de las mejores enseñanzas presentes en todas las épocas históricas: esto es, la afirmación de lo humano y sus posibilidades de crecimiento.

El proceso desde el punto de vista económico

Como ya hemos consignado repetidamente en distintos pasajes de este trabajo, en los años siguientes a la Segunda Guerra mundial, la política económica de la región se encuadraba en la orientación dada por la recién establecida Comisión Económica para América Latina (CEPAL), como especialización de las flamantes Naciones Unidas. El punto clave estaba dado por la idea de sustitución de importaciones, aprovechando el hundimiento productivo europeo por causa de la conflagración. Por otra parte, el plan apuntaba a superar la endémica dependencia de la exportación de productos primarios agropecuarios y mineros, haciendo uso inteligente de las divisas que el abastecimiento a las potencias en guerra habían dejado a los países de la región.

Por último, la diversificación productiva mejoraría los ingresos de la mayoría de la población, elevando su capacidad de consumo y ampliando el potencial del mercado interno, lo cual, a su vez, facilitaría nuevas inversiones. Era la aplicación del modelo keynesiano a la situación latinoamericana de la época.

La implementación preveía el surgimiento de una industria local que abasteciera la demanda de bienes, al tiempo que se presentaba como condición necesaria, la modernización de infraestructura que hiciera posible tal desarrollo.

En este campo encontramos entonces a las grandes obras viales, que abrirían nuevas rutas, en el intento de paliar los unilaterales senderos - principalmente ferrocarrileros - hacia los puertos, que sólo eran funcionales a la exportación de productos primarios. Pero, si se quería industria, sería necesario ampliar el caudal energético disponible y la extensión de redes eléctricas, obras que también serían emprendidas por ese modelo.

El tercer gran rubro productivo que comenzaría en este período, sería la construcción de viviendas para acompañar la fuerte demanda de una población urbana en crecimiento, debido al éxodo desde zonas rurales en búsqueda de nuevas posibilidades de trabajo.

El desarrollismo industrial produjo una desestructuración del esquema social anterior, proveyendo el escenario de una fuerte sensación de progreso y movilidad social.

En este horizonte se revalorizaron fuertemente antiguos impulsos educativos, generándose una importante multiplicación de instituciones en todos los niveles de la instrucción. También se produce en esta época una fuerte reestructuración del sistema financiero, para hacer frente a las nuevas necesidades de crédito, pasando el Estado a ocupar un papel fundamental en esta área, suplantando a las viejas Casas de Crédito en poder internacional u oligárquico.

El Estado nacional pasa a ser entonces el principal ente económico, actuando en “primera persona” y absorbiendo en grandes emprendimientos e industrias a una mano de obra con fuertes deseos de ser protagonista del progreso propio y común.

Otro grupo de economistas de la misma CEPAL, concientes del freno que el latifundio significaba al desarrollo productivo - amén de la inequidad social -, secundan esta primera gran proposición industrialista de la época, con la necesidad de una reforma agraria que permita el acceso a tierras cultivables por parte de los sectores campesinos excluidos y explotados. Varios gobiernos latinoamericanos intentarían acometer dicha revolución productiva y social, siendo truncado este impulso por la fuerte reacción conservadora y transnacional que vetaría todo atisbo reformista en esta área.

Los años sesenta se enmarcarían aún en los grandes planes de desarrollo, pero ya sujetos a la dependencia crediticia para su financiamiento. Europa se había ya recuperado y producía nuevamente con excedentes, asumiendo además una postura conjunta proteccionista que limitaba las posibilidades exportadoras agropecuarias del Sur.

EEUU no absorbía ilimitadamente - como en el período previo y posterior a la Segunda Guerra mundial - el consumo de monocultivos centroamericanos y caribeños. Las reservas se habían desgastado ya con las múltiples obras y el cúmulo de mejoras sociales, que procedieron en el auge de los reformismos nacionales, era seriamente debilitado por las dificultades fiscales que se comenzaban a padecer. En este sentido, el plan de asistencia implementado por la administración Kennedy, conocido como Alianza para el Progreso, que pretendía morigerar la crisis fruto del desgaste del esquema anterior, al tiempo de comprometer a la región en la lucha contra el comunismo, resultó en un paliativo de corta duración.

La continuidad desarrollista a gran escala, la demanda social persistente, el aumento del clientelismo y la corrupción y el creciente gasto de las dictaduras militares enroladas en el armamentismo y la represión, endeudaban el futuro.

Ante el panorama de relativa iliquidez se propagaban nuevos planes donde el sector privado, especialmente el extranjero, debía ser la salvación en término de inversiones. La apertura a dichos capitales fue una piedra angular de varios gobiernos militares que generaban la huella del huracán neoliberal que sobrevendría años después.

Las iniciativas de integración y asociación entre países de la región, que emergían a imitación de la tendencia iniciada por la Comunidad Económica Europea, fracasaban por la intención de las fuerzas locales y foráneas interesadas en preservar la dependencia. Venezuela había logrado sin embargo fundar junto a cinco países más de otras latitudes la OPEP, el cartel de países productores de crudo, al que progresivamente se sumarían varios más.

Llegarían entonces los años 70' o más precisamente el año 1973 y con él, el embargo petrolero que dictan los países productores árabes, triplicando el precio de los combustibles e invirtiendo bruscamente, aunque por poco tiempo, el signo de la dependencia.

Por esta época, el nivel de producción industrial de Europa y EEUU había llegado a picos importantes y la necesidad de combustible no

había podido ser cubierta por sustancias alternativas, a pesar de los grandes esfuerzos y éxitos cosechados en el campo de la energía hidroeléctrica y nuclear u otros desarrollos como el alcohol destilado de caña de azúcar en Brasil.

Aquellos países latinoamericanos que poseían fuertes reservas petrolíferas se vieron nuevamente beneficiados, pasando a ser el petróleo la principal fuente de divisas... y de conflictos. Es la época de nuevas nacionalizaciones y de algunos gobiernos civiles y militares (Perú, Venezuela, Ecuador, Bolivia) opuestos a la voracidad de las transnacionales petroleras.

Por el contrario, aquellos lugares que no contaban con recursos petrolíferos y dependían de su importación, sufren un fuerte desbalance de sus finanzas que, sumado a la enorme brecha social producida por reformas agrarias trucas, provocan escenarios de conflictividad social que desembocarían en verdaderas guerras civiles, como en el caso de El Salvador, Guatemala o Nicaragua. Cuba reforzaría su alineamiento con el bloque soviético, con el cual prácticamente canjearía toda su producción azucarera y algunos otros servicios como brigadas de asesoramiento en las guerras liberacionistas africanas, a cambio del vital fósil. Otros, en el mismo sentido, venden su alineamiento al antiguo invasor, más cercano, subsistiendo sus economías precarias en base a los dólares provenientes de USA.

Pero por aquellos años cargados de proclamas sociales revolucionarias, se abría paso subterráneamente un fenómeno que sería el que efectivamente terminaría transformando toda la esfera productiva y el modo de vida social. Era el desarrollo de la alta tecnología o la así llamada revolución tecnológica. En realidad, como parte de la tecnología desarrollada en la carrera espacial, se habían producido importantes avances en la industria de nuevos materiales sintéticos y en la manufactura de microchips y circuitos integrados, que llevarían a la electrificación de la producción.

Este fenómeno cerraría las puertas al ensueño del pleno empleo generado por el industrialismo desarrollista, para reemplazarlo con un escenario de creciente desocupación. Miles de obreros eran desplazados por la robótica y la computación, al tiempo que era necesario un nuevo tipo de mano de obra, mucho más calificada y con otros estándares educativos. Por otro lado, la falta de empleo operaba como amortiguador de la demanda popular y sindical en relación a las mejoras salariales y derechos del trabajo en general. Comenzaría a

sentirse en estas épocas nuevamente la extorsión del capital a través del desempleo. Como correlato de esta situación, comenzó a crecer en las grandes ciudades la así llamada “economía informal”, transformándose los otrora orgullosos cordones industriales de la periferia urbana en valles de la pobreza, donde predominaban los asentamientos precarios, la exclusión y por supuesto la más “informal” de todas las economías, la delincuencia.

En el campo macroeconómico, los chorros de petróleo con altos precios se convirtieron en importantes flujos financieros. El denso fósil haría fluir un caudaloso río de petrodólares que buscaba imperiosamente reinvertirse. Fluyó entonces también el crédito fácil, “presta bien sin mirar a quién” era la máxima bancaria de la época.

Los Estados militares y civiles vieron en la lluvia crediticia una bendición para la sequía recesiva en la que habían entrado las economías de la región, ante la necesidad de fondos para continuar aventuras faraónicas, mantener aparatos represivos o tomar medidas sociales de alivio coyuntural. Allí estaba la semilla de la enorme deuda que luego minaría toda solidez económica por la carga que significaría cumplir con los intereses. El Estado se hipotecaba en los setenta.

Otra válvula peligrosa que manejaron los gobiernos de la región ante la cerrazón de horizontes exportadores y achicamiento del mercado interno, fueron instrumentos monetaristas como las devaluaciones de la propia moneda. Este mecanismo permitía, en apariencia, mejorar la competitividad frente a la agricultura (aún hoy) subsidiada en los países más ricos y también - a través de la emisión monetaria asociada a la devaluación - conseguía un financiamiento perentorio para los gastos corrientes del Estado, a la sazón siempre con las arcas semivacías. Sin embargo, la inflación, al igual que el armamentismo, terminaban describiendo una espiral de crecimiento imparable que destruía todo equilibrio productivo, condenando a los sectores medios y pobres a empobrecerse más y permitiendo a los sectores poderosos especular sin producir.

Esa conjunción de endeudamiento estatal, inflación generalizada, aumento del desempleo, desaceleración mundial combinada con un crecido proteccionismo, produciría las explosiones macroeconómicas de los años 80'. Latinoamérica en su conjunto regresaba por entonces de la larga pesadilla dictatorial, para encontrarse con una democracia que tampoco lograba garantizar el avance social.

El espacio internacional a nivel productivo y comercial había sido ocupado por otros: los así llamados “tigres asiáticos” que habían atraído a capitales ávidos en base a salarios ínfimos y fuertes concesiones impositivas. La tecnología se producía en Indonesia, Malasia o Corea. La ropa en India o Bangladesh. Las etiquetas “Made in China” comenzarían a partir de allí a aparecer en las estanterías de todo el mundo. Occidente se había vuelto hacia Oriente ya no en búsqueda de su espiritualidad, sino de mano de obra barata. El capital se concentraba cada vez más y decidía la vida y la muerte de las regiones. Las fronteras nacionales y sus leyes eran un estorbo para este capital financiero ante las increíbles posibilidades que exhibía un mundo totalmente interconectado. La metodología sería entonces derribar esos muros que impedían la libertad de mover ganancias de un punto a otro del planeta en segundos. Surgía la “globalización”.

Los discursos mesiánicos neoliberales de la última década del milenio son hartamente conocidos, por lo que sólo mencionaremos algún concepto principal: había que desatar y dejar operar libremente al mercado, sin ingerencia estatal o por lo menos sin su acción reguladora y equilibrante. El mismo Estado obsoleto debía ser modernizado, o sea reducido. En esta reducción se incluían la actividad del Estado en el campo de la salud, la educación y las industrias estratégicas.

De este modo, el “mercado”, o sea los propietarios o gerenciadore del capital financiero, invadieron toda la esfera económica, prácticamente sin dejar resquicio. Efectivamente llegó con ellos cierta modernización tecnológica a Latinoamérica, pero también la volatilidad de una novedosa y extraña dependencia: de repente una subida en el valor del “precio a futuro del cobre” (una producción totalmente inexistente) en la bolsa de Shanghai, llenaba de júbilo al gobierno de Chile y aumentaba la desinversión de la empresa eléctrica privatizada de República Dominicana, produciendo frecuentes y permanentes apagones de luz.

La economía había perdido gran parte de su sensatez y la realidad parecía avalar lo que los personeros del “nuevo orden” internacional afirmaban: la independencia era no sólo un pecado mortal, sino también una ilusión infantil.

Pero la ilusión verdadera sería confiar en el mercado atribuyéndole virtudes curativas de sanador milagrero. Sucesivas crisis financieras en Méjico, Asia, Rusia, Brasil, Argentina y otras de impacto más localizado advertirían sobre lo que significaba el vertiginoso movimiento del

capital especulativo a escala global. El capital mostraba una vez más su rasgo distintivo, la búsqueda de rápida multiplicación, allende toda ética y con absoluta insensibilidad acerca de los efectos sociales de su acción.

El nuevo horizonte de globalización se imponía. Sin embargo, las propias potencias económicas que lo promovían, hacían curiosamente mucho más por el estancamiento de negociaciones colectivas, que la resistencia de los países más débiles. El principal freno era la negativa de las economías fuertes a eliminar las subvenciones a su producción agrícola, restando justamente a la agroexportación del subdesarrollo la competitividad que declamaban en el campo que más les interesaba. La lucha de intereses sectoriales junto a una creciente oposición popular dificultaría el avance hegemónico de proyectos de libre comercio como el ALCA, la renegociación del GATT, la ronda de Doha, etc.

Aún así, en Latinoamérica, Méjico institucionalizaba su alianza con el Norte, ingresando en el NAFTA. También el CAFTA, el área de libre comercio centroamericana, daba cuentas de la endémica dependencia y fragilidad de varias economías del Caribe, cuyos países mostraban como uno de sus principales rubros de ingreso, las remesas que sus propios emigrantes enviaban desde el exilio económico para ayudar a sus familiares.

Pero en el Sur, la integración comercial tomaba otro signo y se resistía al proyecto hegemónico de EEUU. Se fortalecía la entidad del Mercosur y nuevos enfoques como el ALBA bolivariano o el Tratado de libre comercio de los pueblos mostraban una creciente fortaleza. Como es sabido, es más difícil quebrar un haz de ramas juntas que tomándolas por separado. Así, USA, ante este impensado panorama, acudió a la herramienta bilateral conocida como Tratados de Libre Comercio (TLC) que, si bien más engorrosa, aparecía como más viable de implementar, sin perder de vista el objetivo global. Pero esta estrategia “tratadista”, impuesta con visión unilateral, llevaría a un furor en los gobiernos más aperturistas que concluiría por cimentar un multilateralismo donde se establecían las más curiosas e impensadas relaciones. El mundo comenzaba a ser realmente un único espacio de intercambio comercial y productivo.

Aquella ola neoliberal - a la que adhirieron prácticamente sin excepción en los años 90' los gobiernos latinoamericanos - ofrecía a sus angustiados pueblos y endeudados Estados, la creencia del “derrame”, según la cual un nuevo bienestar comenzaría por la cúspide social

hasta progresivamente alcanzar todos los sectores, superando los males crónicos de la pobreza y la desigualdad. Pero lo que se derramó sobre el nuevo mapa global de la región fueron aquellas factorías clandestinas conocidas como “maquiladoras”, que aprovecharon justamente la pauperización radical para producir a bajos costos los productos que luego se enviarían a los grandes centros de marketing y distribución ubicados en los países de fuerte poder de consumo. Inicialmente localizados en la frontera norte mejicana, estos centros de explotación con los que el capital no sólo transgredía barreras nacionales en base a los nuevos tratados, sino que impedía la aplicación de toda legislación laboral, comenzaron a aparecer justamente en todos los países que firmaban la apertura comercial. La producción se “deslocalizaba”, avanzando en el mismo sentido que en los años setenta en la lejana Asia. Un enorme contingente de latinoamericanas pobres sostenía así las inmensas ganancias del capital en las industrias de alto nivel de mano de obra del mismo modo que antes lo habían hecho sus pares asiáticas y también la explotación infantil. La anonimidad era un rasgo característico de la economía (que por supuesto pretendía así evadir responsabilidades): a la anonimidad de las sociedades y de los inversionistas, se sumaba la desidentificación de las fuentes productivas. Las marcas escondían este entramado oculto dando la sensación de unidad. Esta impunidad radical terminaría entroncando fuertemente al capitalismo moderno con la clandestinidad más absoluta, blanqueándose por el lado de la inversión capitales de origen delictivo y oscureciéndose el mundo laboral por efecto del sistema de maquila.

Por otro lado, las reservas energéticas aumentaban su valor y permanecían siendo objeto del conflicto primario entre el todo social y el interés particular privado y transnacional.

En los primeros años del nuevo milenio, ante el fracaso de la teoría del derrame y la profunda inequidad a la que el neoliberalismo había conducido a la región toda, tomaría esta vez la delantera el interés colectivo, eligiendo el pueblo representantes que promovían nuevamente un rol activo del Estado. Un nuevo tipo de economía asomaría en el horizonte latinoamericano que pretendía aprovechar las virtudes de la iniciativa y flexibilidad capitalista y la actuación del Estado en áreas estratégicas, en el encuadre de una ética social cuyo primario sería cubrir las necesidades de los más excluidos, reduciendo la enorme brecha social. Comenzaba por entonces a tomar forma en las imágenes de muchos planificadores una economía del futuro, la

economía mixta.

El proceso desde el punto de vista político

El mundo posterior a la Segunda Guerra mundial había quedado enmarcado en la lucha por la supremacía política entre el bloque socialista y el capitalista, pugna que rápidamente desharía la alianza forjada previamente para contener la expansión del Eje fascista conformado por Alemania, Italia y Japón. Por otra parte, la desestructuración del viejo sistema colonial anterior producía la multiplicación de países independientes. Algunos se alineaban en alguna de las esferas de influencia de las nuevas potencias, mientras la mayoría adhería a un fuerte nacionalismo en muchos casos con componentes socialistas, hecho que terminaría contribuyendo ya en los 60' y 70' a la formación del movimiento conocido como de países no alineados.

Por otra parte, dentro del mundo occidental capitalista, los EEUU surgían ya definitivamente como la principal fuerza, desplazando en la hegemonía mundial a sus predecesoras coloniales Inglaterra y Francia. El imperio español había ya desaparecido a fines del siglo XIX, el otomano se desmembraría algunos años después y los portugueses conservarían aún algunas colonias en África y Asia que finalmente se liberarían del yugo lusitano a partir de la década de los 70'.

La nueva potencia pretendía imponer en América Latina los propios modelos políticos, es decir un presidencialismo con representación parlamentaria bicameral, donde el bipartidismo se alternara en la gestión sin modificar esencialmente consensos nacionales. La elección indirecta de los presidentes que se verificaba en el país anglosajón se verá dificultada en Latinoamérica por motivos que comentaremos algo más adelante.

Pero la prioridad inmediata de EEUU era el alineamiento incondicional para aumentar su hegemonía y detener la expansión de la influencia comunista en la región, a cuyos efectos era relativamente secundario si el aliado era electo por el pueblo o un sanguinario déspota. En las ilustrativas (aunque poco ilustradas) palabras del presidente Eisenhower con referencia al dictador nicaragüense Anastasio Somoza García: *“Es un hijo de perra. Pero es nuestro hijo de perra”*.

Al mismo tiempo, el fascismo había penetrado fuertemente la esfera política latinoamericana en los años 40', encarnando en la figura de personajes - en general militares - de los que habían derivado versiones populistas en el mejor de los casos y tiránicas en el peor. En el primer grupo encontraríamos en el poder en algún momento luego de la guerra a Perón, Vargas, Ibáñez del Campo, Rojas Pinilla, Osorio, Arbenz y Odria. En el segundo a Batista, Duvalier padre, Somoza padre, Remón Cantera, Stroessner, Trujillo y Pérez Jiménez. Casos similares con algunos matices diferentes encarnarían los civiles Paz Estenssoro y Velasco Ibarra en Bolivia y Ecuador y Ferrer en Costa Rica. No podemos encuadrar exactamente en este patrón al hondureño Villeda Morales ni a los gobiernos mejicanos y uruguayos que respondían a factores de dinámica propia. En ambos el personalismo caudillista era el mal a evitar. Méjico lo resolvería con un partido excluyente de matriz fascista pero sin continuidades unipersonales. Uruguay presentaría para superar su eterno faccionalismo la original variante de las conducciones colegiadas.

El tipo de relación que el líder establecía con la masa en el esquema corporativo, recreaba viejos motivos faraónicos que habían perdurado a través de los césares y los emperadores, combinando una conducción indiscutible con un paternalismo en la que el pueblo era protegido, que a su vez respondía con idolatría al representante - en este caso - de la nueva morada de los dioses, la Patria. Esta modalidad de relación no podía corromperse por instancias intermedias, como la de los necesarios políticos en el negocio de la gestión cotidiana. Es por ello que se impondría la "elección" directa de los supremos jefes en desmedro de todo sistema indirecto, que en la práctica significaba una ratificación popular de la figura gobernante donde las dosis de genuina devoción, humillación u obligada resignación y pleitesía variaban de caso en caso.

El nacionalismo corporativo se convirtió en su momento en la superación de la vieja pugna feroz que había arrastrado a las jóvenes naciones de América Latina del siglo XIX a guerras civiles terribles entre conservadores y liberales, que no eran sino expresión de las tensiones existentes en el mundo posterior a la legendaria revolución francesa. En aquella síntesis nacional de comando único se pretendía disolver y absorber toda dicotomía y diversidad, dejando ver los lazos que en cierto modo ligaban esta filosofía política a antiguos dogmas indoarios que contribuyeron a la formación de la religión hinduista.

Aquel ideal que enroló a muchos en sus filas, sin embargo, distaba de convencer a todos. El impulso histórico liberal, que inicialmente anidaría en fuertes corrientes anarquistas, que en su radicalidad fueron perdiendo arraigo y centralidad en la escena política, entroncó con el socialismo en las corrientes socialdemócratas, quienes heredarían aquella tradición antiautoritaria. La ortodoxia comunista que siguió las órdenes de Stalin, apoyó en estrategia frentista a muchos de estos líderes nacionalistas, que se enrolaron por motivos de coyuntura en el combate contra el fascismo del Eje europeo que ideológicamente los había inspirado. Esta alianza de intereses políticos sería fugaz, decretando el régimen ya alineado con el maccartismo vigente en EEUU la prohibición y persecución de toda organización de izquierda.

Por último, la Iglesia católica, comenzaría a impulsar por aquellos años organizaciones políticas socialcristianas que asentaban su ideario en una encíclica de finales de siglo XIX, la “*Rerum Novarum*” (las nuevas cosas), que emitía la visión eclesial sobre las nuevas realidades surgidas en el mundo industrial de la época. Estos nuevos partidos intentarían reforzar el costado social del credo cristiano, pretendiendo recuperar doblemente el alineamiento político perdido en la masa trabajadora, como así también la influencia en la esfera pública y especialmente en la educativa, cuya pérdida a manos del laicismo era manifiesta.

Estos factores antagónicos y opuestos entre sí, sumados a la decadencia mundial del fascismo por la derrota sufrida en la guerra y el ascenso de los modelos de progreso liberal, confluyeron en la debilitación de los regímenes populistas y dictatoriales, la mayoría de los cuales, sin embargo, tuvo que ser abrupta- y directamente detenido por la presión de la nueva potencia de pretensiones imperiales.

De este modo, en la segunda mitad de la década de los 50’ se intentaría imponer el bipartidismo a la usanza demócrata-republicana del Norte y el modelo socialdemócrata-socialcristiano que se instalaría por entonces en Europa. Se recreaba así - de modo más o menos civilizado - la antigua contienda conservadora-liberal, que funcionaría con cierta eficacia en el Frente Nacional en Colombia y el Pacto de Punto Fijo en Venezuela, fracasando inicialmente en prácticamente el resto de la región, que conservó su rasgo de autoritarismo nacionalista largo tiempo. La exclusión del factor izquierdista era lo primordial en el esquema de aquel momento y la Alianza para el progreso y los servicios de inteligencia norteamericanos premiaban a los aliados y

castigaban a los renuentes.

El monolitismo se vio repentinamente quebrado por el triunfo revolucionario de la expedición castrista en 1959. Cuba, ante la lógica y directa reacción de la vecina potencia, se abroqueló por necesidad y posteriormente por convicción al bloque soviético, convirtiéndose en el bastión que precisamente se quería evitar. El empuje revolucionario de personajes como el Che Guevara encendió en el horizonte de una generación emergente un modelo que habría de cundir. El socialismo cubano se había convertido en un faro en el horizonte de los que no creían en el espejismo del progreso desarrollista capitalista, a la sazón ya en reflujo a finales de los 50' y de los sectores campesinos a los que se impidió acceder a la propiedad de la tierra por la cancelación de la reforma agraria. El proscrito marxismo avanzaría en casi toda Latinoamérica con la conformación de organizaciones combativas, a las que se sumarían en varios lugares facciones radicales del liberalismo y hasta grupos de nacionalistas contrarios a la influencia norteamericana en la región.

El fuego revolucionario, montado en una ola contestataria sin precedentes y alimentado por la flagrante injusticia que se transparentaba con el agotamiento de la redistribución reformista, amenazaba incendiar la región. Se recurre entonces nuevamente al viejo pero rápido garrote y se producen los golpes militares de mediados de los años 60', que instalarían nuevamente las prácticas fascistas, pero ahora aliadas a los grupos de poder económico conservadores y a las jerarquías eclesiásticas, impacientes por detener la marea anticapitalista y atea que amenazaba corromper los valores "occidentales y cristianos".

Este esquema se verifica en Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Perú y República Dominicana. La represión en Méjico y Colombia estaría resguardada bajo la apariencia de gobiernos civiles electos. En las tiranías dinásticas de Nicaragua y Haití y en el hitleriano Paraguay la práctica represiva era omnipresente. Sólo en la Costa Rica sin ejército (y desde siempre preocupada por no molestar a EEUU), la Panamá ocupada desde principios de siglo por las legiones del Norte, y - obviamente - en Cuba, las cosas se presentaron algo diferentes.

Sin embargo, pese a los fuertes recursos militares aplicados y al asesoramiento directo del departamento de Estado y la inteligencia norteamericana, demasiado preocupados a estas alturas por la derrota en Vietnam, el tablero geopolítico latinoamericano sería nuevamente

sacudido por una nueva oleada de gobiernos nacionalistas con orientación izquierdista o marcadamente socialistas como el de la Unidad Popular chilena. En 1970 asumiría Allende en el país trasandino, al tiempo que el general Torres en Bolivia avanzaba en la nacionalización petrolera. Poco después Ecuador y Perú se sumarían en la misma dirección, al tiempo que el peronismo renacía triunfalmente en las elecciones posteriores al regreso de su líder del exilio. El militar Torrijos en Panamá, impulsaría firmemente reformas agrarias y mejoras sociales. El socialdemócrata Pérez, en su época dorada, no dejaría pasar la oportunidad y también avanzaría en la estatización de empresas estratégicas.

Internacionalmente, la estrategia de control no había dado resultado. No sólo que muchos países habían escapado de la órbita capitalista adhiriendo a sistemas socialistas, sino que también dentro del mismo bloque comunista, las fuerzas centrífugas impedirían al centralismo soviético mantener el mando y la unidad. Los tanques del ejército rojo habían invadido la Checoslovaquia de Dubcek, el mariscal Tito desarrollaba una desafiante independencia dentro del movimiento no alineado, países como Egipto, India, y muchas de las nuevas naciones africanas adherían a dicha causa.

China comenzaba a hacer sentir su influencia internacional fomentando opciones maoístas alejadas de las interpretaciones y prácticas moscovitas. Este enfrentamiento se tornaría cada vez más directo. El Vietnam liberado de la invasión estadounidense y firme aliado de Moscú, invadiría a su vez Camboya, derrocando a un irracional régimen de inspiración maoísta.

El nuevo poderío del cartel petrolero, en su mayoría conformado por países árabes y musulmanes, mostraba un bloque con fuerte identidad cultural, que aunque políticamente dividido, había comenzado a usar un arma económica temible para occidente: la regulación de los precios y el abastecimiento de crudo.

El reparto exclusivo de poder entre dos grandes bloques era ya una quimera que no resistía el análisis simplista y maniqueo.

Por otra parte, la sangría de recursos económicos que había producido en las potencias las carreras armamentística y espacial hacía necesario cambiar el curso hacia un nuevo statu quo que permitiera aquietar las aguas y restablecer cierto control. A ese proceso se le llamó “distensión”. El significado de esa distensión no era alcanzar

la paz, sino abandonar por un tiempo la idea de mantener la guerra fría a escala global que, como vimos, no sólo no garantizaba el triunfo frente al oponente, sino que producía el crecimiento de las opciones desalineadas de ambos poderes.

USA abandonaría sus pretensiones de dominio directo sobre el Asia, concentrándose en frenar el díscolo espíritu que nuevamente soplaban en Latinoamérica.

De este modo, se abatió sobre la región a partir de entonces un furibundo plan de exterminación de las izquierdas revolucionarias. La guerra sucia, la delación, la tortura, los asesinatos, las bandas paramilitares, la sospecha generalizada, las desapariciones y la persecución de toda opción progresista signarían entonces la política de Estado en el transcurso de los años 70' y hasta mediados de los años 80'. La brutalidad dejaría no sólo miles de vidas en el camino sino que empujaría a cientos de miles de latinoamericanos al exilio.

Esta estrategia disciplinante fracasó en Nicaragua, donde una revolución de inspiración marxista derrocó al tercer eslabón del despotismo somocista, Anastasio Somoza Debayle. En el mismo 1979, en el lejano Irán, una revolución de corte religioso deponía al también dinástico terror pro occidental del Sha de Persia. Ambas revoluciones mostraban en su compartido signo antiimperialista, que la pretensión neocolonial no terminaba de lograr sus objetivos. Las guerras revolucionarias que siguieron con apoyo de los vecinos Honduras e Irak, sólo trajeron más muerte y desolación, no consiguiendo tampoco desplazar al sandinismo o al régimen islamista.

A los acuerdos entre Israel y Egipto, promovidos por el mismo esquema de "distensión", seguiría la Intifada palestina, resquebrajando el esquema de "pax romana" al que aspiraban los pretendientes imperiales. Por otra parte, Europa ya había resurgido de sus cenizas y se había convertido nuevamente en un factor de poder económico y político. El modelo de la postguerra estaba agotado.

En Latinoamérica se acercaba la democracia, aunque con una severa herencia de crímenes cometidos, deuda financiera y deuda social. Era necesario que gobiernos civiles asumieran la transición navegando aguas difíciles, arriesgando encallar en la fuerte resistencia de los grupos de poder y de corrupción que habían crecido a la vera de las dictaduras o estrellarse contra las rocas de la debilidad económica y social de los países latinoamericanos a mediados de los 80'.

En general la tarea sería encomendada a las socialdemocracias conservadoras (en Argentina, Honduras, Perú, Uruguay), a los también conservadores socialcristianos (en Ecuador, El Salvador y Guatemala) y a híbridos en Brasil o nacionalistas arrepentidos en Bolivia.

El mundo experimentaría en aquel tiempo modificaciones sustanciales fruto de grandes avances en el campo tecnológico y su repercusión en el ámbito de la producción y las comunicaciones. La política llegaba a los hogares mucho más a través de la televisión que por la vía del mitín político. Los asesores de campaña definían los ejes de las plataformas de cada candidato en conjunto con los intereses económicos que financiaban las costosas campañas. La res (cosa) pública se había transformado en res privada. La nueva alianza neoliberal entre los conservadores británicos y sus homólogos norteamericanos se había establecido y avanzaba con su óptica de aparente desideologización, haciendo cundir el pragmatismo como fuente de toda acción política. La presión de esta fuerte ofensiva a escala mundial, apoyada por la nueva casta económica de poder financiero global, encontraría muy poca resistencia en la herencia ideológica de los partidos latinoamericanos, en los que una nueva generación suplantaba a los antiguos fundadores.

El centralismo soviético no podría ya detener las fuertes tendencias centrifugas y la gente asistiría impactada a través del aparato de televisión en su propio hogar a la demolición del muro de Berlín. Corría 1989 y el simbolismo de aquel acontecimiento era evidente. Había que derribar todas las murallas. Pero lo que para algunos significaba un impulso de nuevas libertades, representaba para otros simplemente la posibilidad de establecer un nuevo poder en una región hasta entonces vedada al apetito del gran capital transnacional. En Latinoamérica, los partidos comunistas quedaban paralizados por el shock del desmembramiento de una Unión Soviética que creían incólume y el progresismo buscaría reagruparse fortaleciendo opciones de centroizquierda.

Pero nada lograría contrarrestar el arrollador empuje propagandístico y a la vez extorsivo del neoliberalismo. No hubo gobierno alguno en la región - salvo el caso de Cuba - que no adoptara el nuevo credo privatista. Y aún la isla, ante las nuevas dificultades producidas por la caída de su principal sostén económico, la Unión Soviética, hubo de buscar una reconversión que la llevaría a desarrollar el turismo extranjero y a solicitar un salvataje financiero por parte de Europa. En los demás países latinoamericanos, todo antecedente político fue quemado por los sucesivos gobiernos en la hoguera de la nueva Inquisición del poder

financiero y sus organismos internacionales. Una increíble alianza de empresarios, periodistas, antiguos nacionalistas y revolucionarios, militares y hasta los más acérrimos enemigos políticos, recitaba a coro el canto emergido del “consenso de Washington”, renegando de toda concepción ideológica y más: denunciando a la concepción misma de Estado como arcaica e ineficaz.

Tanto vaciamiento en las ideas, tanta confusión en las posturas y los enormes negociados a los que se accedía por pertenecer a esta nueva fe economicista, producirían en la población un creciente hastío. La explosión de la cáscara hueca de la política tradicional, convertida en lucha por el botín de los puestos del Estado, se produciría a fines de los años 90’, junto a la eclosión económica y social a la que el irracionalismo neoliberal había conducido a la región.

“Que se vayan todos” fue el cántico que entonaron los enojados latinoamericanos. No era un grito revolucionario, ni era un proyecto de autoorganización popular - como pensaron algunos que llevaban en su interior el ideal de la comuna de París de 1968 -. Pero era la nítida expresión de los pueblos que, prácticamente al unísono, aspiraban a sepultar al mundillo político apoyado desde siempre en las componendas, intrigas, en el clientelismo, las falsas promesas electorales y más recientemente, en el maquillaje y la profusa publicidad para lograr su objetivo primario: permanecer en el poder.

El profundo descrédito del sistema político había ganado a la población, consecuencia no sólo de la propaganda interesada de los sectores privados, sino de la inmanente corrupción de la que ningún gobierno parecía encontrarse a salvo. En varios países se ventilaban públicamente escándalos donde los principales líderes y sus entornos aparecían relacionados a negocios turbios, tráfico de influencias, ligazón con mafias de narcotraficantes, fraudes bancarios, etc. Nada de todo esto era nuevo, salvo su exposición pública. La “omertá” o silencio corporativo mafioso, se había roto y los medios, anteriormente cómplices y aduladores de aquellos gobernantes, se convertían en un poder público no electo, repartiendo culpabilidades y sospechas. No pretendemos decir aquí que los ilícitos eran inventados para desacreditar definitivamente al Estado, la corrupción era efectivamente intrínseca a la devaluada democracia que había adoptado formas clientelistas. Sólo ponemos de manifiesto la actitud de las corporaciones mediáticas que de repente, pasarían a la categoría de “rectores morales”, escondiendo que se habían convertido en simples pasquines del capital transnacional.

Sin embargo, no hay mal que por bien no venga. En el período que sucedió a ese momento de imponente participación popular, surgirían nuevas opciones para llenar el vaciado esquema politiquero anterior. Recordemos brevemente el panorama de comienzos de milenio: En Argentina, la social democracia no lograba - una vez más - culminar su mandato y el pueblo armado de cacerolas vivaba la huída presidencial en helicóptero digna de un reality show. En Bolivia, un empresario escapaba también - pero a EEUU -, acosado por un torrente popular al que había pretendido reprimir. En Brasil, otro empresario dueño de importantes medios de comunicación, renunciaba envuelto en escándalos. En Ecuador, el pueblo destituía a otro neoliberal, luego a su vice y finalmente también al sucesor militar que había traicionado el reclamo popular. En México, luego de más de setenta años en el gobierno, el PRI era destronado por la vía electoral. Su partido gemelo en Paraguay, el Colorado, desnudaba la sangrienta interna por la sucesión stroessnerista, que terminaría también algunos años después en su derrota electoral. En Perú, el presidente de origen japonés se exilaba en la tierra de sus ancestros, en una saga digna de una película mala que terminaría poco tiempo después en su regreso al país... y a la cárcel. Finalmente en Venezuela, el bipartidismo en el poder desde 1958, es barrido cuarenta años después por el bolivariano Chávez con el 56% de los votos.

Al igual que Chávez, quien representa políticamente una opción similar a la de los antiimperialismos militares de izquierda de comienzos de los años 70', una serie de nuevos protagonismos políticos asoma en varios puntos. Ya no son los representantes de la vieja aristocracia partidista, ni golpistas provenientes de las añejas familias oligárquicas. Algunos multimillonarios sonrientes de fortuna y fama sobreviven, pero el perfil de la mayoría de los nuevos gobernantes sería mucho más cercano a la gente misma. Un sindicalista, varias veces candidato del izquierdista PT alcanza la presidencia del Brasil. Un sacerdote, electo y varias veces interrumpido en su mandato pretende - sin lograrlo - darle algo de paz y bienestar a los sufridos haitianos. Un emigrado, cuya infancia transcurrió en las barriadas latinas de Nueva York, ganaría tres elecciones en la República Dominicana. Un indígena dirigente cocalero barrería a la corruptocracia electoral con la mayoría absoluta en Bolivia, en un hecho inédito en su historia política. Un médico centroizquierdista aliado con antiguos guerrilleros asumiría la presidencia en el Uruguay. Otra médica de procedencia socialista

ganaría la elección en el neoliberal Chile. Su condición femenina también constituiría un hecho sin precedentes en el excluyente feudo masculino de las primeras magistraturas del país. Otra mujer sería electa poco después en el país vecino, que comparte con Chile no sólo la cordillera sino también una similar huella machista. Algo había pasado en la región. El pueblo no había asumido el poder directamente, pero el mensaje era bastante claro: encomendaba el gobierno a personas más parecidas a sí mismo.

Y el resultado político de esta verdadera “rebelión de las masas” sería un serio proceso de renovación que poco habría de envidiarle al empuje revolucionario de otras épocas. La región asumía una dirección claramente antihegemónica y lograría - por primera vez en muchos años - avanzar decididamente por el camino de la integración regional solidaria y soberana. En el espectro multilateral al que asomaba el mundo, pese a las nuevas invasiones armadas que se producían por la época, Latinoamérica emergía como un nuevo actor con peso propio. Por otro lado, diversas iniciativas de reforma constitucional mostraban un ambicioso y necesario proyecto de refundación institucional. Los antiguos significados estaban vacíos y era preciso darse un nuevo marco fundamental que expresara lo que las viejas constituciones no contemplaban: la diversidad étnica, la real participación popular en las decisiones políticas, la descentralización del poder, la prioridad de los derechos sociales como la salud y la educación, la soberanía social sobre los recursos estratégicos. Algunas constituciones como la boliviana y la ecuatoriana irían todavía más lejos proponiendo un horizonte humanista que incluía el rechazo a toda forma de violencia como un nuevo paradigma constitucional.

Estas perspectivas futuristas, que en varios países eran ratificadas conservando los gobernantes mayorías significativas, encontrarían por supuesto terribles resistencias en los sectores comprometidos con el pasado. En toda la región asomaban en los principales medios de difusión críticas acerca del “populismo autoritario” reinante, viejo argumento remozado de los años 50’ y 70’, que aparecía cada vez que un gobierno implementaba lo que el pueblo quería: una mayor equidad en las posibilidades de todos. Una oposición variopinta de políticos desplazados en su afán de gobierno y empresarios desairados en su afán de lucro, apoyada firmemente por la política exterior norteamericana desplazada en su afán hegemónico, urdiría diversas maniobras para frenar el renovado avance de las reformas sustentadas

por el voto popular de los sectores mayoritarios hasta entonces excluidos. Un amplio sector de la clase media de reflejos retrógrados, en un discriminador intento de diferenciación con los más sumergidos que sólo cierta socialpsicología podría develar, se alinea firmemente con la línea editorial de las principales cadenas televisivas, dándole cuerpo al esfuerzo conservador. Su progeñe universitaria, hijos del excluyente sistema educativo neoliberal, cargan con la militancia juvenil reaccionaria que es profusamente difundida por los mismos medios que intentan levantar liderazgos artificiales para contraponerlos a las figuras adversarias.

Mientras los opositores se ponen de acuerdo, dificultados por los mismos intereses de grupo y personales que motivan su accionar, la mirada expansionista de EEUU se dirige a fomentar el bloqueo de esta nueva escalada soberana en la región, apareciendo ahora la palabra “autonomía”, para contrarrestar la influencia estatal reaparecida en defensa del interés colectivo y apuntalar la desestructuración, en la cual la dependencia y dominación pueden hacer pie con mayor facilidad.

Dichos impulsos de carácter secesionista no lograrán sin embargo detener un creciente proceso de firme integración latinoamericana, cuyo horizonte parece ser, como lo pensaron ya Miranda, Bolívar y varios otros doscientos años antes, la única salida para su verdadera independencia.

CONSIDERACIONES FINALES

Entre 1950 y la década inaugural del tercer milenio, Latinoamérica ha crecido. Su población se ha multiplicado tres veces y media, pasando de unos 160 millones de habitantes a los actuales 568 millones. Este aumento de volumen tiene significativa influencia en los desarrollos sociales que hemos venido comentando. La familia ha crecido y con ello las posibilidades, pero también la complejidad de las cosas.

Miremos con algún detalle la situación.

Según la información de la CEPAL, un dato terrible indica que en el año 2004 más del 22% de la población de la región subsistía con menos de dos dólares diarios. Sin embargo, sólo veinte años atrás, la misma estadística nos indica que el 32%, o sea un tercio, vivía en esta situación, difícilmente imaginable para alguien acostumbrado a comer bien todos los días. Piadosamente no aparecen en la tabla valores símiles de mitad de siglo.

Veamos alguna cifra del campo educativo. En 1970, el nivel de escolaridad primaria alcanzaba el 77%. Aún con un importante aumento de la población infantil, el dato de 2006 nos llena el corazón de alegría: la escolarización ha aumentado a un 94%. Mayor será el alborozo al constatar que las niñas han avanzado con mayor velocidad, exhibiendo un nivel de acceso a la escuela primaria idéntico al de sus compañeritos, equiparando el injusto déficit que sufrían hasta entonces.

El entusiasmo no decae, sino que aumentará al analizar valores comparativos en el período secundario: en 1970, sólo un 20% de los jóvenes seguían cursando estudios más allá de su sexto o séptimo año (en general obligatorio). En el año 2006, la estadística nos indica que el 70% al menos inicia su secundaria. El impulso elitista educacional del neoliberalismo privatista de finales de siglo XX no ha primado sobre la conciencia (y la necesidad) general de contar con mejores conocimientos para afrontar el complejo reto que presenta el mundo.

Vamos a la salud. En los no tan lejanos 1960, de cada 1000 nacimientos 103 bebés no lograban sobrevivir. Diez años después, en 1970, la tasa de mortalidad infantil aún se situaba en un 86 por mil. El dato de 2006 nos alivia, la trágica situación se ha reducido a sólo 22 casos de cada mil o dicho de otro modo: 978 de cada millar de recién nacidos continuarán creciendo y transformándose a partir de allí.

La cantidad de médicos por habitante también ha variado significativamente. Si bien es mejor no enfermarse - y en ello los fenómenos sociales y psíquicos tendrán que avanzar mucho todavía -, es mejor siempre tener alguien cerca a quien consultar. Tomemos algunos datos parciales para ilustrar. En 1960, en países como Bolivia existía 1 médico cada 5100 pacientes, en El Salvador, uno cada 5300. En la República Dominicana un médico de la época debía ocuparse estadísticamente de 7300 personas. Los 12000 habitantes por médico de Honduras indican a las claras la desatención sanitaria total. Peor todavía si tomamos en cuenta la falta de distribución homogénea de los galenos en las distintas zonas del país, que tienden a acumularse en los centros urbanos. Según datos relevados entre 2004 y 2006, Bolivia y El Salvador han duplicado sus médicos y ahora, en República Dominicana y Honduras es posible enfermarse y - en principio - ser atendido: la proporción médico-habitante ha mejorado por diez. Por supuesto que no seremos tan ingenuos de igualar medicina a salud o pensar que las estadísticas sirven a quien no puede comprar un remedio caro o quien tiene que esperar meses para ser operado por la falta de camas en hospitales públicos. Tampoco se hace referencia con esto a la generalización de seguros privados de salud que discriminan a la población dando mejores servicios sanitarios a quienes exhiben mejores ingresos. Pero igual nos parece que ese aumento de juramentados hipocráticos en la región constituye un avance social.

También el gasto proporcional de diversos países en salud ha aumentado significativamente en las últimas décadas. No sabemos cuánto de ese dinero se pierde en corrupción o ineficiencia, cuanta inflación influye y cuanto llega a convertirse verdaderamente en insumos, tecnología de prevención, infraestructura edilicia y buenos sueldos para el personal que nos atiende en esa difícil situación, pero esperamos que esta proporción también mejore crecientemente.

Latinoamérica no sólo ha crecido en estas seis décadas, también se ha vuelto crecientemente una sociedad urbana. En 1950 un 40% de la gente vivía en las ciudades y un 60 % en el campo. En el año 2008, un 83% vive en zonas urbanizadas, al tiempo que sólo un 17% continúa la vida algo más apartada de las ruidosas metrópolis. El éxodo interno del campo a la ciudad es imponente. Las ciudades han sido vistas como fuentes de nuevas posibilidades y de progreso. Los problemas que tal concentración poblacional ha suscitado, se nos revelarán con mayor claridad si ponemos la estadística en números absolutos. En 1950 las

ciudades latinoamericanas albergaban cerca de 70 millones de personas. Seis décadas después, 471 millones personas habitan en zonas urbanas. Una breve precisión para amortiguar la estadística (y que también habla de crecimiento) es que hoy la urbanidad se ha desarrollado en muchos puntos antes considerados totalmente rurales. Sin embargo, la concentración en megaciudades es un hecho innegable y perceptual a simple vista.

Un dato muy relacionado y relevante a considerar, será que la tasa de desempleo urbano se ha mantenido prácticamente constante desde los ochenta, no acompañando este indicador a los restantes. Peor aún, esa variable de entre un 6 y 8% de la población etariamente activa, esconde la alta precarización de los millones que están ocupados (y mucho) en sobrevivir en los pliegues de la economía “informal”. Si agregamos a esta reflexión sobre el trabajo, los datos del salario de aquellos que están fuera de la línea de pobreza pero siguen siendo pobres, será necesario concluir que, más allá de todo crecimiento global, la concentración de riqueza también ha aumentado, distando mucho la región de ser un modelo de equidad.

Luego de estas pinceladas numéricas, alejémonos de las estadísticas para observar otros fenómenos algo menos cuantificables. Aún en la evidencia de la existente desigualdad, Latinoamérica se ha vuelto más plural, más diversa, más rica humanamente. Los pueblos originarios encuentran cada vez más posibilidades de expresión, insertándose definitivamente en el mosaico pluricultural de la región con sus propios modelos y reclamando derechos hasta hace muy poco negados por completo. La justa reivindicación no es en general vindicativa (similar a lo que sucedió en la Sudáfrica posterior al racismo del apartheid) sino un ejemplo de no violencia y fraternidad, poniendo simplemente en igualdad de condiciones jurídicas y sociales a una visión del mundo diferente de los patrones impuestos por siglos de colonialismo.

Latinoamérica se ha vuelto también más unida. Las feroces diferenciaciones nacionales de antaño, que hasta fueron utilizadas por gobiernos dictatoriales para enfrentamientos armados entre sus ejércitos, hoy son menos crueles y son mayormente resueltas en contiendas deportivas. Las iniciativas de asociación interestatal y las acciones derivadas de ello se multiplican. La posibilidad cierta de transitar y habitar países hermanos, si bien no completa, se ha incrementado. En la estela de procesos similares de integración, la región transita firmemente hacia la construcción de instituciones comunes.

La participación social ha aumentado por medio de plebiscitos, referendos y otros mecanismos de democracia directa. Aún cuando mezclada con una alta dosis de interés particular, la descentralización avanza y ofrece nuevas posibilidades de opción. El acceso prácticamente masivo a las comunicaciones se presenta en sentido positivo frente al franco retroceso en la ética informativa de los grandes medios que en nada colaboran con un ambiente de progreso y humanidad.

También la religiosidad se ha vuelto más plural y ya Latinoamérica no es el feudo del catolicismo de los reyes de España o de los papas vaticanos. Otras variantes de aquella cristiandad, también promovidas desde el neocolonialismo pero de raigambre protestante, han llegado a estas tierras. Pero las más diversas creencias conviven y crecen en la región. No sólo las tradiciones islámicas, judías o budistas constituyen el asiento espiritual de muchos, sino que un nuevo sentimiento religioso se expande en el avance del chamanismo, el espiritismo y distintas variantes de la umbanda, el candomblé, el vudú y otros cultos provenientes del África negra occidental. Los ritos de los pueblos originarios y las prácticas religiosas sincréticas de la región adquieren nuevamente presencia. Más allá de lo conocido, desde un punto de la cordillera andina, que recorre como espina dorsal el Sur latinoamericano, se irradia una nueva espiritualidad universalista que propone reconciliación y unidad interna para superar el sufrimiento, logrando sentido personal y social en la vida y un horizonte donde lo eterno y lo terreno sean amalgama y continuidad y no enfrentamiento y contradicción.

Esa mística que recorre el alma latinoamericana, lejos de ser un defecto según señala el cánón racionalista, es para nosotros un nuevo indicador de crecimiento. La ingenuidad de creer que el interrogante espiritual y existencial será resuelto por el progreso material, ha quedado ciertamente atrás y los pueblos acuden en masa a templos y plazas en búsqueda de un trozo de inmortalidad.

Latinoamérica ha crecido y seguirá creciendo. Los serios arrastres del pasado violento e injusto deben ser igualados y superados en la memoria histórica a través de la acción presente asentada en la imaginación colectiva acerca de la posibilidad de ser ejemplo de humanidad para la humanidad toda. Y en el futuro encontraremos una nueva memoria para seguir construyendo casi arqueológicamente la Historia humana, sumando nuevas capas de libertad - fuente de sentido para la vida humana - en un ambiente propicio para el desarrollo

verdadero, conjunto e integral.

Si ayudamos a que esa libertad crezca para todos y para cada uno, habremos cumplido nuestra breve pero importante misión.

BIBLIOGRAFÍA ELECTRÓNICA CONSULTADA

<http://es.wikipedia.org/>
<http://www.cidob.org/>
<http://usuarios.arnet.com.ar/yanasu/roca.htm>
<http://www.elhistoriador.com.ar/articulos/>
<http://elogica.br.inter.net/crdubeux/hfigueiredo.html>
<http://shr.aaas.org/guatemala/ciidh/qr/spanish/>
<http://news.bbc.co.uk/>
<http://www.sapiens.ya.com/numerologo/textos/vlh.htm>
<http://www.terrorfileonline.org/es/>
<http://www.honduraseducacional.com/Presidentes/>
<http://www.monografias.com/>
<http://www.honduraslaboral.org/>
<http://www.angelfire.com/ca5/mas/cult/golpe.html>
<http://www.biografiasyvidas.com/>
<http://books.google.com.ar/books?id=dRrqQBfsGuwC>
http://www.mayispeakfreely.org/index.php?gSec=doc&doc_id=118
<http://www.taringa.net/posts/info/1080755/Maquila---Explotaci%C3%B3n-Laboral.html>
<http://www.economia.com.mx/mexico.htm>
<http://pdf.rincondelvago.com/economia-de-mexico.html>
<http://academic.evergreen.edu/g/grossmaz/interventions.html>
<http://www.hcentroamerica.fcs.ucr.ac.cr/cong/mesas/cong6/docs/SocAgr/obeluche.doc>
<http://www.critica.com.pa/archivo/historia/indice.html>
<http://www.alonsoroy.com/pn/pn07.html>
http://www.workmall.com/wfb2001/panama/panama_history_the_government_of_torrijos_and_the_national_guard.html
http://www.portalplanetasedna.com.ar/historia_latina.htm
<http://www.miparaguay.dk/castellano/historia/>

<http://desco.cepes.org.pe/apc-aa-files/6172746963756c6f735f5f5f5f5f5f5f/qh154cl.doc>
<http://www.bolpress.com/art.php?Cod=2007021212>
<http://www.monografias.com/trabajos6/ladeu/ladeu.shtml>
<http://www.internetloge.de/krause/krausismo.htm>
<http://www.cgsc.army.mil/carl/resources/csi/yates/yates.asp>
http://www.nuso.org/upload/articulos/2099_1.pdf
<http://pdba.georgetown.edu/Elecdata/elecdata.html>
<http://www.rau.edu.uy/uruguay/>
<http://www.eumed.net/cursecon/libreria/2004/rk/uru4.htm>
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/martah/cronos.rtf>
<http://uruguaymilitaria.com/Foro/viewtopic.php?f=35&t=477&p=8262>
<http://www.fpolar.org.ve/encarte/fasciculo17/fasc1704.html>
<http://www.venezuelatuya.com/biografias/>
http://www.gobiernoenlinea.gob.ve/venezuela/perfil_presidente34.html
http://www.nuso.org/upload/articulos/2214_1.pdf
<http://www.historiasiglo20.org/europa/traroma.htm>
http://www.unesco.org/courier/2001_03/sp/droits.htm
<http://www.revistaasturianadeeconomia.org/raepdf/24/P196-216.pdf>
<http://www.redcelsofurtado.edu.mx/archivosPDF/riovanoli.pdf>
<http://www.historiasiglo20.org/CRONO/gf.htm>
<http://www.eclac.cl/estadisticas/bases/>

CONTENIDO

Prólogo	5
Introducción	9
Resumen y Síntesis por país	
Argentina	13
Bolivia	30
Brasil	39
Chile	48
Colombia	56
Costa Rica	64
Cuba	72
Ecuador	80
El Salvador	94
Guatemala	106
Haití	119
Honduras	133
Méjico	153
Nicaragua	171
Panamá	186
Paraguay	205
Perú	222
República Dominicana	239
Uruguay	259
Venezuela	281
Cuadro 1: Presidencias	303
Cuadro 2: Gobiernos comparados	310
Latinoamérica por décadas	311
El proceso desde el punto de vista generacional	330
El proceso desde el punto de vista de las ideas	333
El proceso desde el punto de vista económico	339
El proceso desde el punto de vista político	347
Consideraciones finales	358
Bibliografía consultada	363